

UC-NRLF



B 3 142 246

B

IBLIOTECA

CLÁSICA.

GIFT OF
J. C. Cebrían



EX LIBRIS

121^{1/2}

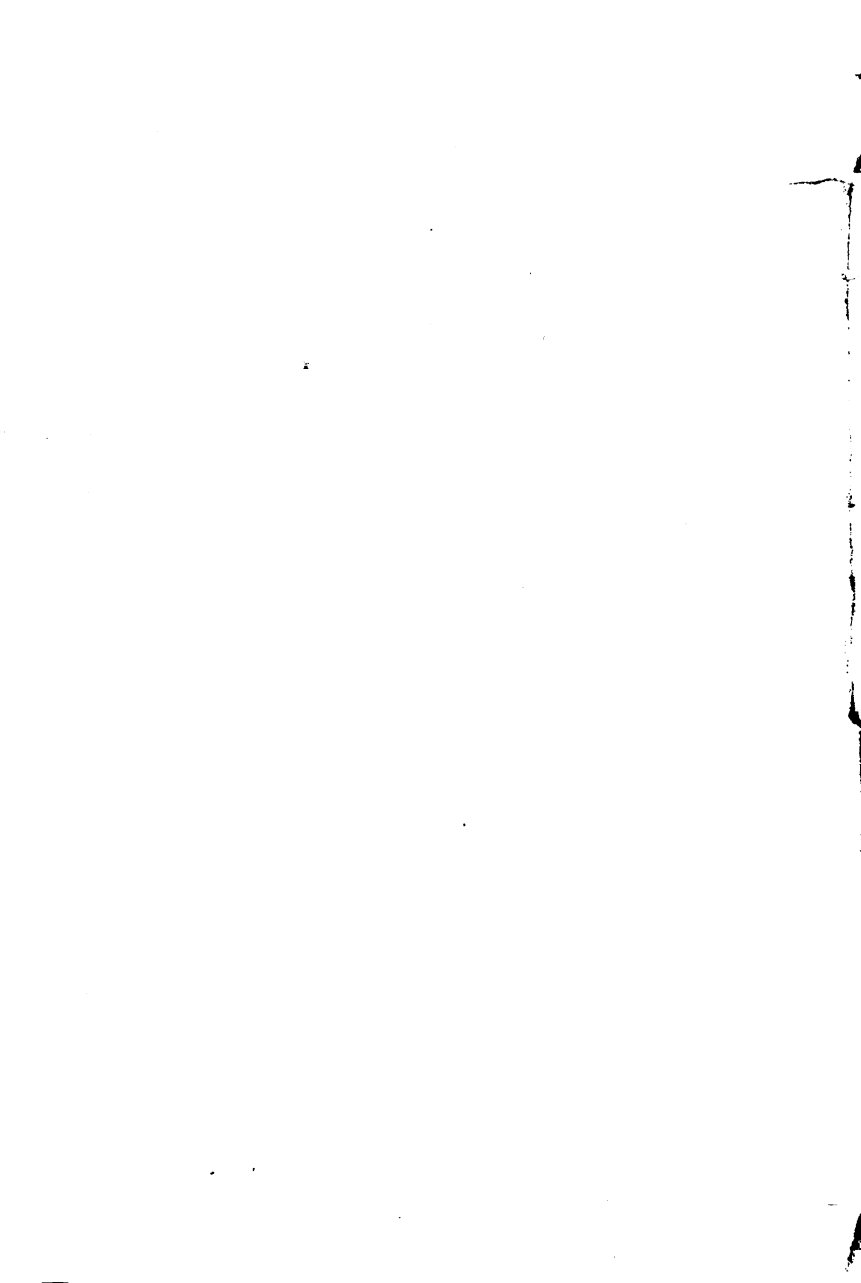
694

S₂



HISTORIA DE ITALIA

DESDE 1494 Á 1532



BIBLIOTECA CLASICA

TOMO CXXVII

HISTORIA
DE ITALIA

DONDE SE DESCRIBEN TODAS LAS COSAS SUCEDIDAS
DESDE EL AÑO DE 1494 HASTA EL DE 1532

POR

FRANCISCO GUICCIARDINI

TRADUCIDA DE LA ITALIANA EN LENGUA CASTELLANA
CON LA VIDA DEL AUTOR

POR

D. FELIPE IV

Rey de España

TOMO I.

MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.^A
calle del Arenal, núm. 11

1889

ES PROPIEDAD

YO VINI
ABROUJO

EPÍLOGO BREVE

EN QUE REFIERO LAS CAUSAS QUE ME MOVIERON
PARA TRADUCIR LOS LIBROS OCTAVO Y NONO (1)
DE ESTA HISTORIA DE ITALIA.

Habiendo hecho el estudio que diré adelante, me ha parecido para la consecuencia de esta acción, mayor luz é introducción de ella, hacer un epílogo, el más breve que he podido de lo que ha precedido, para enseñanza y vivo ejemplo de quien pretendo instruir (2), de los escollos en que peligran los reyes y príncipes en la parte más sagrada, que es la enseñanza é instrucción; mostrándole también los caminos con que de mi parte he trabajado y procurado salir

(1) S. M. el rey D. Felipe IV, por las razones que en este *Epílogo* refiere, se propuso traducir en castellano solamente los libros octavo y nono de la HISTORIA DE ITALIA de Guicciardini. Pero, hecho este trabajo, determinó, sin duda, completar la traducción de los veinte libros que contiene dicha Historia, pues así resulta del *Prólogo* que más adelante publicamos y de estar en la Biblioteca Nacional el borrador original de letra del Rey, que contiene los citados veinte libros.

(2) Alude á su hijo.

de la obscuridad con que me hallé el día de mi entrada á reinar, para que lo prevengan con su aplicación y emprima (1). Y porque quede anticipadamente prevenida la malicia, he tenido por conveniente advertir aquí que todo lo que diré de mí, por necesario para consecuencia de esta acción, está tan lejos de ser presunción, que antes se puede argüir por sobrada modestia cuanto digo, confesando faltas de noticias y modos de adquirirlas (aunque decentes) casi comunes á todos los otros hombres: humanidad de que hasta las mismas leyes nos excusan, presumiéndonos sabios de lo más escondido por sola la dignidad y carácter real. No llegando á decir que sé, sino que voy sabiendo, desnudándome de la divinidad por afectar más la filosofía y moderación y sobre todo la rectitud y verdad.

Con razón hará novedad que un Rey de las Españas y de tantos Imperios haya tomado trabajo y ocupado tiempo en traducir la parte que diré adelante de la historia de Italia, por tantas novedades juntas como concurren en esta acción, y la mayor por juzgar que tiene ocupado el tiempo en tantas y tan graves materias como penden de su asistencia á los negocios, y que se debiera emplear el que hay, antes en ellos, como cosa principal, que no en esto que

(1) Quiere decir: recuerde ó imprima en la memoria.

es accesorio. Mas entiendo que no solamente ha sido este trabajo superfluo, sino necesario y preciso, así para la mayor inteligencia y acertado despacho de los negocios de esta Monarquía, que sigue á la mayor y mejor noticia y ejemplo, como también porque ni un instante de las horas del despacho y obligaciones de mi oficio he gastado en esto; y así entraré y fundaré lo demás en las razones y relaciones siguientes.

Cosa sabida es generalmente y la misma naturaleza nos lo enseña, cuando faltara la experiencia y el verlo cada día, que la puericia y menor edad de los hombres es más inclinada al ocio y travesuras que piden aquellos años, que á las noticias, estudios, buenas letras y artes; pues el discurso y entendimiento no está en estado que elija lo mejor y más provechoso, sino lo más desocupado, lo que agrada y entretiene más. Estas razones militan mucho más vivamente en los príncipes y personas grandes, porque aunque sus padres los den maestros doctos y virtuosos, y los ordenan que estudien con cuidado y vigilancia, si acaso no se inclinan al trabajo ni entran con gusto en las lecciones, es muy difícil el instruirles, pues los maestros nunca se atreven, ni aun pueden usar de rigor grande en la enseñanza con personas tales, que es lo que sólo aprovecha en aquella edad para

conseguir fines lucidos. Este ejemplo que he dicho se vió en mí; pues en aquella edad trataba más de los ejercicios que ella pide, que de los que aprovechan en la más crecida. En este tiempo fué Dios servido de llevarse al Rey mi señor y padre, y con su muerte dejó en mí el sentimiento que era justo de tal pérdida; pues perdí un padre á quien amaba tiernamente, y un dueño á quien servía con todo amor, fidelidad y sumisión. Quedé con las obligaciones que tal puesto pide, que son tales, que no hay pluma que las pueda escribir, y con muy cortas ó ningunas noticias de lo que debía obrar en tan gran puesto, pues por mis pocos años no pudo el Rey mi señor, que está en el cielo, introducirme cerca de su persona en los negocios de esta Monarquía, si bien poco antes que muriese se sirvió de ordenarme que le leyese algunos despachos que venían de diferentes partes de sus reinos y de los Ministros y Embajadores que tenía en los extraños, para que con este ejercicio fuese cobrando noticias de lo que debía saber y él deseaba enseñarme. Esto cesó cuando empezaba, atajándolo su temprana muerte, y yo me hallé, como he dicho, sin ninguna noticia de lo que debía obrar, en medio de este mar de confusiones y piélagos de dificultades.

Discurriendo en aquella edad de los caminos que más podrían despertar y abrir los ojos, con

la inclinación que todos han visto de aprender perfectamente cuanto me ha tocado de ejercicios de caballero, la tuve igual de aprender mi oficio de Rey; y así me pareció el mejor camino tener los oídos abiertos para todos los que me quisiesen hablar en audiencias públicas y particulares, como lo he hecho siempre, sin negarla á nadie que me la pidiese, ni obligarle á registrarla con el Ministro más inmediato; mas antes, por atajar tantos inconvenientes como habia oído y visto, le ordené que no oyesse á nadie que primero no me hubiese hablado á mí, para con esto escoger lo que me pareciese á propósito y huir de lo perjudicial. Pensé también en lo que oí de que los Reyes de Castilla solían bajar al Consejo, y siendo mi edad corta para esto y el desuso ya grande de esta acción, interpuse otro medio más eficaz para mis noticias y de más fruto para mi gobierno, que fué abrir en los tribunales y consejos unas ventanillas, dispuestas de manera que no me pudiesen sentir entrar, y con unas celosías tan espesas, que, después de entrado, tampoco pudiesen tomar noticia de mi asistencia allí, con lo cual iba á oír en estos Consejos continuamente las mayores materias (que me despertaron en la generalidad) y también allí podía oír lo que por ventura en otra parte no se atrevieran á decirme, siendo aquel lugar tan sagrado; medio con-

venientísimo, así para esto como para tenerlos siempre en vela, y medio en qué son muchas otras las conveniencias que concurren para la soberanía.

El leer historias también me pareció punto muy esencial para conseguir el fin á que encaminaba mis deseos de alcanzar noticias, pues ellas son la verdadera escuela en que el Príncipe y Rey hallarán ejemplares que seguir, casos que notar, y medios por donde encaminar á buenos fines los negocios de su Monarquía. Con este fin leí las historias de Castilla de los Reyes D. Fernando el Santo, D. Alonso el Sabio, D. Sancho el Bravo, D. Fernando el cuarto (que llaman el Emplazado), la Crónica de D. Alfonso el nono, las historias de D. Pedro el Justiciero ó Cruel, D. Enrique el segundo y D. Juan el primero, la historia del Rey don Juan el segundo, con los *Varones Ilustres*, de Fernán Pérez de Guzmán; las dos historias manuscritas del Rey D. Enrique el cuarto, las de los Reyes Católicos, la del Emperador Carlos V mi bisabuelo, la Historia general de España, y los *Varones Ilustres*, de Hernando del Pulgar; las de entrambas Indias, la historia y guerras de Flandes, la historia romana de los príncipes de ella, Salustio, Tito Livio, Cornelio Tácito y Lucano; la historia de Francia, la historia y guerras de Alemania, la campaña de

Roma y la historia y cisma de Inglaterra. Fuera de esto, me pareció también leer diversos libros de todas lenguas, y traducciones de profesiones y artes, que despertasen y saboreasen el gusto de las buenas letras, y algunos de ejemplos, aunque apócrifos, muy aventajados. Para esto, estudié también, con mucha particularidad y noticias generales de historia, la geografía en que con poco trabajo y gran inclinación me puse en estado de poder discurrir sobre todo lo universal con gran prontitud; y aunque algunos de estos libros los leí más por entretenimiento que por otra razón, con todo eso, no dejan de causar noticias dignas de leerse y entretienen algún rato; que es preciso buscar el divertimento donde hay tan poco en que divertirse por el continuado trabajo y obligaciones.

Aunque todas estas noticias son de provecho para las personas que ocupan el puesto en que estoy, no me contenté con ellas, por parecerme que hablaban de tiempos pasados y que era necesario tomarlas de los presentes. Para esto me pareció lo más á propósito leer todas las cartas y despachos que mis Ministros de fuera y dentro del Reino me escriben; que aunque es verdad que cuando los Consejos envían las consultas, sobre ellas vienen sumarios de lo que contienen, no me satisface con la corta noticia que ellos dan, sino quise (aunque con trabajo do-

blado) conseguir mejor el fin á que encamino mis acciones, pues cuantas más noticias cobraré, mejor podré cumplir con la carga que tengo sobre mis hombros. También quise llevar á la letra y por mi persona, sin valerme de secretario para ello, aunque es lícito y usado el hacerlo, todas las consultas que vienen de los Consejos, juntas y ministros particulares, sobre las materias de todo género que se ofrecen en estos reinos, porque sin duda se cobra más noticia de lo que se lee personalmente que de lo que se oye leer.

Al segundo ó tercer año de mi reinado había ya leído parte de lo que tengo referido, aunque no todo, porque hasta hoy lo he proseguido, y, con ayuda de Dios, lo proseguiré los ratos que tuviere desocupados del obrador de mi oficio. Parecióme que era ya tiempo de pasar más adelante en el ir logrando estas noticias, y para alcanzarlo, tuve por conveniente discurrir yo mismo sobre mi bufete en las materias de Estado, que son las que más deben saber los Príncipes y las que más les importan para gobernar con acierto el timón de esta nave de la Monarquía, tan dificultosa de ser bien gobernada. Con este fin hacía yo votos, como si fuera Consejero de Estado, sobre las materias más arduas y de más importancia que se ofrecían; pero ni en aquellos años fui tan poco cuerdo, que pre-

sumiese que, en tan corto tiempo, habría hecho tanto fruto con los papeles y libros que había leído, que me atreviese á remitir estos borrornos al Consejo, sin comunicarlos antes con secreto á personas de confianza mía; porque, viendo lo que me representaban sobre ellos, veía lo bueno y lo malo y elegía lo que me parecía más á propósito. Y en la edad más crecida, en la parte de comunicar, haré lo mismo; pues el Rey mi señor y mi abuelo, que era el más prudente príncipe que se ha conocido, lo hacía, como se ve en sus papeles originales; que, cuanto más se mira una cosa y más se oye sobre ella, es más cierto el buen suceso, y cuanto mayor importancia tienen las materias, tanto más necesario es hacer esto para elegir bien, que es nuestra suprema obligación.

Después de haber seguido estos pasos, empecé ya á hablar en público en los Consejos y juntas en que me hallaba, resolviendo algunas materias y discurrendo sobre otras. También enviaba papeles trabajados por mí y escritos de mi mano á algunos tribunales sobre materias de consideración é importancia, deseando que en todo se encaminasen los negocios al mayor servicio de Dios y bien de estos reinos que fuese posible; que esta es la verdadera obligación de un Príncipe y lo que debe ejecutar.

Después de los seis años de mi reinado, para

conseguir más enteramente el fin que tengo dicho, quise tomar trabajo de despachar por mí solo, y aun sin secretario que me las leyese, todas las consultas del Gobierno y provisiones de oficios y puestos de los Reinos que competen á estas Coronas; porque si bien en el principio de mi reinado hice la ley de los inventarios, de que se había de seguir gran provecho á las elecciones grandes, y para mí en el conocimiento de los sujetos, no sé por cuál razón, ó por ser causa común, nunca se ha podido conseguir el fruto de aquella ley (1); que en las materias de justicia no podemos apretar más que con mandar guardarla á los que profesan los derechos, y aun contra el propio dictamen es fuerza seguirles. En las provisiones eclesiásticas me he aconsejado siempre, como todos los reyes, con personas de satisfacción, doctas, religiosas y virtuosas, porque, en materias tan importantes y en que tanto se debe mirar, no me pareció justo ni seguro juzgar sólo de los sujetos, ni deliberar resueltamente en ellas. También remitía á Ministros de todo crédito y satisfacción las consultas de Estado de mucha importancia, y les pedía parecer sobre ellas, para que las resoluciones fuesen las más á pro-

(1) Esta ley debe ser la que prescribía que los funcionarios públicos hicieran inventario de lo que poseían al empezar á servir y de lo que atesoraban después.

pósito que los negocios pedían. En las provisiones de virreynatos y generalatos hacía lo mismo; que, consistiendo en su acierto el buen gobierno de toda la Monarquía, y siendo tan difícil y escondido el conocimiento de los sujetos, y siendo tan pocos los que hay para tales puestos, para elegir mejor siempre es necesario; y fuera cosa indigna de persona grande aventurar tal acción teniendo tan poca comunicación los reyes de España con sus vasallos, y no llegando siempre las individuales noticias de ellos, que son tan necesarias á nuestros oídos, por seguir sólo el dictamen ó noticia que dan las cónsultas, que por ventura no las hacen ángeles.

Tuve también por precisa obligación mía, y debida á mi lugar y piedad, para satisfacción y consuelo de todos mis vasallos, adquirir, demás de las noticias dichas, las lenguas de las provincias de donde ellos son, pues nunca pudiera acabar conmigo el obligarles á aprender otra para dárseme á entender, queriendo me hablasen en sus negocios, y quise tomar el trabajo de aprenderlas, porque ellos no le tuviesen en estudiar la mía, en que se ha fundado la parte de esta acción mía, en lo que mira á mis reinos de Italia, parte tan principal, grande y estimada de mi Monarquía. Y así aprendí y supe bien las lenguas de España, la mía, la aragonesa, catalana y portuguesa. No me satisface con solas

ellas, pues en comparación del dominio que posee esta Monarquía fuera de España, viene á quedar ella por una parte moderada, y así, por lo que poseo en los Estados de Flandes y por el deseo grande que tengo de visitar á aquellos vasallos tan estimados de mí, cuando las ocasiones me dieren lugar y este reino estuviere en estado de poderle dejar por un corto tiempo (aunque esto siempre será con la ternura que me causará apartarme de tan fieles hijos), traté de saber la lengua francesa, estudiándola y haciendo que continuamente me hablasen en ella algunos familiares de mi Casa que la sabían; modo que es, en mi juicio, muy provechoso para entender cualquiera lengua forastera. Con este curso llegué á alcanzar la noticia que yo quería de ella, que era entender á quien me hablase y hablarla medianamente. En hablar bien la italiana puse mayor fuerza, por lo que he dicho de los reinos que me tocan, y por ser aquella parte de Europa tan ilustre como se sabe, y haber salido de aquellas provincias tan grandes sujetos en todas profesiones, y también por ser la más usada y casi vulgar en Alemania y en todos los Estados hereditarios de ella, que por tantos títulos y tantas razones de sangre y públicas me tocan. Y confieso también que me pudiera mover ver tanto escrito, tan elegante y digno de ser leído, que, cuando no hubiera las razones

referidas, por sólo entender bien los libros italianos, se pudiera aprender la lengua con gran cuidado. Juzgué por lo más esencial para conseguir el saberla, no estando en edad ni ocupación de aprenderla desde sus principios medianamente, traducir algún libro, pues con este ejercicio se consigue gran noticia, y ningún otro camino hay que tanto aproveche para hacerse dueño de ella; y así me encerré con la historia de Guicciardini, en que escribe los sucesos de Italia desde el año de 1494 hasta el de 1532, y con un vocabulario muy aventajado de aquella lengua.

Hice elección de este autor por diferentes razones: la primera, porque le hiciera ofensa si diera la primacía á otro ningún historiador de Italia, y también por continuar las honras tan grandes y extraordinarias que le hicieron el Emperador y el Rey Don Felipe II, mis Señores abuelo y bisabuelo, no sólo á él, sino á sus descendientes, con lo cual me pareció acción de justificación en mí el proseguir las honras que le hicieran y aventajarlas sumamente; pues no hay duda en que él y todos tendrán por la mayor, como es justo, el verle traducido por mí, siendo tan incomparable á todo precio, é inestimable, la calificación y graduación que esto le dará en el mundo. Y no es duda que este historiador sea el más elegante, conciso y afec-

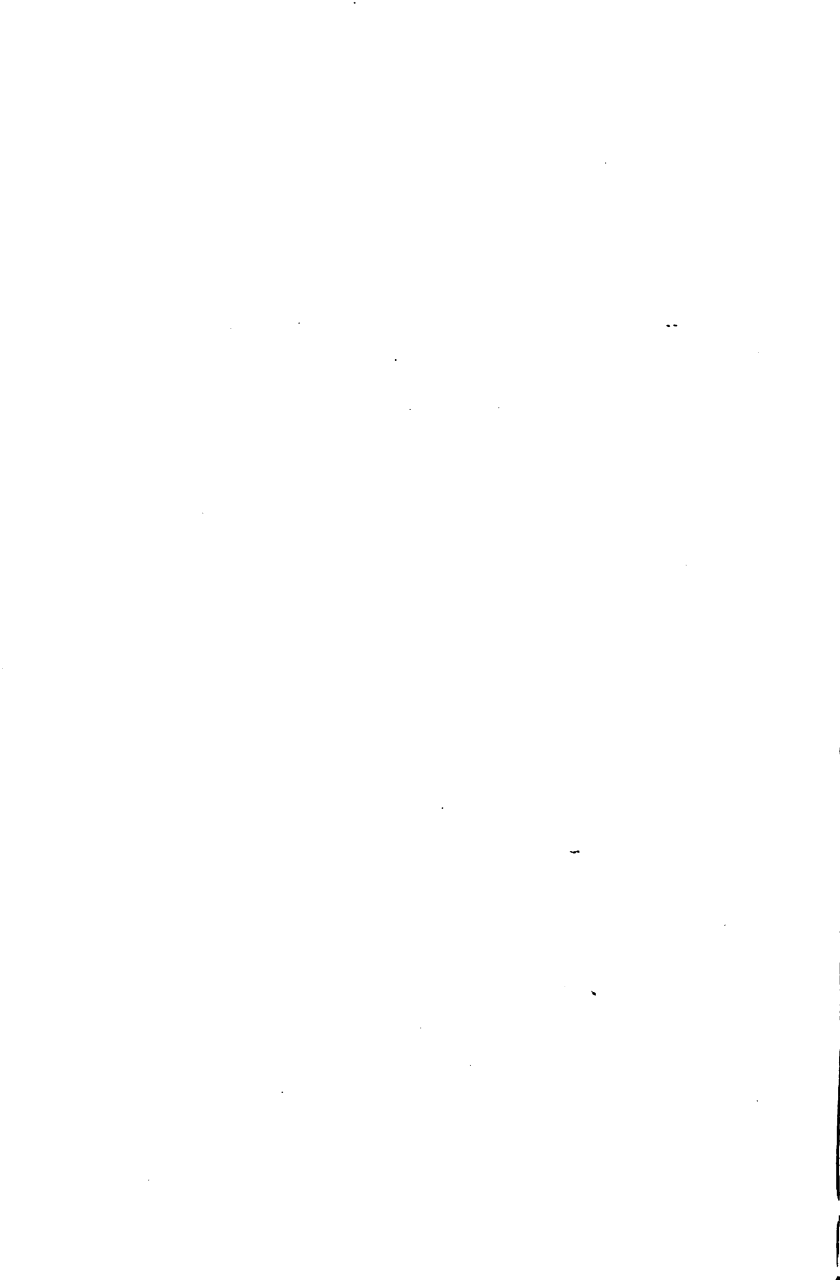
tuoso y de gran nervio, como lo afirman y asientan cuantos doctores han hablado en él. No intenté traducir toda la historia por ser muy larga y no prometerme tantos ratos desocupados como fuera menester, y también porque hay algunas traducciones de diferentes partes de ella hechas por diferentes personas, y no me quise embarazar en esta que estaba trabajada por otro. Por esto, sabiendo que los libros VIII y IX de los veinte que contiene su historia no estaban traducidos, los elegí para hacerlo, y confieso que me holgué que fuesen estos los que faltaban, porque las materias de que tratan son generosas, esclarecidas, nobles y dignas de que las sepan las personas que ocupan puesto semejante al mío, pues hallarán harto que aprender, para ejecutar, y harto de que apartarse y olvidarlo, si no es que, para huir de ello, sea mejor que quede siempre en la memoria. Movióme también á elegir esta parte, ver lo que se parecen aquellos tiempos á estos en que estamos, en la parte que mira á guerras, á ligas y á otros movimientos generales de Europa, que en estos doce años de mi reinado se han alcanzado, que, como he dicho, son, no sólo parecidos, sino que hay mucho que aprender de aquéllos, que observar y ejecutar en éstos. También me movió á hacer este trabajo y estudio parecerme que las diferencias de amistades de Principes de

aquellos tiempos á estos, y de máximas de Estado, ó errores de él, podrían ocasionarme, si el tiempo me diera lugar, á aumentar lo que he leído y traducido en estos dos libros de estas acciones, contraposiciones y observaciones; pues todas ellas son dignas y me convidan á que tome este trabajo, que puede ser de tanto provecho, para dar luz á los tiempos venideros y á mis descendientes, de noticias que tanto nos importan alcanzar para mejor gobierno universal de estos reinos y de los Estados que posee esta Monarquía; siendo tan importante la noticia de los casos, la observancia de quien tiene lo individual de las materias en la mano y en el pecho, para la enseñanza de los Príncipes, cuyo oficio es velar sobre todo con suma atención y con vigilante cuidado, atender con grande especulación á todas las cosas que dependen de su oficio para encaminar los negocios arduos y difíciles al fin que deben desear, en que consiste el buen gobierno de sus reinos y extirpación de los abusos y errores que hubiere en ellos, y leer en libros vivos y muertos, pues con las noticias que ellos dan se hacen pródigos para estarlo en cualquier suceso bueno y malo, y saber gobernarse en los presentes y en los venideros con el acierto que requieren las materias.

Y á todo lo que he dicho me ha movido principalmente el estudiar con vigilancia y primor

en este mi oficio que tanto importa saber con perfección, y para empezar á conseguir esto, me pareció preciso y justo ocuparme en las cosas que tengo dicho con la atención y cuidado que me ha sido posible, pero no con el debido para comprender enteramente tan importantes materias. Con esto he satisfecho á lo que apunté al principio, mostrando que, no sólo ha sido superfluo, sino menos de lo necesario, el tiempo que he ocupado en este estudio tan importante, como he mostrado; y concluyo con lo que importa más que todo, que es dejar al Príncipe, mi hijo, y á los demás que Dios Nuestro Señor fuere servido de darme, un vivo ejemplo y consejo práctico de cuánto deben trabajar, desde que empiezan á tener uso de razón, los que han de ocupar estas dignidades en el arte del gobierno, que verdaderamente es muy dificultoso y tiene mucho que saber, y así que aprender; y cuán necesario es que lean historias, pues hallarán en ellas gran ayuda y descanso para encaminar y disponer las materias que se ofrecieren en su reinado, y cuánto importa que estimen el saber y aprender, procurando vencer la poca inclinación de la tierna edad á los estudios con juzgar el provecho que les causará, cuando tengan más años, el tiempo que gastaron en ellos, y lo que les ayudará para tantas cosas como se les habrán de ofrecer.

También para que vean lo que deben honrar, después de las armas, que son la profesión más gloriosa y digna de la atención Real y de su favor, y, en segundo lugar y sin desunirlos, á los que saben y han sabido trabajar, y adelantarse en las buenas letras, estudios y artes; que estos dos polos son los que gobiernan todo el movimiento de las monarquías y los fundamentos en que estriban, pues juntas entre sí hacen una muy importante consonancia, ayudándose y dándose la mano en cuanto se ofrece. Y profesando y honrando estas dos columnas, que sin duda lo son de cualquier Monarquía, se pueden prometer aciertos grandes en las acciones, fines lucidos en las materias que se desean encaminar, y feliz gobierno de los reinos y vasallos que rigen y poseen.



PRÓLOGO.

Mi propósito ha sido traducir en lengua castellana la historia general que escribió Francisco Guicciardini, gentil hombre florentino, de las cosas que sucedieron en Italia desde el año 1494 hasta el de 1532, historia digna de toda alabanza y su autor benemérito de todo aplauso: el estilo con que está escrita es elegantísimo, la verdad con que se refiere todo lo contenido en ella grande y libre de todo respeto particular, cosa difícil de hallarse en todo tiempo, y por esto más estimada cuando se encuentra; el modo y juicio con que está dispuesta es admirable y no tan ajeno de malicia que haga desabrida su lección, pero usa también de ella y con tal arte en las partes que es necesaria, que es más digna de alabanza que de vituperio.

Los accidentes y sucesos que refiere por ventura son los más graves que se hallan escritos; pérdidas de reinos enteros en brevísimo tiempo; fugas de príncipes de sus dominios; mudanzas de Estados; muertes violentas en todo género de sujetos, sin que se librase de ellas la dignidad más suprema del suelo (¡oh justos juicios de Dios, que castiga justamente con los medios que se toman para obrar con injusticia!), guerras largas y muy sangrientas, infinito número de batallas y algunas tan reñidas y con tanto valor sustentadas por ambas partes, que se hizo dudoso si se debía más gloria á los vencedidos que á los vencedores (valerosos soldados, que hasta en la pérdida ganaron gloria); ligas y confederaciones entre príncipes, muchas guardadas inviolablemente y otras violadas sin hacer caso de juramento,

ni de la fe pública (como en semejantes tratados se ve hoy), pues en todos tiempos unos saben guardar lo que prometen y otros prometer lo que no cumplen; prisiones de reyes, de generales y de infinito número de hombres particulares; desobediencias de provincias; incendios de pueblos; sacos de ciudades, desde la primera en que reside el Vicario de Cristo hasta el lugar más inferior; si bien el desorden que sucedió en Roma se puede atribuir más á la insolencia y desenfrenada ambición de tanta multitud de luteranos y foragidos (que así se pueden y deben llamar los más que conducía Borbón en su ejército), que á las órdenes del Emperador; pues ningún autor escribe que la hubiese dado para semejante insulto, antes refieren muchos lo contrario, y es cierto que él, poco antes, había concluído paz con el Pontífice por medio de Carlos de Lanoi, virrey de Nápoles, é ido él en persona por orden del Papa, con gran riesgo de su vida, á detener la desordenada codicia con que venía el ejército contra Roma. No tenía intención de cooperar en este suceso, aunque fueron grandes las ocasiones que le dió Clemente con las confederaciones y ligas que hacía con sus enemigos para hacerle viva guerra, no como á Sumo Pontífice, sino como á Príncipe secular de Italia; que la Corona y Monarquía española, aunque vecina, sin razones y desfavores de la Sede Apostólica, ha estado y estaba siempre postrada á sus pies, con la sumisión y reverencia que se debe.

Sucesos grandes son los que contiene esta historia y es justo que se vean con particular atención y que se atienda con mucho estudio á aprender en esta escuela, tanto como se hallará digno de la noticia de todos y principalmente de la de los príncipes y personas, en cuyas manos ha puesto Dios gobiernos de provincias y de Estados, á los cuales pocas veces llega la verdad desnuda, y si ellos, por sí mismos, no la buscan en lo que está escrito, les será dificultoso hallarla.

También verán los escollos de que deben huir, en que naufragaron en aquellos tiempos por diferentes fines particulares tan grandes sujetos, y sabrán apartarse de los medios que les llevaron á este precipicio y juntamente seguir las huellas de tan ilustres príncipes, que les guiaran á tomar puesto manso y sosegado en que, por más borrascas que corran, se verán libres de cual-

quier riesgo y acertarán al gobierno de lo que les tocara, con felices sucesos, si encaminan sus acciones al verdadero fin que se deben guiar; pero si materias de Estado injustas ó intereses particulares de príncipes (como muchas veces sucede) hacen olvidar de la primera obligación, todo se desencamina; los sucesos que al principio tuvieron apariencia de dichosos, al fin serán infelices para mayor castigo y confusión de quien procede mal; no les saldrá bien intento alguno; cualquier acción se deslucirá en sus manos, y, si no vuelven sobre sí y obran como deben, se verán cercados de desdichas y miserias, de que hay tantos ejemplares, como se sabe en las historias humanas y divinas.

No se puede negar que esta provincia de Italia es sumamente ilustre, pues no ha bastado á hacerla decaer de su esplendor, haber sido desde tiempos tan remotos asiento y silla de casi todas las guerras de Europa, que, como está dividida en tantos potentados, y ha habido los más de los tiempos disensiones entre ellos, se han encendido fácilmente alborotos que con dificultad se han extinguido; mas la fertilidad de esta provincia la ha sacado libre de tantas calamidades y trabajos como ha padecido por tan largo curso de tiempo.

No me maravillaría que, siendo tan diferentes los entendimientos de los hombres y tan diversas las opiniones que aprenden, haya algunos que les parezca que no tocaba al autor de esta traducción el haberse ocupado en este trabajo voluntario cuando tiene tantos precisos á que acudir, pero juzgo que habrá muchas más razones que favorezcan su intención que la curiosidad de los que pusieren objeciones á esta acción tan sin ejemplo.

Nadie me podrá negar que el saber y cobrar noticias de lo pasado deje de ser bueno, principalmente para los príncipes que deben atender con gran estudio y vigilancia á todo lo que les habilitare para el gobierno de sus reinos; y que leer historias y desmenuzarlas tanto como es necesario para una traducción deje de aprovechar infinito, es proposición sin respuesta, y más cuando juntamente se adquieren las noticias que tanto se desea saber y se hace uno práctico en una lengua tan copiosa como la italiana, y necesario que la sepa quien posee tantos Estados en aquellas provincias. Se-

gún lo referido parece que no pueden subsistir las razones que se trajeren contra esto, si bien la mayor y más fuerte que á mi juicio se puede alegar, es que es preciso que en esta obra se haya ocupado mucho del tiempo que se debía emplear en acudir á lo que precisamente se debe. Cierto que á la primera luz hace gran fuerza esta razón, pero si los ratos que es debido permitirlos al descanso y ocuparlos en cosas indiferentes se gastaran en este estudio, quitando del reposo lícito por no gastar en esto un momento del tiempo que se ocupa en la obligación forzosa, parece que antes se debe agradecer y aplaudir esta acción que buscar sombras con que obscurecerla, y más cuando la intención del autor es sólo trabajar sin admitir los alivios permitidos, justos y necesarios en todo lo que juzga que es á propósito para poder sustentar tanto peso como carga sobre sus hombros, para dejar á la posteridad ejemplo del desvelo con que se debe acudir á tanta obligación y para acertar á salir bien del empeño en que Dios Nuestro Señor le puso cuando le encargó el gobierno de tan grande y dilatada monarquía.

VIDA

DE

FRANCISCO GUICCIARDINI

ESCRITA POR

S. M. EL REY D. FELIPE IV.

La familia de los Guicciardini ha estado siempre en el número de las familias antiguas y nobles de la ciudad de Florencia, y en el tiempo que aquella ciudad se gobernaba como República fué siempre honrada con las dignidades y honores de que solían ser graduadas todas las casas nobles; y porque las principales dignidades eran el ser alférez mayor de la justicia, de señores de colegios, de dieces y de semejantes magistrados que gobernaban la ciudad y siempre se daban en primer lugar á las personas honradas y de mayor crédito, por la muchedumbre de aquellos que fueron elegidos alféreces mayores ó de señores, de la casa de Guicciardini, se puede conocer que aquella familia ha estado siempre en mucho crédito en aquella tierra. Ha tenido la casa Guicciardina quince veces la dignidad de alférez mayor de la justicia y cuarenta y una del número de señores; el primer alférez mayor fué Simón Tucio Guicciardini, que poseyó este oficio el año 1302. Esta digni-

dad había tenido principio pocos años antes, como fué, después de la jornada de Cuapaldina, que sucedió entre los florentinos y los de Trezo cerca del año 1282; y el primero que fué sacado de los señores de la misma casa fué el mismo Simón de Tucio, que en el año 1305 consiguió este grado.

Por este número de personas que han alcanzado estas dichas honras se puede comprender que la dicha familia ha sido muy estimada en aquellos tiempos, pues ha tenido más alféreces mayores y más señores que todas las otras familias de aquella ciudad (fuera de cinco), como se ve en los libros llamados Riorittes de la ciudad de Florencia.

Muestran también la nobleza y antigüedad de esta casa las fábricas que hicieron de sus propias habitaciones puestas en la calle que toma el nombre de su familia; son muy honradas y fabricadas con aquella arquitectura que se usaba antiguamente y que pedía el estado de la ciudad por respeto de los bandos y guerras civiles que la trabajaban mucho en aquellos tiempos, y también se puede ver en la fábrica de la iglesia y monasterio de Santa Felicitas, fabricado por ellos cerca de sus casas.

Siempre ha tenido esta familia hombres muy aptos para el gobierno de las cosas públicas, de donde los escritores de historia han estado obligados á tener honrada memoria de ellos por mostrar su valor. Por esto algunos que han escrito la historia de Florencia describiendo el estado inestable de la República florentina en el tiempo que estaba trabajada de las guerras civiles, de los tumultos y sublevaciones del pueblo contra los nobles, hacen mención de Luis Guicciardini, que era en aquel tiempo alférez mayor de la justicia, como del ejemplo de un hombre en cuya persona se mostraba la inestabilidad popular; pues que en un mismo tumulto del

pueblo, en un mismo día y en un mismo sujeto se ve unido juntamente el beneficio y la injuria, porque el pueblo, yendo alborotado á las casas de Luis sobredicho, las pegó fuego, y apenas fueron abrasadas, que él, mudado como es su costumbre, de opinión, eligió al sobredicho Luis, con mucho aplauso, por Caballero. Esta dignidad ha estado en muchas de aquellas familias, y en aquellos tiempos era de gran consideración en aquella República.

Han salido también de esta estirpe hombres no menos valerosos que expertos en las cosas de la guerra, y aunque yo pudiera hacer honrada mención de Pedro y Juan Guicciardini, al uno de los cuales, que era Pedro, favorecía Cosme el viejo de Médicis y Juan su hermano seguía la parte de Reinaldo de Albici, contrario á Cosme, por no mostrar querer hacer una descripción particularmente de todos, diré sólo que, como pedían á Juan el dicho Reinaldo de Albici y Palla Estroci que saliese fuera con sus soldados el día determinado para la opresión de Cosme, él les respondió que en aquella empresa no le parecía que haría poco si pudiese detener á Pedro su hermano para que no saliese á la defensa de Cosme, de donde se ve que el uno y el otro eran los primeros de las facciones.

Volviendo, pues, á los hombres de esta familia más propincuos á monseñor Francisco, digo que entre ellos es muy celebrado Jacobo Guicciardini á quien hicieron comisario del ejército florentino en el tiempo que el Papa Sixto IV, dando favor á la conjuración de los Papos contra los Médicis para mudar el estado de la República, le perseguía no menos con las armas espirituales que con las temporales; mas no saliendo la conjuración conforme al deseo del Papa y de Fernando de Aragón, rey de Nápoles, porque en ella Lorenzo de Médicis quedó vivo y todos los conjurados fueron vergon-

zosamente muertos ó castigados de diferentes maneras, quisieron por esto el Papa y el Rey probar si harían con las armas lo que no habían podido hacer con la conjuración, y así, enviando los dos ejércitos á la Toscana, el del rey hacia Siena y el del Papa por el camino de Perusa, procuraban acometer el Estado florentino. La República, habiendo juntado sus fuerzas, hizo comisario del ejército al sobredicho Jacobo, el cual rompió sobre el lago de Perusa, con mucho honor suyo, al ejército eclesiástico; habiendo conocido primero con bonísimo juicio las razones por donde los enemigos habían tomado osadía para hacer su alojamiento junto tres millas del ejército de los florentinos. Esta rota sucedió el año de Nuestro Señor de mil y cuatrocientos y setenta y ocho, y dos años antes había conseguido él mismo la dignidad de alférez mayor de justicia. Continuando aún en la misma comisaría, le encargó su República la guerra contra los genoveses por razón de Serezana el año mil y cuatrocientos y ochenta y seis, y habiéndose alojado entrambos ejércitos junto á Serezanelo, el cual estaba muy apretado de los enemigos, presentó la batalla á los genoveses que, no rehusando el combate, se vino al hecho de las armas, donde, por la prudencia y disciplina del comisario, quedaron vencedores los florentinos con suma gloria de Jacobo, que gastó toda su vida en semejantes ejercicios públicos por el beneficio de su patria.

Este Jacobo después de sus días dejó un hijo solo llamado Pedro, su padre le ejercitó en los primeros años en los estudios y en la crianza que deben ser propios de un caballero que nace para atender al gobierno de su patria; así salió tan bien disciplinado que, llegando á ser hombre de singular bondad y adornado de muy buenas letras, retiene en el ánimo la severidad que siempre ha sido propia y particular condición de aquella

familia. Ejercitóse mucho en los negocios principales y públicos de la ciudad. Dentro y fuera tuvo cargos honrados, porque en casa fué tres veces uno de los señores en los años ochenta y cuatro y ochenta y nueve y noventa y siete; fuera, fué enviado á embajadas de importancia, como fué la del emperador Maximiliano, cuando estaba en el asedio de Padua, y la del papa León X en su creación, á quien se dió el cargo de hacer la plática, que fué llena de todas las partes y adornada de los colores con que se debe adornar y llenar un razonamiento bien compuesto, y él le dijo con tan gran gravedad y con tanta gracia que, con sumo aplauso de los que le oían, se dijo que sola la ciudad de Florencia como hija de Roma paría verdaderos oradores.

Vuelto Pedro á la patria, vivía con la integridad y bondad natural de que siempre había hecho profesión, y aunque tenía á su cargo familia, no curó jamás de querer aumentar el poder ó verdaderamente enriquecerla por caminos que pudiesen perturbar la quietud de su conciencia. No quiso jamás consentir que monseñor Rinieri, que fué hijo natural de monseñor Luis, obispo de Cortona y arciano de Florencia, que era viejo y enfermo, renunciase en uno de sus hijos su iglesia, que era de valor de mil y quinientos ducados de renta, aunque monseñor Rinieri hizo grandes esfuerzos para persuadirselo y mostrarle que este era un medio para mantener en reputación su numerosa familia de cinco varones y seis hembras. Estos sus hijos, si bien era rico, así por el dote de las hijas como también por la división de bienes que se hubiera podido seguir entre ellos, quedarían pobres; pero quería perder antes la utilidad y la esperanza de hacer á uno de sus hijos gran prelado, que manchar su conciencia con haberle hecho clérigo por codicia de hacienda ó por ambición de grandeza de estado.

Vivió Pedro cincuenta y nueve años, mostrándose siempre á toda la ciudad como un ejemplo de integridad y prudencia y como un espejo en que relucía el modo de vivir de verdadero y moderado gentil-hombre, pues en él no se vió nunca la inquietud que suele haber en los ánimos codiciosos de mandar, no rehusó nunca los trabajos ni los honores que las Repúblicas bien ordenadas suelen repartir entre los gentiles hombres á quienes juzgan por á propósito para gobernar y regir á otros. Después de su muerte, que fué el año mil y quinientos y doce, quedó de él una bellissima generacion; la cual, criada del padre en los estudios que suelen hacer perfecto el ánimo de un hombre y enseñada con el ejemplo de sí mismo con una vida inocente y templada, pudieron fácilmente alcanzar doctrina y bondad, y añadidos á estas cosas los documentos del padre y las enseñanzas cerca del gobierno de cosas públicas, pues él hablaba y discurría muchas veces con ellos en cosas tocantes al gobierno y á la materia de los Estados, alcanzaron fácilmente la práctica de la República y de tratar los negocios que en la paz y en la guerra deben estar puestos sobre las espaldas de los ciudadanos que gobiernan.

Los hijos fueron estos cinco: Luis, Jacobo, Francisco, Bougiani y Jerónimo. De Luis, que fué el mayor, nació monseñor Nicolás, doctor excelentísimo de leyes, el cual, leyendo en Pisa y teniendo la primera cátedra, dió muestra de sí de hombre letrado y de buen juicio. Después de haber tenido en su patria todas las dignidades que le estaban bien, fué enviado últimamente por embajador al papa Paulo IV para dar la obediencia á Su Beatitud y se le cometió la oración, que la dijo con suma gracia y maravilla, no menos del Papa que de los circunstantes. De este Nicolás nació monseñor Pedro, también doctor en leyes y persona muy honrada; que

hoy día es auditor de Rota en Roma, donde ejercita aquel oficio con mucha satisfacción de quien tiene que negociar con él.

De Jacobo, aunque era de ánimo flojo, tenido por bueno, se puede hacer honrada memoria, pues le empleó su República en negocios públicos y embajadas de importancia, como fué la de la república de Siena, la que hizo á Hércules, duque de Ferrara, en el año mil y quinientos y veinte y nueve, cuando Florencia estaba asediada, y la del papa Clemente VII, en el mismo año, para acomodar las cosas entre la Santidad y la República; murió Jacobo muy viejo y dejó algunos hijos, entre los cuales vive hoy monseñor Angelo el mayor, muy amado y apreciado del duque de Florencia, empleado en muchos gobiernos importantes, y finalmente le ha hecho comisario de todas sus gentes de guerra, que es cargo muy honrado; hale ejercitado y aun le ejercita hoy con mucha prudencia y satisfacción de su príncipe.

Jerónimo, que fué el último de los hijos de Pedro, fué solo sin letras, pero dotóle la naturaleza de tan bello ingenio y juicio, que podía caber en el número de los entendidos é ingeniosos por arte. Este buen natural suyo fué ocasión que fuese empleado en negocios de importancia. En el año de mil y quinientos y cuarenta y dos hizo su residencia cerca de Carlos V, con cargo de embajador enviado del duque Cosme, para tratar con Su Majestad, demás de los otros negocios, de la recuperación de las fortalezas de Florencia y Liorna, las cuales, en el tiempo de su embajada, alcanzó Su Excelencia. Fué después enviado por el mismo Duque á dar la obediencia al papa Julio III con otros embajadores, y demás de la dignidad de caballero que le dió Su Santidad, le honró con muchas mercedes. Murió de edad de cincuenta y seis años, con no menor sentimiento del

mismo Duque (á quien era muy afecto) que de toda la ciudad; dejando después de sí sólo un hijo llamado Angelo Guicciardini, aquel que ha sacado á luz la historia del tío á quien, por sus raras calidades, ha dado el duque de Florencia siempre cargos honrosos y le ha empleado en embajadas muchas veces. La primera fué cuando le envió á dar la obediencia á Pío IV. La otra cuando fué á Francia á condolerse de la muerte de Francisco, segundo de aquel nombre, y á congraciarse con el presente rey Carlos IX de haber entrado en el reino. La tercera ha sido al presente Pío V, siéndole cometida la oración como propia á aquella familia, de que salió tan maravillosamente como se esperaba de él.

De Bougiani no me ocurre hacer larga mención; sólo basta decir que él, por su indisposición natural, viviendo sin mujer, atendió más á mantenerse en vida larga que abreviarla con querer dejar hijos después de sí.

De este Pedro y de madama Simona de Juan Filiaci nació monseñor Francisco Guicciardini, escritor de la historia de Italia de sus tiempos, escrita por él, no menos con gravedad y belleza de estilo, que con integridad y fidelidad de las cosas que sucedieron. Nació á seis de Marzo de mil y cuatrocientos y ochenta y dos, y educado del padre en las costumbres que están dichas arriba, le hizo atender en los primeros años á las letras de humanidad, con las cuales atendió también á los principios de la lengua griega, si bien después, ó por no agradarle aquella lengua ó porque juzgase que no le debía ayudar mucho para los estudios de las leyes, no la siguió. Trabajó también en los estudios de la lógica, pues sin ella mal se pudo argumentar en el derecho canónico y civil, y en todos los estudios á que atendió con atención, hizo maravilloso fruto. En llegando á edad de diez y seis años, comenzó á oír derecho civil en la ciudad de Florencia de monseñor Orma-

noco Deti y de monseñor Felipe Decio, que eran en aquella edad dos doctores famosos. Oyólos por espacio de tres años; después de este tiempo, dudando Pedro, su padre, que en Florencia no naciese alguna revolución de Estado, por ver que Pedro y Julián de Médicis, que estaban bandidos de la ciudad, tenían un séquito de amigos y de parientes que, por cualquiera ocasión que se les representase, habían de procurar volver á ella, ó cierto movido de la persuasión de que un mozo hacía más fruto en los estudios en las escuelas de fuera que en las de la propia patria, y que se alcanza más plática de las cosas del mundo tratando con los forasteros que con la continua costumbre de sus propios compatriotas, le envió á Ferrara, donde se detuvo solamente un año, porque no satisfaciéndose de los doctores de aquel estudio, se fué á Padua. Allí estuvo tres años continuos debajo de la disciplina de monseñor Felipe Decio y de monseñor Carlos Ruini, que eran entonces los mejores doctores en leyes que había en toda Italia. Después, habiendo vuelto á Florencia, se doctoró en el capítulo de San Lorenzo en el colegio del estudio pisano, reducido pocos años antes á aquella ciudad por haber perdido á Pisa los florentinos, y, apenas fué hecho doctor, cuando la Señoría le condujo á leer la instituta en aquella ciudad; siendo entonces de edad de veintitrés años y conociendo que tenía gran crédito y que los doctores estimados sacan grandísima utilidad y reputación del oficio de abogado y de consejero, entró por eso en la abogacía, con mucho concurso y frecuencia de negociantes.

El año después, que fué el de mil y quinientos y seis, se casó con María, hija de Alamano Salviati, que era uno de los principales y más honrados ciudadanos de Florencia, en cuyas manos en la última guerra de Pisa se hallaron las condiciones del acuerdo entre los floren-

tinios y los pisanos, mientras que era comisario del ejército florentino que estaba alojado, la una parte de él, en San Pedro in Grado. Atendiendo al mismo oficio de abogar y aconsejar, se comenzó á hacer conocer por consejero sincero y por abogado entero, continuando así hasta el año mil y quinientos y doce. Se conoció su valor por lo universal de los ciudadanos, y así le juzgaron por digno de ser empleado en otros negocios que en pleitos particulares y en consultas de poco momento. Por tanto, mientras que Italia estaba oprimida de las armas de los ultramontanos que, combatiendo entre ellos á modo de competidores amartelados, desfogaban sobre su cuerpo sus inmoderados apetitos, y mientras que los florentinos estaban en duda de entrar en la liga del rey de Francia contra Fernando, rey de España, ó todavía, por estarse neutrales, juzgando que Francisco Guicciardini, aunque mozo (y conforme las leyes de la patria), inhábil para ejercitar cualquier magistrado, era merecedor por sus buenas calidades de ser empleado en negocios públicos, le enviaron por embajador al rey de Aragón. No aceptó de muy buena gana esta embajada, así porque le parecía que alcanzaba mucha reputación y calidad en el ejercicio de abogado, como también porque consideraba que su ausencia era ocasión de apartarle los negociantes. Estando suspenso si aceptaría ó no, persuadido finalmente de Pedro su padre (que entonces era comisario en Montepulciano) la aceptó, pareciéndole á Pedro que la embajada del hijo era cargo muy honrado, así por la calidad digna del rey D. Fernando, como por las cosas que se habían de tratar, y también la juzgaba digna por su edad, como se ha dicho, porque tenía entonces veintinueve años y no había memoria en aquella ciudad que ninguno tan mozo hubiese jamás sido empleado en embajadas.

Partió de Florencia en el mes de Enero del año mil y

quinientos y doce, y, con feliz viaje, llegó á Burgos, donde entonces se hallaba la Corte, y asistiendo dos años á aquel Rey, trató honradamente todos los negocios de su República, los cuales fué necesario que fuesen de grandísima importancia, pues que, en el tiempo de su embajada, sucedieron en Italia rotas notables, como fué la de Rávena, donde el rey de Aragón tenía, á cargo de Pedro Navarro, buen número de gente; el saquear á Prato los españoles, soldados del mismo Rey; la deposición de Pedro Soderini, que había sido alférez mayor en vida, y la reformation del Estado de Florencia, procurada y favorecida del mismo rey de Aragón, con la restitución de la familia de los Médicis, que en aquel tiempo parecía que se quería alzar con la libertad de la patria. De haber estado él en aquella corte y no haber enviado la ciudad nuevos embajadores por ninguna urgente ocasión, se puede hacer conjetura que trató en nombre de su ciudad con aquel Rey todas las cosas importantísimas con mucha satisfacción de todos; fué también muy favorecido y bien visto de aquel Rey, el cual, á su partida, le dió plata de valor de quinientos escudos, y creyendo que había satisfecho en aquel oficio á sus ciudadanos, se volvía muy contento á la patria. No pudo gozar entero este contento, porque, en llegando á Florencia, tuvo aviso de la muerte de su padre Pedro, con gran dolor y quebranto de su ánimo, pues deseaba (como es costumbre de quien ha hecho alguna grande empresa) conferir con él lo que había obrado en su embajada.

Fué recibido en Florencia de toda la ciudad con gran honra, donde habiendo estado poco tiempo, le llamó el papa León X para servirse de él, y le empleó en el gobierno de diversos lugares. Envióle después el mismo Papa al gobierno de Módena y de Rezo, donde, habiendo estado algunos años, le fué fuerza mostrar que

también tenía conocimiento del gobierno de un lugar en tiempo de sospecha; pues habiéndose concluído la liga entre el Papa y el Emperador contra el rey de Francia y queriendo él guiar primero el negocio con astucia que con manifiesta guerra, trataban con los foragidos de diversos lugares echar los franceses, y particularmente se había de hacer esto en la ciudad de Milán. Pero llegando alguna noticia de esto por medio de Federico de Rozolo á monseñor del Escudo, que tenía en Italia la autoridad de su hermano que había ido á Francia, se resolvió de ir á Rezo, esperando por algún yerro ó miedo del gobernador, mal práctico (como él creía) en las cosas de la guerra, prender á los foragidos ó apoderarse de Rezo. El Guicciardini había hecho con mucha presteza tan gran provisión, que el Escudo, con su peligro grande, conoció que el gobernador no era tan poco práctico como imaginaba.

Cuán excelentemente se portó en la defensa de Parma, después de la muerte del papa León, se lee tan claramente en su historia, que el querer extender aquí los sucesos de aquella defensa, sería (como se dice por refrán) un hacer lo hecho; pero á lo menos es bien digno de consideración cerca de estas dos partes, que esta defensa se hizo en tiempo de Sede vacante, en el cual no parece se hace servicio á ninguna persona, y que fué menester que se sirviese de un pueblo amedrentado y desarmado, en donde, como se sabe, ordinariamente no se puede hacer, por su inestabilidad, ningún fundamento.

Conservó aún los mismos cargos debajo de Adriano VI, á quien, descubriendo los designios de Alberto Pío de Carpi, en quien había puesto el Colegio de los cardenales la guarda de Rezo y Ruviera, antes de su venida á Italia, y por hacer novedad, se servía del medio de Renzo de Ceri, fué ocasión que le quitasen aquel go-

bierno. Inmediatamente después de la muerte del Papa, se descubrieron los fines y designios de Renzo y de Alberto, que no pudieron estar más escondidos.

El año mil y quinientos y veintitrés fué hecho Sumo Pontífice el cardenal Julio de Médicis, nombrado Clemente VII en su pontificado retuvo los mismos gobiernos y le ocupó en cargos de importancia; en particular le hizo presidente de la Romaña, con suma y plena autoridad. Este cargo, en aquellos tiempos, era no menos de mucho trabajo que de mucho peligro, respecto de las enemistades civiles de los lugares que estaban divididos en bandos debajo del nombre de güelfos y gibelinos. En este gobierno procedió muy excelentemente, pues no sólo tuvo enfrenados aquellos pueblos feroces y casi indómitos, sino también adornó diversos lugares públicos de diferentes villas con fábricas y ornatos no menos acomodados que hermosos; los cuales retienen esculpido su nombre para perpetua memoria de su administración.

Honróle también con el grado de lugarteniente de su ejército. En este oficio hizo conocer á todos los primeros capitanes de Italia y ultramontanos que era hombre de valor y práctico, no sólo de gobiernos civiles, sino también de regimientos militares. Cuán diestro y pronto fuese de consejo y de ingenio, lo mostró en la ciudad de Florencia, en aquel peligroso tumulto que se levantó acaso, mientras que el campo de la liga que seguía Borbón, que iba la vuelta de Roma, estaba dentro. En este tiempo la ciudad estaba para ser saqueada y para quedar muerta toda la nobleza florentina que se había puesto á la defensa del palacio; pues hablando á Federico de Bozolo, que salía fuera del palacio de los señores enojado é iba á persuadir al duque de Urbino que le era muy fácil la expugnacion de aquel lugar, le mostró con breves palabras cuán gran injuria se hacía al

Papa con poner en desorden su ciudad y cuán gran detrimento traería esta determinación á las cosas comunes y á la Señoría que era entonces (de la cual era alférez mayor de justicia Luis Guicciardini su hermano). Supo, juntamente con Federico, persuadir también que se deshiciese el tumulto y desamparase la defensa del palacio; que quietas todas las cosas, se libró la ciudad aquel día por su consejo de un extraordinario y muy dañoso accidente.

Después le envió este mismo Papa por gobernador de Bolonia, la cual, por ser habitada de pueblo feroz y amigo de las armas, había menester persona que administrase justicia indiferentemente y en parte quitase y resfriase el orgullo y ardor de muchas familias nobles que, confiándose en la muchedumbre y braveza de sus secuaces, hacían por la ciudad muchas cosas con que la tenían inquieta y perturbada. En tomando el dicho gobierno, moderó en parte la autoridad del Magistrado de Cuarenta. En poniendo esto en orden, empezó á hacerse temer mucho porque ejecutando rigurosamente la justicia, sin respeto de los nobles ó grandes de aquella ciudad, obró de manera que las insolencias de los que tenían placer de tenerla inquieta y perturbada, ó fué castigada públicamente, ó en particular, con amenazas, remitida. Sucedióle hallarse, en la muerte de Clemente, gobernando la dicha tierra. Podía justamente en este tiempo dudar de sí mismo, por haber sido severo y haber guardado poco respeto en el administrar justicia, y temer algún peligroso tumulto, así como suele acontecer en la muerte de los Papas en aquella ciudad. Todavía con ánimo grande, se estuvo también quedo en el gobierno de ella; y habiendo, por obviar los tumultos que podían nacer en Sede vacante, tomado á sueldo mil infantes y puéstolos en la guarda de las puertas y de las partes principales de la ciudad, la

tuvo quieta, como estaba antes de la muerte del Papa, ejercitando la misma severa justicia, aunque la familia de los Pepoles, cabeza de una de las facciones y acostumbrados á vivir en tiempo de Sede vacante como Príncipes de aquella tierra, reclamasen y le hiciesen alguna resistencia; pero él, sin respeto de aquella familia, ni de su poder, había hecho prender dos foragidos sus soldados y los hizo ahorcar, á los cuales, en la muerte del Papa, los habían llamado de Bolonia.

Después de algunos días se eligió el nuevo Papa, y el Guicciardini, sabiendo que se le había dado sucesor en el gobierno, y viendo la ciudad quieta, determinó partirse, y aunque los Pepoles, como ofendidos de él por la muerte de sus soldados, le amenazaban con quererle ofender en su partida, con todo eso, se fué á medio día acompañado de pocos caballos ligeros, demás de su acostumbrada familia, y porque yendo por el camino ordinario era fuerza pasar cerca de las casas de los Pepoles, no quiso mudar camino, antes atrevidamente siguió su viaje. Los Pepoles no hicieron ningún movimiento, como creía casi toda la ciudad, y se volvió á Florencia, donde estuvo hasta su muerte.

Alegróse mucho el duque Alejandro de Médicis con la vuelta de monseñor Francisco á la patria, pues le amaba y tenía como á padre y estaba con él y con toda la ciudad en gran reputación y crédito; y porque era siempre factor y amigo de la casa de los Médicis y sabía cuán inclinado era el ánimo de un príncipe mozo á gastar y á vivir licenciosamente, por eso no atendía más que á moderar los gastos del Duque y á templar la grandeza de su espíritu, que siempre estaba lleno de nobles conceptos y alguna vez muy altos. Fué necesario al dicho Duque ir á Nápoles á besar la mano á Carlos V; por esta causa llevó al Guicciardini, junto con Mateo Strozi, Roberto Acciayoli y Francisco Vito-

ri, y en las controversias y trabajos que el duque tuvo en aquella corte por razón de los foragidos florentinos, se valió grandemente de su autoridad y consejo. Después que hubo vencido muchas dificultades se volvió á Florencia, teniendo en suma veneración á monseñor Francisco, así por sus raras calidades, como también por las obligaciones frescas en que le parecía estaba; por lo que le defendió en Nápoles contra los foragidos.

Muerto el duque Alejandro de aquella no esperada y violenta muerte que todos saben, entre los primeros ciudadanos que llamó el cardenal Civo para la consulta secreta de lo que se había de hacer en un caso tan súbito, urgente y peligroso, fué uno el Guicciardini, el cual, oyendo con gran tristeza de ánimo lo que decía el cardenal de la muerte del Duque, y diciendo que, entre dos extremos peligrosos, era menor mal tomar un medio, sin arrimarse á la una ni otra parte; que precipitarse no favorecía nada á los que pedían el gobierno de César por ministros imperiales, hasta que el hijo natural del duque Alejandro tuviese edad de gobernar, ni á los que pedían el regimiento libre y civil, y viendo en suma que no podía pedir un gobierno de nobles (como quizá era su ánimo) se resolvió de contentarse que Cosme de Médicis, el cual estaba incluido en la capitulación hecha entre César y los florentinos, en caso que Alejandro, Hipólito y Lorencino de Médicis muriesen sin legítimos herederos, sucediese como propincuo al Duque muerto en el gobierno de Florencia. Así, por su consejo y consentimiento de cuarenta y ocho ciudadanos, señalados después del asedio por gobernadores del Estado, fué elegido por señor y después por duque de Florencia Cosme de Médicis, con quien monseñor Francisco había tratado (antes que llegase al Ducado) casar una hija.

Con este príncipe mantuvo también su misma gra-

vedad y reputación, no trabajando en las cosas del Estado sino cuando se le pedía; deseando sumamente reducirse á la quietud y dar fin á tantas incomodidades y trabajos que habían durado ya por espacio de tantos años y también para poder dar perfección á la historia de que tenía gran deseo. Mientras que él se aparejaba para emplearse en una vida quieta y apartada de todas las perturbaciones y negocios fastidiosos, le pidió á boca el papa Paulo III, cuando pasó por el Estado de Florencia para abocarse con Carlos V y después por continuas cartas y persuasiones del cardenal Ruberto Puci, que fuese á servir á Su Santidad con pactos y condiciones honrosísimas y utilísimas. No las quiso aceptar por estar (como he dicho) vuelto todo á la vida quieta y también por considerar que, no habiendo entre el duque Cosme y el Papa mucha inteligencia y que podían nacer entre ellos ocasiones de manifiesta enemistad, de donde no se conseguiría, de servir al Papa, sino que le tuviesen por sospechoso cerca del Duque, juzgaba que no era conveniente servir á un príncipe enemigo de su señor. Demás de estas razones le quitaba el deseo de cansarse más considerar que no tenía hijos varones, y el tener mujer le quitaba la esperanza de poder subir al grado de prelación; y así el un pensamiento le prohibía el trabajar para ganar, y el otro le desviaba del aspirar á dignidades eclesiásticas. Por esta razón, cortadas en la mitad todas estas pláticas, vivía lo más del tiempo en una quinta suya muy quietamente, atendiendo con sumo estudio á tejer la tela de su historia bien urdida. Mientras que estaba cerca del fin, la muerte, envidiosa de que un tan gran escritor nos dejase memoria de las cosas sucedidas en los tiempos modernos, acabó su vida en Mayo del año mil y quinientos y cuarenta con una calentura maliciosa, siendo de edad de cincuenta y ocho años. Por esta ocasión nos dejó imperfecta la

historia, porque su ánimo era, si vivía, seguir desde la creación de Paulo III hasta que Dios le hubiese alargado la vida, en cuyos tiempos han sucedido (como todos saben) muchas cosas dignas de memoria.

Cuanto á la disposición del cuerpo, fué de estatura grande; tenía las espaldas algo gruesas, la cara no muy buena y la presencia venerable y grave; fué de compleción muy gallarda, pero los trabajos de los estudios y de negocios le acababan, á los cuales era tan inclinado y los ejecutaba con tanto fervor, que muchas veces se privaba de la comida y del sueño, por cuya causa se había hecho malsano. Dotóle la naturaleza de ingenio velocísimo y alto, de juicio raro y de memoria tenaz y profunda. Fué elocuentísimo en el discurrir, en el persuadir eficaz, y prudentísimo en el consultar, mayormente cuando había de aconsejar sin respeto de personas.

Fué hombre enterísimo é incorruptible, de manera que, en los casos pertenecientes á hacer demostración de justicia, no había pensar sobornarle con ningún género de dádivas y siempre se encontró amador del bien público. No le faltaron también las virtudes del ánimo, pues fué muy religioso y dotado de bonísimas y santísimas costumbres. Fué de naturaleza colérico é iracundo; mas no por esto licencioso de lengua, y cuando tenía el ánimo quieto y asentado, se mostraba muy apacible y gèntil. No fué muy amador de chistes graciosos y mayormente en razonamientos de importancia; diciendo que, así como no era conveniente en un concierto de mujeres honestas llamar á una pública, así no estaba bien el servicio de las burlas en los razonamientos graves. No se lee que jamás dijese ninguno, antes reteniendo siempre la gravedad en hablar, no quería, por ser chistoso, venir á ser ligero.

Tuvo siete hijas y nunca ningún varón, las tres de

ellas vivieron más que él, dos casadas con la noble familia de Capponi y una con la de Pazos.

Sintió su fin universalmente toda la ciudad, y si bien en el tiempo de atrás pareció á algunos que se había metido mucho en el servicio de la casa de los Médicis y que había sido particular factor, con todo eso, ellos mismos confesaron ingenuamente que no había hecho esto ni por ambición, ni por avaricia ni por vengarse de ninguno, aunque no hubiese de aquella familia sino dignidades que estaban en costumbre darse á personas iguales y aun inferiores á él, y no alcanzó de su servicio riquezas superfluas, ni se movió nunca por aquel medio á tomar venganza de alguno que le hubiese injuriado; pero juzgaron que había hecho esto por accidentes nacidos y por las condiciones de aquella tierra; pensando que era menor mal aquietarse debajo del gobierno de aquella familia, que destruir y arruinar aquella ciudad para procurar sublevarla y para dar (cuando por ventura hubiese salido bien la sublevación) en un gobierno corrupto é inestable, como habían estado tantos siglos antes casi todos los gobiernos de Florencia, así como se lee en las historias florentinas con poca reputacion de sus ciudadanos. Juzgó cada uno por esta causa que era de bonísima intención y sincera voluntad para con su patria, pues fué siempre estimado por prudente y sabio ciudadano y más ejercitado en las cosas de los Estados que ninguna otra persona de su tiempo. Las moderadas riquezas que dejó le acrecentaron gran crédito y reputación para con todos, pues habiendo tratado tantas cosas de tan grande importancia, en que podía amontonar grandísimos tesoros, y siendo por naturaleza amigo de guardar, no dejó á su muerte más que el valor de treinta mil ducados, de lo que se puede juzgar que los cargos que le habían dado ¡los administró más por codicia de honra, que por deseo de dineros.

Su entierro fué honrado, según su grado, porque dejó expresa comisión que no le hiciesen pompas superfluas ni quiso epitafios ni ser celebrado con oraciones. Enterróse en Santa Felicitas en los sepulcros de sus pasados, y su historia, sacada á luz por monseñor Angelo Guicciardini, gentil hombre muy estimado en su ciudad (como se ha dicho arriba), ha hecho conocer la felicidad de su ingenio, porque en ella hace profesión, no sólo de contar puramente las cosas que sucedieron, como hacen otros muchos historiadores, sino muestra el haber sabido los deseos de los capitanes, los designios de los príncipes y los conceptos de los Reyes y de los Emperadores, descubriendo en muchos lugares asimismo los fundamentos de sus intenciones. En ella es dulcemente mordaz, alaba moderadamente y vitupera con mucha modestia: de manera que no se muestra, en el decir mal, lleno de odio, ni en el alabar, lleno de adulación; antes, como verdadero historiador (que en todo debe ser semejante á un oráculo), no ha defraudado de la verdad ni alabanza aquellos que, por cualquiera obra hecha excelentemente, lo han merecido, y, mirando los casos como verdaderamente sucedieron, no ha dejado de decir mal con modestia de aquellos que, por deméritos ó vituperios suyos, merecían quizás que se dijese más severamente mal de ellos.

Esta historia suya se ha traducido nuevamente por beneficio de las naciones de afuera. En lengua latina por Celio Segundo Curión, y presto saldrá en lengua española y francesa, según entiendo; lo cual no nace de otra cosa que de su hermosura y verdad.

Dícese que tuvo deseo de reducir lo que había hecho en forma de comentarios, á imitación de César, y habiendo conferido este pensamiento con Jacobo Nardi, ciudadano florentino muy amigo suyo, hombre de muchas letras y de mucha experiencia (de quien saldrán

presto á luz las historias de su tiempo que hizo en el extremo de su vejez), le disuadió de ello y le animó á escribir la historia de sus tiempos, así porque le conocía por hombre de ingenio á propósito para poner en perfección una empresa tal y porque sabía muy bien que era para escribir la pura verdad, sin respeto de miedo ó esperanza de premio (de estas dos malas costumbres parece que han estado en los tiempos pasados y hoy también lo están dañados casi todos los escritores), así también porque huyese la envidia de sus ciudadanos y el vituperio univeral de haber querido celebrarse á sí mismo solamente.

Comenzó á tejer esta preciosa tela en el año mil y cuatrocientos y noventa y cuatro y acabó el de mil y quinientos y treinta y dos, y quizá hubiera pasado más adelante si no hubiese muerto más mozo de lo que convenía á un hombre como él; si los que hacen tales obras se pueden llamar muertos, que no antes inmortalles, pues que viven siempre en sus obras y en los entendimientos de los que las leen con afición, que son aquellos dos honrosísimos sepulcros en cuyo contorno no ocurren epitafios ni inscripciones para celebrar el nombre del sepultado; pues debiéndose á la fama inmortal de un bellissimo espíritu, un lugar que conserve para siempre su memoria, no se puede hallar cosa que mayor reputación y grandeza la mantenga que las mismas obras que ellos hacen aventajadamente y los ánimos humanos que con suma alabanza siempre los celebran.



HISTORIA DE ITALIA

DESDE EL AÑO DE 1490 AL DE 1532.

LIBRO PRIMERO.

SUMARIO.

Gozándose Italia de una dichosa y lucida paz, mantenida casi por la prudencia de Lorenzo de Médicis, Luis Sforza, que debajo de nombre de tutor gobernaba el ducado de Milán por no ceder el Estado á su sobrino Juan Galeazo, á quien legítimamente le pertenecía por estar casado con la hija de Alfonso de Aragón, rey de Nápoles, llama á los franceses á Italia, con cuyo apoyo movido Carlos VIII, rey de Francia, pasa á Italia por el Monginebrá con artillería (que comenzaba entonces á verse en nuestros países). La venida del rey levanta el ánimo de los pisanos para rebelarse contra los florentinos, los cuales, gobernados entonces por Pedro de Médicis (que parecía aspiraba al gobierno absoluto de Florencia), se levantan contra él y le echan de la ciudad. Siguiendo el rey de Francia su ida á Nápoles para conquistar aquel reino por fuerza de armas, entra armado en Florencia, y llegado á Roma, besa el pie al Papa Alejandro VI. Muriendo en este tiempo Fernando, rey de Nápoles, le sucede Alfonso, el cual, obligado por el feliz curso de las victorias de los franceses, huye de Nápoles, renunciando el reino en Fernando su hijo, que, aclamado por rey con poca alegría de los naturales, y finalmente vencido por las armas de Francia, huye y deja el reino á su enemigo.

CAPITULO PRIMERO.

Tranquilidad que reinaba en Italia, debida principalmente á Lorenzo de Médicis.—Exaltación de Alejandro VI al Pontificado.—Estado de Florencia.—Primeras semillas de discordia entre los príncipes italianos.—Luis Sforza llama á los franceses á Italia.—Vicisitudes en la sucesión del reino de Nápoles.—Embajadores de Luis Sforza á Carlos VIII de Francia.—Prepárase Carlos á pasar á Italia.

He determinado escribir las cosas sucedidas en Italia en nuestros tiempos, después que las armas de los franceses, llamadas por nuestros mismos príncipes, comenzaron con gran movimiento á perturbarla; materia por su variedad y grandeza muy memorable y llena de atrocísimos accidentes; habiendo padecido tantos años Italia todas las calamidades con que suelen ser trabajados los míseros mortales, unas veces por la ira justa de Dios, y otras por la impiedad y maldad de los hombres. Del conocimiento de estos casos tan varios y graves, podrá cada uno para sí y para el bien público tomar muy saludables documentos, donde se verá con evidencia, con innumerables ejemplos, á cuánta instabilidad (no de otra manera que un mar concitado de vientos) están sujetas las cosas humanas, cuán perniciosos son á sí mismos y siempre á los pueblos los consejos mal medidos de aquellos que mandan cuando solamente se les representan á los ojos ó errores vanos, ó codicia presente, no acordándose de las muchas mudanzas de la fortuna, y convirtiendo en daño de otro el poder que se les ha concedido para el bien común, haciéndose, ó por su poca prudencia, ó mucha ambición, autores de nuevas perturbaciones.

Mas las calamidades de Italia (para que yo haga notorio cuál era entonces su estado, y juntamente las ocasiones de que tuvieron origen tantos males) comenzaron con tanto mayor disgusto y espanto en los ánimos de los hombres, quanto las cosas universales estaban entonces más prósperas y felices; porque es cierto que después que el Imperio romano, enflaquecido principalmente por la mudanza de las costumbres antiguas, comenzó á declinar de aquella grandeza á que había subido con maravilloso valor y fortuna, no había experimentado jamás Italia tan gran prosperidad, ni estado tan dichoso como era del que con seguridad gozaba el año de la salud cristiana de 1490 y el precedente y subsiguiente á estos, porque, reducida toda á suma paz y tranquilidad, y no menos cultivada en los lugares más montuosos y estériles, que en los llanos y provincias más fértiles, y sin sujeción á más imperio que el de los suyos mismos, no sólo estaba muy llena de habitantes y riquezas, sino ilustrada de la magnificencia de muchos príncipes, del esplendor de muchas ciudades nobles y hermosas, y de la silla y majestad de la religión. Florecía de hombres excelentes que administraban las cosas públicas, y de ingenios famosos en todas ciencias y artes industriales y esclarecidas, y no estando desnuda, según el uso de aquel tiempo, de gloria militar, y adornada de tantos dones, tenía justamente en todas las naciones gloriosa fama y nombre.

Conservábanla muchas razones en esta felicidad alcanzada con varias ocasiones, mas entre las otras de común consentimiento, se atribuía alabanza no pequeña de ella á la industria y valor de Lorenzo de Médicis, ciudadano tan levantado sobre el grado de particular en la ciudad de Florencia, que por su consejo se regían las cosas de aquella República poderosa, más por la oportunidad del sitio, por los ingenios de los hombres

y por la fuerza del dinero, que por grandeza de dominio; y habiéndose unido con nuevo parentesco, y reducido á dar no pequeño crédito á sus consejos el romano Pontífice Inocencio VIII, era por toda Italia grande su nombre y autoridad en las deliberaciones de las cosas comunes. Conociendo que sería muy peligroso á la república de Florencia, y para sí propio, si algunos de los mayores potentados ampliase más su poder, procuraba con todo estudio que se mantuviesen las cosas de Italia con tal balanza que no cargasen más á una parte que á otra, lo cual no podía suceder sin la conservación de la paz y sin atender con suma diligencia á cualquier accidente por pequeño que fuese.

Concurría en la misma inclinación de la quietud común Fernando de Aragón, rey de Nápoles, príncipe verdaderamente prudentísimo y de grande estimación, aunque muchas veces, por lo pasado, había mostrado pensamientos ambiciosos y ajenos de consejos de paz, y en este tiempo estaba muy provocado por Alfonso, duque de Calabria, su primogénito, el cual llevaba mal que Juan Galeazo Sforza, duque de Milán, su yerno, mayor ya de veinte años, aunque de entendimiento muy incapaz, reteniendo solamente el nombre de duque, fuese oprimido por Luis Sforza, su tío, que, habiendo tomado su tutela más de diez años antes por la imprudencia y costumbres deshonestas de su madre madama Bona, y, con esta ocasión, reducido poco á poco á su poder las fortalezas, la gente de armas, el tesoro y todos los fundamentos del Estado, perseveraba en el gobierno, no como tutor ó gobernador, sino, excepto el título de duque de Milán, con todas las demostraciones y acciones de príncipe. Con todo eso, Fernando, teniendo más delante de los ojos la utilidad presente que la inclinación antigua y la indignación de su hijo, aunque justa, deseaba que Italia no se alterase, ó porque habiendo pro-

bado pocos años antes con gravísimo peligro el odio que le tenían los barones y pueblos, y sabiendo la afición que por la memoria de las cosas pasadas tenían muchos de sus súbditos al nombre de la casa de Francia, reparaba en que las discordias de Italia no diesen ocasión á los franceses para acometer al reino de Nápoles, ó porque por hacer contrapeso al poder de los venecianos, formidable entonces á toda Italia, conociese que era necesaria su unión con los otros, y especialmente con los Estados de Milán y Florencia.

No podía agradar otra deliberación á Luis Sforza, aunque de espíritu inquieto y ambicioso, así porque el peligro de las fuerzas del Senado veneciano obligaba a tener atentos no menos á los que dominaban á Milán que á los otros, como porque le era más fácil conservar la autoridad usurpada en la tranquilidad de la paz que en las molestias de la guerra, y si bien le eran sospechosos los pensamientos de Fernando y de Alfonso por Aragón, con todo eso, siéndole notoria la disposición á la paz de Lorenzo de Médicis, y juntamente el temor que él tenía de la grandeza de ellos, y persuadiéndose que, por la diversidad de los ánimos y odios antiguos entre Fernando y los venecianos, era vano el temor de que entre ellos se hiciese unión fundada, tenía por muy seguro que los aragoneses no serían acompañados por otros para intentar contra él aquello que solos no eran bastantes á alcanzar. Teniendo, pues, Fernando, Luis y Lorenzo la misma intención de la paz, parte por sí mismos, parte por diversos respetos, se continuaba fácilmente una confederación ajustada en nombre de Fernando, rey de Nápoles, de Juan Galeazo, duque de Milán y de la república de Florencia para la defensa de sus Estados, la cual comenzada muchos años antes, y después interrumpida por varios accidentes, se había renovado por veinticinco años en el de 1480, entrando

casi todos los potentados menores de Italia, y teniendo por fin principal el no dejar hacerse más poderosos á los venecianos, los cuales, mayores sin duda que cada uno de los confederados, pero mucho menores que todos juntos, procedían con separados consejos de los comunes, y esperando crecer por la desunión y trabajos de los otros, estaban atentos y prevenidos para valerse de cualquier accidente que les pudiese abrir el camino al imperio de Italia. Y que aspirasen á él se había conocido muy claramente en diversos tiempos, especialmente cuando, tomando la ocasión de la muerte de Felipe María Vizconti, duque de Milán, intentaron debajo de color de defender la libertad del pueblo milanés, hacerse señores de aquel Estado, y más próximamente cuando, con manifiesta guerra, hicieron esfuerzo para ocupar el ducado de Ferrara.

Refrenaba fácilmente esta confederación la codicia del Senado veneciano, mas no unía á los coligados en amistad sincera y fiel; siendo así que, llenos entre sí de emulación y celos, no dejaban de observar continuamente los pasos el uno del otro, interrumpiéndose recíprocamente todos los designios por los cuales se le pudiese acrecentar imperio ó reputación á cualquiera de ellos, lo cual no causaba menos estabilidad en la paz, antes despertaba en todos mayor prontitud en procurar extinguir todas las centellas que pudiesen ser origen de nuevo incendio.

Tal era el estado de las cosas, tales los fundamentos de la tranquilidad de Italia, dispuestos y contrapesados de manera que no sólo no se temía alteración presente, pero no se podía con facilidad conjeturar por qué casos ó con cuáles armas ó consejos se hubiese de alterar tan gran quietud, cuando por el mes de Abril del año 1492 sobrevino la muerte de Lorenzo de Médicis, terrible para él por su edad, porque murió antes de

cumplir cuarenta y cuatro años, y cruel para la patria, la cual, por su reputación, prudencia é ingenio, tan aplicado para todas las cosas honradas y excelentes, florecía grandemente en riquezas y en todos los otros bienes de que suele ser acompañada en las cosas humanas una larga paz. Fué asimismo su muerte muy incómoda para el resto de Italia, así por las otras operaciones que continuamente hacía para la seguridad común, como porque no sólo era medio, sino freno para moderar las discordias y sospechas que por diversas ocasiones muchas veces nacían entre Fernando y Luis Sforza, príncipes de casi igual poder y ambición.

A la muerte de Lorenzo (disponiéndose ya cada día más las ocasiones á las futuras calamidades) sucedió pocos meses después la del Pontífice, cuya vida, inútil al bien público para otras cosas, era por lo menos útil para esto: pues habiendo dejado con brevedad las armas que había movido infelizmente; provocado por muchos barones del reino de Nápoles, en el principio de su Pontificado, contra Fernando, reducido totalmente después el ánimo á ociosos deleites, no tenía ni para sí, ni para los suyos, encendidos los pensamientos á cosas que pudiesen turbar la felicidad de Italia. Sucedió á Inocencio, Rodrigo de Borja, natural de Valencia, una de las ciudades reales de España. Cardenal antiguo y de los mayores de la corte de Roma, pero subió al Pontificado por las discordias que había entre los cardenales Ascanio Sforza y Julián de San Pedro in Víncula, y mucho más porque, con ejemplo nuevo en aquella edad, compró descubiertamente, parte con dinero, parte con promesas de sus oficios y beneficios (que eran muy grandes), muchos votos de los cardenales; los cuales, despreciando la doctrina del Evangelio, no tuvieron vergüenza de vender la facultad de poder usar mal, con el nombre de la autoridad celestial, los tesoros sagrados

en la más excelsa parte del templo. Indujo á muchos de ellos á trato tan abominable el cardenal Ascanio, tanto con las persuasiones y ruegos como con el ejemplo, porque, arrastrado de una codicia insaciable de riquezas, concertó que se le había de dar por precio de tan gran maldad la Vicecancillería y oficio principal de la corte romana, iglesias, castillos y su palacio de Roma lleno de muebles de gran valor. Pero no por esto huyó después del juicio divino ni de la infamia y odio justo de los hombres, llenos por esta lección de horror y de espanto, por haberse con tan indignos modos celebrado, y no menos porque la naturaleza y calidades de la persona elegida eran conocidas, en gran parte, de muchos. Y entre los otros es manifiesto que el rey de Nápoles, aunque disimulaba en público el dolor concebido, significó á la reina su mujer con lágrimas (de las cuales solía abstenerse aun en la muerte de sus hijos) que habían creado un Pontífice que sería dañosísimo para Italia y para toda la cristiandad: pronóstico verdaderamente digno de la prudencia de Fernando, porque en Alejandro VI (así quiso ser llamado el nuevo Papa) se halló industria y sagacidad singular, consejo excelente, maravillosa eficacia en persuadir, y en todos los negocios graves increíble solicitud y destreza; pero adelantábanse á estas virtudes, con gran distancia, los vicios. No tenía sinceridad, vergüenza, verdad, fe, ni religión, costumbres muy obscenas, avaricia insaciable, immoderada ambición, crueldad más que bárbara, y codicia grande de levantar por cualquier camino á sus hijos, que eran muchos, y entre ellos alguno (porque para ejecutar los ruines consejos no faltasen malos instrumentos) no menos aborrecible en parte alguna que el padre.

Tan gran variación como esta hicieron por la muerte de Inocencio VIII las cosas de la Iglesia; pero no fué de menos importancia la que habían hecho las de Floren-

cia por la muerte de Lorenzo de Médicis, donde, sin contradicción alguna, había sucedido en la grandeza de su padre, Pedro, el mayor de tres hijos muy mozos; mas ni por la edad, ni calidades que tenía, á propósito para regir peso tan grave; incapaz de gobernar con la moderación con que, procediendo su padre dentro y fuera, y sabiendo contemporizar con prudencia entre los príncipes coligados, había en su vida ampliado los Estados públicos y particulares y en su muerte dejado en cada uno opinión constante que por su medio se había conservado principalmente la paz de Italia; porque aún no bien entrado Pedro en la administración de la República, con consejos derechamente contrarios á los de su padre, y sin comunicación de los ciudadanos principales, sin los cuales no se pueden determinar las cosas graves, movido de las persuasiones de Virginio Ursino su pariente (eran su madre y la mujer de Pedro de la familia Ursina) se unió de tal manera con Fernando y con Alfonso (de los cuales dependía Virginio), que tuvo justa causa de temer Luis Sforza que cualquiera vez que le quisiesen hacer daño los aragoneses, juntarían consigo, por la autoridad de Pedro de Médicis, las fuerzas de la república de Florencia. Esta inteligencia, semilla y origen de todos los males (si bien desde el principio fué tratada y establecida muy secretamente), comenzó luego, aunque por conjeturas encubiertas, á ser sospechosa á Luis, príncipe vigilantísimo y de ingenio muy agudo: porque debiéndose, según la costumbre antigua de toda la cristiandad, enviar embajadores á adorar como Vicario de Cristo en la tierra, y á ofrecer la obediencia al nuevo Pontífice, había Luis Sforza (del cual fué propio tener artificio para parecer, con invenciones no pensadas de otros, superior de prudencia á cada uno) aconsejado que todos los embajadores de los coligados entrasen en un mismo día juntos en Roma, y

que se presentasen así todos juntos en el Consistorio público delante del Papa, y que uno de ellos hablase por los demás; porque con esto se daría á entender á toda Italia con gran reputación de todos, que entre ellos había, no sólo amistad y confederación, sino también gran unión; que parecía casi un príncipe y un mismo cuerpo, y que se manifestase, no solamente con el discurso de las razones, sino con próxima ejecución la utilidad de este Consejo. Porque, según se había creído, el Pontífice últimamente muerto, tomando motivo de la desunión de los coligados, por haberle dado la obediencia separadamente y en diversos tiempos, había estado más dispuesto á acometer el reino de Nápoles. Aprobó fácilmente Fernando el parecer de Luis, y aprobáronlo por la autoridad de entrambos los florentinos, no contradiciéndole Pedro de Médicis en los Consejos públicos, aunque en particular le era muy molesto; porque siendo él uno de los embajadores, elegido en nombre de la República, y habiendo determinado hacer ilustre su embajada con aparato muy soberbio y casi real, echaba de ver que, entrando en Roma y presentándose al Pontífice juntamente con los otros embajadores de los coligados, no podía lucir entre tantos ni resplandecer en los ojos de los hombres la grandeza y esplendor de su pompa. Con esta vanidad juvenil conformaron los ambiciosos Consejos de Gentil, obispo Aretino, uno asimismo de los embajadores electos; porque esperando (por la dignidad episcopal y por la profesión que había hecho de los estudios que llaman de humanidad) perorar en nombre de los florentinos, se dolía increíblemente de perder, por este modo no acostumbrado ni esperado, la ocasión de ostentar su elocuencia en presencia tan solemne y autorizada, y por esto Pedro, provocado parte por su propia ligereza, parte por la ambición de los otros, y no queriendo que llegase á la noticia de Luis

Sforza que contradecía el Consejo que él había propuesto, pidió al rey que, mostrando que después había considerado que sin mucha confusión no se podrían ejecutar estos actos, aconsejase comúnmente que cada uno, siguiendo los ejemplares pasados, procediese por sí mismo. Deseoso el rey de complacerle en esta demanda, pero no tanto que totalmente desagradase á Luis, le satisfizo más en el efecto que en el modo; siendo así que no encubrió que no se apartaba por otra ocasión de lo que primero había consentido, sino por la instancia que le había hecho Pedro de Médicis. Mostró mayor pesadumbre Luis de esta súbita variación de lo que por sí misma merecía la importancia de la materia, lamentándose gravemente que siendo ya notoria al Papa y á toda la corte de Roma la primera determinación y su autor, estudiosamente se contradijese ahora por disminuir su reputación, si bien le desagradó mucho más haber, por este pequeño y casi no considerable accidente, comenzando á comprender que Pedro de Médicis tenía oculta inteligencia con Fernando, lo cual, por las cosas que se siguieron, cada día se conoció más claramente.

Poseía la Anguilara, Cervetri y algunos otros castillos cerca de Roma Francisco Cibo, genovés, hijo natural del Papa Inocencio, el cual, habiendo ido á vivir á Florencia después de la muerte de su padre, debajo del amparo de Pedro de Médicis, hermano de Magdalena, su mujer, no hubo bien llegado á aquella ciudad, cuando vendió aquellos castillos por cuarenta mil ducados á Virginio Ursino, por interposición de Pedro Cossa, consultada principalmente con Fernando, que le prestó secretamente la mayor parte del dinero, persuadiéndose que resultaba en beneficio propio cuanto más se extendiese cerca de Roma la grandeza de Virginio, soldado allegado y pariente suyo, porque, considerando el

rey que el poder del Papa era instrumento muy á propósito para turbar el reino de Nápoles (feudo antiguo de la Iglesia y que confina por muy largo espacio con el dominio eclesiástico) y acordándose de las controversias que su padre y él habían tenido muchas veces con ellos, y que estaba siempre pronta la materia de nuevas pesadumbres por las jurisdicciones de confines, por causa de los censos, por las colaciones de los beneficios, por el recurso de los barones y por otras muchas diferencias que ordinariamente nacen entre los Estados vecinos (y no menos veces entre el feudatario y el señor del feudo), tuvo siempre por uno de los firmes apoyos de su seguridad que dependiesen de sí ó todos ó parte de los barones del territorio romano; lo cual procuraba en este tiempo más vivamente porque se creía que había de ser grande con el Papa la autoridad de Luis Sforza por medio del cardenal Ascanio, su hermano, y no le obligaba por ventura menos, como muchos creyeron, el recelo de que en Alejandro fuese hereditaria la codicia y odio de Calixto III, su tío, el cual por deseo inmoderado de la grandeza de Pedro de Borja, su sobrino, hubiera (luego que murió Alfonso, padre de Fernando, si su muerte no se interpusiera á sus consejos) movido las armas para despojarle del reino de Nápoles, que recaía, según afirmaba, en la Iglesia; no acordándose (;tan poco pueden muchas veces en los hombres la memoria de los beneficios recibidos!), que por medio de Alfonso, en cuyos reinos había nacido y cuyo ministro había sido largo tiempo, había alcanzado las otras dignidades eclesiásticas y no pequeña ayuda para conseguir el Pontificado. Verdaderamente es cosa muy cierta que no siempre los hombres sabios disciernen ó juzgan perfectamente, y es necesario que muchas veces se muestren señales de la flaqueza del entendimiento humano.

El rey, aunque tenido por príncipe de gran prudencia, no consideró cuánto merecía ser reprendida aquella determinación que, no teniendo en ningún caso otra esperanza que de utilidad muy ligera, podía causar por otra parte gravísimos daños, pues la venta de estos pequeños castillos incitó á cosas nuevas los ánimos de aquellos á quien pertenecía ó hubiera sido provechoso atender á la conservación de la paz común; porque, pretendiendo el Papa que, por la enajenación que se había hecho sin noticia suya, habían vuelto á la Sede Apostólica según la disposición de las leyes; pareciéndole no pequeña ofensa á la autoridad pontificia, y considerando, demás de esto, cuáles eran los fines de Fernando, llenó á toda Italia de quejas contra él, contra Pedro de Médicis y Virginio; afirmando que en cuanto se extendiese su poder no dejaría ningún medio á propósito para retener la dignidad y derechos de aquella Sede. No se conmovió menos Luis Sforza, á quien eran siempre sospechosas las acciones de Fernando, y porque se había persuadido vanamente que el Papa se había de regir con los consejos de Ascanio y suyos, le parecía pérdida propia lo que se disminuyese de la grandeza de Alejandro. Acrecentábase sobre todo la pesadumbre el no poderse dudar que los aragoneses y Pedro de Médicis (pues procedían unidamente en tales obras) hubiesen tratado juntos unión muy estrecha, y por interrumpir estos designios, como peligrosos para sus cosas, y atraer así tanto más con esta ocasión el ánimo del Papa, le incitó cuanto le fué posible á la conservación de su propia dignidad, acordándole que no tanto pusiese la mira en aquello que de presente se trataba, cuanto en lo que importaba el haber sido despreciada en los primeros días de su Pontificado tan abiertamente de sus mismos vasallos la majestad de tan gran lugar; que no creyese que la codicia de Virginio ó la importan-

cia de los castillos ú otra ocasión semejante hubiese movido á Fernando, sino el querer con injurias, que al principio pareciesen pequeñas, tentar su paciencia y ánimo, después de las cuales (si se las sufriese) osaría intentar cada día cosas mayores; que no era su ambición diferente de la de los otros reyes de Nápoles, perpetuos enemigos de la Iglesia romana, que habían muchísimas veces perseguido con las armas á los Papas y ocupado á Roma; que había enviado este mismo rey dos veces contra dos Pontífices los ejércitos con la persona de su hijo hasta las murallas romanas; que había ejercitado casi siempre enemistades descubiertas con sus antecesores, y que le irritaba de presente contra él, no sólo el ejemplo de los otros reyes y su natural codicia de mandar, sino también el deseo de la venganza por la memoria de las ofensas recibidas de Calixto, su tío; que advirtiese con diligencia estas cosas y considerase que, llevando en paciencia las primeras injurias, honrado solamente con ceremonias y títulos vanos, sería en el efecto despreciado de todos y daría ánimo á designios más peligrosos; pero que, si se resentía, conservaría fácilmente su primera majestad y grandeza y la verdadera veneración debida de todo el mundo á los romanos Pontífices. Añadió á las persuasiones ofertas eficacísimas, pero más eficaces hechos, porque le prestó muy prontamente cuarenta mil ducados, y condujo consigo, á gastos comunes, para que estuviesen seis meses donde pareciese al Papa, trescientos hombres de armas. Con todo eso, deseoso de huir la necesidad de entrar en nuevos trabajos, aconsejó á Fernando que dispusiese á Virginio á que mitigase el ánimo del Papa, insinuándole que de otra manera podrían nacer de estos principios leves gravísimos escándalos. Más libremente y con mayor eficacia amonestó á Pedro de Médicis muchas veces que, considerando cuán á propósito fué para conservar la

paz de Italia el haber Lorenzo, su padre, procedido como medianero y amigo común entre Fernando y él, quisiese antes seguir el ejemplo doméstico (mayormente habiendo de imitar á persona de tan gran valor), que, creyendo consejos nuevos, dar á otros ocasión á ponerlos en necesidad de tomar determinaciones que al fin hubiesen de ser perniciosas á todos; que se acordase cuánta seguridad y reputación había dado la larga amistad entre la casa Sforza y la de Médicis á la una y á la otra, y cuántas injurias y ofensas había hecho la casa de Aragón á su padre y antepasados y á la república de Florencia, y cuántas veces Fernando y primero Alfonso, su padre, habían intentado ocupar, tal vez con armas y tal con artificios, el dominio de Toscana.

Causaban estos consejos y amonestaciones más daño que ayuda, porque, creyendo Fernando que le era muy indigno ceder á Luis y Ascanio, de cuya provocación se persuadía que procedía la indignación del Papa, y persuadido su hijo Alfonso, aconsejó secretamente á Virgino que no dilatase el tomar, en virtud del contrato, posesión de los castillos, prometiendo defenderle de cualquier molestia que se le diese; y por otra parte, gobernándose por sus naturales artificios, proponía diversos modos de composición con el Papa, pero aconsejando á Virgino que no consintiese sino aquellos por los cuales hubiese de retener los castillos satisfaciendo al Papa con alguna suma de dinero. Tomando de esto ánimo, Virgino rehusó después muchas veces los partidos que Fernando, por no irritar al Papa, hacía instancia que aceptase; viéndose en estas pláticas que Pedro de Médicis perseveraba en seguir la autoridad del rey, y que éra vana cualquiera diligencia que se hiciese para apartarle. Reconociendo Luis Sforza á cuánta consideración obligaba el estar dependiente aquella ciudad de sus enemigos, cuyo temperamento solía ser el principal

fundamento de su seguridad, y pareciéndole que por esto se sujetaba á muchos peligros, determinó atender á su salud propia con nuevos remedios, siendo así que le era muy notorio el ardiente deseo que tenían los aragoneses que él se apartase del gobierno de su sobrino; porque, aunque Fernando (lleno en todas las acciones de increíble fingimiento y disimulación) procuraba encubrir este deseo, Alfonso, hombre de natural muy claro, no se abstuvo jamás de quejarse abiertamente de la opresión de su yerno, diciendo, con mayor libertad que prudencia, palabras injuriosas y llenas de amenazas. Sabía además de esto Luis, que Isabel, mujer de Juan Galeazo, moza de espíritu varonil, no cesaba de procurar continuamente á su padre y abuelo, diciéndoles que si no les movía la infamia de tan gran indignidad de su marido y de ella, les moviese á lo menos el peligro de la vida, al cual estaban expuestos juntamente con sus propios hijos. Lo que más afligía su ánimo era considerar cuán odioso era su nombre en todos los pueblos del ducado de Milán, así por muchas cobranzas de dinero no acostumbradas que había hecho, como por la compasión que cada uno tenía de Juan Galeazo, legítimo señor, y aunque él procuraba hacer sospechosos á los aragoneses de que tenían deseo de apoderarse de aquel Estado, como si ellos pretendieran que les pertenecía por los antiguos derechos del testamento de Felipe María Vizconti, el cual había instituído por heredero á Alfonso, padre de Fernando, y que por facilitar este designio buscaban caminos para apartar á su sobrino de su gobierno, con todo no conseguía con estos artificios la moderación del odio concebido, ni que se dejase de considerar universalmente á qué maldades solía llevar á los hombres la sed pestífera de mandar. Pero después que largamente hubo revuelto en su ánimo el estado de las cosas y los peligros que amenaza-

ban, pospuestos todos los otros pensamientos, enderezó del todo su ánimo á procurar nuevos apoyos y uniones, y mostrándole gran oportunidad el enojo del Papa contra Fernando y el deseo que sabía tenía el Senado veneciano de que se alterase aquella confederación por la cual se había hecho oposición á sus designios muchos años antes, propuso á entrambos que hiciesen juntos, por beneficio común, nueva confederación:

En el Papa prevalecía al enojo y á otro cualquier afecto la desenfrenada codicia de la exaltación de sus hijos, á los cuales, amando ardientemente, fué el primero de todos los Papas, los cuales, por encubrir en alguna parte su infamia solían llamarlos sobrinos, que los llamaba y mostraba á todo el mundo como hijos, y no representándosele por entonces que podría dar principio á su intento por otro camino, hacía instancia por alcanzar por mujer de uno de ellos una de las hijas naturales de Alfonso, con dote de algún Estado rico en el reino de Nápoles. No estando excluído de aquesta esperanza, dió más los oídos que el ánimo á la confederación que había propuesto Luis, y si hubiera respondido á este deseo, no se hubiera perturbado por ventura tan presto la paz de Italia; pero aunque Fernando no estaba ajeno de él, con todo eso, Alfonso, que aborrecía la ambición y vanidad del Papa, rehusó siempre venir en ello, y no mostrando que le desagradaba el casamiento, sino poniendo dificultad en la calidad del Estado y del dote, no satisfacía á Alejandro que, enojado de esto, se resolvió de seguir los consejos de Luis, incitándole la codicia y el enojo, y en alguna parte el miedo, porque andaba á sueldo de Fernando, no sólo Virginio Ursino, el cual por los favores excesivos que tenía de los florentinos y de él, y por el séquito de la facción güelfa, estaba entonces muy poderoso en todo el domi-

nio eclesiástico, sino también Próspero y Fabricio, los principales de la familia Colonna, y el cardenal de San Pedro in Víncula, cardenal de suma estimación que se había retirado al castillo de Ostia (el cual poseía como obispo ostiense) por sospechas que el Papa le quitase la vida, y, de muy enemigo de Fernando, contra quien había ya incitado antes al Papa Sixto, su tío, y después á Inocencio, se había hecho muy amigo suyo.

No estuvo pronto, como se creía, á esta confederación el Senado veneciano, porque si bien le agradaba mucho la desunión de los otros, le detenía la infidelidad del Papa, sospechosa ya cada día más á todos; y la memoria de las ligas que habían hecho con Sixto y con Inocencio sus inmediatos antecesores, porque de la una recibieron muchas molestias, sin ninguna comodidad, y Sixto, cuando más ardía la guerra contra el duque de Ferrara, á la cual les había incitado antes, mudando parecer, procedió, no sólo con las armas espirituales, sino también con las temporales, juntamente con el resto de Italia, contra ellos. Pero superando todas las dificultades la industria y diligencia de Luis con el Senado, y privadamente con muchos de los senadores, se hizo por el mes de Abril del año 1493 entre el Papa, el Senado veneciano y Juan Galeazo, duque de Millán (despachábanse en su nombre todas las determinaciones de aquel Estado), nueva confederación en defensa común y nombradamente en conservación del gobierno de Luis, con condición que los venecianos y el duque de Milán estuviesen obligados de enviar luego á Roma, para seguridad del Estado eclesiástico y del Papa, doscientos hombres de armas cada uno, y ayudarle con estas y con mayores fuerzas, si fuese menester, á la recuperación de los castillos ocupados por Ursino.

Alteraron no poco estos nuevos consejos los ánimos de toda Italia, pues quedaba el duque de Milán excluido

de aquella liga que había mantenido la seguridad común más de doce años, porque en ella se prohibía expresamente que no hiciese ninguno de los coligados nueva coligación sin consentimiento. Viéndose por esto rota con división desigual la unión en que consistía la igualdad de las cosas comunes, y llenos de sospechas y enojos los ánimos de los príncipes, ¿qué otra cosa se podía creer sino que hubiesen de nacer en daño común frutos conformes á aquellas semillas? Juzgando por esto el duque de Calabria y Pedro de Médicis que era más seguro para sus cosas el prevenir que ser prevenidos, oyeron con gran inclinación á Próspero y á Fabricio Colonna, los cuales, alentados ocultamente á lo mismo por el cardenal de San Pedro in Víncula, ofrecían ocupar luego á Roma con la gente de armas de sus compañías y con los hombres de la facción gibelina, en caso que le siguiesen las fuerzas de los Ursinos y que el duque se arrimase primero á sitio desde donde, dentro de tres días después que hubiesen entrado, los pudiese socorrer. Pero deseoso Fernando de no irritar más el ánimo del Papa, sino de mitigarle y de corregir lo que hasta allí se había hecho con imprudencia, rehusando totalmente estos consejos, los cuales juzgaba que no producirían seguridad, sino trabajos y peligros mucho mayores, determinó usar de cualquier medio, no ya con fingimiento, sino muy de corazón, para componer la diferencia de los castillos; persuadiéndose que, quitada la ocasión de revuelta tan grande, se había de volver por sí mismo Italia con poco trabajo casi al estado antecedente, si bien no siempre por quitar las ocasiones se apartan los efectos que de ella han tenido el primer origen; porque, como sucede muchas veces que las determinaciones tomadas por miedo parecen al que teme inferiores al peligro, no se confiaba Luis de que hubiese hallado bastante remedio para su seguridad; antes

dudando que, por ser los fines del Papa y del Senado veneciano diferentes de los suyos, no podría hacer fundamento por mucho tiempo en la confederación hecha con ellos, y que por esto sus cosas podrían, por varios accidentes, reducirse á mucha dificultad, aplicó más sus pensamientos á curar desde sus raíces el primer mal que se le ponía delante de los ojos, que los que pudiesen resultar después, no acordándose cuán dañosa cosa es usar medicina más fuerte de lo que puede sufrir la naturaleza de la enfermedad y la complexión del enfermo; Como si fuese remedio único para los peligros presentes el entrar en otros mayores, determinó, para asegurarse con las armas forasteras, pues en las propias ni en las amistades de Italia no confiaba, intentar cualquiera medio para mover á Carlos VIII, rey de Francia, á acometer el reino de Nápoles que, por los antiguos derechos de los anjovinos, pretendía pertenecerle.

El reino de Nápoles, llamado erradamente en las investidas y bulas de la Iglesia Romana (de la cual es feudo muy antiguo) el reino de Sicilia de esta parte del Faro, fué como ocupado injustamente por Manfredo, hijo natural de Federico II, emperador; concedido en feudo, juntamente con la isla de Sicilia debajo de título de las Sicilias, la una de esta parte y la otra de aquella del Faro, desde el año 1264 por Urbano IV, pontífice romano, á Carlos, conde de Provenza y de Anjou, hermano de aquel Luis, rey de Francia, que, esclarecido por el poder, si bien más por la santidad de su vida, mereció estar, después de su muerte, escrito en el número de los santos; el cual, habiendo alcanzado efectivamente con el poder de sus armas aquello de que se le había dado título con la autoridad de la Iglesia, se continuó después de su muerte el reino de Nápoles en Carlos, su hijo, llamado de los italianos para diferenciarle de su

padre Carlos II, y después de él en Roberto, su nieto; pero habiendo sucedido después por la muerte de Roberto, que murió sin hijos varones, Juana, hija de Carlos, duque de Calabria, el cual, siendo mozo, murió antes que su padre, comenzó luego á ser menospreciada la autoridad de la nueva reina, no menos por la infamia de sus costumbres que por la flaqueza del sexo; habiendo nacido de esto, con el progreso del tiempo, varias discordias de guerras entre los mismos descendientes de Carlos I, que nacieron de diferentes hijos de Carlos II, y desconfiando Juana de poderse defender de otra manera, adoptó por hijo á Luis, duque de Anjou, hermano de Carlos V, rey de Francia, aquel á quien dieron los franceses el renombre de Sabio, por haber alcanzado (haciendo poco caso de la fortuna) muchas victorias. Este Luis (habiendo antes muerto violentamente Juana, y pasado el reino á Carlos, llamado de Durazo, descendiente asimismo de Carlos I) pasó á Italia con muy poderoso ejército y murió de calentura en Pulla, cuando estaba casi en posesión de la victoria, de manera que á los anjovinos no les tocó de esta adopción otra cosa que el condado de Provenza, que continuamente le habían poseído los descendientes de Carlos I.

Tuvo también de esta adopción origen el pretexto con que después Luis de Anjou, hijo del primer Luis, y anteriormente el sobrino del mismo nombre, provocados por el Papa cuando estaban discordes con aquellos reyes acometieron muchas veces (si bien con corta fortuna) al reino de Nápoles. A Carlos de Durazo sucedió su hijo Ladislao, que por haber faltado el año 1414, sin hijos, heredó aquella corona Juana II, su hermana, nombre infeliz á aquel reino, y no diferente la una á la otra en la imprudencia y lascivas costumbres; porque, poniendo Juana el gobierno del reino en manos de las personas á quien deshonestamente entregaba su

cuerpo, se redujo presto á tan gran embarazo, que, trabajada de Luis III con la ayuda del papa Martino V, fué finalmente por último socorro á adoptar por hijo á Alfonso, rey de Aragón y de Sicilia. Mas viniendo no mucho después con él á diferencias, anulada la adopción debajo de pretexto de ingratitud, adoptó por hijo y llamó en socorro suyo al mismo Luis, contra el cual, en la guerra antecedente, había estado necesitada de hacer la primera adopción; y echado con las armas Alfonso de todo el reino, lo conservó mientras vivió pacíficamente. Murió sin hijos y dejó por heredero (como fué fama) á Renato, duque de Anjou y conde de Provenza, hermano de Luis, hijo adoptivo suyo, muerto el mismo año. Desagradando á muchos de los barones del reino la sucesión de Renato, y habiéndose divulgado que el testamento se había hecho falsamente por los napolitanos, fué llamado Alfonso por una parte de los barones y de los pueblos. De esto tuvieron origen las guerras entre Alfonso y Renato, las cuales afligieron muchos años tan noble reino, hechas por ellos más con las fuerzas del mismo reino que con las propias, y de este principio, por las voluntades contrarias, se levantaron los bandos, aun no del todo acabados en este tiempo, de los aragoneses y anjovinos, variando también en el discurso del tiempo los títulos y colores de los derechos, porque los Papas, siguiendo más su codicia ó la necesidad de los tiempos, que la justicia, concedieron diversamente las investiduras. Quedó vencedor de las guerras entre Alfonso y Renato, Alfonso, príncipe de mayor poder y valor, y murió después sin hijos legítimos. Sin hacer memoria de Juan, su hermano y sucesor en los reinos de Sicilia y Aragón, dejó por su testamento el reino de Nápoles, como conquistado por sí, y por esto no perteneciente á la Corona de Aragón, á Fernando, su hijo natural, el cual, si bien casi luego

después de la muerte de su padre, fué acometido (con el apoyo de barones principales del reino) por Juan, hijo de Renato, con su felicidad y valor, no sólo se defendió, sino que afligió de tal manera á los contrarios, que nunca más en vida de Renato (el cual sobrevivió muchos años) tuvo que contender con los anjovinos, ni razón para temerlos. Murió, finalmente, Renato, y no teniendo hijos varones, nombró heredero en todos sus Estados y derechos á Carlos, hijo de su hermano, que, muriendo poco después sin hijos, dejó su herencia por testamento á Luis XI, rey de Francia, en quien no sólo recayó como en supremo señor el ducado de Anjou (en el cual porque es miembro de la corona no suceden las hembras), sino que aunque el duque de Lorena, nacido de una hija de Renato, afirmaba que le pertenecía la sucesión de los Estados, entró en la posesión de la Provenza, y podía pretender por la fuerza del mismo testamento que se le aplicasen los derechos que los anjovinos tenían sobre el reino de Nápoles.

Continuándose estos derechos, por su muerte, en Carlos VIII, su hijo, comenzó Fernando, rey de Nápoles, á tener un contrario muy fuerte, y se ofreció muy gran oportunidad á cualquiera que deseaba ofenderle, porque el reino de Francia estaba en aquel tiempo más florido de gente, de gloria militar, de poder, de riquezas y de autoridad entre los otros reinos que por ventura había estado jamás después de Carlomagno; habiéndose extendido nuevamente en cada una de aquellas tres partes en las cuales se dividía toda la Francia en tiempo de los antiguos; siendo así que no más de cuarenta años antes de este tiempo, debajo del gobierno del rey Carlos VII (que por muchas victorias alcanzadas con grandes peligros era llamado el dichoso), se redujeron debajo de aquel Imperio Normandía y el ducado de Guyena, provincias poseídas antes por los ingleses, y en

los últimos años de Luis XI el condado de Provenza, el ducado de Borgoña y casi toda la Picardía, juntándose después al poder de Carlos VIII, por nuevo casamiento, el ducado de Bretaña.

No faltaba en el ánimo de Carlos VIII inclinación á procurar conquistar con las armas el reino de Nápoles, que justamente le pertenecía, comenzada por cierto instinto natural desde su niñez, y aumentada por los consejos de algunos que le eran muy adeptos; los cuales, llenándole de vanos pensamientos, le proponían que esta era ocasión de adelantarse á la gloria de sus predecesores, porque, conquistado el reino de Nápoles le sería fácil vencer el imperio de los turcos. Siendo ya esto notorio á muchos, dió esperanza á Luis Sforza de poder persuadirle fácilmente á su deseo, confiándose, demás de esto, no poco en la introducción que tenía en la corte de Francia el nombre de los Sforzas, porque siempre él, y antes Galeazo, su hermano, habían continuado con muchas demostraciones y oficios la amistad comenzada por Francisco Sforza, su padre; el cual, habiendo recibido treinta años antes en feudo de Luis XI (cuyo ánimo aborreció siempre las cosas de Italia) la ciudad de Saona y los derechos que pretendía tener en Génova, señoreada ya por su padre, no le había faltado jamás en sus peligros, ni con consejos, ni con ayuda. Con todo eso, Luis, pareciéndole peligroso el ser solo á levantar un movimiento tan grande, y para tratar las cosas en Francia con mayor crédito y autoridad, procuró primero persuadir lo mismo al Papa, no menos con los estímulos de la ambición que del enojo, mostrándole que, ni por favores de los príncipes de Italia, ni por medio de sus armas podía tener alguna esperanza de vengarse contra Fernando, ni de conquistar Estados honrados para sus hijos, y habiéndole hallado pronto, ó por codicia de cosas nuevas, ó por alcanzar de los

aragoneses, por medio del temor, lo que rehusaban concederle voluntariamente, concertados entresí, enviaron con gran secreto á Francia á tentar el ánimo del rey hombres confidentes de aquellos que eran íntimos en los consejos del rey, los cuales no mostráronse ajenos á su intención, y enderezando Luis en todo á este designio envió, aunque echando voz que era por otras razones, descubiertamente á Carlos de Barbiano, conde de Belgiojoso, quien, después que por algunos días hubo hecho diligencia de persuadir á Carlos en audiencia privada y separadamente á todos los particulares, introducido finalmente un día en el Real Consejo, presente el Rey, donde además de los ministros reales intervinieron todos los señores y muchos prelados de la Corte, habló, según se dice, en esta sustancia:

Oración de Carlos de Barbiano á Carlos rey de Francia, exhortándole á la empresa del reino de Nápoles.

«Si alguno por cualquier ocasión tuviese, cristianísimo rey, sospecha de la sinceridad del ánimo y de la fe con que Luis Sforza, ofreciendo comodidades de dineros y de ayuda de su gente, os anima á mover las armas para conquistar el reino de Nápoles, apartará de sí esta sospecha mal fundada si trajere á la memoria la devoción antigua que en todo tiempo ha tenido Juan Galeazo, su hermano, y antes Francisco, su padre, á Luis XI, padre vuestro, y después continuamente á vuestro glorioso nombre, y mucho más si considerase que, de esta empresa, puede resultar gravísimo daño á Luis, con poca esperanza de algún provecho. y á vos todo lo contrario, á quien vendría un reino muy hermoso y la victoria con grandísima gloria y oportunidad de cosas mayores; pero á él poco más que una venganza muy justa de los tratos dobles é injurias de los aragoneses. Por otra par-

te, si intentada, no saliese bien, no por esto quedaría menor vuestra grandeza. Pero ¿quién no sabe que habiéndose hecho Luis odioso á muchos, y venido á desprecio de todos, no tendría en tal caso remedio en sus peligros? ¿Y cómo puede ser por esto sospechoso el consejo de aquel que tiene en cualquier suceso las condiciones tan desiguales y tan desventajadas de las vuestras? Bien que las razones que os convidan á hacer tan honrada jornada son tan claras y poderosas por sí mismas, que no admiten duda ninguna, concurriendo ámplisimamente todos los fundamentos que en primer lugar deben considerarse en el examen de las empresas, la justicia de la causa, la facilidad del vencer y el grande fruto de la victoria; porque es notorio á todo el mundo cuán eficaces son los derechos que tiene sobre el reino de Nápoles la casa de Anjou, de la cual vos sois legítimo heredero, y cuán justa es la sucesión que esta corona pretende á los descendientes de Carlos, que fué el primero de la real sangre de Francia que obtuvo aquel reino con la autoridad del Papa y con el valor de las armas.

»No es menor la facilidad de conquistarle que la justicia, porque ¿quién no sabe cuán inferior es de fuerzas y autoridad el rey de Nápoles al primero y más poderoso rey de la cristiandad, y cuán grande y terrible por todo el mundo el nombre de franceses, y de cuánto espanto vuestras armas á todas las naciones? No acometieron jamás al reino de Nápoles los pequeños duques de Anjou que no le redujesen á gravísimo peligro. Fresca está la memoria de que Juan, hijo de Renato, tenía la victoria en las manos contra el presente Fernando, si no se la hubiera quitado el papa Pío, y mucho más Francisco Sforza, que se movió (como todos saben) por obedecer á Luis XI, vuestro padre. ¿Qué harán, pues, ahora las armas y la autoridad de tan gran rey, siendo tan-

to mayor la oportunidad y estando tan disminuídas las dificultades que tuvieron Renato y Juan; pues están unidos con vos los príncipes de los Estados que impidieron su victoria, y que pueden con suma facilidad ofender el reino de Nápoles, el Papa por tierra, por la vecindad del Estado eclesiástico, y el duque de Milán acometerle por mar, por la oportunidad de Génova? Ni habrá en Italia quien se oponga, porque los venecianos no se quieren exponer á los gastos y peligros, ni privarse de la amistad que han tenido con los reyes de Francia largo tiempo por conservar á Fernando, gran enemigo de su nombre; los florentinos no es creíble que se aparten de la natural devoción que tienen á la casa de Francia, y si acaso quisieren oponerse, ¿qué obstaculo serán contra tan gran poder? ¿Cuántas veces; contra la voluntad de toda Italia, ha pasado los Alpes esta belicosísima nación, y alcanzado con inestimable gloria y felicidad tantas victorias y triunfos? ¿Cuándo fué jamás el reino de Francia más glorioso, más feliz y más poderoso que ahora? ¿Cuándo en ningún tiempo le fué dable el tener estable paz con todos los vecinos? Si estas cosas hubieran concurrido en lo pasado, por ventura hubiera estado pronto vuestro padre á esta expedición.

»Ni se han acrecentado menos á los enemigos las dificultades que á vos la buena razón, porque está todavía poderosa en aquel reino la parte anjovina; son gallardas las dependencias de tantos príncipes y gentiles hombres, echados injustamente pocos años ha. Han sido tan ásperas las injurias que Fernando ha hecho en todo tiempo á los barones de aquel reino, á los pueblos y á los de la facción aragonesa; tan grande es su infidelidad, tan inmoderada su avaricia, tan horribles y ásperos los ejemplos de su crueldad y de la de Alfonso, su primogénito, que es notorio que, concitado de odio increíble todo el reino contra ellos, en el cual está muy

verde la memoria de la libertad, sinceridad, humanidad y justicia de los reyes de Francia, se levantará con alegría infinita á la fama de vuestra venida, de modo que, sólo la determinación de hacer la empresa, bastará á haceros victorioso, porque en habiendo pasado vuestros ejércitos los montes, y estando junta en Génova la armada de mar, Fernando y sus hijos, cobarde su conciencia por sus maldades, pensarán más en huir que en defenderse. Así con suma felicidad habréis recuperado para vuestra sangre un reino que, si bien no se puede igualar con la grandeza de Francia, es verdaderamente muy extenso, muy rico, y que debe ser estimado por el provecho y comodidades infinitas que vendrán á este reino, que todas las contaría, si no fuese notorio que son mayores los fines de la generosidad francesa y más altos los pensamientos de tan magnánimo y tan glorioso rey, enderezados, no al propio interés, sino á la grandeza universal de toda la República cristiana. Y para esto ¿qué mayor oportunidad? ¿qué ocasión mayor? ¿qué sitio más acomodado y más á propósito para hacer la guerra á los enemigos de nuestra religión?

»No es de más latitud que de setenta millas en alguna parte (como todos saben) la mar que hay entre el reino de Nápoles y Grecia. Desde esta provincia oprimida y maltratada por los turcos (que no desea más que ver las banderas de cristianos), es facilísimo entrar en las entrañas de aquella nación y batir á Constantinopla, silla y cabeza de aquel Imperio. ¿A quién pertenece más que á vos, poderosísimo rey, volver el ánimo y los pensamientos á esta santa empresa por el poder maravilloso que Dios os ha dado, por el apellido cristianísimo que tenéis y por el ejemplo de vuestros gloriosos predecesores, los cuales, habiendo salido tantas veces armados de este reino, ahora por librar la Iglesia de Dios oprimida por los tiranos, tal vez por acometer á los in-

fieles y tal para recuperar el santísimo sepulcro de Cristo, han levantado hasta el cielo el nombre y la majestad de los reyes de Francia?

»Con estos consejos, con estos medios, con estas ocasiones se hizo magno y emperador de Roma aquel gloriosísimo Carlos, cuyo nombre, vos le tenéis, así como se os presenta la ocasión de adquirir la gloria y apellido. Pero ¿por qué gasto más tiempo en estas razones? Como si no fuese más conveniente y conforme al orden de la naturaleza el respeto de conservar que el de conquistar; porque ¿quién ignora de cuánta infamia os sería, convidándoos tan grandes ocasiones, el tolerar más tiempo que Fernando os ocupe un reino tal que ha sido poseído por sucesión continua, poco menos de doscientos años, de reyes de vuestra sangre, el cual es manifiesto que jurídicamente os pertenece? ¿Quién no sabe cuánto toca á vuestra dignidad recuperarle y cuán piadoso es el librar aquellos pueblos que adoran vuestro glorioso nombre (que de derecho son vuestros súbditos) de la tiranía cruel de los catalanes? Es, pues, la empresa muy justa, muy fácil, necesaria y no menos gloriosa y santa por sí misma y porque os abre el camino á empresas dignas de V. M., cristianísimo rey de Francia, á las cuales no sólo los hombres, sino Dios es quién (¡oh magnánimo rey!) tan claramente os llama con tan grandes y manifiestas ocasiones, proponiéndoos, antes del principio, suma felicidad; pues ¿qué mayor dicha puede tener un príncipe que sus determinaciones, de las cuales resulta la gloria y grandeza propia, sean acompañadas de circunstancias y consecuencias tales que parezca que se hacen por beneficio y bien universal, y mucho más por la exaltación de toda la república de Cristo?»

*Consideración que hicieron los nobles de Francia
sobre la empresa de Nápoles.*

No oyeron con alegre semblante esta propuesta los grandes señores de Francia, especialmente aquellos que por su nobleza y opinión de prudencia eran de mayor autoridad; los cuales juzgaban que esta no podía ser otra cosa sino guerra llena de muchas dificultades y peligros, habiéndose de conducir los ejércitos á país forastero, tan lejos del reino de Francia, y contra enemigos tenidos por muy poderosos, porque era muy grande por todo el mundo la fama de la prudencia de Fernando y no menor la del valor de Alfonso en el arte militar, y se creía que, habiendo reinado Fernando treinta años, y despojado y destruído en varios tiempos á tantos barones, tenía juntos muchos tesoros. Consideraban que el Rey era poco capaz para sustentar por sí solo un peso tan grave, y que en el manejo de las guerras y de los Estados era flaco el consejo y la experiencia de aquellos á quien daría crédito: se añadía la falta de dineros, de que se creía era menester gran cantidad, y que todos deberían reducir á la memoria las astucias y artificios de los italianos, y tener por cierto que no sólo á los otros, pero ni á Luis Sforza, notado en Italia de poca fe, podía agradar que estuviese el reino de Nápoles en poder de un rey de Francia, por lo cual sería difícil el vencer, y más dificultoso el conservar lo vencido. Por esto Luis, padre de Carlos, príncipe que había seguido siempre más la sustancia de las cosas que la apariencia, no había aceptado jamás las esperanzas que le proponían de las cosas de Italia, ni hecho cuenta de los derechos que le tocaban del reino de Nápoles, sino afirmado siempre que no era otra cosa el enviar ejércitos de la otra parte de los montes que procurar comprar

embarazos y peligros con infinito tesoro y sangre del reino de Francia; que era necesario antes de todo, queriendo hacer esta jornada, componer las diferencias con los reyes vecinos; porque no faltaban ocasiones de discordias y de sospechas con Fernando, rey de España, y con Maximiliano, rey de romanos, y D. Felipe, archiduque de Austria, su hijo, había no sólo muchas emulaciones, sino injurias; cuyos ánimos no se podrían reconciliar sin concederles cosas muy dañosas á la corona de Francia, y con todo eso, se reconciliarían más en las demostraciones que en los efectos, porque ningún acuerdo bastaría á asegurar que, sobreviniendo al ejército del rey alguna dificultad en Italia, no acometiesen al reino de Francia. Ni se debía esperar que en Enrique VII, rey de Inglaterra, no tuviese mayores fuerzas el odio natural de los ingleses contra franceses, que la paz hecha con él pocos meses antes, porque era claro haberle obligado á ella, más que otra causa, el no corresponder los aparatos del rey de romanos á las promesas con que le había inducido á sitiar á Boloña.

Estas y otras razones semejantes se alegaban por los grandes señores, parte entre ellos mismos, y parte con el Rey para disuadir la guerra, entre los cuales más eficazmente que ninguno lo hacía Diego Gravilla, almirante de Francia, hombre á quien la fama antigua de sabio en todo el reino conservaba la autoridad, aunque se le había disminuído algo la grandeza. Pero con todo eso, daba Carlos oídos á lo contrario con gran calor, porque mozo de veintidós años, y de su natural poco inteligente de las acciones humanas, se dejaba llevar de un ardiente deseo de mandar y de ambición de gloria, fundado antes en ligera voluntad y casi ímpetu que en madurez de consejo; y dando poco crédito (ó por propia inclinación ó por el ejemplo y amonestaciones de su padre) á los señores y nobles del reino, después que había

salido de la tutela de Ana, duquesa de Borbón, su hermana, no oyendo los consejos del almirante y de los otros que habían sido grandes en aquel gobierno, se regía por el parecer de algunos hombres de poca calidad, criados casi todos en servicio de su persona, de los cuales los más favorecidos le aconsejaban con vehemencia esta jornada, parte (como son vendibles muchas veces los consejos de los príncipes) sobornados con dádivas y promesas hechas por los embajadores de Luis, que no dejó atrás ninguna diligencia ó arte para hacer propicios á los que eran de momento para esta determinación, parte movidos de las esperanzas que les proponían á unos de adquirir Estados en el reino de Nápoles, y á otros de alcanzar rentas eclesiásticas y dignidades del Pontífice. La cabeza de todos éstos era Esteban de Vers, de nación Languedoca, de bajo linaje, pero criado muchos años en la cámara del Rey, á quien había hecho senescal de Belcari. Con éste se juntaban Guillermo Brissonetto, el cual, habiendo venido de mercaderá ser primer general de Francia, y después obispo de San-Malo, no sólo era el principal en la administración de las rentas reales (que en Francia, llaman las finanças), sino que, unido con Esteban, tenía por su medio ya grandísima introducción en todos los negocios de importancia, aunque era de poco entendimiento para gobernar cosas de Estado. Juntábanse las instancias de Antonio de San Severino, príncipe de Salerno, y de Bernardino, de la misma familia, príncipe de Bisignano y de otros muchos barones desterrados del reino de Nápoles; los cuales, acogidos en Francia muchos años antes, habían continuamente incitado á Carlos para esta empresa, alegando la mala disposición y próxima desesperación de todo el reino, y las dependencias y séquito que se prometían tener en él. Estuvo, en esta variedad de pareceres, muchos días suspensa la determinación,

no sólo siendo dudoso á los otros lo que se había de determinar, sino incierto é inconstante al ánimo de Carlos; porque unas veces, provocándole la ambición de gloria y del imperio, y otras refrenándole el temor; tal vez estaba irresoluto, y tal se volvía á lo contrario de aquello que parecía que había determinado primero, prevaleciendo últimamente su primera inclinación y el hado infelicísimo de Italia, á toda contradicción. Menospreciando del todo los consejos quietos, se hizo concierto, sin sabiduría de otros que del obispo de San-Malo y del senescal de Belcari, con el embajador de Luis, cuyas condiciones estuvieron ocultas muchos meses; pero la suma fué que, pasando Carlos á Italia ó enviando ejército para la conquista del reino de Nápoles, fuese obligado el duque de Milán á darle el paso por su Estado, y enviarle con su gente quinientos hombres de armas pagados, permitirle que armase en Génova cuantos bajeles quisiese, y prestarle, antes de salir de Francia, doscientos mil ducados, y por otra parte el rey se obligaba á la defensa del ducado de Milán contra cualquiera, con particular mención de conservar la autoridad de Luis, y á tener firmes en Asti, ciudad del duque de Orleans, durante la guerra, doscientas lanzas para que estuviesen prontas á las necesidades de aquel Estado, y entonces ó poco después prometió, por una escritura firmada de su propia mano, en conquistando el reino de Nápoles, conceder á Luis el principado de Taranto.

CAPITULO II.

Opiniones acerca de la invasión francesa en Italia.—Maquinaciones de Luis Sforza.—Convenio entre Fernando, rey de España y Carlos VIII.—Muerte de Fernando, rey de Nápoles.—Alfonso le sucede en el trono.—César Borgia es nombrado cardenal.—Convenios entre los principes italianos.—Embajadores franceses en Italia.—Preparativos de Carlos VIII.—Tentativa de Alfonso para oponerse á Carlos.—Alfonso envía embajadores al sultán de Turquía.—Marcha de su ejército.

No es verdaderamente obra perdida y sin premio considerar la variedad de los tiempos y de las cosas del mundo. Francisco Sforza, padre de Luis, príncipe de rara prudencia y valor, aunque enemigo de los aragoneses por muy graves ofensas que había recibido de Alfonso, padre de Fernando y amigo antiguo de los anjovinos; con todo eso, cuando Juan, hijo de Renato, el año 1457 acometió al reino de Nápoles, ayudó con tanta presteza á Fernando, que principalmente fué reconocida á él la victoria, obligado sólo por parecer muy peligroso para su ducado de Milán que se enseñoreasen los franceses, tan vecinos, de un Estado tan poderoso en Italia. Esta razón había inducido primero á Felipe María Vizconti, que desamparó á los anjovinos, á quien había favorecido hasta aquel día, á librar á Alfonso su enemigo; el cual, habiéndole preso los genoveses en una batalla naval cerca de Gaeta, le había llevado con toda la nobleza de su reino prisionero á Milán. Por otra parte, Luis, padre de Carlos, estimulado muchas veces por muchos, y no con ligeras ocasiones, para las cosas de Nápoles, y llamado con instancia por los genoveses para el dominio de su patria, que poseía Carlos, su padre,

había rehusado siempre el mezclarse en las cosas de Italia, como cosa llena de gastos y dificultades y últimamente dañoso para el reino de Francia.

Variadas ahora las opiniones de los hombres, mas no las razones de las cosas, llamaba Luis á los franceses de esta parte de los montes, no temiendo de un poderosísimo rey de Francia, si estuviese en su mano el reino de Nápoles, el peligro que había temido su padre, valerosísimo en las armas, si lo hubiera conquistado un pequeño conde de Provenza. Carlos ardía en deseo de hacer la guerra á Italia, anteponiendo la temeridad de los hombres bajos é inexpertos al consejo de su padre, rey de larga experiencia y prudencia.

Cierto es que Luis fué de la misma manera alentado para tan gran determinación por Hércules de Este, duque de Ferrara, su suegro, el cual, teniendo gran deseo de recuperar el Polesino de Rovigo, país contiguo y muy importante para la seguridad de Ferrara (que se le habían ocupado los venecianos diez años antes en la guerra que tuvo con ellos), conocía que era el único camino, para poderle recuperar, que se turbase toda Italia con grandísimos movimientos. Fué, demás de esto, creído por muchos que, aunque Hércules fingía con su yerno grande amor, en secreto le quería muy mal; porque, siendo en aquella guerra todo el resto de Italia que había tomado las armas por él, muy superior á los venecianos, Luis, el cual ya gobernaba el Estado de Milán, movido de propios intereses, obligó á los otros á hacer la paz, con condición que quedase á los venecianos el Polesino, y que por esto, no pudiendo Hércules vengarse con las armas de tan gran injuria, procuró hacerlo con darle consejo dañoso.

Habiendo comenzado ya (aunque al principio con autores inciertos) á resonar en Italia la fama de lo que se trataba de la otra parte de los montes, se despertaba

ron varios pensamientos y discordias en los entendimientos de los hombres, porque á muchos, que consideraban el poder del reino de Francia, la presteza de aquella nación á nuevos movimientos y las divisiones de los italianos, parecía cosa de mucha consideración. Otros por la edad y calidades del Rey, por la negligencia propia de franceses y por los embarazos que tienen las grandes empresas, juzgaban que, antes que consejo fundado, era éste ímpetu juvenil; que si, acalorado, proyectaba la empresa, no se había de resolver con tanta presteza. Ni Fernando, contra quien se maquinaban estas cosas, mostraba mucho miedo, alegando que era muy difícil empresa, porque, si iban á acometerle por mar, le hallarían proveído de suficiente armada para pelear con ellos en mar alto y puertos bien fortificados, y todos en su poder; que no había en el reino ningún barón que los pudiese recibir como había sido recibido Juan de Anjou por el príncipe de Rossano y por otros grandes; que la expedición por tierra era desacomodada, sospechosa á muchos y apartada, habiéndose de pasar antes por la longitud de toda Italia; de manera que cada uno de los otros tendría causa particular para temer, y quizá más que todos Luis Sforza, aunque queriendo mostrar que era propio de otros el peligro común, fingía lo contrario; porque, por la vecindad del Estado de Milán á Francia tenía el Rey mayor poder, y verosíblemente mayor deseo de ocuparle, y siendo el duque de Milán tan unido á su persona en sangre, no se podía por lo menos asegurar Luis que el rey no tuviese en su ánimo el librarle de su opresión, mayormente habiendo pocos años antes afirmado descubiertamente que no sufriría que Juan Galeazo, su primo, fuese oprimido tan indignamente; que no estaban en tal estado las cosas aragonesas que la esperanza de su flaqueza debiese dar osadía á los franceses para acometerle, es-

tando tan bien prevenido, con mucha y florida gente de armas, abundante de caballos belicosos, de municiones de artillería y de todas las provisiones necesarias para la guerra; con tanto número de dinero, que sin incomodidad podría aumentar su ejército cuanto le fuere necesario y, demás de muchos capitanes muy peritos, dispuesto al gobierno de sus ejércitos y armas el duque de Calabria, su primogénito, capitán de gran fama y no dé menor valor, y experimentado por muchos años en todas las guerras de Italia; que se añadirían á sus uerzas propias las ayudas prontas de los suyos; porque no se podía dudar que no le faltaría el socorro del rey de España, su primo y hermano de su mujer, así por el vínculo doble del parentesco, como porque le sería sospechosa la vecindad de franceses para Sicilia.

Decía Fernando estas cosas públicamente engrandeciendo su poder y extenuando cuanto podía las fuerzas y oportunidad de los contrarios. Mas como era rey de singular prudencia y de experiencia grandísima, le atormentaban interiormente graves pensamientos, teniendo fija en su ánimo la memoria de los trabajos que había tenido en los principios de su reinado por esta nación. Consideraba profundamente que había de tener la guerra con muy belicosos y poderosos enemigos y muy superiores, así de caballería, de infantería, de armadas marítimas, de artillería, de dinero y de hombres muy deseosos de exponerse á cualquier peligro por la gloria y grandeza de su propio rey; de su parte, por el contrario, todo eran sospechas, lleno casi todo el reino, ó de grande odio al nombre aragonés, ó de no poca inclinacion á sus rebeldes; y el mayor número, deseoso ordinariamente de nuevos reyes, en quien había de poder más la fortuna que la fe; mayor la reputación que el nervio de sus fuerzas; no bastante el dinero junto para los gastos necesarios de la defensa, y llenándose

todo, por la guerra, de rebelión y de tumultos, se aniquilarían en un momento todas las rentas. Tenía en Italia muchos enemigos y ninguna amistad estable y segura, porque no había quien no hubiese sido en algún tiempo ofendido ó por sus armas ó por sus artificios. No podía esperar de España, según el ejemplo de lo pasado y las condiciones de aquel reino, otras ayudas en sus peligros que largas promesas y gran fama de aparatos, pero muy pocos y tardos efectos.

Acrecentábanle el temor muchos pronósticos infelices para sus cosas, que habían llegado á su noticia en diferentes tiempos, parte por papeles antiguos hallados de nuevo, parte por palabras de hombres, inciertas muchas veces de lo presente, pero que se atribuyen certeza de lo futuro: cosas que se creen poco en la prosperidad; pero en comenzando á verse la adversidad, mucho. Afligido de estas consideraciones y representándosele sin comparación mayor el miedo que la esperanza, conoció que no había otro remedio para tantos peligros que apartar cuanto antes se pudiese, con alguna concordia, la intención del rey de Francia de estos pensamientos ó quitarle parte de los fundamentos que le incitaban á la guerra. Por esto, teniendo en Francia embajadores que había enviado para tratar el desposorio de Carlota, hija de D. Federico, su hijo segundo, con el rey de Escocia, el cual por ser la muchacha hija de una hermana de Carlos, y criada en su Corte, se regía por él, les dió nuevas comisiones sobre las cosas ocurrientes y señaló, demás de estos, á Camilo Pandone, que otras veces había estado en aquella Corte por él, para que, tentando secretamente á los principales con premios y ofertas grandes y proponiendo al Rey, cuando de otra manera no pudiese mitigarle, condiciones de censo y otras sumisiones, procurase alcanzar de él la paz. Demás de esto, no sólo interpuso toda diligencia y autori-

dad para componer la diferencia de los castillos que había comprado Virginio Ursino, cuya dureza se lamentaba que había sido causa de todos estos desórdenes; mas comenzó con el Papa las pláticas del parentesco tratado antes entre ellos; pero su principal estudio y diligencia se enderezó á mitigar y sosegar el ánimo de Luis Sforza, autor y movedor de todo el mal; persuadiéndose que le conducía más á tan peligroso consejo el miedo que otro motivo, anteponiendo por esta causa la seguridad propia á los intereses de su sobrina y al bien del hijo que había nacido de ella, y le ofreció por diversos medios referirse en todo á su voluntad en las cosas de Juan Galeazo y del ducado de Milán; no atendiendo al parecer de Alfonso, quien, tomando ánimo de la timidez natural de Luis, y no acordándose de que á las determinaciones precipitadas va no menos fácilmente por la desesperación el tímido que por la inconsideración el temerario, juzgaba que el exasperarle con espantos y amenazas era medio á propósito para hacerle retirar de estos nuevos consejos. Compúsose finalmente, después de varias dificultades procedidas más de Virginio que del Papa, la diferencia de los castillos, interviniendo en la composición D. Federico, enviado á Roma para este efecto por su padre. Concertaron que Virginio los retuviese, pero pagando al Papa aquella cantidad de dinero en que los había comprado primero de Francisco Cibo; que se concluyese juntamente el desposorio de Madama Sances, hija natural de Alfonso, con D. Jofré, hijo menor del Papa, inhábiles entrambos por la edad para la consumación del matrimonio. Las condiciones fueron que D. Jofré fuese dentro de pocos meses á residir en Nápoles; que recibiese en dote el principado de Esquilache con diez mil ducados de renta al año, y fuese conducido con cien hombres de armas, pagados por Fernando; de donde se confirmó la opinión

que tenían muchos que lo que había tratado en Francia el Papa, lo había hecho principalmente por inducir con el miedo á los aragoneses á estos conciertos. Intentó demás de esto Fernando el confederarse con él para la defensa común; pero interponiendo el Papa muchas dificultades, no alcanzó más que una promesa muy secreta, por un breve tiempo, de ayudarle á defender el reino de Nápoles en caso que Fernando le prometiese hacer lo mismo del Estado de la Iglesia. Despachadas estas cosas partió (con licencia del Papa) del dominio eclesiástico la gente de armas que habían enviado en su ayuda los venecianos y el duque de Milán. No comenzó Fernando con menos esperanza de feliz suceso á tratar con Luis Sforza, el cual, con muy grande artificio, ora mostrándose mal contento de la inclinación del rey de Francia á las cosas de Italia, como peligrosa para todos los italianos, ora excusándose con la necesidad, que por el feudo de Génova y por la confederación antigua con la casa de Francia le había obligado á oír las demandas que le había hecho (según decía) aquel rey, ora prometiendo alguna vez á Fernando y alguna separadamente al Papa y á Pedro de Médicis trabajar cuanto pudiese por entibiar el ardimiento de Carlos, procuraba tenerlos dormidos en esta esperanza para que, antes que las cosas de Francia estuviesen bien en orden y establecidas, no se hiciese contra él ningún movimiento; creyéndolo todos muy fácilmente, porque la deliberación de hacer pasar al rey de Francia á Italia, se juzgaba por tan mal segura aun para él, que no parecía posible que al cabo, considerando el peligro, no se hubiese de retirar de ella.

Consumióse todo el verano en estas pláticas, procediendo Luis de modo que, sin dar sospecha al rey de Francia, ni Fernando, ni el Papa, ni los florentinos desesperaban ni confiaban totalmente de sus promesas.

Poníanse en este tiempo en Francia solícitamente los fundamentos de la nueva jornada, para la cual (contra el consejo de casi todos los señores) era cada día mayor el ardor del Rey que, por estar más dispuesto, compuso las diferencias que tenía con Fernando y con Isabel, rey y reina de España, príncipes muy celebrados en aquel tiempo y gloriosos por la fama de su prudencia por tener reducidos sus reinos, de grandísimas turbulencias, á suma tranquilidad y obediencia, y por haber nuevamente recuperado con guerra continuada de diez años al nombre de Cristo el reino de Granada, que había estado poseído por los moros de Africa poco menos de ochocientos años. Expresóse en esta capitulación resuelta muy solemnemente y con juramentos hechos en público de la una y otra parte, en los templos sagrados, que Fernando é Isabel (regíase España en nombre común), ni directa, ni indirectamente ayudasen á los aragoneses, ni contrajesen nuevo parentesco con ellos, ni por ningún camino se opusiesen á Carlos para defensa de Nápoles, y para conseguir estas obligaciones, comenzando por la pérdida cierta por esperanza de ganancia incierta, restituyó sin ninguna paga á Perpiñán con todo el condado de Rosellón, que muchos años antes lo había empeñado Juan, rey de Aragón, padre de Fernando, á Luis, su padre, cosa muy molesta para todo el reino de Francia, porque aquel condado, situado en las faldas de los montes Pirineos, y por esto, según la antigua división, parte de la Galia, impedía á los espales la entrada en Francia por aquella parte.

Hizo por la misma ocasión Carlos paz con Maximiliano, rey de romanos, y con Felipe de Austria, su hijo, los cuales tenían con él muy grandes ocasiones antiguas y nuevas de enemistades, comenzadas porque Luis, su padre, por la ocasión de la muerte de Carlos, duque de Borgoña y conde de Flandes y de otros muchos países

vecinos, había ocupado el ducado de Borgoña, el condado de Artois y otras muchas tierras que poseía; de donde, habiendo nacido graves guerras entre Luis y María, hija única de Carlos, la cual poco después de la muerte de su padre se había casado con Maximiliano, y habiendo muerto ya María y sucedido en la herencia materna Felipe, hijo de Maximiliano y suyo, se había hecho últimamente, más por voluntad de los pueblos de Flandes que de Maximiliano, concordia entre ellos, por cuyo establecimiento fué desposado Carlos, hijo de Luis, con Margarita, hermana de Felipe, y aunque era menor de edad la llevaron á Francia, donde después que hubo estado muchos años, repudiada de Carlos, tomó éste por mujer á Ana, á quien pertenecía el ducado de Bretaña por la muerte de Francisco, su padre, sin hijos varones. Con doblada injuria de Maximiliano, privado á un mismo tiempo del matrimonio de su hija y del suyo, porque antes, por medio de sus procuradores, se había desposado con Ana, y, con todo eso, no siendo poderoso para sustentar por sí mismo la guerra que se había vuelto á comenzar por ocasión de esta injuria, no queriendo los pueblos de Flandes (los cuales, por ser Felipe muchacho, se regían por su propio consejo y autoridad) tener guerra con el reino de Francia, y viendo quietas contra franceses las armas del rey de España y del de Inglaterra, vino en la paz por la cual Carlos restituyó á Felipe á Margarita su hermana, detenida hasta aquel día en Francia, juntamente las villas del condado de Artois, reservando para sí las fortalezas, pero con obligación de restituirlas al fin de cuatro años, y en este tiempo (habiendo llegado ya Felipe á mayor edad) podía válidamente confirmar el acuerdo hecho. Estas tierras, en la paz hecha con el rey Luis, se habían reconocido concordemente por dote de la dicha Margarita. Establecióse, por haber hecho paz el reino de Francia

con todos sus vecinos, la determinación de la guerra de Nápoles para el año venidero, y que se preparasen en este medio todas las provisiones necesarias solicitadas continuamente por Luis Sforza, el cual, como los pensamientos de los hombres se extienden de un grado en otro, no pensando sólo en asegurarse en él, sino levantando á más altos fines, tenía resuelto en el ánimo, con la ocasión de los trabajos de los aragoneses, pasar en su persona el ducado de Milán, y por dar algún color de justicia á tan gran iniquidad, y asentar con mayores fundamentos sus cosas para todos los casos que pudiesen suceder, casó á Blanca María, hermana de Juan Galeazo y su sobrina, con Maximiliano, que había sucedido nuevamente, por la muerte de Federico su padre, en el Imperio romano, prometiéndole en dote, á ciertos tiempos, cuatrocientos mil ducados en dinero, de contado, y en joyas y en otras alhajas cuarenta mil. Por otra parte, Maximiliano, atendiendo más en este casamiento al dinero que al vínculo de la afinidad, se obligó á conceder á Luis, en perjuicio de Juan Galeazo, su nuevo cuñado, la investidura del Estado de Milán para sí, para sus hijos y descendientes, como si aquel Estado, después de la muerte de Felipe María Vizconti, estuviera vacante de legítimo duque, prometiéndole consignarle, al tiempo del último pago, los privilegios despachados en amplísima forma.

Los Vizcontis, gentiles hombres de Milán, en las parcialidades tan sangrientas que tuvo Italia de güelfos y gibelinos, echados finalmente los güelfos, quedaron (esto sucede casi siempre al fin de las discordias civiles), de cabezas de una parte de Milán, dueños de toda la ciudad: Habiendo continuado en esta grandeza muchos años, procuraron, según el progreso común de las tiranías (porque aquello que era usurpación pareciese derecho), fortalecer su fortuna antes con legítimos colores,

y después ilustrarla con títulos muy honoríficos. Por esto, habiendo alcanzado de los emperadores (de los cuales Italia comenzaba á conocer ya más el nombre que el poder), primero el título de capitanes, y después de vicarios imperiales; á lo último, Juan Galeazo, que por haber recibido el condado de Virtus de Juan, rey de Francia, su suegro se llamaba el conde de Virtus, alcanzó de Wenceslao, rey de romanos, para sí y para sus descendientes varones, la dignidad de duque de Milán, en la cual le sucedieron el uno después del otro Juan María y Felipe María, sus hijos; pero acabada la línea masculina por la muerte de Felipe, bien que había en su testamento dejado por su heredero á Alfonso, rey de Aragón y de Nápoles (movido de la gran amistad que por su libertad había tenido con él, y mucho más, porque el ducado de Milán, defendido por un príncipe tan poderoso, no fuese ocupado por los venecianos, los cuales ya manifiestamente aspiraban á él); con todo, Francisco Sforza, capitán muy valeroso en aquella edad, y no menor en el arte de la paz que en la guerra, ayudado de muchas ocasiones que entonces concurren, y no menos de haber hecho más estimación del reino que de la observancia de su palabra, ocupó con armas aquel ducado, como perteneciente á Blanca María, su mujer, hija natural de Felipe, y es opinión que pudo alcanzar después por poca cantidad de dinero la investidura del emperador Federico; pero confiándose en que lo podría conservar con las mismas artes que lo había ganado, la despreció. Continuó sin investidura Galeazo, su hijo, y continuaba Juan Galeazo, su sobrino; por lo cual, Luis á un mismo tiempo malvado contra su sobrino vivo, é injurioso contra la memoria de su padre y hermano muertos, afirmando que ninguno de ellos había sido legítimo duque de Milán, hizo que Maximiliano le diese la investidura, como de Estado que había vuelto al im-

perio, no intitulándose por esta razón séptimo, sino cuarto duque de Milán, si bien estas cosas llegaron á la noticia de pocos, mientras vivía su sobrino. Solía demás de esto decir, siguiendo el ejemplo de Ciro, hermano menor de Artajerjes, rey de Persia y confirmándolo con la autoridad de muchos jurisconsultos, que precedía á Galeazo, su hermano, no por la edad, sino por haber sido el primer hijo que había nacido á su padre, después de haber llegado á ser duque de Milán. Fué declarada esta razón, juntamente con la primera, en los privilegios imperiales, á los cuales se juntó, con letras separadas, por cubrir, aunque con pretexto ridículo, la ambición de Luis, que no era costumbre del Sacro Imperio conceder ningún Estado á quien primero lo hubiese conseguido con la autoridad de otros, y por esto había despreciado Maximiliano los ruegos que Luis había hecho por alcanzar la investidura para Juan Galeazo, reconocido antes como duque del pueblo de Milán.

El parentesco hecho por Luis acrecentó la esperanza á Fernando de que hubiese de dejar la amistad del rey de Francia, juzgando que el haberse allegado y dado á un émulo, por tantas razones enemigo suyo, tan grande cantidad de dineros, era materia para engendrar desconfianzas entre ellos, y que Luis, tomando ánimo de esta nueva unión, se había de apartar de él más osadamente. Criaba Luis estas esperanzas con muy gran artificio, y con todo eso (tanta era su sagacidad y destreza), sabía á un mismo tiempo dar buenas palabras á Fernando y á los otros italianos, y entretener al rey de Romanos y al de Francia. Esperaba asimismo Fernando que había de ser molesto al Senado veneciano, á quien había enviado embajadores, que en Italia, donde tenía el primer lugar de poder y autoridad, entrase un príncipe tanto mayor que ellos. No le faltaban los consejos y esperanzas del rey de España, las cuales le prome-

tían socorro poderoso en caso que, con las persuaciones y con la autoridad, no pudiesen interrumpir esta empresa.

Por otra parte, se esforzaba el rey de Francia, ya que había quitado los impedimentos de la otra parte de los montes, á allanar las dificultades y embarazos que se le pudiesen poner de esta parte de acá; por esto envió á Perone de Baccie, hombre práctico de nuestras cosas, á Italia, donde había estado debajo de la mano de Juan de Anjou, el cual, habiendo significado al Papa, al Senado veneciano y á los florentinos la determinación que había tomado su Rey para recuperar el reino de Nápoles, hizo instancia con todos para que se juntasen con él; pero no llevó más que esperanzas y respuestas generales, porque, no estando la guerra señalada para antes que el año venidero, rehusaba cada uno descubrir tan anticipadamente su intención. Pidió asimismo el Rey á los embajadores de los florentinos, enviados antes á su persona, con consentimiento de Fernando, para excusarse de lo que se les imputaba de que eran inclinados á los aragoneses, que se le permitiese paso y vituallas en su territorio para su ejército con paga conveniente, y que enviasen con él cien hombres de armas, los cuales, decía, que pedía por señal de que la República florentina seguía su amistad. Y aunque le habían mostrado que no se podía hacer semejante declaración sin grave peligro, si primero su ejército no había pasado á Italia y afirmado que se podía prometer de aquella ciudad en cualquier caso cuanta conveniencia á la observancia y respeto que había tenido siempre á la corona de Francia; con todo eso, el furor de los franceses les obligaba á prometerlo, amenazando que, de otra manera, los privaría del comercio grande de mercancías que la nación florentina tenía en aquel reino. Nacían estos consejos (como después se manifestó) de Sforza, que guiaba en-

tonces todo lo que se platicaba por ellos con los italianos. Trabajó Pedro de Médicis en persuadir á Fernando que estas demandas importaban tan poco al fin de la guerra, que le podría ayudar más que la República y él se conservase en crédito con Carlos, porque así quizá tendrían oportunidad de ser medianeros para alguna composición, y, con denegarlo, quedarían enemigos abiertos de los franceses sin ningún provecho. Alegaba además de esto el gran cargo y odio que concitaría contra sí en Florencia si los mercaderes florentinos fuesen echados de Francia, y que convenía á la buena fe (fundamento principal de las consideraciones) que cada uno de los confederados tolerase con paciencia alguna incomodidad, por que el otro no incurriese en muchos mayores daños; mas Fernando, que consideraba cuánto se disminuiría su reputación y seguridad si los florentinos se separasen de él, no aceptando estas razones, se lamentó gravemente de que la constancia y fe de Pedro comenzasen tan presto á no corresponder á lo que de él se había prometido; por lo cual Pedro, determinado de conservar ante todas cosas la autoridad de los aragoneses, hizo alargar con varias mañas la respuesta á los franceses que se pedía con gran instancia, remitiéndose á lo último á que, por nuevos embajadores, se daría á entender la intención de la República.

Al fin del año comenzó á vacilar la unión hecha entre el Papa y Fernando, ó porque el Papa aspiraba, con introducir nuevas dificultades, á conseguir de él mayores cosas, ó porque se persuadía de que le obligaría por este camino á reducir al cardenal de San Pedro in Víncula á su obediencia; y ofreciendo, por seguridad de Fernando y de los venecianos, la palabra del Colegio de los cardenales, deseaba sumamente que fuese á Roma, siéndole muy sospechosa su ausencia, por la importancia del castillo de Ostia, porque en la vecindad de Roma tenía á

Ronciglione y Grottaferrata, por muchas dependencias y autoridad grande que tenía en la Corte, y finalmente por su natural deseo de cosas nuevas, y por el ánimo pertinaz en correr antes cualquier peligro que aflojar un punto solo de sus determinaciones. Excusábase eficazmente Fernando de que no podía inclinar á esto al cardenal de San Pedro in Víncula, por estar tan sospechoso, que cualquier seguridad le parecía inferior al peligro, y se lamentaba de su mala fortuna con el Papa, que siempre le atribuía á él aquello que verdaderamente procedía de otro; que así, había creído que Virginio, por sus consejos y con su dinero, había comprado los castillos, aunque se había hecho la compra sin su participación; que había sido él quien había dispuesto á Virginio el acuerdo, y que para este efecto le había acomodado de dineros que se pagaron en recompensa de los castillos. No aceptaba el Pontífice estas excusas; antes con palabras crueles, y casi de amenazas, se lamentaba de Fernando, y parecía que, en la reconciliación hecha entre ellos, no se podía hacer firme fundamento.

Comenzó en esta disposición de ánimo y confusión de las cosas, inclinadas á muchas perturbaciones, el año de 1494 (yo tomo el principio según el uso romano), año infelicísimo para la Italia, y verdaderamente el primero de los miserables, porque abrió la puerta á innumerables y horribles desventuras, de las cuales se puede decir que, por diversos accidentes, ha participado después una gran parte del mundo. En el principio de este año, Carlos, muy ajeno de la paz con Fernando, mandó á sus embajadores que, como embajadores de rey enemigo, se fuesen luego del reino de Francia, y casi en los mismos días murió de un catarro repentino Fernando, sujetado más de los disgustos de su ánimo que de la edad. Fué rey de maravillosa industria y pru-

dencia, con las cuales, acompañado de fortuna próspera, se conservó en el reino conquistado nuevamente por su padre contra muchas dificultades que se le descubrieron al principio de reinar, y le puso en mayor grandeza que quizá en muchos años antes le había poseído ningún antecesor suyo. Buen rey si hubiera continuado el reinar con los mismos medios que había comenzado; pero en el progreso del tiempo ó entrando en nuevas costumbres, por no haber sabido (como casi todos los príncipes) resistir á la violencia del señorío, ó (como fué creído casi por todos) descubiertas las inclinaciones que primero encubría, fué notado de poca fe y de tan gran crueldad, que los suyos mismos la juzgaban antes por digna de nombre de barbarie.

La muerte de Fernando se tuvo por cierto que dañaría á las cosas comunes, porque, demás de que hubiera intentado cualquier remedio á propósito para impedir la pasada de los franceses, no se dudaba que sería más dificultoso hacer que Luis Sforza se asegurase de la naturaleza altiva y poco moderada de Alfonso, que disponerle á renovar la amistad con Fernando, sabiendo que, en los tiempos pasados, había estado muchas veces inclinado á rendirse á su voluntad por no tener ocasión de controversias con el Estado de Milán. Y entre las otras cosas es manifesto que cuando Isabel, hija de Alfonso, fué á juntarse con su marido, deseó Luis alcanzarla de su padre por mujer, por haberse enamorado de ella luego que la vió, y para este efecto hizo (así se creyó entonces por toda Italia) con hechizos y encantamientos que estuviese Juan Galeazo por muchos meses ligado para la consumación del matrimonio. Hubiera venido en esto Fernando, pero Alfonso lo resistió; de donde, excluído Luis de esta esperanza, habiendo tomado otra mujer y tenido hijos, volvió todos sus pensamientos á pasar en ellos el ducado de Milán. Escriben

demás de esto algunos, que resuelto Fernando á tolerar cualquier descomodidad é indignidad por huir la guerra que amenazaba, había determinado, cuanto antes le permitiese la sazón del tiempo, ir en las galeras por mar á Génova, y de allí por tierra á Milán, para satisfacer á Luis en todo lo que desease, y volver á llevar á Nápoles su sobrina, esperando que, demás de los efectos de las cosas, esta pública confesión de reconocer todo el bien de su mano le había de mitigar el ánimo, porque era notorio el ardiente deseo que con desenfrenada ambición tenía de parecer el árbitro de toda Italia.

Alfonso, luego que murió su padre, envió cuatro embajadores al Papa, el cual, dando muestras de haber vuelto á la primera amistad con los franceses, había prometido en los mismos días por una bula firmada por el Colegio de los Cardenales, á petición del rey de Francia, la dignidad del cardenalato para el obispo de San Malo, y traído á gastos comunes con el duque de Milán á Próspero Colonna que antes había estado á sueldo del Rey y á algunos otros capitanes de gente de armas. Con todo eso, se rindió con facilidad á la paz por las grandes condiciones que Alfonso le prometió, deseoso de asegurarse de él y de obligarle á su defensa. Concertaron, pues, descubiertamente que entre ellos hubiese confederación para defensa de los Estados con determinado número por cada uno; que concediese el Papa la investidura del reino con la disminución del censo que había alcanzado Fernando de los otros Papas, durante sólo su vida, y enviase un legado apostólico á coronarle; que crease cardenal á Luis, hijo de D. Enrique, hermano natural de Alfonso, el cual fué llamado después el cardenal de Aragón; que pagase el Rey luego al Papa treinta mil ducados; que diese al duque de Gandía Estados de doce mil ducados de renta al año, y el primer oficio de siete principales que vacase; que le condujese

por toda la vida del Papa con trescientos hombres de armas á su sueldo con los cuales fuese obligado á servir igualmente á entrambos; que á D. Jofré, que casi por empeño de la fe paternal iba á vivir con su suegro, concediese, demás de las cosas que le había prometido en la primera junta, el protonotariato y uno de los oficios, y rentas de beneficios en el reino de Nápoles á César Borja, hijo del Papa, que había sido promovido poco antes por su padre al cardenalato, habiendo hecho, por quitar el impedimento de ser bastardo (á los cuales no se les solía conceder semejante dignidad) probar con falsos testigos que era hijo legítimo de otros. Prometió demás Virginio Ursino, el cual con orden del rey intervino en esta capitulación, que el rey ayudaría al Papa á recuperar el castillo de Ostia, en caso que rehusare el cardenal San Pedro in Víncula ir á Roma, pero afirmaba el Rey que esta promesa se había hecho sin su consentimiento ó noticia. Juzgando que en tiempo de tanto peligro era muy dañoso el apartarse de aquel cardenal poderoso en las cosas de Génova, en las cuales, estimulado por él, intentaba poner mano (y porque quizá en una inquietud tan grande, se habría de tratar de concilios ó de materias dañosas para la Sede apostólica), interpuso gran diligencia para acordar con el Papa, á quien no satisfaciendo en esta materia ninguna condición, si el cardenal in Víncula no volvía á Roma, y estando éste obstinadísimo en no fiar su propia vida de la fe (tales eran sus palabras) de los catalanes, salió vano el trabajo y el deseo de Alfonso, porque el cardenal, después que hubo, con engaños, dado esperanza casi cierta de aceptar las condiciones que se trataban, partió de Ostia improvisadamente una noche en un bergantín armado, dejando bien guardado aquel castillo; y habiéndose sostenido pocos días en Saona y después en Aviñón, de donde era legado, fué finalmente á Lyon,

donde poco antes había pasado Carlos, para hacer con más comodidad y reputación las provisiones de la guerra, á la cual publicaba ya que quería ir en persona; y habiéndole recibido con mucho regocijo y honra se unió con los otros que procuraban la turbación de Italia.

No dejaba Alfonso, habiéndole hecho buen maestro el miedo, de continuar con Luis Sforza lo que había comenzado su padre, ofreciéndole las mismas satisfacciones, y Luis, según su costumbre, se daba maña á sustentarle con varias esperanzas; pero dando á entender que estaba obligado á proceder con gran destreza para que la guerra, que estaba determinada contra los otros, no comenzase contra él. Por otra parte, no cesaba de solicitar en Francia las prevenciones, y para hacerlo con mayor eficacia y establecer mejor todos sus particulares de lo que se hubiese de ordenar, y para que no se detuviese la ejecución de las cosas determinadas, envió (echando voz que el rey le llamaba) á Galeazo de San Severino, marido de una hija natural suya, que tenía con él gran crédito y favor.

Por los consejos de Luis envió Carlos al Papa cuatro embajadores con comisión que, al pasar por Florencia, hiciesen instancia por la declaración de aquella República. Fueron éstos Everardo de Obigni, capitán de nación escocesa, el general de Francia, el presidente del parlamento de Provenza, y el mismo Perone de Baccie, á quien había enviado el año antes; los cuales, según su instrucción, ordenada principalmente en Milán, refirieron en entrambas partes las razones que el rey de Francia, como sucesor de la casa de Anjou, y por haber faltado la línea de Carlos I, pretendía el reino de Nápoles, y la determinación de pasar el mismo año á Italia, no para ocupar ninguna cosa perteneciente á otros, sino para obtener aquello que justamente le pertenecía, y que su último fin no era tanto el reino de Nápoles, cuanto el

poder después volver las armas contra los turcos, para aumento y exaltación del nombre cristiano. Declararon en Florencia cuánto confiaba aquel Rey de aquella ciudad que había sido reedificada por Carlomagno y favorecida siempre de los reyes sus progenitores, y más próximamente de Luis, su padre, en la guerra que tan injustamente les hizo el papa Sixto, Fernando recién muerto, y Alfonso, que al presente reinaba. Redujeron á la memoria las grandes comodidades que, por el comercio de las mercaderías del reino de Francia, venían á la nación florentina, donde era tan bien vista y agasajada como si fuera de la sangre francesa; que, con este ejemplo, podía esperar los mismos beneficios y provechos del reino de Nápoles, cuando estuviese debajo de su mano; así como de los aragoneses no habían recibido jamás otra cosa que daños é injurias, pidiéndoles que quisiesen dar alguna señal de que estaban unidos con él para esta empresa, y cuando por ventura estuviesen impedidos por alguna justa causa, concediesen á lo menos paso y vituallas por su dominio á costa del ejército francés. Trataron estas cosas con la República. A Pedro de Médicis acordaron privadamente los muchos beneficios y honras que Luis XI había hecho á su padre y antepasados, que en los tiempos adversos había hecho muchas demostraciones para conservación de su grandeza, honrando, en testimonio de buena voluntad, sus armas con las propias de la casa de Francia; y, por otra parte, no contento Fernando con haberlos perseguido descubiertamente con las armas, se había mezclado con gran maldad en las conjuraciones civiles en que había sido muerto Julián, su tío, y herido gravemente Lorenzo, su padre.

Partidos de Florencia los embajadores sin resolución de la ciudad, pasaron á Roma, donde acordando al Papa los méritos antiguos y la continua devoción de la casa

de Francia con la Sede apostólica, de que estaban llenas todas las memorias antiguas y modernas, y la contumacia y muchas inobediencias de los aragoneses, pidieron la investidura del reino de Nápoles para la persona de Carlos, como se le debía jurídicamente; proponiendo muchas esperanzas y haciendo muchas ofertas si estuviese propicio para esta empresa, la cual estaba determinada no menos por sus persuasiones y autoridad que por otra ocasión. Respondió el Papa á esta demanda, que, habiendo concedido tantos antecesores suyos sucesivamente la investidura de aquel reino á tres reyes de la casa de Aragón (porque en la investidura de Fernando se comprendía nombradamente á Alfonso), no era conveniente concederla á Carlos hasta que, por vía de justicia, no se declarase que él tenía mejores derechos, á los cuales hubiese perjudicado la investidura de Alfonso, porque por esta consideración se había especificado en ella que se entendiese sin perjuicio de personas. Acordóles que el reino de Nápoles era del dominio directo de la Sede apostólica, cuya autoridad no se persuadía que quisiese violar el Rey, contra la costumbre de sus antepasados, que siempre habían sido defensores propicios, como la violaría si de hecho lo acometiese; que convenía más á su dignidad y bondad, teniendo derecho, pedirlo por vía de justicia, la cual como señor del feudo, y solo juez de esta causa, se ofrecía pronto á hacérsela; que no debía un rey cristianísimo pretender otra cosa de un pontífice romano, cuyo oficio era prohibir y no fomentar las violencias y las guerras entre príncipes cristianos. Mostró, cuando quisiese obrar de otra manera, grandes dificultades y peligros por la vecindad de Alfonso y los florentinos, cuya unión seguía toda la Toscana, y por la dependencia del Rey de tantos barones, cuyos Estados se extendían hasta las puertas de Roma. Con todo eso, procuró no cortarles entera-

mente la esperanza, aunque tenía determinado no apartarse de la confederación hecha con Alfonso.

En Florencia era grande la inclinación á la casa de Francia por el comercio en aquel reino de tantos florentinos; por la opinión antigua, aunque falsa, de que Carlomagno reedificó aquella ciudad, destruída por Totila, rey de los godos; por la larga unión que sus mayores tuvieron por mucho espacio de tiempo con ella, como los güelfos con Carlos I, rey de Nápoles, y con muchos de sus descendientes protectores de la parte güelfa en Italia, y por la memoria de las guerras que antes había hecho á aquella ciudad Alfonso el Viejo, y después el año 1478 Fernando, enviando en persona á Alfonso, su hijo. Deseaba todo el pueblo por estas razones que se le concediese el paso, y no lo deseaban menos los ciudadanos más sabios y de mayor autoridad de la República, los cuales juzgaban que era suma imprudencia el meter en el dominio florentino una guerra de tanto peligro, por las diferencias de otros, oponiéndose á un tan poderoso ejército y á la persona del rey de Francia, el cual entraba en Italia con el favor del Estado de Milán, y que si no consentía el Senado veneciano, por lo menos no lo contradecía. Confirmaban sus consejos con la autoridad de Cosme de Médicis que fué tenido en su tiempo por uno de los hombres sabios de Italia, el cual, en la guerra entre Juan de Anjou y Fernando, aunque acudían á Fernando el Papa y el duque de Milán, había aconsejado siempre que no se opusiese aquella ciudad á Juan. Traían á la memoria el ejemplo de Lorenzo, padre de Pedro, el cual había tenido siempre el mismo parecer, en el rumor de la vuelta de los anjovinos, y que las palabras que usaba, espantado del poder de los franceses, después que este mismo rey había conquistado la Bretaña, eran que se disponían gravísimos males á los italianos si el rey de Francia conociese sus

propias fuerzas. Mas Pedro de Médicis, midiendo más las cosas con la voluntad que con la prudencia; dándose demasiado crédito á sí mismo y considerando que este movimiento se resolvería antes en rumores que en efectos; aconsejando lo mismo alguno de sus ministros sobornado, según se dijo, con dádivas de Alfonso, determinó pertinazmente continuar en la amistad de los aragoneses, lo cual era necesario que, por su grandeza, lo consintiesen todos los demás ciudadanos.

Tengo autores, que no se deben despreciar, que dicen que no contento Pedro con la autoridad que había alcanzado su padre en la República, aunque era tal que á su voluntad se creaban los magistrados, los cuales no determinaban las cosas de mayor consideración sin su parecer, aspiraba á más absoluto poder y á título de Príncipe, no midiendo prudentemente las calidades de la ciudad; la cual, estando entonces poderosa y muy rica y criada ya por muchos años en apariencia de República, y los ciudadanos mayores acostumbrados á participar del gobierno y á ser más semejantes á compañeros que á súbditos, no parecía que sin gran violencia hubiese de tolerar tan grande y súbita mudanza; y conociendo por esto Pedro que para sustentar esta ambición suya eran necesarios extraordinarios fundamentos, se había estrechado grandemente (para hacer un apoyo poderoso á la conservación del nuevo principado) con los aragoneses, y determinado correr con ellos la misma fortuna. Sucedió acaso que, pocos días antes que los embajadores franceses llegasen á Florencia, se habían descubierto algunas pláticas que Lorenzo y Juan de Médicis (mozos muy ricos, unidos á Pedro por sangre y apartados de él por causas que tuvieron principios juveniles) habían tenido por medio de Cosme Rucellai, primo hermano de Pedro, con Luis Sforza, y por su introducción, con el rey de Francia, las cuales mira-

ban derechamente contra la grandeza de Pedro. Prendiólos por esto el magistrado y desterrólos á sus propias villas con muy ligero castigo, porque la madurez de los ciudadanos, aunque no sin mucha dificultad, indujo á Pedro á que no se usase, contra su propia sangre, el juicio severo de las leyes: mas habiéndole certificado este accidente que Luis Sforza tenía intento de procurar su ruina, creyó que estaba tanto más necesitado á perseverar en su primera determinación. Respondióse á los embajadores con palabras de ornato y estimación, pero sin la conclusión que deseaban, mostrando por una parte la devoción natural de los florentinos á la casa de Francia y el gran deseo de satisfacer á tan glorioso rey, y por otra los impedimentos y que ninguna cosa era más indigna de príncipes y de las repúblicas que no guardar la palabra ofrecida; pues, sin mancharla expresamente, no podían acceder á sus peticiones, siendo así que aún no estaba acabada la confederación que, por la autoridad del rey Luis, su padre, se había hecho con Fernando, con pacto que después de su muerte se extendiese á Alfonso, y con expresa condición de estar obligados, no sólo á la defensa del reino de Nápoles, sino á prohibir el paso por su territorio á quien fuese á ofenderle; que se recibía suma molestia de que no pudiese ser otra la determinación, pero se esperaba que el Rey, siendo tan sabio y justo, habiendo conocido su buena disposición, atribuiría lo que no se le prometía á impedimentos tan justos. Enojado el Rey de esta respuesta, hizo partir luego de Francia los embajadores de los florentinos y echó de Lyon, por consejo de Luis Sforza, á sólo los ministros del bando de Pedro de Médicis, sin echar á los otros mercaderes, para que en Florencia se entendiese que reconocía esta injuria particularmente de Pedro y no de todos los ciudadanos.

Dividiéndose así todos los otros potentados de Italia,

unos en favor del rey de Francia y otros en contra, determinaron sólo los venecianos, estándose neutrales, esperar ociosamente el fin de aquellas cosas, ó porque no les era trabajoso que se perturbase Italia, esperando con la guerra de otros poder extender su imperio, ó porque no temiendo de su grandeza venir á ser robo del vencedor, juzgaban por imprudente consejo hacer propias las guerras de otro, sin evidente necesidad, bien que Fernando no dejaba continuamente de estimularlos, y el rey de Francia les había enviado el año antes y en este mismo tiempo embajadores, los cuales habían declarado que entre la casa de Francia y aquella República no había habido nunca otra cosa que amistad y correspondencia y amorosos y benignos oficios siempre que para ello se había ofrecido ocasión, y deseoso el rey de aumentar esta disposición, pedía á aquel tan sabio Senado que le quisiese dar consejo y favor para su empresa. Respondieron á esta propuesta con prudencia y brevedad que el rey cristianísimo era tan sabio y tenía cerca de su persona tan grave y maduro consejo, que presumiría mucho de sí mismo cualquiera que osase aconsejarle, añadiendo que serían muy gratas al Senado veneciano todas sus prosperidades, por la observancia que siempre había tenido á aquella corona, y que por esto les era de suma molestia no poder corresponder con los efectos á la prontitud de su ánimo, porque por la sospecha en que continuamente estaban del gran Turco, que tenía deseo y grande oportunidad de ofenderles, le obligaba la necesidad á tener siempre guardadas con mucho gasto tantas islas y tierras marítimas vecinas á Turquía, y por esto estaban forzados á abstenerse de enredarse en guerras con otros.

Importaban mucho más que los discursos de los embajadores y las respuestas que se les daban las preparaciones marítimas y terrestres que se hacían ya por

todas partes. Porque Carlos había enviado á Génova á Pedro de Orfé, su caballero mayor (dominaba en esta ciudad el duque de Milán con la ayuda de Pedro Adorno y de Juan Luis del Fiesco), á poner en orden una armada poderosa de naves y de galeras, y hacía armar, demás de estos, otros bajos en los puertos de Villafranca y Marsella, habíase divulgado en su Corte que trataba de entrar por mar en el reino de Nápoles, como Juan, hijo de Renato, había hecho ya contra Fernando, y aunque muchos creían en Francia que, por la incapacidad del Rey, por ser de poca calidad los que le aconsejaban y por la falta de dineros habían de salir al fin vanos estos aparatos, con todo eso por el ardimiento del Rey, el cual nuevamente, por el consejo de sus más íntimos en su confianza, había tomado el título de rey de Jerusalem y de las dos Sicilias (este era entonces el título de los reyes de Nápoles), se atendía con gran calor á las prevenciones de la guerra, recogiendo dinero, poniendo en orden la gente de armas y estrechando los consejos con Galeazo de San Severino, en cuyo pecho se encerraban todos los secretos y determinaciones de Luis Sforza.

Por otra parte, Alfonso no había dejado de prevenirse nunca por mar y tierra, y juzgando que no era ya tiempo para dejarse engañar de las esperanzas que le daba Luis y que le sería de más útil el reducirle á espanto y molestia que continuar las diligencias de mitigarle, mandó al embajador milanés que se fuese de Nápoles, volvió á llamar el suyo que residía en Milán, é hizo tomar la posesión y secuestrar las rentas del ducado de Bari que había poseído Luis muchos años por donación que le hizo Fernando. No contento con estas demostraciones, antes de abierta enemistad que de ofensas, volvió todo su ánimo á enajenar del ducado de Milán la ciudad de Génova, cosa de grandísima im-

portancia en el movimiento presente, porque por la mudanza de aquella ciudad se alcanzaba gran facilidad de perturbar contra Luis el gobierno de Milán, y se privaba al rey de Francia de la oportunidad de molestar por mar el reino de Nápoles. Concertándose para esto secretamente con el cardenal Paulo Gregorio, que, por lo pasado, había sido dux de Génova, á quien seguían muchos de la misma familia, y con Obietto del Fiesco, cabezas entrambos de gran séquito en aquella ciudad y en sus riberas, y con algunos de los Adornos, todos emigrados de Génova por diversas ocasiones, determinó intentar con armada poderosa volverlos á meter dentro; acostumbrando á decir que con las prevenciones y divisiones se vencían las guerras. Determinó asimismo ir personalmente á la Romaña con fuerte ejército para pasar luego al territorio de Parma, donde esperaba, proclamando el nombre de Juan Galeazo y levantando su bandera, que los pueblos del ducado de Milán se inquietasen contra Luis, y aunque hallasen dificultad en estas cosas, creía que era muy útil que la guerra se comenzase en lugar apartado de su reino, creyendo que, para la suma de todo, importaba mucho que cogiese á los franceses en Lombardia el invierno, como quien experimentado solamente en las guerras de Italia (en las cuales no solían salir los ejércitos á campaña hasta el fin del mes de Abril, esperando la sazón de la hierba para el sustento de los caballos), presuponía que, por huir la aspereza de aquella estación, se verían necesitados á quedarse en el país amigo hasta la primavera, y esperaba que, de esta tardanza, podía nacer fácilmente alguna ocasión para su remedio. Envió también embajadores á Constantinopla á pedir ayuda, como en peligro común, á Bayaceto, otomano, príncipe de los turcos, por lo que se divulgaba que pasaría Carlos á Grecia, después de haberle vencido. Sabía que Bayace-

to no despreciaría este peligro, porque por las memorias de las expediciones hechas en Asia en los tiempos pasados por la Nación francesa contra los infieles, no era poco el temor que los turcos tenían de sus armas.

Mientras se solicitaban estas cosas de cada parte, el Papa envió su gente á Ostia debajo del gobierno de Nicolás Ursino, conde de Pitigliano, dándole ayuda Alfonso por mar y tierra, y habiendo tomado sin dificultad la villa y comenzado á batir con la artillería el castillo, el castellano, por medio de Fabricio Colonna, y viniendo en ello Juan de Robere, prefecto de Roma, hermano del Cardenal de San Pedro in Víncula, después de pocos días, lo entregó, con condición de que el Papa no persiguiese, ni con censuras ni con las armas, al cardenal ni al prefecto, si no le diesen nuevas ocasiones, y fué prometido á Fabricio, en cuyas manos había dejado el cardenal á Grottaferrata, que, pagando al Papa diez mil ducados, continuase en poseerla con los mismos derechos. Luis Sforza, á quien el cardenal había manifestado, cuando pasó por Saona, lo que trataba ocultamente por su medio y consejo Alfonso con los emigrados de Génova, mostrando á Carlos cuán grandes impedimentos resultarían para sus designios, le persuadió á poner en orden para enviar á Génova dos mil suizos y hacer pasar luego á Italia trescientas lanzas, para que, debajo del gobierno de Obigni (el cual, habiendo vuelto de Roma, se había detenido en Milán por orden del Rey), estuviesen prontas para asegurar á Lombardía y pasar más adelante si la necesidad y las ocasiones lo pidiesen, juntándose con ellas quinientos hombres de armas italianos, conducidos al mismo tiempo á sueldo del rey por Juan Francisco de San Severino, conde de Gaiazzo, Galeoto Pico, conde de la Mirandola y Rodolfo Gonzaga, y otros quinientos que estaba obligado á darle el duque de Milán.

Con todo eso, no dejando Luis sus artificios acostumbrados, no cesaba de confirmar al Papa y á Pedro de Médicis su disposición á la quietud y seguridad de Italia, dando una vez una esperanza y tal otra de que presto se verían demostraciones evidentes. No parece posible que lo que se afirma con gran eficacia deje de poner alguna duda, aun en los ánimos determinados á creer lo contrario; pero si bien á sus promesas no se daba mucho crédito, no por esto se entibiaban en alguna parte las empresas determinadas, porque al Papa y á Pedro de Médicis hubiera agradado mucho el intentar las cosas de Génova; mas porque derechamente se ofendía por esto al Estado de Milán, el Papa, á quien Alfonso había pedido sus galeras y que se uniese con él en la Romaña su gente, concedió que la gente se uniese en la Romaña para la defensa común, mas que no pasasen adelante, y en lo de las galeras ponía dificultad, alegando que no era aún tiempo de poner á Luis en tanta desesperación: y habiendo pedido á los florentinos que diesen acogida y refresco á la armada real en el puerto de Liorna, estaban suspensos por el mismo respeto, y porque, habiéndose excusado de las demandas que les había hecho el rey de Francia, bajo pretexto de la confederación hecha con Fernando, se disponían de mala gana hasta que la necesidad les obligase á hacer más de lo que en virtud de ella estaban obligados. Mas no sufriendo las cosas mayor dilación, partió finalmente de Nápoles la armada debajo del gobierno de D. Fadrique, almirante de la mar, y Alfonso personalmente recogió su ejército en el Abruzzo para pasar á Romaña. Parecióle necesario, antes de pasar más adelante, llegar á hablar con el Papa, que estaba deseoso de lo mismo, para establecer todo lo que se hubiese de hacer por el bien común.

Juntáronse á 13 de Julio en Vicovaro, villa de Vir-

ginio Ursino, donde, habiendo estado tres días se fueron, quedando muy amigos. Determinóse en esta plática por consejo del Papa, que la persona del rey no pasase más adelante, pero que, de su ejército (el cual afirmaba el Rey que era de poco menos de cien escuadras de hombres de armas, contando veinte hombres de armas por escuadra y más de tres mil entre ballesteros y caballos ligeros) se detuviese con él una parte en los confines del Abruzzo hacia el Gelle y Tagliacozzo para seguridad del Estado eclesiástico y del suyo, y que Virginio quedase en tierra de Roma para hacer contrapeso á los Colonnas, por cuya sospecha estuviesen en Roma doscientos hombres de armas del Papa y una parte de los caballos ligeros del Rey, y que fuese á la Romaña con setenta escuadras, con el resto de la caballería ligera y con la mayor parte de la gente eclesiástica, que se le había dado sólo para su defensa, Fernando duque de Calabria (este era el título del primogénito del rey de Nápoles), mozo de gran esperanza, llevando consigo como gobernadores de su juventud á Juan Jacobo Tribulcio, gobernador de la gente del rey, y al conde de Pitigliano (el cual había pasado del sueldo del Papa al del Rey), capitanes de experiencia y gran reputación. Parecía muy á propósito que pasara á Lombardía la persona de Fernando, porque estaba unido con estrecho y doble parentesco á Juan Galeazo, marido de su hermana é hijo de Galeazo, hermano de Hipólita, madre que había sido de Fernando.

Una de las cosas más importantes que se trataron entre el Papa y Alfonso fué sobre las cosas de los Colonnas, porque por señales claras se conocía que aspiraban á nuevos consejos; pues habiendo estado Próspero y Fabricio al sueldo del rey muerto y habiendo alcanzado de él Estados y honrados puestos Próspero, después de muerto el rey y de muchas promesas hechas á Alfonso

de reconciliarse con él, no sólo se había conducido por medio del cardenal Ascanio á sueldo común con el Papa y con el duque de Milán y consentido después que toda su compañía se redujese al servicio del Papa, que lo procuraba así, pero también Fabricio, que había continuado con el sueldo de Alfonso, viendo el enojo del Papa y del Rey contra Próspero, dificultaba el ir con el duque de Calabria á la Romaña si primero no se establecían y aseguraban las cosas de Próspero y de toda la familia de los Colonnas en alguna forma conveniente. Este era el color de sus dificultades; pero en secreto entrambos, llevados de la gran amistad que tenían con el cardenal Ascanio (el cual, habiendo salido pocos días antes de Roma por sospecha del Papa, había ido á sus villas), con esperanza de mayores premios, y mucho más por el disgusto de que el primer lugar con Alfonso y mayor parte de sus prosperidades fuese de Virginio Ursino, cabeza de la facción contraria, se habían ido al sueldo del rey de Francia. Mas por tener esto oculto hasta que viesen que podían seguramente declararse por soldados del rey de Francia, fingiendo deseo de convenirse con el Papa y con Alfonso (los cuales hacían instancia en que Próspero, tomando su mismo partido, porque de otra manera no se podían asegurar de él, dejase los sueldos del duque de Milán), trataban continuamente con ellos; pero, por no venir á conclusión, venían á mover tal vez una dificultad y tal otra en las condiciones que estaban propuestas. Había en esta plática entre Alejandro y Alfonso diversidad de voluntades, porque deseoso Alejandro de despojarlos de los castillos que poseían en tierra de Roma, deseaba mucho la ocasión de acometerlos, y no teniendo Alfonso otro fin que el de asegurarse, no se inclinaba á la guerra sino por último remedio; mas no se atrevía á oponerse al deseo del Papa, y por esto determinaron apretarles con

las armas, y se estableció con qué fuerzas había de ser, pero que primero se viese si, dentro de pocos días, se podían componer sus cosas.

Tratábanse por cada parte estos y otros muchos medios; mas finalmente dió principio á la guerra de Italia la ida de D. Fadrique á la empresa de Génova con armada sin duda mayor y mejor proveída que ninguna otra de las que en muchos años antes habían corrido por el mar Tirreno, porque tuvo treinta y cinco galeras sutiles, diez y ocho naves y otros muchos bajeles menores, mucha artillería y tres mil infantes para echar en tierra. Por estos aparatos y por tener consigo los emigrados se había movido de Nápoles con grande esperanza de la victoria; pero la tardanza de su partida, causada por las dificultades que tienen comúnmente los grandes movimientos y en alguna parte por las esperanzas artificiosas que Luis había dado, y después el haberse detenido por tomar á sueldo hasta el número de cinco mil infantes en los puertos de los Sieneses, había hecho difícil lo que, si se hubiera intentado un mes antes, hubiera sido fácil, porque habiendo tenido tiempo los contrarios de hacer poderosa provisión, había entrado ya en Génova el bailio de Dijon con dos mil suizos, soldados del rey de Francia, y estaban en orden muchos de los navíos y galeras que armaban en aquel puerto, habiendo llegado asimismo una parte de los bajeles armados en Marsella, y no perdonando Luis ningún gasto, había enviado allí á Gaspar de San Severino, llamado el Fracassa y á Antonio María, su hermano, con muchos infantes, y para ayudarse no menos de la amistad de los genoveses mismos que de las fuerzas forasteras, había asegurado con dones, provisiones, promesas y varios premios el ánimo de Juan Luis del Fiesco, hermano del Obietto, de los Adornos, y de otros muchos gentiles hombres y particulares

importantes para tener firme su devoción en aquella ciudad, y había llamado á Milán, de Génova, y de las otras villas de la ribera muchos secuaces de los emigrados. A estas provisiones tan poderosas por sí mismas añadió mucho de reputación y de firmeza la persona de Luis, duque de Orleans, el cual, en los mismos días que la armada aragonesa se descubrió en el mar de Génova, entró por orden del rey de Francia en aquella ciudad, habiendo hablado primero en Alejandría sobre las cosas generales con Luis Sforza, quien (como están llenas de tinieblas las cosas de los mortales) le había recibido con gran alegría y honra, no sabiendo cuán presto había de quedar en sus manos su Estado y su vida.

Fueron ocasión estas cosas de ^{que} los aragoneses, que antes habían determinado presentarse con la armada en el puerto de Génova, esperando que los secuaces de los emigrados hiciesen alguna sublevación, determinasen, mudando de consejo, acometer las riberas, y después de alguna variedad de opiniones sobre si había de comenzar por la ribera de Levante ó por la de Poniente, seguido el parecer de Obietto, que se prometía mucho de los hombres de la ribera de Levante, se enderezaron á la villa de Portovenere, y á ésta dieron muchas horas en vano la batalla (porque de Génova le habían enviado cuatrocientos infantes y los ánimos de los vecinos estaban embravecidos por Juan Luis del Fiesco, que había venido á la Spezia); de manera que, perdida la esperanza de expugnarla, se retiraron al puerto de Liorna para refrescarse de vituallas y acrecentar el número de los infantes, porque entendiendo que estaban bien proveídas las villas de la ribera, juzgaban por necesarias mayores fuerzas. De allí D. Fadrique, teniendo noticia que la armada francesa, inferior á la suya en galeras, pero superior de naves, se

prevenía para salir del puerto de Génova, volvió á enviar á Nápoles sus naves para poderse apartar de los enemigos más brevemente con la presteza de las galeras, si juntas las naves y las galeras contrarias fuesen á acometerle, quedando con todo eso con esperanza de oprimirlos si se separasen las galeras de las naves ó por voluntad ó accidente.

Caminaba con el ejército de tierra al mismo tiempo el duque de Calabria hacia la Romaña con intención de pasar después á Lombardía, según las primeras determinaciones; mas para tener el paso libre y no dejar impedimentos á las espaldas, era necesario unirse el Estado de Bolonia y las ciudades de Imola y de Forli, porque Cesena, ciudad súbdita inmediatamente al Papa, y la ciudad de Faenza, súbdita á Astorre de Manfredó, muchacho pequeño que tenía sueldo de los florentinos y se regía bajo su protección, eran muy á propósito para dar libremente todas las comodidades al ejército aragonés. Gobernaba á Forli y á Imola, con título de Vicario de la Iglesia, Ottaviano, hijo de Jerónimo de Riario, pero bajo la tutela y gobierno de Catalina Sforza, su madre, con la cual habían tratado ya muchos meses antes el Papa y Alfonso de traer á Ottaviano al sueldo de entrambos, con obligación que comprendiese la defensa de sus Estados. Pero quedaba la materia imperfecta, parte por dificultades que ella interpuso, para alcanzar mejores condiciones, y parte porque, persistiendo los florentinos en la primera determinación de no exceder contra el rey de Francia las obligaciones que tenían con Alfonso, no se resolvían á concurrir con esta conducta, para la cual era necesario su consentimiento, porque el Papa y el rey rehusaban sustentar este gasto, y mucho más porque Catalina negaba el poner en peligro aquella ciudad, si justamente no se obligaban los florentinos con los otros á la defensa de los Estados de

su hijo. Allaná estas dificultades la plática que tuvo Fernando con Pedro de Médicis en el burgo de Sacro Sepulcro, mientras por el camino de la Marecchia llevó el ejército á la Romaña, porque en la primera vista le ofreció, por comisión de Alfonso su padre, que usase de sí y de aquel ejército para cualquier intento suyo de las cosas de Florencia, de Siena y de Faenza; por lo cual, avivándose en Pedro el primer calor, habiendo vuelto á Florencia, quiso, aunque disuadiéndole los ciudadanos más sabios, que se diese el consentimiento para aquella conducta, porque con suma instancia se lo había pedido Fernando, á lo cual, habiéndose concluído á gastos comunes del Papa, de Alfonso y de los florentinos, se juntó poco después la ciudad de Bolonia, conduciéndose de la misma manera Juan Ventivoglio bajo de cuya autoridad y arbitrio se gobernaba, y al cual prometió el Papa, añadiéndose también la palabra del rey y de Pedro de Médicis, crear cardenal á Antonio Galeazo, su hijo, que entonces era protonotario apostólico.

Dieron estos convenios gran reputación al ejército de Fernando, pero mucho mayor la hubiera dado si con estos buenos éxitos entrara antes en Romaña; mas la tardanza en moverse del reino y la solicitud de Luis Sforza, había hecho que, antes que llegase Fernando á Cesena, entrasen Obigni y el conde de Gaiazzo, gobernador de la gente sforcesca, con parte del ejército destinado para oponerse á los aragoneses en el condado de Imola, sin embarazo por parte del boloñés. Interrumpidas por esto á Fernando las primeras esperanzas de pasar á Lombardía, vióse precisado á hacer la guerra en la Romaña, donde, siguiendo las otras ciudades la parte aragonesa, Rávena y Cervia, ciudades sujetas á los venecianos, estaban neutrales, y aquel país contiguo con el río Pó que tenía el duque de Ferrara, no les deja-

ba de ser de alguna comodidad á la gente francesa y sforcesca. Mas ni por las dificultades referidas en la empresa de Génova, ni por el impedimento que había sobrevenido en la Romana se enfrenaba la temeridad de Pedro de Médicis, el cual, habiéndose obligado con secreta unión, hecha con el Papa y Alfonso, sin saberlo la República, á oponerse descubiertamente al rey de Francia, no sólo había consentido que la armada de Nápoles tuviese acogida y refresco en el puerto de Liorna y comodidad de tomar soldados por todo el dominio florentino, sino que, no pudiendo contenerse más, hizo que Anníbal Ventivoglio, que era soldado de los florentinos, con su compañía y con la de Astorre de Manfredo se uniesen con el ejército de Fernando, luego que entró en el condado de Forli, y demás de esto le hizo enviar mil infantes y artillería. Veíase la misma disposición en el Papa, pues demás de las provisiones de armas, no contento de haber exhortado primero á Carlos con un Breve para que no pasase á Italia y á que procediese por la vía de justicia y no por la de las armas, le mandó después por otro Breve las mismas cosas, so pena de las censuras eclesiásticas, y por el obispo de Calahorra, su nuncio en Venecia (donde para el mismo efecto estaban los embajadores de Alfonso y los de los florentinos, aunque éstos no con demandas tan descubiertas), exhortó al Senado veneciano que por beneficio común de Italia se opusiese con las armas al rey de Francia, á lo menos que hiciese entender vivamente á Luis Sforza cuánto sentimiento le causaba esta novedad. El Senado, haciendo responder por el dux que no era oficio de príncipe sabio traer la guerra á su casa propia por apartarla de la de los otros, no consintió hacer ni con demostraciones ni con efectos cosa que pudiese desagradar á ninguna de las partes. Y porque el rey de España, á quien acudían instantemente el Papa

y Alfonso, prometía enviar su armada á Sicilia con mucha gente para socorrer al reino de Nápoles cuando fuese menester (si bien se excusaba que no podría ser tan pronto por la dificultad de dineros), el Papa, demás de cierta cantidad que le había enviado Alfonso, consintió que pudiese convertir para este efecto los dineros que había recogido con autoridad de la Sede Apostólica, bajo el nombre de la Cruzada en España, los cuales no se podían gastar contra otros que enemigos de la fe cristiana, á quien estaba tan ajeno su pensamiento de oprimir que, demás de otros hombres que Alfonso había enviado al gran Turco, le envió de nuevo á Camilo Pandone, con quien fué enviado secretamente del Papa Jorge Bucciardo, genovés á quien otras veces había empleado en lo mismo el Papa Inocencio, los cuales honrados excesivamente por Bayaceto y despachados luego, volvieron á traer grandes promesas de ayudas, que, aunque fueron confirmadas poco después por un embajador que envió Bayaceto á Nápoles, no tuvieron algún efecto por la distancia de los lugares ó por ser difícil la confidencia entre turcos y cristianos en este tiempo.

Alfonso y Pedro de Médicis, no siendo prósperos los sucesos de sus armas, ni por mar, ni por tierra, procuraron engañar á Luis Sforza con sus astucias y artificios, pero no dieron mejor cuenta de la industria que de las fuerzas.

CAPITULO III.

Intentos de Luis Sforza descubiertos por medio de Pedro de Médicis á los franceses.—Carlos VIII entra en Italia.—Su carácter.—Derrota de los aragoneses en Rampallo.—Carlos VIII enferma de viruelas.—Viciosa organización del ejército italiano.—Carlos VIII en Pavía.—Muere Juan Galeazo, y Luis Sforza es nombrado duque de Milán.—Preséntase Pedro de Médicis á Carlos VIII.—Encuétrase con Luis Sforza en el campamento francés.

Ha sido opinión de muchos que le era molesto á Luis, por la consideración de su propio peligro, que el Rey de Francia conquistase el reino de Nápoles, porque su designio era, después de haberse hecho duque de Milán y obligado á pasar el ejército francés á Toscana, interponerse para alguna concordia por la cual, reconociéndose Alfonso tributario de la corona de Francia, asegurándose el Rey de la observancia de ella y desmembradas, por acaso, de los florentinos las villas que tenían en la Lunigiana, se volviese el rey á Francia. Quedando con esto abatidos los florentinos, disminuído de fuerzas y de autoridad el rey de Nápoles y llegando él á ser duque de Milán, había conseguido tanto, que le bastaba para estar seguro, sin incurrir en los peligros que le amenazaban con la victoria de los franceses. Que había esperado que Carlos, mayormente sobreviniendo el invierno, se había de hallar en algún embarazo que le detuviese el curso de la victoria, y atendiendo á la impaciencia natural de los franceses, al estar el Rey mal proveído de dineros y á la voluntad de muchos de los suyos, ajena de esta empresa, creía que

fácilmente se podría hallar medio de concordia. Sea lo que se fuere de esta materia la verdad, lo cierto es que, si bien al principio trabajó Luis grandemente por separar á Pedro de Médicis de los aragoneses, comenzó después con gran secreto á aconsejarle que perseverase en su propósito, prometiéndole obrar de manera que ó el rey de Francia no pasase, ó que, pasando, se volviese luego de la otra parte de los montes, antes de haber intentado ninguna cosa. No cesaba por medio de su embajador, residente en Florencia, de hacer con él muy á menudo esta instancia, ó porque era así verdaderamente su intención, ó porque, determinado ya á la ruina de Pedro, deseaba que procediese tan adelante contra el rey, que no le quedase lugar de reconciliarse con él. Determinado, pues, Pedro, con sabiduría de Alfonso, á hacer notorio este trato al rey de Francia, llamó un día á su casa, con color de estar enfermo, al embajador de Milán, habiendo primero escondido al del rey, que estaba en Florencia, en lugar que pudiese oír cómodamente lo que hablaba allí Pedro. Repetidas con largo discurso las persuasiones y las promesas de Luis, y que, por su autoridad, había estado pertinaz en no ceder á las peticiones de Carlos, se lamentó grandemente de que con tanta instancia solicitase su pasada á Italia, concluyendo que, pues los hechos no correspondían con las palabras, estaba obligado á determinar el no reducirse á tan gran peligro. Respondía el de Milán que no debía Pedro dudar de la fe de Luis, cuando no por otra razón, porque también era dañoso para él que Carlos tomase á Nápoles; animándole eficazmente á que perseverase en la misma intención, porque, apartándose de ella, sería ocasión de reducir á sí mismo y á toda Italia en esclavitud. Dió luego noticia de esta plática el embajador francés á su rey, afirmándole que le era traidor Luis, y con todo eso no produjo esta astucia el efecto

que habían esperado el rey Alfonso y Pedro; antes habiéndolo revelado los mismos franceses á Luis, volvió muy ardiente el enojo y odio que primero había concebido contra Pedro y la solicitud de provocar al rey de Francia que no gastase más tiempo inútilmente.

Y ya no sólo las preparaciones hechas por mar y tierra, sino el consentimiento de los cielos y de los hombres, pronosticaban á Italia las futuras calamidades, porque los que hacen profesión de tener noticia de las cosas venideras ó por ciencia ó por inspiración divina, afirmaban á una voz que se disponían mayores y más mudanzas, accidentes más extraños y horrendos que por muchos siglos se hubiesen visto en alguna parte del mundo; y no con menor terror de los hombres publicaba la fama por todas partes que se habían aparecido en algunas de Italia cosas ajenas del uso de la naturaleza y de los cielos. En la Pulla, de noche, tres soles en medio del cielo, pero con gran nublado alrededor y con horribles relámpagos y truenos; en el territorio de Arezzo pasaban visiblemente muchos días por el aire infinitos hombres armados sobre caballos muy grandes y con terrible ruido de trompetas y cajas; en muchos lugares de Italia habían sudado sangre las imágenes y estatuas; habían nacido por todas partes muchos monstruos de hombres y de animales, y otras muchas cosas sucedidas en diversas partes contra el orden de la naturaleza; por lo cual se llenaban de grande temor los pueblos, espantados primero por la fama del poder de los franceses y de la ferocidad de aquella nación, la cual, como estaban llenas las historias, había por lo pasado corrido y robado á toda Italia, saqueado y asolado con hierro y fuego la ciudad de Roma, sojuzgado en Asia muchas provincias, y no había parte casi alguna en el mundo que, en diversos tiempos, no hubiese sido maltratada por sus armas.

Acrescentaba cada día más el crédito á las señales celestes, adivinaciones, pronósticos y prodigios, el acercarse los efectos, porque, continuando Carlos en su propósito, había venido á Viena, ciudad del Delfinado, no pudiendo apartarle de pasar personalmente á Italia ni los ruegos de todo el reino, ni la falta de dineros, que era tal, que no tuvo modo como proveer las necesidades presentes, sino con empeñar por poca cantidad de dineros las joyas que le había prestado el duque de Saboya, la marquesa del Monferrato y otros señores de la Corte; porque los que había recogido antes de las rentas de Francia y los que le había prestado Luis los había gastado, parte en las armadas de mar, en las cuales se ponía desde el principio grande esperanza de la victoria, y parte, antes que se moviese de Lyón, había dado inconsideradamente á varias personas. No estando entonces los principes prontos para sacar dineros de los pueblos, como después (menospreciando el respeto de Dios y de los hombres) les ha enseñado la codicia y avaricia demasiada, no le era fácil juntarlos de nuevo. ¡Tan pequeñas fueron las trazas y fundamentos de mover una guerra tan pesada, guiándola más la temeridad y el ímpetu, que la prudencia y consejo!

Mas como acaece muchas veces que cuando se viene á dar principio á las ejecuciones de las cosas nuevas grandes y difíciles, aunque estén ya determinadas, se representan todavía al entendimiento de los hombres las razones que se pueden considerar en contrario, estando ya el rey dispuesto para partir, y antes caminando ya hacia los montes la gente de armas, se levantó una gran voz por toda la Corte, poniendo algunos en consideración las dificultades ordinarias de tan gran empresa, otros el peligro de la infidelidad de los italianos, y sobre todos los otros la de Luis Sforza, acordando el aviso que había venido de Florencia de sus fraudes.

Por acaso tardaban en llegar unos dineros que se esperaban de él, de modo que no sólo contradecían atrevidamente (como sucede cuando parece que el consejo se confirma con el suceso de las cosas) los que habían condenado siempre esta empresa, sino que algunos de aquellos que habían sido los movedores principales, y entre los otros el obispo de San Malo, comenzaron á vacilar no poco, y últimamente habiendo llegado este rumor á los oídos del rey, hizo tal movimiento en toda su Corte y en su mismo entendimiento y tal inclinación á no pasar más adelante, que luego mandó que parase la gente, y por esto, muchos señores que ya estaban en el camino, publicándose que estaba determinado que no se pasase á Italia, se volvieron á la Corte. Fuera fácilmente, como se cree, esta mudanza adelante si el cardenal de San Pedro in Víncula (fatal instrumento entonces, antes y después de los males de Italia) no hubiera con su autoridad y vehemencia vuelto á encender los bríos casi muertos del todo y á enderezar el ánimo del Rey á la determinación primera, trayéndole á la memoria, no sólo las razones que á tan gloriosa empresa le habían incitado, sino poniéndole delante de los ojos, con grandísima provocación, la ignominia que por todo el mundo se le seguiría de la ligera mudanza de tan honrado consejo, y preguntándole por qué ocasión había, con la restitución de las villas del condado de Artois, enflaquecido por aquella parte las fronteras de sus reinos, por qué ocasión con tanto disgusto, no menos de la nobleza que de los pueblos, había abierto al rey de España el condado de Rosellón, una de las puertas de Francia; que suelen consentir cosas semejantes los otros reyes ó por librarse de muy urgentes peligros, ó por conseguir muy grandes utilidades; pero á él ¿qué necesidad, qué peligro le había movido? ¿Qué premio esperaba? ¿Qué fruto le resultaría, sino haber comprado á muy caro precio

una vergüenza mucho mayor? ¿Qué accidentes habían nacido? ¿Qué dificultades habían sobrevenido? ¿Qué peligros se habían descubierto después de haber publicado la empresa por todo el mundo? Que antes crecía más descubiertamente cada hora la esperanza de la victoria, habiendo salido ya vanos los fundamentos sobre que tenían los enemigos puesta toda la esperanza de la defensa; porque la armada aragonesa, habiendo huído vituperosamente después de haber dado la batalla á Portovenere, no podía hacer ningún fruto contra Génova, que estaba defendida por tantos soldados y por armada más poderosa que aquella, y que si el ejército de tierra que se había detenido en la Romaña por la resistencia de un pequeño número de franceses, no tenía osadía de pasar más adelante, ¿qué harían en corriendo la fama por toda Italia, que el rey con tan gran ejército había pasado los montes? ¿Qué tumultos se levantarían por todas partes? ¿A qué rendimiento se reduciría el Papa cuando viese desde su propio palacio las armas de los Colonnas sobre las puertas de Roma? ¿A qué espanto Pedro de Médicis, teniendo por enemiga su misma sangre, la ciudad muy devota del nombre francés, y deseosísima de recuperar la libertad que él tenía oprimida? Que nada podría detener el ímpetu del rey hasta los confines del reino de Nápoles, donde, en arrimándose, habría los mismos tumultos y espantos, ni otra cosa por todas partes que fuga ó rebelión. Que no se podía temer que le faltasen dineros, los cuales, en oyéndose el ruido de sus armas y el estruendo horrible de aquella impetuosa artillería, le traerían á porfía todos los italianos, y si acaso alguno se le quisiese resistir, los despojos, los robos y las riquezas de los vencidos le sustentaría el ejército; porque Italia, acostumbrada por muchos años, más á las apariencias de la guerra, que á las veras de ella, no tenía nervio para resistir la furia

francesa. Pero ¿qué temor, qué confusión, qué sueño, qué sombras vanas habían entrado en su pecho. ¿Dónde se había perdido tan presto su magnanimidad? ¿Dónde la ferocidad con que cuatro días antes se jactaba de vencer á toda Italia junta? Que considerase que no estaban en su poder propio sus consejos, pues después de haber caminado demasiado las cosas, por la enajenación de las tierras, por los embajadores que había oído, enviado y echado, por los grandes gastos hechos, por tantos aprestos, por la publicación que se había hecho por todas partes, por haber llegado ya su persona casi sobre los Alpes, le obligaba la necesidad, cuando bien la empresa fuese muy peligrosa, á seguirla; pues entre la gloria y la infamia, entre el vituperio y los triunfos, entre el ser el más estimado ó despreciado, no le quedaba ningún otro medio que no detenerse en una victoria y triunfo ya prevenido y cierto.

Estas cosas dichas en sustancia por el cardenal, pero, según su naturaleza, más con sentido eficaz y con movimientos impetuosos y encendidos que con ornato de palabras, conmovieron tanto el ánimo del rey, que, no dando oídos sino á aquellos que le animaban á la guerra, partió el mismo día de Viena, acompañado de todos los señores y capitanes del reino de Francia, excepto el duque de Borbón, á quien cometió en su lugar la administración de todo el reino, y el almirante y otros pocos señalados para el gobierno y guarda de las provincias más importantes, y pasando á Italia por la montaña de Mon Ginebra, mucho más fácil para pasar que la de Monsanese, por donde antiguamente pasó, aunque con increíble dificultad, Anníbal, cartaginés, entró en Asti á nueve de Septiembre del año 1494, llevando consigo á Italia la semilla de innumerables calamidades, de horribles accidentes y variación de casi todas las cosas, porque, de su pasaje, no sólo tuvieron principio

mudanzas de Estados, pérdidas de reinos, desolación de países, estragos de ciudades, cruellísimas muertes, sino asimismo nuevos trajes, nuevas costumbres, nuevos y sangrientos modos de guerras, enfermedades hasta aquel día no conocidas, y se desordenaron de manera los instrumentos de la quietud y paz italiana, que no habiendo podido jamás volverse á poner en orden, han tenido licencia otras naciones extranjeras y ejércitos bárbaros para pisarla y destruirla miserablemente. Y por mayor infelicidad, para que por el valor del vencedor no se disminuyese nuestra vergüenza, aquel por cuya venida se causaron tantos males, si bien estaba dotado colmadamente de bienes de la fortuna, le faltaban casi todos los dotes de la naturaleza y del ánimo, porque es cierto que Carlos, desde la niñez, fué de compleción muy débil, de cuerpo no sano, de estatura pequeña, de aspecto (dejada aparte la viveza y dignidad de los ojos), muy feo y los otros miembros desproporcionados, de manera que parecía más monstruo que hombre: no sólo sin alguna noticia de las buenas artes, pero apenas conocía los caracteres de las letras; ánimo deseoso de aprender, aunque más hábil para cualquiera otra cosa, porque, acompañado siempre de los suyos, no tenía con ellos ni majestad, ni autoridad: ajeno á todos los trabajos y negocios, y, en aquellos á que sólo atendía, pobre de juicio y de prudencia, y si por ventura se veía en él alguna cosa digna de alabanza, mirada interiormente, estaba más apartada de la virtud que del vicio. Inclinación á la gloria, pero antes con ímpetu que consejo; liberalidad, mas inconsiderada y sin medida ó distinción; tal vez inmutable en las determinaciones, si bien muchas veces era más obstinación mal fundada que constancia, y aquellos que muchos llaman bondad, merecía más nombre de tibieza y de remisión de ánimo.

El mismo día que el rey llegó á la ciudad de Asti, comenzándose á mostrar con muy alegre agüero la benignidad de la fortuna, le llegaron de Génova nuevas muy deseadas, porque D. Fadrique, después que, habiéndose retirado de Portovenere al puerto de Liorna, hubo refrescado la armada y tomado á sueldo nuevos infantes, volviendo á la misma ribera puso en tierra á Obietto del Fiesco con tres mil infantes, el cual, habiendo ocupado sin dificultad la villa de Repalle, distante de Génova veinte millas, comenzó á conquistar el país circunvecino; no siendo este principio de poca importancia, porque en las cosas de aquella ciudad es, por la división de los ánimos, muy peligroso todo movimiento, aunque sea pequeño. No pareció á los de dentro sufrir que los enemigos hiciesen mayor progreso; por lo cual, dejando una parte de su gente en la guarda de Génova, se movieron con el resto por tierra á la vuelta de Repalle los hermanos San Severinos y Juan Adorno, hermano de Agustín, gobernador de Génova, con infantes italianos y el duque de Orleans con mil suizos en la armada de mar, en la cual había diez y ocho galeras, seis galeones y nueve naves gruesas, los cuales, unidos todos junto á Repalle, acometieron con ímpetu grande á los enemigos que habían hecho cara al puente que está entre el burgo de Repalle y un llano estrecho que se extiende hasta el mar. Combatía por los aragoneses, demás de las fuerzas propias, las ventajas del sitio, por cuya aspereza, más que por otra defensa, están fuertes los lugares de aquel país, y por esto el principio del asalto no se mostraba feliz para los enemigos, y ya los suizos, estando en lugar poco á propósito para ponerse en orden, comenzaban á retirarse; pero concurrendo tumultuariamente de todas partes muchos paisanos secuaces de los Adornos, los cuales están acostumbrados á pelear entre aquellas piedras y montes

ásperos, y demás de esto, siendo atacados al mismo tiempo los aragoneses por el costado por la artillería de la armada francesa, que se había arrimado cuanto pudo á la ribera, comenzaron á resistir con dificultad el ímpetu de los enemigos. Desviados ya del puente, llegaron avisos á Obietto, en cuyo favor no se habían movido sus parciales, de que se acercaba Juan Luis del Fiesco con muchos infantes, por lo cual, dudando si les acometerían por las espaldas, se pusieron en huída, y Obietto el primero, según el uso de los emigrados, por el camino de la montaña, quedando muertos de ellos más de cien hombres, parte peleando y parte huyendo, matanza sin duda no pequeña, según el modo de pelear que en aquel tiempo se usaba en Italia; también quedaron presos muchos, entre los cuales fué Julio Ursino que, siendo soldado del rey Alfonso, había seguido el ejército con cuarenta hombres de armas y algunos balletteros á caballo; Fregosino, hijo del cardenal Fregoso, y Orlando, de la misma familia.

Aseguró del todo esta victoria las cosas de Génova, porque D. Fadrique, luego que hubo puesto en tierra la infantería, por no verse obligado á pelear en el golfo de Repalle con la armada enemiga, se había alargado á alta mar, y desesperado de poder hacer entonces ningún fruto, retiró otra vez la armada al puerto de Liorna. Aunque allí se proveyó de nueva infantería y tuvo varios designios de acometer algún otro lugar de las riberas, con todo eso, como de los principios contrarios de las empresas se pierde el ánimo y la reputación, no intentó más ninguna cosa de momento, dejando justa ocasión á Luis Sforza de gloriarse de que había, con su industria y consejos, hecho burla de los contrarios, porque no había salvado las cosas de Génova, sino la dilación en los movimientos por él procurada con sus artes y con las vanas esperanzas que les había dado.

Fueron luego á ver á Carlos, á Asti, Luis Sforza y Beatriz su mujer con gran pompa y honrada compañía de muchas mujeres nobles y hermosas del ducado de Milán, y juntamente Hércules, duque de Ferrara, donde, tratándose de las cosas generales, se determinó que se moviese el ejército lo más presto que se pudiese, y para que esto se hiciese con mayor brevedad, Luis, que no temía poco que, si sobrevenían los tiempos ásperos, se quedase por aquel invierno en las tierras del ducado de Milán, prestó de nuevo dinero al rey, el cual tenía harta necesidad; mas por descubrirse unas viruelas se estuvo en Asti cerca de un mes, habiendo distribuído el ejército en aquella ciudad y en otras villas circunvecinas, cuyo número, por lo que he hallado por lo más verdadero en la diversidad de muchos, fué además de los doscientos gentiles-hombres de la guarda del rey, computados los suizos que habían ido primero á Génova con el bailio de Dijon y la gente que debajo del gobierno de Obigni militaba en la Romaña, mil y seiscientos hombres de armas; de los cuales tiene cada uno, según el uso francés, dos arqueros, de modo que debajo de cada lanza (este nombre tienen sus hombres de armas) se comprenden seis caballos; seis mil infantes del reino, de los cuales la mitad eran de la provincia de Gascuña, dotada, según el juicio de los franceses, de mejor infantería y más á propósito para la guerra que otra alguna parte de Francia, y para juntarse con este ejército, se había traído por mar á Génova gran cantidad de artillería para batir las murallas y para usar en campaña; pero de tal suerte, que jamás había visto Italia otra semejante.

Esta peste, hallada muchos años antes en Alemania, la trajeron á Italia la primera vez los venecianos en la guerra que, cerca del año de la salud de 1380, tuvieron los genoveses con ellos, en la cual, vencidos los vene-

cianos en la mar, y afligidos por la pérdida de Chioggia, recibieran cualquier condición que hubiera querido imponer el vencedor, de no faltar al consejo en tan excelente ocasión. El nombre de las mayores era bombardas, las cuales (derramada después esta invención por toda Italia) se empleaban en las expugnaciones de las villas, algunas de hierro, y otras de bronce puro, tan grandes, que por la gran máquina, por la poca práctica de los hombres y mal aparejo de los instrumentos, se llevaban muy despacio y con gran dificultad. Plantábanse frente á las villas con los mismos impedimentos, y había tanto intervalo de un tiro á otro, que con muy poco fruto, en comparación del que se siguió después, gastaban mucho tiempo, de donde los defensores de los lugares expugnados tenían tiempo para poder hacer ociosamente reparos y fortificaciones dentro; y con todo eso, por la violencia del salitre con que se hace la pólvora, pegándole fuego, volaban por el aire las balas con tan horrible ruido y estupendo ímpetu, que este instrumento hacía, aun antes que tuviese mayor perfección, ridículos todos los otros que en las expugnaciones de las villas habían usado los antiguos, con tan gran fama de Arquímedes y de los otros inventores. Pero fabricando los franceses piezas mucho más desembarazadas y no de otra cosa que bronce, á las cuales llamaban cañones, y usando balas de hierro, donde primero se usaban de piedra, sin comparación más gruesas y de grandísimo peso, las llevaban sobre carretas, no tiradas por bueyes, como se acostumbraba en Italia, sino por caballos, con tal agilidad de hombres y de instrumentos señalados para tal servicio, que casi siempre caminaban al igual de los ejércitos, y en llegando á las murallas se plantaban con increíble presteza. Habiendo de un tiro á otro muy poco espacio de tiempo, batían tan á menudo y con ímpetu tan gallardo, que lo que se

solía hacer antes en Italia en muchos días, lo hacían ellos en muy pocas horas, usando también de este (más diabólico que humano instrumento), no menos en la campaña que en el batir las villas, y con los mismos cañones y otras piezas menores, aunque fabricadas y conducidas según su proporción con la misma destreza y celeridad, hacía esta artillería muy formidable á toda Italia el ejército de Carlos, y espantoso, no por el número, sino por el valor de los soldados, porque, siendo la gente de armas casi toda de vasallos del Rey, no de la plebe, sino de gentiles-hombres, los cuales no se ponían ó quitaban sólo al arbitrio de los capitanes ni eran pagados por ellos, sino por los ministros reales; tenían las compañías, no sólo los números enteros, sino la gente florida y bien en orden de caballos y armas, no estando, por la pobreza, imposibilitados de proveerse de lo necesario, y sirviendo cada uno mejor á porfía, así por el instinto de la honra que el ser nacidos noblemente cría en los pechos de los hombres, como porque, de los hechos valerosos, podían esperar premios fuera de la milicia, y en ella, pues estaba ordenado de modo que, por sus grados, subían hasta llegar á ser capitanes. Los mismos motivos tenían los capitanes, casi todos barones y señores, ó á lo menos de sangre muy noble y casi todos vasallos del rey de Francia, los cuales, ajustada la cantidad de su compañía, porque según la costumbre de aquel reino no se daba conducta á ninguno de más de cien lanzas, no tenían otro intento que merecer alabanza cerca de su rey, por lo cual no tenía lugar entre ellos ni la inestabilidad de mudar dueño por ambición ó avaricia, ni las concurrencias con otros capitanes por adelantárseles con mayor conducta, cosas todas contrarias en la milicia italiana, donde muchos de los hombres de armas ó paisanos, ó plebeyos y súbditos de otro príncipe y dependientes en todo de capitanes con

quien se conciertan en el estipendio y en cuya mano estaba ponerlos y pagarlos, no tenían ni por naturaleza, ni por accidente motivo extraordinario á servir bien. Los capitanes raras veces eran súbditos de quien los conducía, y muy á menudo tenían intereses y fines diversos. Llenos entre sí de odio y emulación, no había señalado término á sus servicios y eran absolutamente dueños de las compañías: no tenían el número de los soldados que les pagaban, y no contentos de las condiciones honradas ponían, en cada ocasión codiciosas exigencias á sus dueños. Inconstantes en el mismo servicio, se pasaban muchas veces á nuevos sueldos, forzándolos alguna vez la ambición y la avaricia y otros intereses, á ser, no sólo inconstantes, sino infieles. No se veía menor diversidad entre los infantes italianos y los que estaban con Carlos, porque los italianos no peleaban en escuadrón firme y ordenado, sino esparcidos por la campaña, retirándose las más de las veces á la ventaja de los diques y fosos; mas los suizos, nación muy belicosa, y que con larga milicia y muchas victorias excelentes habían renovado la fama de su antigua ferocidad, se presentaban á pelear con escuadrones ordenados y distintos, á cierto número por hilera, y no saliendo jamás de su orden, se oponían á los enemigos á modo de un muro, firmes y casi invencibles, donde peleasen en lugar ancho para extender su escuadrón. Y con la misma disciplina y orden, aunque no con el mismo valor, peleaba la infantería francesa y gascona.

Mientras el rey, impedido por la enfermedad, se estaba en Asti, nació en el país de Roma nuevo tumulto porque los Colonnas, los cuales, aunque Alfonso había aceptado todas las demandas poco moderadas que habían hecho, se habían declarado por soldados del Rey, depuesto el fingimiento luego que Obigni hubo entrado con la gente francesa en la Romana, ocuparon el casti-

llo de Ostia por trato que tuvieron con algunos infantes españoles que estaban en su guarda. Obligó este caso al Papa á querrellarse de la injuria de los franceses á todos los príncipes de la cristiandad, y especialmente al rey de España y al Senado veneciano, al cual, aunque en vano, pidió ayuda por la obligación de la liga que habían hecho juntos el año pasado; y vuelto con ánimo constante á las provisiones de la guerra, habiendo citado á Próspero y á Fabricio, á los cuales hizo allanar después las casas que tenían en Roma, y unida su gente y parte de la de Alfonso debajo del gobierno de Ursino sobre el río Teverone junto á Tívoli, le envió sobre las villas de los Colonnas que no tenían otra gente sino doscientos hombres de armas y mil infantes: Mas dudando después el Papa si la arma francesa, que corría fama que debía ir de Génova al socorro de Ostia tuviera acogida en Nettunno, puerto de los Colonnas, recogió Alfonso en Terracina toda la gente que el Papa y él tenían en aquellas partes, puso allí el campo esperando expugnarlo fácilmente, pero defendiéndole los Colonnas animosamente y habiendo pasado á sus tierras sin oposición la compañía de Camilo Vitelli de Ciudad del Castillo y de sus hermanos, soldados de nuevo del rey de Francia, el Papa volvió á llamar á Roma parte de su gente que estaba en la Romaña con Fernando, cuyas cosas no se continuaban con la prosperidad que parecía se había mostrado al principio, porque, habiendo llegado á Villafranca entre Furli y Faenza y de allí tomando el camino por el real hacia Imola, el ejército enemigo que estaba alojado cerca de Villafranca, siendo inferior de fuerzas, se retiró entre la selva de Lugo y Colombara cerca del arroyuelo del Genivolo, alojamiento muy fuerte por la naturaleza, lugar de Hércules de Este, de cuyo dominio traía las vituallas; por lo cual, quitado á Fernando, por la fortaleza del sitio, el

poder acometerles sin grandísimo peligro, partió de Imola y fué á alojarse á Toscanella cerca de Castel San Pedro en el territorio boloñés; pues, deseando pelear, procuraba, haciendo demostración de irse hacia Boloña, poner á los enemigos en necesidad de ir á alojamientos no tan fuertes, por no dejarle libre la disposición de pasar adelante. Pero ellos, después de algunos días, arrojándose á Imola, se pasaron sobre el río de Santerno entre Lugo y Santa Agata, teniendo á las espaldas el río Po, en alojamiento muy fortificado. Alojó Fernando el día siguiente seis millas de ellos sobre el mismo río cerca de Mordano y Bubano, al otro día, con el ejército ordenado en batalla, se presentó á una milla; mas después que por espacio de alguna hora los hubo esperado sin fruto en el llano que era muy acomodado por su anchura para pelear, siendo de manifiesto peligro acometerlos en aquel alojamiento, fué á alojarse á Barbiano, villa de Cotignuola, no ya á la parte de la montaña, como hasta entonces había hecho, sino por el lado de los enemigos; teniendo siempre el mismo intento de obligarles, si pudiese, á salir de alojamiento tan fuerte.

Pareció que, hasta aquel día, habían procedido con más reputación las cosas del duque de Calabria, porque los enemigos habían descubiertamente rehusado el pelear, defendiéndose más con la fortaleza de los alojamientos que con el valor de las armas, y en algún encuentro que se había tenido con los caballos ligeros habían quedado superiores los aragoneses; pero habiéndose aumentado continuamente después el ejército francés y sforcesco, por haber llegado la gente que al principio se había quedado atrás, comenzó á variarse el estado de la guerra, porque el Duque, refrenado su ardor por el consejo de los capitanes que tenía consigo por no ponerse en manos de la fortuna sin ventaja, se

retiró á Santa Agata, villa del duque de Ferrara donde, estando disminuído de infantes y en medio de las tierras ferraresas y habiendo ya partido la gente de armas de la Iglesia que había llamado á sí el Papa, atendía á fortificarse. Detuvóse allí pocos días por tener noticia que se esperaban de nuevo en el campo de los enemigos doscientas lanzas y mil infantes suizos enviados por el Rey luego que llegó á Asti, por lo cual se retiró á la cerca de Faenza, lugar entre las murallas de aquella ciudad y un foso que, apartado cerca de una milla de de la villa y ciñéndola, hace aquel sitio muy fuerte. Por su retirada, vinieron los enemigos al alojamiento de Santa Agata que él desamparó. Mostráronse verdaderamente animosos ambos ejércitos cuando vieron al enemigo inferior; mas cuando las cosas estaban casi iguales, cada uno huía de tentar la fortuna; de donde resultó aquello que sucede muy raras veces, que un mismo consejo agrada á dos ejércitos enemigos. Parecía á los franceses que salían con el intento por cuya causa se habían movido de Lombardía, si hacían que los aragoneses no pasasen más adelante; y el rey Alfonso, juzgando por no pequeña ganancia que se retardasen los progresos hasta el invierno, había encargado expresamente á su hijo y ordenado á Juan Jacobo Tribulcio y al conde de Pitigliano que no pusiesen en manos de la fortuna el reino de Nápoles sin gran ocasión; que estaba perdido si se deshacía aquel ejército.

Pero no bastaban estos remedios para la salud porque, no deteniendo el ímpetu de Carlos ni la razón del tiempo ni ninguna otra dificultad, luego que hubo recuperado la salud, movió el ejército.

Estaba en el castillo de Pavía oprimido de una grave enfermedad Juan Galeazo, duque de Milán, su primo hermano (eran el rey y él hijos de dos hermanas, hijas de Luis II, duque de Saboya), á quien el rey, pasando

por aquella ciudad y habiendo alojado en el mismocastillo, fué á visitar muy benignamente. Las palabras fueron generales por estar presente Luis, mostrando pesar de su mal y animándole á que atendiese con buena esperanza á recuperar su salud; mas en el afecto del ánimo recibieron gran cómpasión, así el Rey como todos los que estaban con él, teniendo todos por cierto que la vida del infeliz mozo sería muy breve por las asechanzas de su tío, y se acrecentó mucho más con la presencia de Isabel, su mujer, que con ansia, no sólo de la salud de su marido y de un hijo pequeño que tenía de él, sino congojada, demás de esto, por el peligro de su padre y de todos los suyos, se echó humildemente en presencia de todos á los pies del rey, encomendándole con muchas lágrimas á su padre y á su casa de Aragón. El rey, aunque movido de la edad y de la hermosura mostrase que tenía compasión, con todo eso, no pudiendo por ocasiones tan ligeras detener un movimiento tan grande, la respondió que, habiendo llegado la empresa tan adelante, estaba necesitado de continuarla.

De Pavía pasó el rey á Plasencia, donde, habiéndose detenido, sobrevino la muerte de Juan Galeazo, por la cual Luis, que le había seguido, volvió á Milán con gran presteza, donde fué propuesto por los principales del Consejo ducal, á quien él había sobornado, que por la grandeza de este Estado y por los tiempos trabajosos que amenazaban á Italia, sería cosa muy dañosa que el hijo de Juan Galeazo, de edad de cinco años, sucediese á su padre, sino que era necesario tener un Duque que fuese de gran prudencia y autoridad; que por esto se debía, dispensando por el bien público y por la necesidad lo que disponen las leyes, como ellas mismas lo permiten, obligar á Luis á que consintiese que se pasase en su persona por el beneficio universal la dignidad del ducado, peso gravísimo en tales tiempos. Con este

color, cediendo lo honesto á la ambición, aunque fingiese que hacía alguna resistencia, tomó á la mañana siguiente las insignias y títulos del ducado de Milán protestando antes secretamente que le recibía como perteneciente á su persona por la investidura del rey de romanos.

Publicaron muchos que había procedido la muerte de Juan Galeazo de usar inmoderadamente del matrimonio; pero con todo, se creyó en general por toda Italia que no murió por enfermedad natural ni por incontinencia, sino de veneno, y Teodoro de Pavia, uno de los médicos del Rey que estaba presente cuando el Rey le visitó, afirmó que había visto señales muy claras de ello. No hubo nadie que dudase que, si había sido veneno, fué por medio de su tío, como aquel que, no contento de ser con autoridad absoluta gobernador del ducado de Milán, y ambicioso según el apetito común de los grandes hombres de hacerse más ilustres con los títulos y honores, y mucho más por juzgar que á su seguridad y á la sucesión de sus hijos era necesaria la muerte del príncipe legítimo, había querido pasar y establecer en sí la potestad y el nombre de Duque; y que de esta ambición había sido incitada á tan facinerosa obra su naturaleza, de ordinario mansa y enemiga de derramar sangre.

Fué creído por casi todos que ésta había sido su intención desde que comenzó á tratar que los franceses pasasen á Italia, pareciéndole ocasión muy á propósito para ponerla por obra en tiempo en que, por estar el rey de Francia con tan gran ejército en aquel Estado, había de faltar á todos el ánimo para resentirse de tan grande maldad. Otros creyeron que éste había sido nuevo pensamiento nacido por miedo á que el Rey (como son repentinos los consejos de los franceses) no procediese precipitadamente á librar á Juan Galeazo de tan

gran sujeción, moviéndole ó el parentesco ó la compasión de la edad, ó el parecerle más seguro para sí que aquel Estado estuviese en poder de su primo que de Luis, cuya fe no faltaban personas grandes cerca de su persona que continuamente procuraban tenerla por sospechas. El haber procurado Luis el año antecedente la investidura y hecho poco antes de la muerte de su sobrino despachar solícitamente los privilegios imperiales, argüía ser esta antes determinación premeditada y en todo voluntaria, que súbita, y movida sólo del peligro presente.

Detúvose algunos días Carlos en Plasencia, no sin inclinación de volverse de la otra parte de los montes, porque la falta de dineros y el no descubrirse en Italia ninguna cosa en su favor le tenían dudoso del suceso, y no menos la sospecha que había concebido del nuevo duque de Milán, del cual, si bien le prometió, cuando se apartó de él, que volvería, era común opinión que no lo haría más. No es fuera de lo verosímil, siendo casi no conocida de los ultramontanos la maldad acostumbrada en muchas partes de Italia de usar el veneno contra los hombres, que Carlos y toda la Corte, demás de las sospechas de la poca fe de Luis, tuviesen horror á su nombre y se juzgase gravemente injuriado de que, para poder hacer sin peligro una obra tan abominable, hubiese procurado su venida á Italia. Determinóse todavía á pasar adelante, como siempre lo solicitaba Luis, prometiendo volver al lado del Rey dentro de pocos días, porque el detenerse el Rey en Lombardía y el volverse precipitadamente á Francia era contrario del todo á su intención.

Vinieron al Rey, el mismo día que partió de Plasencia, Lorenzo y Juan de Médicis que, huidos ocultamente de sus villas, hacían instancia que el rey se arrimase á Florencia, prometiendo mucho de la voluntad del pue-

blo florentino para con la casa de Francia y no menos del odio contra Pedro de Médicis; contra el cual había crecido el enojo del rey por nuevas ocasiones, porque, habiendo enviado de Asti un embajador á Florencia á proponer muchas ofertas si le daban el paso, y para lo venidero se abstendrían de ayudar á Alfonso, y en caso que perseverasen en la primera deliberación muchas amenazas, y habiéndole mandado, por poner mayor terror, que, si luego no se determinaban, se fuese, se le respondió, buscando excusa de diferirlo, que por estar los ciudadanos principales del gobierno, como en aquella sazón es costumbre de los florentinos, en sus villas, no le podían dar respuesta cierta tan presto; pero que por un embajador propio, darían á entender con brevedad al Rey su intención.

Habíase determinado en el consejo del rey sin contradicción que se enderezase antes con el ejército por el camino que va derecho á Nápoles por la Toscana y por el territorio de Roma, que por el que por la Romana y por la Marca, pasado el río del Tronto, entra en el Abruzzo; no porque no considerasen que se había de rebatir la gente aragonesa, que resistía á Obigni con dificultad, sino porque parecía cosa indigna de la grandeza de tan gran Rey y de la gloria de sus armas, habiéndose declarado el Papa y los florentinos contra él, dar causa á los hombres de pensar que dejaba aquel camino porque desconfiaba de forzarlos, y más porque se tenía por peligroso hacer la guerra en el reino de Nápoles, dejando á las espaldas á la Toscana enemiga y al Estado eclesiástico, para lo cual, vueltos al camino de Toscana se determinó pasar el Apenino antes por la montaña de Parma, como, desde Asti, había aconsejado Luis Sforza, deseoso de enseñorearse de Pisa, que por el camino derecho de Boloña. Pasó la vanguardia, de la cual era capitán Giliberto, señor de Montpensier,

de la familia de Borbón, de la sangre del rey de Francia, siguiéndole el Rey con el resto del ejército á Pontremoli, villa perteneciente al ducado de Milán, situada al pie del Apenino sobre el río de la Magra, el cual divide el país de Génova (llamado antiguamente Liguria) de la Toscana. De Pontremoli entró Montpensier en el país de la Lunigiana, del cual una parte obedecía á los florentinos, algunos castillos eran de los genoveses y el resto de los marqueses de Malaspina, los cuales mantenían sus cortos Estados debajo de la protección del duque de Milán, de los florentinos y genoveses. Uniéronse con él en aquellos confines los suizos que habían estado en la defensa de Génova y la artillería que había venido por mar á la Spezia, y arrimándose á Fivizzano, castillo de los florentinos, donde le condujo Gabriel de Malaspina, marqués de Fosdinovo, le tomaron por fuerza y saquearon, matando todos los soldados forasteros que estaban dentro y muchos de los habitantes, cosa nueva y de grande espanto para Italia, de muchos años atrás acostumbrada á ver guerras más lucidas de pompa y aparato y más semejantes á fiestas que peligrosas y sangrientas. Hacían los florentinos la principal resistencia en Serezana, ciudad pequeña que ellos habían fortificado mucho, pero no la habían proveído como fuera necesario para contra enemigo tan poderoso, porque no habían metido en ella capitán de guerra de autoridad ni muchos soldados, y aquéllos llenos ya de vileza con sólo la fama de acercarse el ejército francés. Con todo eso, no se tenía por fácil de rendir, mayormente la fortaleza y mucho más Serezanello, castillo muy amunicionado, edificado sobre el monte encima de Serezana; ni podía detenerse el ejército en estos lugares muchos días, porque aquel país, estéril y estrecho, encerrado entre el mar y el monte, no bastaba á sustentar tan gran multitud, y no pudiendo venir las

vitualas sino de lugares distantes, no podían llegar á tiempo en la necesidad presente, por lo que parecía que las cosas del Rey se podían reducir fácilmente á no pequeños aprietos; pues si bien no se le podía estorbar, dejando atrás la villa ó castillo de Serezana y Serezanello, acometiese á Pisa ó que por tierra de Luca (pues aquella ciudad había por medio del duque de Milán determinado secretamente recibirle) entrase en otra parte del dominio florentino, con todo eso se reducía de mala gana á esta determinación, pareciéndole que, si no rendía la primera villa que se le había opuesto, se disminuía tanto su reputación que todas las otras tomarían fácilmente osadía de hacer lo mismo.

Pero estaba destinado que, por beneficio de la fortuna ó por orden de más alto poder (si merecen estas excusas la imprudencia y las culpas de los hombres) se hallase remedio pronto á este impedimento, pues en Pedro de Médicis no hubo mayor ánimo y constancia en la adversidad, que había habido moderación ó prudencia en la prosperidad. Multiplicábase continuamente el disgusto que había recibido desde el principio la ciudad de Florencia de la oposición que se hacía al rey, no tanto por haberse desterrado de nuevo los mercaderes florentinos de todo el reino de Francia, cuanto por el miedo del poder de los franceses, que había crecido excesivamente desde que se supo que el ejército había comenzado á pasar el Apenino, y después la crueldad que se había usado en la toma de Fivizano. Por esto era aborrecida de todos la temeridad de Pedro de Médicis, que sin necesidad, y creyendo más á sí mismo y al consejo de ministros temerarios y arrogantes en los tiempos de la paz, inútiles y viles en los peligrosos, que á los ciudadanos amigos de su padre, de los cuales había sido aconsejado sabiamente, había con tan poca consideración provocado las armas de un rey

de Francia poderosísimo y ayudado del duque de Milán, siendo mayormente él poco práctico de las cosas de la guerra, su ciudad y dominio no fortificado y poco proveído de soldados y de municiones para defenderse de tan gran ímpetu; ni viéndose de los aragoneses, por quien se había expuesto á tan gran peligro, más que el duque de Calabria, empeñado con su gente en la Romaña en sólo la oposición de una pequeña parte del ejército francés, y que por esto su patria, desamparada de todos, quedaba en grande odio y en manifiesta presa de quien había con tanta instancia procurado no tener necesidad de ofenderles.

Esta disposición de casi toda la ciudad era fomentada por muchos ciudadanos nobles, á quien desagradaba en extremo el gobierno presente y que una familia sola hubiese usurpado el poder de toda la ciudad. Estos, aumentando el temor de los que por sí mismos lo tenían, y dando atrevimiento á aquellos que deseaban cosas nuevas, habían sublevado de manera los ánimos del pueblo, que se comenzaba á temer ya mucho hiciese la ciudad algún alboroto, incitando aun más á los hombres la soberbia y proceder poco moderado de Pedro de Médicis, que ninguna otra razón; el cual, en muchas cosas se había apartado de las costumbres civiles y de la mansedumbre de sus mayores, por cuya causa, desde la niñez, había sido siempre odioso todo el común de los ciudadanos, de manera que es muy cierto que su padre Lorenzo, contemplando su natural, se había lamentado muchas veces con sus amigos más íntimos, diciendo que la imprudencia y arrogancia de su hijo serían causa de la ruina de su casa. Espantado, pues, Pedro del peligro que primero había despreciado temerariamente, faltándole las ayudas prometidas del Papa y de Alfonso, que estaban ocupados por la pérdida de Ostia, opugnación de Nettunno, y por miedo á la armada

francesa, resolvió arrojadamente ir á buscar en los enemigos el remedio que no esperaría de los amigos, siguiendo el ejemplo de su padre, el cual, estando reducido á grandísimo peligro el año 1479 por la guerra que hicieron á los florentinos el papa Sixto y Fernando, rey de Nápoles, yendo á Nápoles á ver á Fernando, volvió á traer á Florencia la paz pública y la seguridad secreta. Sin duda es muy peligroso gobernarse por los ejemplos, si no concurren, no sólo en lo general, sino en todos los particulares, las mismas razones; si las cosas no están medidas con la misma prudencia, y además de todos los otros fundamentos, no tiene su parte la misma fortuna.

Partido con esta determinación de Florencia, tuvo aviso no lejos que los caballos de Paulo Ursino y trescientos infantes enviados de los florentinos para entrar en Serezana, habían sido rotos por algunos franceses que se habían corrido de esta parte de la Magra, y quedaron la mayor parte ó muertos ó presos. Esperó en Piedra Santa el salvo-conducto Real, donde fueron para conducirle seguro el obispo de San Malo y algunos otros señores de la Corte, y acompañado de ellos fué al ejército el mismo día que el Rey con el resto de su gente se unió con la vanguardia que, estando acampada sobre Serezanetto, batía aquel castillo, mas no con tal progreso que tuviesen esperanzas de ganarle. Introducido á la presencia del Rey, y recibéndole benignamente más con el semblante que con el ánimo, mitigó gran parte de su indignación con venir en todas las demandas que fueron grandes y desproporcionadas: que las fortalezas de Piedra Santa de Serezana y Serezanetto, villas que por aquella parte eran como llaves del dominio florentino, y las fortalezas de Pisa y del puerto de Liorna, miembros importantísimos de su Estado, se pusiesen en manos del Rey, el cual por una escritura de su propia mano se obligase á restituir las después de

conquistar el reino de Nápoles; que procurase Pedro que los florentinos le prestasen doscientos mil ducados y el Rey los recibiese en su amistad y debajo de su protección; que de estas cosas, prometidas con palabras sencillas, se difiriese el despacho y las escrituras para Florencia, por donde el Rey pensaba pasar, pero no se dilató tanto la entrega de las fortalezas, porque Pedro le hizo entregar luego las de Serezana, de Piedra Santa y de Serezanetto, y pocos días después se hizo por su orden lo mismo de las de Pisa y Liorna, maravillándose grandemente todos los franceses que hubiese venido Pedro tan fácilmente en cosas de tanta importancia, porque el Rey sin duda se hubiese contentado con mucho menores condiciones.

No parece que se puede dejar en este lugar de referir lo que agudamente respondió á Pedro de Médicis Luis Sforza, que llegó el día siguiente al ejército; porque excusándose Pedro de que, habiendo ido á recibirle por honrarle, el haber errado el camino Luis, fuera ocasión de que su intento saliese vano, respondió muy aprisa. *Verdad es que uno de nosotros ha errado el camino, más quizá habréis sido vos, casi reprendiéndole de que, por no haber dado crédito á sus consejos, había caído en tantas dificultades y peligros, bien que los sucesos siguientes mostraron que habían errado el camino ambos, pero con mayor infamia é infelidad de aquel que colocado en mayor grandeza hacía profesión de ser, con su prudencia, la guía de todos los otros.*

No sólo aseguró al Rey la determinación de Pedro las cosas de Toscana, sino le quitó del todo los embarazos de la Romana, donde declinaban ya mucho los aragoneses, porque como es dificultoso á quien apenas se defiende á sí mismo de los peligros que le amenazan proveer á un mismo tiempo á los peligros de los otros, mientras Fernando estaba seguro en el alojamiento

fuerte de la cerca de Faenza, los enemigos vueltos al condado de Imola, después que con parte del ejército hubieron asaltado el castillo de Bubano, aunque sin fruto, porque por la poca circunferencia bastaba poca gente á defenderle, y por ser bajo el sitio estaba el país anegado del agua, tomaron por fuerza el castillo de Mordano, aunque era muy fuerte y proveído copiosamente de soldados para defenderle; pero fué tal la fuerza de la artillería, y tal la ferocidad del asalto de los franceses que, aunque al pasar los fosos llenos de agua se anegaron no pocos de ellos, no pudieron resistir los de dentro, contra los cuales fueron tan crueles, no perdonando edad ni sexo, que llenaron toda la Romaña de grandísimo terror. Desesperada Catalina Sforza, por este caso, de tener socorro, tomó acuerdo con los franceses por huir el presente peligro, prometiendo á su ejército toda comodidad en los Estados que estaban sujetos á su hijo; por lo cual Fernando, sospechoso de la voluntad de los de Faenza, y pareciéndole peligroso estar en medio de Imola y de Forli, tanto más siéndole ya notoria la ida de Pedro de Médicis á Serezana, se retiró á las murallas de Cesena, mostrando tan grande terror que, por no pasar por cerca de Forli, condujo el ejército por los collados, camino largo y dificultoso, junto á Castrocara, castillo de los florentinos, y pocos días después, habiendo entendido el acuerdo que había hecho Pedro de Médicis, por lo que le dijo la gente de los florentinos, se enderezó al camino de Roma.

Al mismo tiempo D. Fadrique, habiendo partido del puerto de Liorna, se retiró con la armada al reino de Nápoles, donde comenzaban á serle necesarias á Alfonso para su propia defensa las armas que había enviado con gran esperanza á acometer los Estados de otros, procediendo no menos infelizmente en aquellas partes sus cosas, porque no habiéndole sucedido bien la expugna-

ción que intentó de Nettunno, había recogido el ejército en Terracina y la armada francesa cuyos capitanes eran el príncipe de Salerno y monseñor de Serenón, se había presentado frente á Ostia, aunque publicando que no quería ofender el Estado de la Iglesia, no echaba gente en tierra, ni hacía alguna señal de enemistad con el Papa, si bien había el Rey rehusado pocos días antes oír á Francisco Piccolomini, cardenal de Siena, enviado por su legado.

Llegada á Florencia la noticia de los conciertos que había hecho Pedro de Médicis con tanta disminución de su dominio y con tan grave y afrentoso golpe de la República, se encendió en toda la ciudad una furiosa indignación, comoviéndoles, demás de tan gran pérdida, el haber Pedro, con nuevo ejemplo, jamás usado de sus mayores, enajenado, sin consejo de los ciudadanos y sin decreto de los magistrados, una parte tan grande del dominio florentino. Por esto eran muy crueles las quejas contra él, y por todas partes se oían voces de los ciudadanos que se incitaban unos á otros á recuperar la libertad, no teniendo atrevimiento, aquellos que con la voluntad seguían á Pedro, para oponerse ni con palabras ni fuerzas á tan grande indignación. Careciendo de poder para defender á Pisa y á Liorna, si bien no tenían confianza de apartar al Rey de la voluntad de alcanzar estas fortalezas, con todo, por separar los consejos de la República de los de Pedro, y porque no se reconociese á un particular lo que pertenecía al común, le enviaron luego muchos embajadores de los que estaban mal contentos de la grandeza de los Médicis, y conociendo Pedro por esto que este era principio de mudanza del Estado, por componer sus cosas antes que naciese mayor desorden, se apartó del Rey con color de ir á dar perfección á lo que había prometido en este tiempo. Partió Carlos de Serezana para ir á Pisa, y Luis

Sforza, habiendo alcanzado con pagar cierta cantidad de dineros, que la investidura de Génova, concedida por el Rey pocos años antes á Juan Galeazo para él y para sus descendientes, se pasase en su persona y en los suyos, se retiró á Milán, si bien con el ánimo turbado contra Carlos por haber negado el dejar en su guarda, según él decía que le había prometido, á Piedra Santa y Serezana, pues pedía estas villas para hacer escala al gran deseo que tenía de Pisa, como quitadas injustamente muy pocos años antes por los florentinos á los genoveses.

CAPITULO IV.

Los Médicis son expulsados de Florencia.—Los pisanos demandan su libertad á Carlos VIII.—Carlos en Florencia.—Energía de Pedro Capponi contra los franceses.—Convenio.—Carlos en Roma.—Sublevación del reino de Nápoles contra Alfonso.—Fuga de éste á Sicilia.—Cede la corona á su hijo Fernando.—Parte Fernando de Nápoles.—Carlos entra en Nápoles.

Pedro de Médicis, vuelto á Florencia, halló la mayor parte de los magistrados apartados de él, y suspensos los ánimos de los amigos de más consideración porque se habían gobernado imprudentísimamente todas las cosas sin su consejo, y al pueblo en tan gran alteración que, queriendo el día siguiente, que fué á 9 de Noviembre, entrar en el palacio donde residía la Señoría, gran magistrado de la República, se lo prohibieron algunos magistrados que, armados, guardaban la puerta, de los

cuales fué el principal Diego Nerli, mozo noble y rico. Divulgado esto por la ciudad, tomó luego el pueblo con alboroto las armas, provocado con mayor ímpetu porque Pablo Ursino, llamado por Pedro, se acercaba con sus hombres de armas; por lo cual, habiendo vuelto ya á su casa, perdido de ánimo y de consejo, y habiendo entendido que la Señoría le había declarado por rebelde, huyó de Florencia con gran prisa, siguiéndole Juan, cardenal de la Iglesia de Roma, y Julián sus hermanos, á los cuales asimismo les impusieron las penas ordenadas contra los rebeldes y se fué á Boloña, donde Juan Bentiboglio, deseando hallar en otro aquel ánimo y fortaleza que él no tuvo después en sus adversidades, le reprendió vivamente, la primera vez que se vieron, de que en perjuicio, no sólo suyo, sino del ejemplo de todos aquellos que oprimían la libertad de sus patrias, hubiese desamparado tanta grandeza tan vilmente y sin la muerte de solo un hombre.

De esta manera por la temeridad de un mozo cayó por entonces la familia de los Médicis de aquel poder que, debajo de nombre y demostraciones casi civiles, había alcanzado en Florencia sesenta años continuos, comenzado en Cosme, su bisabuelo, ciudadano de singular prudencia y riquezas inestimables, y por esto muy celebrado por todas las partes de Europa, y mucho más porque con admirable magnificencia y ánimo verdaderamente real, teniendo más respecto á eternizar su nombre que á la comodidad de sus descendientes, gastó más de cuatrocientos mil ducados en fábricas de iglesias, de monasterios y de otros soberbios edificios, no sólo en la patria, sino en muchas partes del mundo. Lorenzo, nieto de este grande ingenio, excelente en consejo, no menos que su abuelo en generosidad de ánimo y en el gobierno de la República, más absoluto en autoridad, aunque muy inferior en riquezas, y vida mucho

más corta, estuvo en gran estimación por toda Italia y con muchos príncipes extranjeros, lo cual, después de su muerte, se convirtió en memoria muy esclarecida, pareciendo que la paz y felicidad de Italia habían faltado con su vida.

El mismo día en que se mudó el estado de Florencia, estando Carlos en la ciudad de Pisa, los pisanos recurrieron á él popularmente á pedir libertad, quejándose gravemente de las injurias que afirmaban recibían de los florentinos, y asegurándole algunos de los suyos, que estaban presentes, que era demanda justa, porque los florentinos los mandaban cruelmente. No considerando el Rey lo que importaba esta petición, que era contraria á las cosas que se habían tratado en Serezana, respondió luego que venía en ello, y tomando las armas, con esta respuesta, el pueblo pisano, y echando por tierra de los lugares públicos las armas de los florentinos, vindicó ampliamente su libertad. El Rey, contradiciéndose y no sabiendo las cosas que concedía, quiso que quedasen allí los oficiales de los florentinos á ejecutar la jurisdicción acostumbrada, y por otra parte dejó la ciudadela vieja en manos de los pisanos, reteniendo para sí la nueva, que era de mucho mayor importancia. Pudo verse en estos accidentes de Pisa y de Florencia aquello que está confirmado por proverbio común: que los hombres, cuando se acercan sus infortunios, pierden en primer lugar la prudencia con que hubieran podido impedir las cosas predestinadas, porque los florentinos, sospechosos en todo tiempo de la fe de los pisanos, esperando una guerra de tan grande peligro, no llamaron á Florencia á los principales ciudadanos de Pisa, como por asegurarse solían hacerlo en número grande en todo accidente ligero, ni Pedro de Médicis, acercándosele tantas dificultades, armó de infantería forastera la plaza y el palacio público, como en

mucho menores sospechas se había hecho otras veces, pues estas provisiones hubieran impedido mucho tales mudanzas.

En cuanto á las cosas de Pisa, es manifesto que principalmente dió ánimo á este movimiento á los pisanos, enemigos por naturaleza del nombre florentino, la autoridad de Luis Sforza, el cual había tenido antes pláticas ocultas para este efecto con algunos ciudadanos de Pisa desterrados por delitos particulares, y el mismo día Galeazzo de San Severino, al que había dejado cerca del Rey, provocó al pueblo para este tumulto, por cuyo medio se persuadía Luis que le había de llegar presto el dominio de Pisa, no sabiendo que esto sería, después de poco tiempo, ocasión de todas sus miserias. Es asimismo manifesto que comunicando al cardenal San Pedro in Víncula la noche antes algunos pisanos lo que pensaban hacer, el cual quizá hasta aquel día no había sido autor de consejos quietos, les aconsejó con graves palabras que no solamente considerasen la superficie y principios de las cosas, sino más interiormente lo que pudiesen producir en el discurso del tiempo; que era cosa preciosa y deseable la libertad, y que merecía sujetarse por ella un hombre á todo peligro, á lo menos en alguna parte, si tenía esperanza verosímil de sustentarla; pero que Pisa, ciudad despojada de pueblo y riquezas, no tenía poder para defenderse de los florentinos; que era errado consejo el prometerse que la autoridad del rey de Francia hubiese de conservarlos, pues aunque no pudiesen más con él los dineros de los florentinos, como era verosímil, serían atendidas las cosas que se habían tratado en Serezana, y no habían de estar siempre los franceses en Italia; que por los ejemplos de los tiempos pasados se podía juzgar fácilmente lo venidero, y que era gran imprudencia obligarse á un peligro perpetuo debajo de fundamentos

temporales, y, por esperanzas inciertas, tomar con enemigos tan poderosos la guerra cierta, en la cual no se podían prometer las ayudas ajenas, porque dependían de la voluntad de otro y de accidentes muy varios, y cuando bien las consiguiesen, no por esto excusaban, sino antes harían más graves las calamidades de la guerra, maltratándolos á un mismo tiempo los soldados de los enemigos y de los amigos, tanto más ásperas de tolerar cuanto conocerían que no peleaban por la libertad propia, sino por el imperio ajeno, trocando esclavitud por esclavitud, porque ningún príncipe querría enredarse en los trabajos y gastos de una guerra sino por dominarlos; lo cual, por las riquezas y vecindad de los florentinos (que mientras viviesen no dejarían de molestarlos), no se podría sustentar sino con dificultades muy grandes.

Partió Carlos de Pisa en esta confusión de las cosas, tomando el camino hacia Florencia, aunque no resuelto enteramente en la forma que quería dar en las cosas de los pisanos. Detúvose en Siena, lugar siete millas de Florencia, para esperar, antes de entrar en aquella ciudad, que hubiese cesado algo el tumulto del pueblo florentino, que no había dejado las armas que tomó el día en que fué echado Pedro de Médicis, y para dar tiempo á que llegase Obigni, á quien, para entrar con mayor espanto en Florencia, había enviado á llamar, con orden que dejase la artillería en Castrocara y licenciase de sus sueldos los quinientos hombres de armas italianos que estaban con él en la Romaña y juntamente la gente de armas del duque de Milán; de manera que de los soldados de los Sforzas no le siguió otro que el conde de Gaiazzo con trescientos caballos ligeros; y por muchos indicios se alcanzaba que el pensamiento del Rey era inducir á los florentinos, con el terror de las armas, á dejarle el dominio absoluto de la

ciudad. Ni él lo sabía disimular con los mismos embajadores, los cuales fueron muchas veces á Siena para resolver con él la forma de entrar en Florencia y para dar perfección á la concordia que se trataba. No hay duda que el Rey, por la oposición que se le había hecho, tenía gran odio y enojo concebido contra el nombre florentino, y aunque era manifiesto que no había procedido de la voluntad de la República, y que la ciudad se había justificado á gran prisa con él; con todo eso, no quedaba con el ánimo puro, inducido, como se cree, por muchos de los suyos, que juzgaban no se debía perder la oportunidad de enseñorearse de ella, ó movidos de la avaricia, no querían perder la ocasión de saquear ciudad tan rica, y corría voz por todo el ejército que, para ejemplo de las otras, se debía castigar, pues era la primera de Italia que había presumido oponerse al poder de Francia. No faltaba entre los principales de su consejo quien le aconsejase la restauración de Pedro de Médicis, especialmente Felipe, señor de Brescia, hermano del duque de Saboya, inducido por amistades particulares y por promesas; de manera que, ó prevaleciendo la persuasión de éstos (aunque el obispo de San-Malo aconsejó lo contrario), ó esperando con este miedo hacer inclinar más á su voluntad á los florentinos, y por tener ocasión de tomar más fácilmente sobre el mismo hecho aquel partido que más le agradase, escribió una carta á Pedro, é hizo que le escribiese Felipe, aconsejándole que se arrimase á Florencia, porque por la amistad que había habido entre sus padres, y por el buen ánimo que había mostrado en la entrega de las fortalezas, había determinado restituírle en su primera autdad. Estas cartas no le hallaron (como el rey había creído) en Bolonia, porque obligado Pedro por la aspereza de las palabras de Juan Ventivoglio, y temiendo ser perseguido por el duque de Milán, y acaso por el

rey de Francia, había ido por su desdicha á Venecia, donde le envió las cartas el cardenal su hermano, que quedó en Bolonia.

En Florencia se dudaba mucho de la intención del Rey, pero no viendo con qué fuerzas ni esperanzas le podían resistir, habían elegido por consejo menos peligroso recibirle en la ciudad, esperando todavía que le aplacarían en alguna forma; y con todo eso, para estar proveídos en cualquier caso, habían ordenado que muchos ciudadanos llenasen sus casas secretamente de hombres del dominio florentino; que los capitanes que militaban á sueldo de la República entrasen, disimulando la ocasión, con muchos de sus soldados en Florencia, y que cada uno en la ciudad y en los lugares circunvecinos estuviese atento para tomar las armas al son de la campana mayor del palacio público.

Entró después el Rey con el ejército con muy gran pompa y aparato hecho con mucho estudio y magnificencia, así de su Corte como de la ciudad, y en señal de victoria armado él y su caballo, con la lanza sobre la cuja. Se empeñó luego la plática del acuerdo, pero con mucha dificultad, porque además del excesivo favor que algunos de los suyos daban á Pedro de Médicis, y las demandas intolerables que hacía de dinero, pedía Carlos descubiertamente el dominio de Florencia, alegando que, por haber entrado de aquella manera armado, le había ganado legítimamente, según las órdenes militares del reino de Francia, y aunque al fin se apartó de esta demanda, quería dejar en Florencia unos embajadores de ropa larga (así llaman en Francia á los doctores y personas togadas), con los cuales, según los institutos de Francia, hubiera podido pretender que se le había señalado perpetuamente no pequeña jurisdicción. Por otra parte, los florentinos estaban muy obstinados en conservar entera su propia libertad, no obstante

cualquier peligro; por lo cual, tratando juntos con opiniones tan diversas, se encendían continuamente los ánimos de cada una de las partes. Con todo eso, ninguna estaba dispuesta á resolver las dificultades con las armas, porque el pueblo de Florencia, dado á la mercancia por larga costumbre y no á los ejercicios militares, temía grandemente, teniendo dentro de sus propios muros un rey muy poderoso, con tan grande ejército de gente de naciones no conocidas y feroces; y á los franceses ponía mucho miedo el ser mucho el pueblo, el haber mostrado en aquellos días que se mudó el gobierno mayores señales de atrevimiento que antes se había creído, y la fama publicaba que concurriría al son de la campana grande innumerable cantidad de gente del país circunvecino. En este miedo común, levantándose muchas veces rumores vanos, tomaban las armas alborotadamente cada una de las partes para su seguridad, pero ninguna acometía ó provocaba á la otra.

Salióle vano al Rey el fundamento de Pedro de Médicis, porque suspenso Pedro entre la esperanza que le había dado y el temor de ser entregado en despojo á los contrarios, pidió consejo al Senado veneciano sobre las cartas del Rey. Ninguna cosa es verdaderamente más necesaria en las determinaciones arduas y ninguna por otra parte más peligrosa que el pedir consejo; ni cabe duda que les es menos necesario á los hombres prudentes que á los que no lo son, y con todo eso los sabios consiguen mucho más provecho de los consejos; porque ¿quién hay de prudencia tan continuada que considere siempre y conozca cada cosa por sí mismo y en las razones contrarias discierna siempre la mejor parte?; pero ¿qué certidumbre tiene quien pide consejo que se le darán fielmente?; porque quien le da, si no es ó muy fiel ó aficionado á quien le pide, movido no sólo de

grande interés, sino de cualquier comodidad pequeña suya, por cualquiera ligera satisfacción endereza muchas veces el consejo al fin que le parece más á propósito ó más le agrada, y no conociendo estos fines las más de las veces el que procura ser aconsejado, no advierte en la infidelidad del Consejo, si no es prudente. Así aconteció á Pedro de Médicis, porque, juzgando los venecianos que su ida facilitaría á Carlos el reducir las cosas de Florencia á sus designios, lo cual les hubiera sido muy molesto por el interés propio, atendiendo antes á sí mismos que á Pedro, le aconsejaron muy eficazmente que no se pusiese en poder del Rey, pues creían que le había injuriado; y para darle mayor ocasión de seguir su parecer, le ofrecieron abrazar la ayuda de sus cosas, y darle, cuando el tiempo lo pidiese, todo favor para volverle á su patria. No contentos de esto, por asegurarse que no se fuese entonces de Venecia, le pusieron (si fué verdad lo que se divulgó después) guardas con mucho secreto.

Estaban en este medio en Florencia de cada parte exasperados los ánimos y casi llegados á manifiesto rompimiento, no queriendo el Rey últimamente declinar de sus demandas, ni obligarse los florentinos á intolerable suma de dinero, ni consentirle ninguna jurisdicción ó preeminencia en su Estado. Estas dificultades casi invencibles, si no con las armas las resolvió el valor de Pedro Capponí, uno de los cuatro ciudadanos señalados para tratar con el Rey, hombre de ingenio y ánimo grande y muy estimado en Florencia por estas calidades y por hacer nacido de familia honrada y ser descendiente de personas que habían podido mucho en la República; porque, estando un día él y sus compañeros en la presencia del Rey y leyéndose por un secretario real los capítulos poco moderados que por último fin se proponían por su parte, él con movimientos fu-

riosos quitó el papel de las manos al secretario y le rompió delante de los ojos del Rey, añadiendo con voz alterada: «Pues que se piden cosas tan injustas, vosotros tocaréis vuestras trompetas y nosotros nuestras campanas;» queriendo inferir expresamente que las diferencias se decidirían con las armas, y con la misma alteración se fué luego de la Cámara, siguiéndole sus compañeros.

Es cierto que las palabras de este ciudadano, conocido de Carlos y de toda la Corte, porque pocos meses antes había estado en Francia por embajador de los florentinos, movieron en todos tal espanto, mayormente no creyendo que sin ocasión hubiese en él tanto atrevimiento, que volviéndole á llamar y dejando las demandas que rehusaban consentir, se concertaron juntos el Rey y los florentinos de esta manera: que dejadas todas las injurias precedentes, fuese la ciudad de Florencia amiga y confederada y estuviese en protección perpetua de la Corona de Francia; que quedasen en manos del Rey, para su seguridad, la ciudad de Pisa y la villa de Liorna con todas sus fortalezas, las cuales estuviese obligado á restituir sin ningún gasto á los florentinos luego que hubiese acabado la empresa de Nápoles; entendiéndose por acabada, siempre que hubiese conquistado la ciudad de Nápoles ó compuesto las cosas con paz ó con tregua de dos años, ó que por cualquier causa se fuese su persona de Italia, y que los castellanos jurasen de presente que las restituirían en los casos sobredichos; que, con este medio, el dominio, la jurisdicción, el gobierno y las rentas de las villas fuesen de los florentinos, según la costumbre que se hiciese; lo mismo en Pietrasanta, Serezana y Serezanello; mas que por pretender los genoveses que tenían derecho á ellas, le fuese lícito al Rey procurar terminar sus diferencias ó por concierto ó por justicia, pero que no ha-

biéndolas acabado en el tiempo dicho, las restituyese á los florentinos; que el Rey pudiese dejar en Florencia dos embajadores, sin cuya intervenció, durante la dicha empresa, no se tratase cosa ninguna perteneciente á ella, ni pudiesen en el mismo tiempo elegir, sin darle cuenta, capitán general de su gente; que se restituyesen luego todas las otras villas tomadas ó rebeladas contra los florentinos, siéndoles lícito recuperarlas con las armas en caso que rehusasen recibirlos; que diesen al Rey para gastos de su empresa cincuenta mil ducados dentro de quince días, cuarenta mil por todo Marzo y treinta mil por todo Junio venideros; que se perdonase á los pisanos el delito de la rebelión y los otros cometidos; que se librase á Pedro de Médicis y sus hermanos del bando y de la confiscación, pero que no se pudiese acercar Pedro en cien millas á los confines del dominio florentino (lo cual se hacía por privarle de poder estar en Roma), ni sus hermanos por cien millas á la ciudad de Florencia. Estos fueron los artículos más importantes de la capitulación entre el Rey y los florentinos; la cual, demás de ser aceptada legítimamente, se publicó con grandísimas ceremonias en la Iglesia mayor, entre los oficios divinos, donde el Rey personalmente estaba, á cuya petición se hizo acto y los magistrados de la ciudad prometieron la observancia con solemne juramento, hecho sobre el altar mayor, presente la Corte y todo el pueblo florentino.

Dos días después partió Carlos de Florencia, donde se había detenido diez días, y fuése á Siena. Esta ciudad, por estar confederada con el rey de Nápoles y con los florentinos, había seguido su autoridad, hasta que la ida de Pedro de Médicis á Serezana obligó á los sieneses á pensar por sí mismos en su propio bien.

La ciudad de Siena, populosa y de territorio muy fértil, que alcanzó largo tiempo en Toscana en lo pa-

sado el primer lugar de poder, después de los florentinos, se gobernaba por sí misma, mas de manera que antes conocía el nombre de la libertad que los efectos; porque divididos en muchos bandos los ciudadanos, llamados órdenes entre ellos, obedecía á la parte que, según los accidentes de los tiempos y los favores de los potentados forasteros, era más poderosa que las otras. Entonces prevalecía en ella el orden del Monte de los Nueve. En Siena estuvo muy pocos días, y dejando gente de guarda, porque, por ser aquella ciudad inclinada al imperio desde los tiempos antiguos, le era sospechosa, se enderezó al camino de Roma. Cada día más soberbio por ser los sucesos mucho mayores de lo que jamás habían sido las esperanzas, y más favorables los tiempos, y mas quietos de lo que sufría el estado de las cosas, determinó continuar sin intermisión esta prosperidad terrible, no sólo para los enemigos declarados, sino para aquellos que habían estado unidos con él y que no le habían provocado en cosa alguna; por lo cual, temerosos el Senado veneciano y el duque de Milán de tan gran suceso; temiendo, principalmente por las fortalezas que había recibido de los florentinos y por la guarda que había dejado en Siena, que sus pensamientos no se limitaran sólo á la conquista de Nápoles, comenzaron, por obviar el peligro común, á tratar de hacer entre sí una nueva confederación, y la hubieran acabado antes si las cosas de Roma hubiesen hecho la resistencia que muchos esperaron, porque la intención del duque de Calabria, con el cual se había juntado cerca de Roma la gente del Papa y de Virginio Ursino con el resto del ejército aragonés, fué hacer alto en Viterbo para impedir á Carlos pasar más adelante, convidándole, demás de otras muchas ocasiones, la oportunidad del lugar cercado de las villas de la Iglesia y vecino á los Estados de los Ursinos; pero inquietán-

dose ya todo el país de Roma con las correrías que los Colonnas hacían de la otra parte del río Tiber, y por los impedimentos que por medio de Ostia se ponían á las vituallas que se solían llevar á Roma por mar, no se atrevió el duque de Calabria á detenerse, dudando también de la intención del Papa, que desde que entendió la mudanza de Pedro de Médicis había comenzado á oír las demandas de los franceses, por los cuales fué entonces á hablarle á Roma el cardenal Ascanio, habiendo ido primero, para su seguridad, el cardenal de Valencia á Marino, villa de los Colonnas, Aunque Ascanio partió sin resolución cierta, porque combatían juntamente en el pecho de Alejandro la desconfianza de la intención de Carlos y el miedo á sus fuerzas, al partir Carlos de Florencia, se volvió luego á pláticas del acuerdo, para los cuales le envió el Papa los obispos, de Concordia y de Treni y al maestro Gracián su confesor, tratando de componer juntamente sus cosas y las del rey Alfonso.

Era diferente la intención de Carlos por estar resuelto á no concordarse, sino sólo con el Papa, y así le envió á monseñor de la Tremouille y al presidente de Gannai, y fueron para el mismo efecto el cardenal Ascanio y Próspero Colonna, los cuales, no bien hubieron llegado cuando Alejandro, séase cual fuese la causa, mudado de propósito, metió luego al duque de Calabria con todo el ejército en Roma, y habiendo hecho detener á Ascanio y á Próspero los hizo encerrar en la mole de Adriano, llamada en tiempos atrás el castillo de Crescenzo, y hoy de Sant-Angelo, pidiéndoles la restitución de Ostia. En este tumulto prendió la gente aragonesa á los embajadores franceses, pero luego los mandó librar el Papa, y pocos días después hizo lo mismo con Ascanio y con Próspero, obligándoles con todo á que luego se fuesen de Roma. Envió á ver al Rey

en Nepi, donde se había detenido, al cardenal Fadrique de San Severino, comenzando solamente á tratar de sus cosas propias, mas con el ánimo muy dudoso, porque unas veces determinaba detenerse á la defensa de Roma, y para ello permitió que Fernando y á los capitanes atendiesen á fortificarla en las partes más flacas, otras, pareciéndole cosa difícil sustentarla, por haber sido cortadas por los que estaban en Ostia las vituallas marítimas, por el número infinito de forasteros llenos de varias voluntades, y por la diversidad de bandos entre los romanos, inclinado á irse de Roma. Por esto había querido que en el Colegio cada uno de los cardenales le prometiese por escritura de propia mano que le seguiría; otras veces espantado de las dificultades y peligros que amenazaban á cualquiera de estas determinaciones, volvía á tratar de acuerdo. Mientras estaba suspenso en esta duda corrían los franceses de esta parte del Tíber todo el país, ocupando ahora una villa y ahora otra, porque no había lugar que resistiese, y ninguno que no cediese á su ímpetu; siguiendo el ejemplo de los otros hasta los que tenían ocasiones muy grandes de oponerse, pues Virginio Ursino, ligado con tantos vínculos de fe, de obligación y de honra á la casa de Aragón, capitán general del ejército del Rey, gran condestable del reino de Nápoles, unido á Alfonso con muy estrecho parentesco, porque con Giordano su hijo estaba casada una hija natural de Fernando, rey muerto, y que de él había recibido Estados en el reino y tantos favores, olvidándose de todas estas cosas, y no menos de que, por sus intereses, habían tenido el primer origen las calamidades de los aragoneses, convino con admiración de los franceses, no acostumbrados á estas distinciones sutiles de los soldados de Italia, en que quedando su persona al sueldo del rey de Nápoles, sus hijos se concertasen con el de Francia, obligándose á

darle en el Estado que tenía en el dominio de la Iglesia acogida, paso y vituallas, y á depositar á Campagnano y otras ciertas villas en manos del cardenal Gurgense, el cual prometiese restituirlas luego que hubiese salido el ejército del territorio de Roma; y del mismo modo se concertaron juntamente el conde de Pitigliano y los otros de la familia Ursina. Hecho este acuerdo, fué Carlos de Nepi á Bracciano, villa principal de Virgino, y envió á Ostia á Luis, señor de Ligni, y á Ibo, señor de Alegri, con quinientas lanzas y dos mil suizos para que, pasando el Tiber, y unidos con los Colonnas que corrían por todo aquel país, hiciesen esfuerzo por entrar en Roma, los cuales esperaban conseguirlo por medio de los romanos de su facción, aunque, por haberse revuelto el tiempo, se habían acrecentado las dificultades.

Estaban ya reducidas á la devoción del Rey Civita-vecchia, Corneto y finalmente casi todo el territorio de Roma, y toda la Corte y pueblo romano en gran inquietud y terror pedían con gran eficacia la paz. El Papa, reducido á trance tan peligroso y viendo faltar continuamente los fundamentos para defenderse, no se detenía en pedirla sino por la memoria de haber sido de los primeros que movieron al Rey á las cosas de Nápoles, y después, sin darle éste ocasión alguna, le había hecho pertinaz resistencia con la autoridad, con los consejos y las armas; por lo cual justamente dudaba que hubiese de ser del mismo valor la palabra que recibiese del Rey que la que él le había dado. Acrecentábase el temor el ver cerca de su persona la autoridad no pequeña del cardenal de San Pedro in Víncula y de otros muchos cardenales sus enemigos; por cuyas persuasiones, por el nombre Cristianísimo del rey de Francia, por la antigua fama de la religión de aquella nación y por la incertidumbre, que es siempre mayor res-

pecto á los que son conocidos por solo el nombre, temía que el Rey inclinara el ánimo, como ya se divulgaba, á reformar las cosas de la Iglesia, pensamiento que le era terrible sobre manera, pues se acordaba con cuánta infamia había subido al Pontificado y que lo había administrado con costumbres y artificios no diferentes de tan feo principio.

Avivóse esta sospecha por la diligencia y promesas eficaces del Rey; el cual, deseando sobre todas las cosas acelerar su ida al reino de Nápoles, no dejando ningún medio para desviar los impedimientos del Papa, le envió de nuevo por embajadores al senescal de Belcari, al mariscal de Gies y al mismo presidente de Gannai; los cuales, haciendo esfuerzo para persuadirle que no era la intención del Rey mezclarse en lo que pertenecía á la autoridad pontifical, ni pedirle sino lo que fuese necesario para la seguridad de pasar adelante, hicieron instancia que consintiese libremente al Rey la entrada en Roma, afirmando que lo deseaba sumamente, no porque no estuviese en su mano el entrar con las armas, sino por no verse obligado á faltar con su persona á la reverencia que habían tenido siempre á los pontífices romanos sus antecesores, y que, luego que el Rey entrase en Roma, se concertarían en sincera amistad y unión las diferencias que había entre ellos.

Duras condiciones parecían al Papa despojarse al principio de las ayudas de los amigos, y entregándose totalmente en poder del enemigo, recibirle antes en Roma que establecer con él sus cosas, pero juzgando finalmente que de todos los peligros era el menor aceptar estas demandas, hizo partir de Roma al duque de Calabria con su ejército, si bien habiendo alcanzado antes salvo-conducto de Carlos para que seguramente pudiese pasar por todo el Estado eclesiástico; mas habiéndolo rehusado Fernando valerosamente, salió de Roma

por la puerta de San Sebastián el día último del año 1494, á la misma hora que por la puerta de Santa María del Popolo entraba con el ejército francés el Rey, armado con la lanza sobre la cuja, como lo había hecho en Florencia; al mismo tiempo el Papa, lleno de gran terror y congoja, se había retirado al castillo de Sant Angelo, no acompañado de más cardenales que de Bautista Ursino y de Oliberio Garaffa, napolitano; el Víncula, Ascanio, los cardenales Colonnas, Sabello y otros muchos no cesaban de hacer instancia con el Rey, que quitando de aquella silla un Papa lleno de tantos vicios y abominable á todo el mundo, se eligiese otro, mostrándole que no era menos glorioso para su nombre librar de la tiranía de un Papa malo la Iglesia de Dios, que había sido á Pipino y á Carlomagno, sus antecesores, librar los Papas de santa vida de las persecuciones de los que injustamente los oprimían. Acordábanle que esta determinación era no menos necesaria para su seguridad que deseable para su gloria; porque ¿cómo podría confiarse jamás en las promesas de Alejandro, hombre por naturaleza lleno de engaño, insaciable en la codicia, descaradísimo en todas sus acciones, y, como había mostrado la experiencia, de odio ardiente contra el nombre francés, que ahora no se reconciliaba libremente sino forzado en la necesidad y del miedo? Por cuyos consejos y porque el Papa rehusaba, en las condiciones que se trataban, conceder á Carlos el castillo de Sant Angelo por seguridad de lo que le prometía, se sacó dos veces la artillería del Palacio de San Marcos, donde Carlos alojaba, para plantarla alrededor del castillo; mas el Rey no tenía inclinación por su naturaleza á ofender al Papa, y en su Consejo más íntimo tenían gran poder aquellos de quien Alejandro, con dones y con esperanzas, se había hecho amigo. Finalmente, acordaron que entre el Papa y el

Rey hubiese perpetua amistad y confederación para la defensa común; que se pusiesen en manos del Rey para su seguridad hasta la conquista del reino de Nápoles los castillos de Civitavecchia, de Terracina y de Spoleto, aunque este último no se le señaló después; que el Papa no reconociese ofensa ó injuria alguna en los cardenales ni en los barones súbditos de la Iglesia que habían seguido la parte del Rey; que el Papa le diese la investidura del reino de Nápoles; que le entregase al otomano Gemín, hermano de Bayaceto; el cual, después de la muerte de Mohamet, su padre, perseguido por Bayaceto, según la costumbre fiera de los otomanos, los cuales establecen las sucesiones del principado con sangre de sus hermanos y de todos los más cercanos, huyó por esta razón á Rodas y de allí fué llevado á Francia, y finalmente, puesto en poder del papa Inocencio, por lo cual Bayaceto, aprovechándose de la avaricia de los vicarios de Cristo por instrumento para tener en paz el imperio enemigo de la fe cristiana, pagaba cada año á los Papas cuarenta mil ducados, debajo de nombre de los gastos que se hacían para sustentarle y guardarle, para que no le librasen con facilidad ni le entregasen á otros príncipes contra sí. Hizo instancia Carlos por haberle, para facilitar con su medio la empresa contra los turcos, la cual, soberbio con las vanas adulaciones de los suyos, pensaba comenzar en vendiendo á los aragoneses. Y porque los últimos cuarenta mil ducados que envió el turco se los había quitado en Sinigaglia el prefecto de Roma, pidió que le remitiese el Papa la pena y la restitución de ellos. A estas cosas se añadió que el cardenal de Valencia siguiese tres meses al Rey como legado apostólico, pero la verdad es que fué como rehenes de las promesas de su padre.

Firmada la concordia, volvió el Papa al palacio pontifical del Vaticano, y después, con la pompa y ceremo-

nias acostumbradas en los recibimientos de grandes reyes, recibió al Rey en la iglesia de San Pedro; el cual, habiendo, según la costumbre antigua, besádole el pie, hincado de rodillas y después admitido á besarle en el rostro, se halló otro día en la misa pontifical, estando sentado el primero después del primer obispo cardenal, y según el rito antiguo echó agua-manos al Papa, que celebraba la misa. De estas ceremonias hizo el Papa, porque se conservasen en la memoria de la posteridad, que se hiciese una pintura en la galería del castillo de Sant Angelo. Nombró, demás de esto, cardenales á instancia del Rey al obispo de San Malo y al de Unians, de la casa de Luxemburgo, y no omitió ninguna demostración de haberse reconciliado con él sincera y fielmente.

Detúvose Carlos en Roma cerca de un mes, no habiendo por esto cesado de enviar gente á los confines del reino de Nápoles, el cual estaba ya todo inquieto, de manera que el Aquila y casi todo el Abruzzo había, antes que el Rey partiese de Roma, alzado sus banderas, y Fabricio Colonna ocupado las tierras de Albi y de Tagliacozzo. Ni estaba mucho más quieto lo restante del reino, porque luego que Fernando partió de Roma comenzaron á verse los frutos del odio que los pueblos tenían á Alfonso, añadiéndose la memoria de muchas crueldades usadas por Fernando, su padre; y clamando con gran ardor contra la iniquidad de los gobiernos pasados y contra la crueldad y soberbia de Alfonso, mostraban descubiertamente el deseo de la llegada de los franceses, de modo que las reliquias antiguas de la facción anjovina, aunque unidas con la memoria y séquito de los barones á quien Fernando había echado y preso en varios tiempos (cosa por sí de mucha consideración, é instrumento muy poderoso para alterar), hacían en este tiempo poca fuerza en compa-

ración de los otros motivos. ¡Tan irritada y ardiente estaba, sin esto, la disposición de todo el reino contra Alfonso! Este, al saber la partida de su hijo de Roma entró en tan grande terror, que, olvidándose de la fama y gloria grande que con larga experiencia había adquirido en muchas guerras de Italia, y desesperado de poder resistir á esta tempestad, determinó desamparar el reino, renunciando el nombre y la autoridad real en Fernando y teniendo acaso alguna esperanza en que, apartado el odio tan grande que le tenían, y habiendo hecho Rey á un mozo de gran porvenir que no había ofendido á nadie y cuya persona estaba bienquista con todos, mitigaría por ventura en los súbditos el deseo de franceses. Este consejo, si hubiera sido anticipado, produjera algún fruto; mas diferido para tiempo en que las cosas no sólo estaban en gran movimiento, sinó ya comenzadas á precipitar, no bastaba para detener tan gran ruina. También es fama (si es lícito no despreciar del todo semejantes cosas), que el alma de Fernando se apareció tres veces en diversas noches á Diego, primer cirujano de la Corte, y que antes con mansas palabras y después con muchas amenazas, le mandó que dijese á Alfonso en su nombre que no esperase poder resistir al rey de Francia, porque estaba destinado que se extinguiese su progenie, trabajada de infinitos casos, y privada finalmente de tan excelente reino, y que era la ocasión muchas enormidades que ellos habían usado, pero, sobre todas, aquella que por las persuasiones que él le había hecho cuando volvía de Pozzuolo había cometido en la iglesia de San Leonardo en Chiaia, junto á Nápoles, y no habiendo expresado más las particularidades, creyeron los hombres que Alfonso le había persuadido que hiciese matar en aquel lugar secretamente muchos barones que habían estado presos largo tiempo. Sea lo que fuere la verdad de esto, lo cierto es que,

atormentado Alfonso por su propia conciencia, sin hallar reposo en su ánimo de día ni de noche y representándosele en sueños las almas de aquellos señores muertos y el pueblo sublevado resuelto á castigarle, poniendo por obra lo que había determinado solamente con la reina su madrastra, y no habiendo querido comunicarlo, á ruegos suyos ni con su hermano, ni con su hijo ni tampoco detenerse solo dos ó tres días para acabar el año entero de su reinado, se fué con cuatro galeras sutiles cargadas de muy ricas cosas, mostrando tanto miedo á su partida que le parecía estar ya cercado por franceses, y volviéndose temerosamente á cualquier ruido, como si temiera que estaban conjurados en contra suya el cielo y los elementos, huyó á Mazari, tierra de Sicilia, que primero se la había dado Fernando, rey de España.

Tuvo el rey de Francia, luego que partió de Roma, aviso de su fuga, y al llegar á Veletri, huyó secretamente el cardenal de Valencia. De esto se creyó (aunque su padre mostraba sentirlo mucho, ofreciendo asegurar al Rey de cualquier modo que quisiese), que había sido por su orden, como quien quisiera que estuviese en su mano el guardar ó no las condiciones hechas con él. De Veletri fué la vanguardia á Monte Fortino, villa situada en tierras de la Iglesia, súbdita á Diego Conti, barón romano. Este estuvo primero á sueldo de Carlos, y después, pudiendo más con él el odio á los Colonnas que la propia honra, se pasó al servicio de Alfonso, y aunque este castillo era muy fuerte de sitio, habiéndole batido con la artillería le tomaron los franceses en muy pocas horas, matando todos los que estaban dentro, excepto tres hijos suyos con algunos otros, los cuales, habiendo huído á la fortaleza, al ver que les enderezaban la artillería, se rindieron á prisión. Fué después el ejército al Monte de San Juan,

villa del marqués de Pescara, puesta sobre los confines del reino en la misma campaña. Era fuerte de sitio y de municiones, y no estaba menos proveída de gente para la defensa, porque estaban dentro trescientos infantes forasteros y quinientos de los habitantes muy dispuestos á todo peligro, de manera que se creía que no se podría expugnar sino en muchos días; pero habiéndola batido los franceses con la artillería pocas horas, presente el Rey que había ido de Veruli, le dieron el asalto con tanto denuedo que, vencidas todas las dificultades, la ganaron por fuerza el mismo día, donde, por su furor natural y por inducir á los otros con este ejemplo á que no tuviesen atrevimiento de defenderse, hicieron gran matanza, y después de haber usado todo género de bárbara crueldad, pegaron fuego fieramente á los edificios. Este modo de pelear, no usado en muchos años en Italia, llenó todo el reino de muy gran miedo, porque en las victorias ganadas por cualquier camino á lo último adonde solía llegar la crueldad de los vencedores era despojar y después librar á los soldados vencidos, saquear las villas tomadas por fuerza y prender á los habitantes, porque pagasen el rescate, perdonando siempre la vida de los hombres que no hubiesen sido muertos en el ardor del combate.

Esta fué cuanta resistencia y trabajo tuvo el rey de Francia en la conquista de un reino tan noble y magnífico, en cuya defensa no se mostró valor, ánimo, ni consejo, ó deseo de honra, poder, ni fe, porque el duque de Calabria que, después de su partida de Roma, se había retirado á los confines del reino, después que le volvieron á llamar á Nápoles por la fuga de su padre, tomó con las solemnidades (mas no con la pompa y alegría acostumbrada) la autoridad y el título real y recogiendo el ejército en que había cincuenta escuadras de caballos y seis mil infantes de gente escogida, debajo del

gobierno de los capitanes más estimados de Italia, se detuvo en San Germán para impedir que los enemigos pasasen más adelante, convidándole la oportunidad del lugar ceñido por una parte de altas y ásperas montañas, por la otra de país pantanoso y lleno de aguas, y por la frente del río del Garellano (que los antiguos llamaron Liris), aunque por allí no iba tan crecido que alguna vez no se pasase; de donde por la estrechez del paso se dijo justamente que San Germán es una de las llaves de los puertos del reino de Nápoles. Asimismo envió gente sobre la montaña vecina para la guarda del paso de Cancellè; mas ya su ejército, habiendo comenzado á envilecerse sólo de oír el nombre de franceses, no mostraba valor alguno, y los capitanes, parte pensando en salvarse á sí mismos y á sus propios Estados, como desconfiados de la defensa del reino, y parte deseosos de cosas nuevas, comenzaron á vacilar no menos de fe, que de ánimo; ni se estaba sin miedo estando todo el reino en grandísima alteración, de que naciese á las espaldas algún desorden peligroso. Pudiendo más el consejo de la vileza al expunar el Monte de San Juan, por saber que se acercaba el mariscal de Gies con el cual estaban trescientas lanzas y dos mil infantes, se fueron con vituperio de San Germán, y con tan grande miedo, que dejaron desamparadas por el camino ocho piezas gruesas de artillería y se metieron en Capua.

Esperaba defender esta ciudad el nuevo rey, confiado en el amor que los capuanos tenían á la casa de Aragón y en la fortaleza del sitio, por tener á la cara el río Vulturno, que por allí va muy hondo, y al mismo tiempo, no dividiendo sus fuerzas á otros lugares, tener á Nápoles y Gaeta. Iban en su seguimiento los franceses, pero esparcidos y desordenados, adelantándose más á manera de caminantes que de soldados, yendo cada

uno donde le parecía tras la ocasión de robar desordenadamente, sin banderas y sin orden de los capitanes, y alojando las más de las veces una parte de ellos por la noche en lugares de donde, por la mañana, se habían desalojado los aragoneses.

No se vió en Capua mayor valor ó fortuna, porque después que Fernando hubo alojado allí el ejército, el cual estaba muy disminuído de número después de la retirada de San Germán, habiendo entendido por cartas de la Reina, que en Nápoles se había seguido por la pérdida de San Germán tal alteración, que si él no iba luego se levantaría algún alboroto, montó á caballo con poca compañía para remediar con su presencia este peligro, habiendo prometido volver á Capua el día siguiente; pero Juan Jacobo Tribulcio, á quien cometió el cuidado de aquella ciudad, había pedido ya secretamente al rey de Francia un rey de armas para poder ir á su presencia con seguridad, y cuando llegó fué el Tribulcio con algunos gentiles-hombres de Capua á Calvi (donde el mismo día había entrado el Rey), no obstante que se lo hubiesen contradicho con palabras alteradas otros muchos de la ciudad, dispuestos á observar la fe á Fernando. En Calvi fué luego introducido á la presencia del Rey, y armado como había ido, habló en nombre de los de Capua y de los soldados que, viendo faltar á Fernando las fuerzas para defenderse, á quien habían servido fielmente mientras había habido alguna esperanza, determinaban seguir su fortuna si los admitiese con condiciones honradas; añadiendo que no desconfiaba de traerle la persona de Fernando si quisiese tratarle como convenía. Respondió el Rey á estas cosas con palabras muy agradecidas, aceptando las ofertas de los de Capua y de los soldados, y asimismo la venida de Fernando, como supiese que no había de retener parte alguna, aunque pequeña, del rei-

no de Nápoles, pero que recibiría Estados y honras en el de Francia.

Dúdase qué fué lo que indujo á tan gran inobediencia á Juan Jacobo Tribulcio, capitán valeroso y acostumbrado á hacer profesión de honra. El afirmaba que había ido con voluntad de Fernando para intentar componer sus cosas con el rey de Francia, mas excluida del todo esta esperanza y manifiesto que no se podía defender más con las armas el reino de Nápoles, le había parecido, no sólo lícito, sino digno de alabanza, proveer en un mismo tiempo al bien de los de Capua y de los soldados. De otra manera lo sintieron comúnmente los hombres, porque se creyó que le había obligado á desear la victoria del rey de Francia la esperanza de que, en ocupando el reino de Nápoles, había de volver el ánimo al ducado de Milán, y habiendo él nacido en aquella ciudad, de familia muy noble, y pareciéndole que no tenía cerca de Luis Sforza, ó por el favor grande los San Severinos, ó por otro respeto, lugar igual á sus virtudes y méritos, se había desviado totalmente de él. Por esta ocasión habían sospechado muchos que había antes aconsejado en la Romana que procediese más cautamente de lo que por ventura alguna vez aconsejaban las ocasiones. En Capua, antes de la vuelta del Tribulcio, habían saqueado los soldados el alojamiento y la caballeriza de Fernando, la gente de armas se había comenzado á esparcir en varios lugares, y Virginio Ursino y el conde de Pitigliano con su gente se habían retirado á Nola, ciudad que poseía el conde por donación de los aragoneses, habiendo enviado á pedir antes á Carlos para sí y para su gente salvo-conducto.

Volvió al plazo prometido Fernando, habiendo (con dar esperanzas de la defensa de Capua) aquietado, según el tiempo, los ánimos de los napolitanos, y no sabiendo

lo que había sucedido después de su partida. Estaba ya á dos millas, cuando, entendiéndose su vuelta, todo el pueblo se levantó en armas para no recibirle, enviándole, por consejo común, al encuentro algunos de la nobleza á significarle que no llegase más adelante, porque la ciudad, viéndose desamparada de su persona, ido Tribulcio, gobernador de su gente, al rey de Francia, saqueado por sus soldados propios su alojamiento, apartándose Virginio y el conde de Pitigliano y deshecho casi todo el ejército, había estado necesitada por el bien propio de ceder al vencedor; por ello Fernando (después que hasta con lágrimas hubo hecho instancia en vano de ser admitido) se volvió á Nápoles, cierto de que todo el reino seguiría el ejemplo de Capua, del cual, movida la ciudad de Aversa, situada entre Capua y Nápoles, envió luego embajadores para entregarse á Carlos, y tratando ya de esto mismo manifestamente los napolitanos, determinado el Rey infeliz á no resistir á ímpetu tan repentino de la fortuna, convocó en la plaza de Castilnuovo, habitación real, á muchos nobles y plebeyos y usó con ellos estas palabras:

«Puedo llamar por testigo á Dios y á todos los hombres á quien han sido notorios, por lo pasado, mis designios, que jamás por ninguna ocasión he deseado tanto llegar á la Corona cuanto por mostrar á todo el mundo que me han desagradado sumamente los gobiernos crueles de mi padre y abuelo, y por volver á ganar, con las buenas obras, el amor que ellos se privaron por sus crueldades. No ha permitido la infelicidad de nuestra casa que pueda gozar de este fruto mucho más honrado que el ser rey, porque el reinar depende muchas veces de la fortuna, pero el ser rey que tenga por único fin el remedio y la felicidad de sus pueblos, depende solamente de sí mismo y de la propia virtud. Hánse reducido nuestras cosas á muy estrecho estado, y antes podremos la-

mentarnos de haber perdido el reino por la infidelidad y poco valor de los capitanes y de nuestros ejércitos, que no podrán gloriarse los enemigos de haberlo ganado por propio valor, y con todo esto, no nos faltaría del todo la esperaza si le sustentamos aunque sea algún corto tiempo, porque del rey de España y de todos los príncipes de Italia se previene poderoso socorro, habiéndose abierto los ojos de aquellos que no habían considerado antes que el incendio que abrasa nuestro reino había de llegar de la misma manera, si no lo previenen, á sus Estados, y á lo menos á mí no me faltaría ánimo para acabar la vida juntamente con el reino con la gloria que conviene á un rey mozo, descendiente por tan larga sucesión de tantos reyes y de la esperanza que hasta ahora habéis tenido todos de mí. Mas porque estas cosas no se pueden intentar sin poner la patria común á grandes peligros, antes estoy determinado á ceder á la fortuna y á tener oculto mi valor, que, por esforzarme á no perder mi reino, ser ocasión de efectos contrarios. Al fin, porque yo he deseado ser rey, aconsejoos y ánimoos á que enviéis á tomar acuerdo con el rey de Francia, y porque lo podáis hacer sin mancha de vuestra honra, os absuelvo libremente del homenaje y juramento que pocos días ha me hicisteis, y os acuerdo que con la obediencia y prontitud de recibirle, procuréis mitigar la soberbia natural de franceses. Si sus bárbaras costumbres os hicieren tener odio á su imperio y desear que vuelva el mío, yo estaré, en parte donde pueda ayudar vuestra voluntad, pronto para exponer siempre á cualquier peligro mi propia vida por vosotros. Mas si su imperio os saliere apacible, no recibiré jamás de mí esta ciudad ni este reino trabajo alguno; consolaránse mis miserias con vuestro bien, y mucho más me consolaré si supiere que queda en vosotros alguna memoria de que, ni siendo primogénito, ni sien-

rey, injurié jamás á alguna persona; que no se vió nunca en mí señal de avaricia ni de crueldad; que no me han perdido mis pecados, sino los de mis padres; que he determinado no ser nunca ocasión de que, ó por conservar el reino ó por recuperarle, padezca ninguno en él; que más siento perder la ocasión de enmendar los yerros de mi padre y abuelo que la autoridad y estado real, y, aunque desterrado y despojado de mi patria y de mi reino, no me tendré por del todo infeliz si se conservare en vosotros la memoria de estas cosas y un crédito firme de que yo hubiera sido rey, antes semejante á Alfonso el viejo mi bisabuelo, que á Fernando y á este último Alfonso.»

No pudieron estas palabras dejar de ser oídas con mucha compasión, antes es cierto que conmovieron á muchos á lágrimas; pero era tan odioso en todo el pueblo y casi en toda la nobleza el nombre de los dos últimos reyes y tan grande el deseo de franceses, que por esta razón no se quietó nada el tumulto, sino, luego que se retiró al castillo, comenzó el pueblo á saquear sus caballerizas, que estaban en la plaza, y no pudiendo él sufrir esta indignidad, salió fuera á prohibirlo con generosidad grande, acompañado de pocos, y pudo tanto en la ciudad ya rebelada la majestad del nombre real, que cada uno, detenido el ímpetu, se desvió de las caballeriza. Al volver al castillo y después de mandar que abrasaran y echaran á fondo las naves que estaban en el puerto, porque de otra manera no podía privar de ellas á los enemigos, comenzó á sospechar, por alguna señal, que los infantes tudescos, en número de 500, que estaban en guarda del castillo, pensaban prenderle, y por esta razón, con rápido consejo, les dió la hacienda que en él se guardaba, y mientras que atendían á dividirla, habiendo librado primero de las cárceles (excepto al príncipe de Rossano y al conde de Popoli) á todos los

barones que habían quedado de la crueldad de su padre y abuelo, saliendo del castillo por la puerta del socorro, se embarcó en las galeras sutiles que le esperaban en el puerto y con él D. Fadrique y la reina vieja, mujer que había sido de su abuelo, con Juana su hija, y, seguido de pocos de los suyos, navegó á la isla de Ischia, llamada por los antiguos Enaria, á treinta millas de Nápoles, diciendo muchas veces en altas voces mientras tenía delante de la vista á Nápoles el verso del salmo del profeta, que contiene «que son vanas las centinelas de aquellos que guardan la ciudad, si de Dios no es guardada.» Pero no representándose ya otra cosa que dificultades, hubo de hacer en Ischia experiencia de su valor y de la ingratitud é infidelidad que se descubre contra los que son maltratados por la fortuna; porque no queriendo recibirle el castellano del castillo, sino solo con un compañero, luego que entró se arrojó contra él con tal ímpetu, que con el furor y la memoria de la autoridad real, espantó de modo á los otros, que seguidamente redujo á su poder al castellano y al castillo.

Por la ida de Nápoles de Fernando cedía cada uno (como á una corriente muy furiosa) á sólo la fama de los vencedores, y con tanta vileza que doscientos caballos de la compañía de Ligni que habían ido á Nola, donde se habían metido con cuatrocientos hombres de armas Virginio y el conde de Pitigliano, los prendieron sin ningún embarazo, porque confiándose ellos, parte en el salvo-conducto, que, según aviso de los suyos, el Rey les había concedido, parte llevados del mismo terror que lo habían sido los otros, se rindieron sin resistencia, siendo llevados presos al castillo de Mondragón y desbalijada toda su gente.

Habían en este medio hallado á Carlos en Abersa los embajadores napolitanos enviados á entregarle la ciudad, y habiéndoles concedido con suma liberalidad

muchas exenciones y privilegios, entró en Nápoles el día siguiente, que fué á 21 de Febrero; recibido con tan gran aplauso y alegre ánimo, que vanamente se intentaría explicarlo, concurriendo con increíble alegría todo género de gente de toda edad, suerte, calidad y facción, como si hubiera sido padre y primer fundador de aquella ciudad, y no menos aquellos que habían sido engrandecidos ó beneficiados en sus personas ó las de sus antepasados por la casa de Aragón. Habiendo ido con esta celebridad á visitar la iglesia mayor, fué después (porque Castilnuovo estaba por los enemigos) llevado á alojar al castillo Capuano que antiguamente era habitación por los reyes de Francia; habiendo, con maravilloso curso de felicidad nunca oída aun sobre el ejército de Julio César, vencido antes de ser visto, y con tan gran fortuna, que no fué necesario en esta expedición desdoblar jamás una tienda ni romper una lanza. Y fueron tan sobradas muchas de sus provisiones, que la armada del mar, prevenida con mucho gasto, destruída por la violencia del mar, y llevada á la isla de Córcega, tardó tanto en arrimarse á las orillas del reino, que había entrado antes el rey en Nápoles.

Así por las discordias domésticas, por las cuales se había desvanecido la sabiduría grande de nuestros Príncipes, se enajenó del imperio de los italianos con sumo vituperio y menosprecio de la milicia italiana y con gravísimo peligro é ignominia de todos, una excelente y poderosa parte de Italia, y entró en el de la gente ultramontana; porque Fernando el viejo, aunque había nacido en España, con todo, porque desde su primera mocedad había sido rey ó hijo de rey continuamente en Italia y no tenía otro principado en otra provincia, y sus hijos y nietos, todos nacidos y criados en Nápoles, estaban justamente tenidos por italianos.

LIBRO SEGUNDO.

SUMARIO.

Viendo los pisanos que estaban favorecidos, aunque ocultamente, por Carlos, se rebelan de todo punto á los florentinos, los cuales, no perdiendo el ánimo por esta rebelión, no perdonan ningún gasto por ganar á Pisa por fuerza de armas, atendiendo en este tiempo á reparar el gobierno doméstico con la nueva reformatión que tenía persuadida fray Jerónimo Savonarola. Habían sucedido en este medio muy felizmente las cosas á los franceses en Italia, y arrepentido Luis Sforza de haberlos llamado, se unió en liga con los venecianos contra ellos; los cuales, después de tantas victorias, se volvieron á Francia; y queriendo los coligados impedirles el paso, se tuvo el encuentro en el rio del Taro, donde quedando los franceses vencedores, pasaron victoriosamente á Francia, comenzando después de su vuelta á entibiarse la reputación francesa en Italia. Vuelve á conquistar Fernando de Aragón por fuerza de armas el reino de Nápoles. Habiéndose hecho entre Luis Sforza y el rey de Francia una paz antes fingida que verdadera, y después de haber pasado de la otra parte de los montes los franceses, se descubrió en estas provincias nuestras el mal francés, que afligió mucho en aquel tiempo á Italia, traído (según se cree) de las nuevas islas que había hallado Cristóbal Colón, genovés.

CAPITULO PRIMERO.

Los funcionarios florentinos son expulsados de Pisa.—Quejas de los pisanos á Carlos VIII á presencia de los embajadores florentinos.—Respuesta del embajador Sonderini.—El rey Carlos favorece secretamente á los pisanos.—Discusión en Florencia para el establecimiento del nuevo gobierno.—Discurso de Pablo Antonio Soderini.—Discurso de Guido Antonio Vespucci.—Gobierno popular predicado por fray Jerónimo Savonarola.—Creación del Gran Consejo.

Mientras pasaban estas cosas en Roma y en el reino de Nápoles, crecían en la otra parte de Italia las centellas de un pequeño fuego destinado á producir al fin muy grande incendio en daño de muchos, pero principalmente contra aquel que, por el demasiado deseo de mandar, lo había encendido y fomentado. Porque aunque el rey de Francia había concertado en Florencia que teniendo él á Pisa hasta la conquista de Nápoles, la jurisdicción y las rentas perteneciesen á los florentinos, con todo eso, al irse de Florencia, no había dejado provisión, ni dado ninguna orden para la observancia de esta promesa; de manera que los pisanos, á quien se inclinaba el favor del comisario y soldados que el Rey había dejado en guarda de aquella ciudad, determinados á no volver más debajo del dominio florentino, habían echado á los oficiales y á todos los florentinos que allí habían quedado, á algunos habían preso y tomado la hacienda y todos sus bienes, y confirmada totalmente con las demostraciones y con las obras la rebelión, y para poder perseverar en ella, no sólo enviaron embajadores al Rey para que defendiesen su causa, después que hubo partido de Florencia, sino

dispuestos á ejecutar cualquier medio para alcanzar ayuda de todos, los enviaron también luego, al rebelarse, á Siena y Lucca. Oyeron estas ciudades con la mayor alegría que se puede decir la rebelión de Pisa por ser muy enemigas del nombre florentino, y por esto juntas la proveyeron de alguna cantidad de dinero, y los sieneses enviaron luego algunos caballos. Tentaron asimismo los pisanos, habiendo enviado embajadores á Venecia, el ánimo de aquel Senado, del cual, aunque fueron recibidos benignamente, no llevaron ninguna esperanza. El principal apoyo lo esperaban del duque de Milán, porque no dudaban que, así como había sido autor de su rebelión, estaría dispuesto á mantenerlos, el cual, aunque mostraba lo contrario á los florentinos, atendió en secreto á ponerles ánimo con muchos consejos y ofertas, y persuadió ocultamente á los genoveses para que proveyesen á los pisanos de armas y municiones, y enviasen á Pisa un comisario y trescientos infantes, los cuales, por la enemistad grande que tenían con los florentinos, nacida del disgusto que tuvieron cuando la conquista de Pisa, y de que después compraron en tiempo de Tomás Fregoso, su dux, el puerto de Liorna que ellos poseían, acrecentada últimamente cuando los florentinos les quitaron á Pietrasanta y Serezana, no sólo estuvieron prontos para estas cosas, pero habían ocupado ya la mayor parte de las villas que los florentinos poseían en la Lunigiana, y ya se introducían en las cosas de Pietrasanta debajo de pretexto de una carta del Rey alcanzada para la restitución de ciertos bienes confiscados. Quejándose de estas acciones los florentinos á Milán, el Duque les respondía que no estaba en su mano el prohibirles aquellas acciones, según los capítulos que tenía con los genevoses, y haciendo esfuerzo para satisfacerles con palabras, y dando varias esperanzas, no cesaba de proceder con las

obras muy al contrario, como quien esperaba, si Pisa no se recuperaba por los florentinos, reducirla fácilmente debajo de su dominio. Deseaba esto grandemente por la calidad de la ciudad y por la oportunidad del sitio, ambición antigua en él, comenzada desde el tiempo en que, echado de Milán pocos días después de la muerte de Galeazo, su hermano, por sospecha que tuvo de él madama de Bona, madre y tutora del duque pequeño, estuvo en aquellos confines muchos meses. Incitábase además de esto la memoria de que Pisa, antes que viniese á poder de los florentinos, había sido dominada por Juan Galeazo Vizconti, primer duque de Milán, por lo cual juzgaba que le sería glorioso recuperar aquello que habían poseído sus mayores, y le parecía que podía tener color de razón, como si á Juan Galeazo no le hubiera sido lícito dejar por testamento, en perjuicio de los duques de Milán sin sucesores, á Gabriel María, su hijo natural, á Pisa, conquistada por su persona, si bien con el dinero y fuerzas del ducado de Milán. No contentos los pisanos de haber apartado aquella ciudad de la obediencia de los florentinos, atendían á ocupar las villas del territorio de Pisa, y siguiendo casi todos (como de ordinario hacen los distritos) la autoridad de la ciudad, recibieron en los primeros días de la rebelión sus comisarios; no oponiéndose al principio los florentinos, ocupados, mientras no se componían con el Rey, en pensamientos más graves, y esperando, después de su partida de Florencia, que obligado con tan público y solemne juramento, les ayudaría; mas después que él dilataba el remedio, enviando gente, recuperaron, parte por fuerza y parte por acuerdo, todo lo que había estado ocupado, excepto Cascina, Buti y Viscopisano, porque habían recogido los pisanos á estas villas sus fuerzas por no ser poderosos á resistir por todas partes.

No era molesto á Carlos en lo secreto el proceder de los pisanos, cuya causa favorecían descubiertamente muchos de los suyos, obligados algunos de piedad por la impresión que tuvieron en aquella ciudad de que había sido dominada cruelmente, otros por oponerse al cardenal de San Malo, el cual se mostraba favorable á los florentinos, y sobre todos el senescal de Belcari, sobornado con dinero de los pisanos, pero mucho más porque, mal contento de haberse aumentado mucho la grandeza del cardenal, comenzaba, según las mudanzas de las Cortes, á estar desavenido con él, por la misma ambición que, para tener compañía para derribar los otros le había fomentado primero á su amistad, y no teniendo éstos respeto á lo que convenía á la honra y crédito de tan gran Rey, mostraban que les era más provechoso tener á los florentinos en esta necesidad y conservar á Pisa en aquel estado, á lo menos hasta que hubiese conquistado el reino de Nápoles. Prevalciendo en él las persuasiones de éstos, hizo esfuerzo en sustentar á entrambas partes con varias esperanzas; introdujo, mientras estaba en Roma, á los embajadores de los florentinos para que oyesen en su presencia las quejas que le daban los pisanos, por los cuales habló Burkundio Lolo, ciudadano de Pisa, abogado consistorial en la corte de Roma, lamentándose tristemente los pisanos de haber estado obligados ochenta y ocho años á tan injusta y atroz servidumbre, que aquella ciudad, que había por lo pasado con muchas victorias extendido su imperio hasta en las partes del Oriente, y después de ser de las más poderosas y gloriosas de toda Italia, había llegado ya, por la crueldad y avaricia de los florentinos, á la última desolación; que estaba Pisa casi despoblada, porque la mayor parte de los ciudadanos, no pudiendo tolerar tan áspero yugo, la habían desamparado libremente, cuyo consejo demostraron que

era prudente las miserias de aquellos á quienes detuvo allí el amor de su patria, porque por las crueles cobranzas del público y por los hurtos insolentes de los florentinos particulares habían quedado despojados de casi todas sus haciendas, sin tener ya recurso alguno para sustentarse, porque por impiedad é injusticia nunca oída, se les prohibía el trato de las mercancías y el ejercitar oficios de toda suerte, excepto los mecánicos; que no eran admitidos á ninguna calidad de oficios ó de administración del dominio florentino, aun de aquellos que se concedían á las personas extranjeras; que ya se embravecían los florentinos contra su provecho y sus vidas, habiendo hecho dejar, para extinguir en todas partes sus reliquias, el cuidado de mantener los diques y los fosos del distrito de Pisa, conservados siempre por los pisanos antiguos con exacta diligencia, porque, de otra manera, era imposible que, por ser bajo el país y ofendido grandemente de las aguas no estuviese cada año sujeto á muy grandes enfermedades; que, por estas ocasiones, se venían al suelo por todas partes las iglesias, los palacios y otros edificios públicos y particulares que edificaron sus mayores con magnificencia y hermosura inestimables; que no era cosa vergonzosa para las ciudades excelentes que, después del curso de muchos siglos, viniesen á esclavitud, porque era fatal que todas las cosas del mundo estuviesen sujetas á la ruina, pero la memoria de su nobleza y grandeza debía causar antes compasión en el ánimo de los vencedores que acrecentar la crueldad y aspereza, mayormente que cada uno había de considerar que podía sucederle á sí mismo en algún tiempo otro tanto, como está destinado que suceda á todas las ciudades y á todos los imperios; que no les quedaba ya cosa á los pisanos en que se pudiese extender más la impiedad y apetito insaciable de los florentinos; que era imposible

sufrir más tiempo tantas miserias, y que por esto habían determinado todos unidamente desamparar antes su patria y su vida que volver debajo de tan impío é injusto dominio; que suplicaba al Rey con lágrimas, las cuales podía imaginar que derramaba copiosamente todo el pueblo pisano postrado miserablemente á sus pies, que se acordase con cuánta piedad y justicia había restituído á los pisanos la libertad que injustamente les habían usurpado; que como constante y magnánimo príncipe conservase la merced que les había hecho, eligiendo antes tener nombre de padre y libertador de aquella ciudad, que, dejándola en tan baja esclavitud, ser ministro de los robos y crueldad de los florentinos.

Respondió á estas acusaciones, no con menor vehemencia, Francisco Soderini, obispo de Volterra, que después fué cardenal, uno de los embajadores florentinos, mostrando que era muy justo el título de su República, porque desde el año 1404 habían comprado á Pisa á Gabriel María Vizconti, su legítimo poseedor, el cual, aun no bien les había dado la posesión cuando los pisanos violentamente se la quitaron, y por esto había sido necesario procurar recuperarla con larga guerra; y no había sido menos feliz su fin que justa la ocasión, ni menos gloriosa la piedad de los florentinos que la victoria; pues teniendo ocasión para dejar morir por sí mismos á los pisanos consumidos por el hambre, habían llevado consigo (para restituirles los espíritus reducidos ya al último extremo), cuando entraron con el ejército en Pisa, mayor cantidad de vituallas que de armas; que en ningún tiempo había alcanzado la ciudad de Pisa ninguna grandeza en tierra firme, antes no habiendo podido jamás ni aun conquistar á Lucca, ciudad tan vecina, había estado siempre encerrada en distrito muy estrecho y el poder marítimo era corto, por-

que, por justo juicio de Dios, provocado por muchas maldades suyas y por las largas discordias civiles y enemistades entre ellos mismos, había caído, muchos años antes que fuese vendida á los florentinos, de toda grandeza, riqueza y habitantes, y quedado tan flaca, que pudo Jacobo de Apiano, notario de baja calidad del territorio de Pisa, hacerse señor de ella, y después de haberla poseído muchos años, dejarla en herencia á sus hijos. Y no importaba el dominio de Pisa á los florentinos, sino por la oportunidad del sitio y por la comodidad del mar, porque las rentas que se sacaban eran de muy poca consideración, siendo las cobranzas tan cortas que se adelantaban poco á los gastos que de necesidad se hacían allí, y la mayor parte se sacaba de mercaderes forasteros y para beneficio del puerto de Liorna; que no estaban ligados los pisanos en lo tocante á mercaderías, artes y oficios, con diferentes leyes que las otras ciudades súbditas de los florentinos, que confesando que estaban gobernadas con moderado y manso imperio, no deseaban mudar señor, porque no tenían la altivez y obstinación que era natural en los pisanos, ni tampoco la maldad que en ellos era tan notoria que se celebraba por proverbio muy antiguo de toda la Toscana; y que si, cuando los florentinos ganaron á Pisa, muchos pisanos luego libremente se fueron de ella, procedía de su soberbia impaciente en no acomodar el ánimo á las propias fuerzas y á la fortuna, pero no por culpa de los florentinos, los cuales la habían regido con justicia y mansedumbre y tratádola de tal manera, que debajo de su gobierno no se había disminuído Pisa ni de riquezas ni de habitantes, antes había con mucho gasto recuperado el puerto de Liorna, pues, sin él, quedaba aquella ciudad desamparada de toda comodidad y sustento, y con introducir en ella el estudio público de todas ciencias y otras muchas artes

y asimismo con hacer continuar con diligencia el cuidado de mirar por los fosos, habían procurado siempre aumentarla de gente; que era tan manifiesta la verdad de estas cosas, que no se podía obscurecer con falsas calumnias y quejas; que es permitido á todos desear llegar á mejor fortuna, pero deben también tolerar con paciencia la que su suerte les ha dado, pues de otra manera se confundirían todas las señorías é imperios si á cada uno que es súbdito le fuese lícito procurar quedar libre; y que no juzgaba que era necesario á los florentinos fatigarse en persuadir al rey cristianísimo de Francia Carlos lo que le tocaba hacer, porque siendo rey muy sabio y justo, estaban ciertos que no se dejaría inquietar de quejas y calumnias tan vanas, y se acordaría por sí mismo de lo que había prometido, antes que su ejército fuese recibido en Pisa y de lo que había jurado solemnemente en Florencia, considerando que cuanto más poderoso y mayor es un rey, tanto le es más glorioso usar de su poder para la conservación de la justicia y de la fe.

Reconociase claramente que recibía Carlos con oídos más benignos á los pisanos y que deseaba para beneficio suyo que, durante la guerra de Nápoles, se suspendiesen las ofensas entre ambas partes ó que consintiesen los florentinos que estuviese en su poder todo el distrito, afirmando que, en habiendo conquistado á Nápoles, pondría luego en ejecución lo que se había tratado en Florencia. Rehusaban esto constantemente los florentinos por serles ya sospechosas todas las palabras del Rey pidiéndole con grande instancia la observancia de las promesas, y para mostrar que los quería satisfacer (aunque fué verdaderamente para procurar que le diesen antes del tiempo debido los setenta mil ducados prometidos) envió al mismo tiempo que partió de Roma al cardenal de San Malo á Florencia, fingiendo con

los florentinos que le enviaba para dar satisfacción á sus demandas, si bien le ordenó en secreto que, sustentándolos con esperanzas, hasta que le diesen los dineros, dejase al fin las cosas en el mismo estado.

Aunque no tenían de este engaño los florentinos poca duda, con todo eso le pagaron cuarenta mil ducados, de los cuales estaba vecino el plazo. Después de recibirlos y habiendo ido á Pisa, prometiendo á los florentinos que los restituiría en la posesión de la ciudad, se volvió sin hacer nada, excusándose por haber hallado á los pisanos tan pertinaces que no hubiera sido suficiente su autoridad á disponerlos, ni tampoco para apremiarlos, porque el Rey no le había dado comisión para ello, ni á él, que era sacerdote, le convenía tomar ninguna determinación de que hubiese de proceder derramamiento de sangre cristiana. Acrecentó, con todo eso, de nuevas guardas la ciudadela nueva, y hubiera hecho lo mismo con la vieja si lo consintieran los pisanos, los cuales crecían cada día en ánimo y en fuerzas, porque juzgando el duque de Milán que era necesario que hubiese en Pisa mayor presidio y algún capitán de experiencia y valor, había enviado (aunque cubriéndose con sus artificios acostumbrados del nombre de genoveses) á Lucio Malvezzo con nueva gente, y no rehusando ninguna ocasión de fomentar las molestias de los florentinos, para que estuviesen más impedidos de ofender á los pisanos, condujo á Jacobo de Apiano, señor de Piombino, y á Juan Sabello á sueldo común con los sieneses para animarlos á que sustentasen á Montepulciano, porque habiéndose rebelado nuevamente esta villa de los florentinos á favor de los sieneses, la habían aceptado; sin respeto de la confederación que tenían juntos.

No estaban los florentinos en este tiempo en menos ansia y trabajo por sus discordias civiles, porque para

poner en orden el gobierno de la República, luego que partió el rey de Francia, en el parlamento, que (según sus antiguos costumbres, es una congregación de la universidad de los ciudadanos en la plaza del palacio público, los cuales con votos descubiertos deliberan sobre las cosas propuestas por el gran magistrado) habían constituido una manera de régimen que, debajo de nombre de gobierno popular, se enderezaba más, en mucha parte, al fin de que quedase en pocos, que á la participación universal. Siendo esto molesto á muchos que se habían propuesto ejercer mayor influencia y concurriendo á lo mismo la ambición privada de algún ciudadano principal, había sido necesario tratar de nuevo de la forma del gobierno. Consultándose un día sobre ella entre los magistrados principales y los hombres de mayor reputación, Paulo Antonio Soderini, ciudadano sabio y muy estimado, habló, según se dice, de esta manera:

«Cosa sería verdaderamente (excelentísimos ciudadanos) muy fácil de mostrar que, aunque sea menos alabado por los que han escrito de las cosas civiles, el gobierno popular que el de un príncipe y que el de los grandes, con todo eso, por ser el deseo de la libertad antigua y casi natural en esta ciudad y las condiciones de los ciudadanos proporcionadas á la igualdad (fundamento muy necesario en los gobiernos populares), le debamos preferir á todos los otros; y sería superflua esta disputa, pues en todas las consultas de estos días se ha determinado siempre con universal consentimiento que se gobierne la ciudad con el nombre y autoridad del pueblo. Pero la diversidad de pareceres nace de que algunos, en la ordenación del parlamento, se han arrimado de buena gana á las formas de república con que se regía esta ciudad antes que su libertad fuese oprimida por la familia de los Médicis. Otros (en cuyo

número confieso que entro yo), juzgando que el gobierno ordenado de esta manera tiene, en muchas cosas, antes el nombre que los efectos del gobierno popular, y espantados de los accidentes que muchas veces resultaron de gobiernos semejantes, desean una forma más perfecta y que por ella se conserve la paz y seguridad de los ciudadanos, cosa que, según las razones y experiencia de lo pasado, no se puede esperar en esta ciudad sino debajo de un gobierno dependiente en todo del poder del pueblo, pero ordenado y medido debidamente, lo cual consiste principalmente en dos fundamentos; el primero es: que todos los magistrados y oficios, así de la ciudad como del dominio, los distribuya siempre un Consejo universal de todos los que, según nuestras leyes, son hábiles para participar del gobierno, y sin aprobación de este Consejo no se puedan determinar leyes nuevas; con lo cual, no estando en poder de los ciudadanos particulares, ni de alguna particular conspiración ó inteligencia, el distribuir las dignidades y autoridad, no será excluído ninguno por pasión ó voluntad de otros, antes se distribuirían según las virtudes y méritos de los hombres; y para esto será necesario que cada uno procure, con las virtudes, con las buenas costumbres, con ayudar á lo público y á lo privado, abrirse el camino á las honras. También será menester que cada uno se abstenga de vicios, de ofender á otros, y finalmente de todas las cosas odiosas en las ciudades bien instruídas, y no estará en poder de uno ó de pocos introducir otro gobierno con nuevas leyes ó con la autoridad de un magistrado, no pudiéndose alterar esto sino es viniendo en ello el Consejo universal.

»El segundo fundamento es: que las deliberaciones importantes, que son aquellas que pertenecen á la paz y á la guerra, al examen de las leyes nuevas, y gene-

ralmente todas las cosas necesarias para la administración de una ciudad y dominio como este, se traten por los magistrados señalados particularmente para este cuidado y por un Consejo más escogido de ciudadanos experimentados y prudentes que se señalen del Consejo popular; porque no siendo el entendimiento de todos capaz para el conocimiento de estos negocios, es necesario se gobiernen por los que tienen capacidad, y pidiendo muchas veces presteza ó secreto, no se pueden consultar ni determinar con la multitud, ni es necesario para la conservación de la libertad que cosas semejantes se traten entre muchos, porque la libertad queda segura siempre que la distribución de los magistrados y las determinaciones de las leyes nuevas dependen del consentimiento universal.

»Dispuestas, pues, estas dos cosas, queda ordenado el gobierno verdaderamente popular, fundada la libertad de la ciudad y establecida la forma loable y permanente de la República; porque otras muchas cosas que miran á hacer el gobierno de que se habla más perfecto, es más á propósito diferirlas para otro tiempo, por no confundir tanto en estos principios los entendimientos de los hombres, sospechosos por la memoria de la tiranía pasada, los cuales, no acostumbrados á tratar gobiernos libres, no pueden conocer enteramente lo que es necesario disponer para la conservación de la libertad, y son cosas que, por no ser tan sustanciales, se diferencian con seguridad para tiempo más acomodado y oportuno.

»Amarán los ciudadanos cada día más esta forma de República, y estando cada vez más capaces de la verdad por la experiencia, desearán que el gobierno continuamente se vaya limando y ponga en entera perfección, y, en este ínterin, se sustentará mediante los dos fundamentos referidos. Cuán fáciles sean de ordenar y

el fruto que producirán, no sólo se muestra con muchas razones, sino también con el ejemplo; porque el régimen de los venecianos, si bien es propio de aristócratas, no por esto son más que ciudadanos particulares, tantos en número, de condiciones y de calidad tan diferentes, que no se puede negar que participe mucho del gobierno popular y que puede ser imitado por nosotros en muchas partes, y con todo eso, está fundado principalmente sobre estas dos bases, sobre las cuales, conservada aquella República por tantos siglos, juntamente con la libertad, la unión y la concordia civil, se ha levantado á tanta gloria y grandeza. No ha procedido del sitio, como muchos creen, la unión de los venecianos, porque en él podrá haber habido algunas veces discordias y sediciones, sino de estar la forma del gobierno tan bien dispuesta y proporcionada á sí misma, que por necesidad produce efectos tan preciosos y admirables.

»Ni sobre este particular nos deben mover menos nuestros ejemplos que los ajenos, pero considerándolos al contrario, porque el no haber tenido nunca nuestra ciudad forma de gobierno semejante á éste, ha sido causa que hayan estado siempre sujetas nuestras cosas á tantas mudanzas, tal vez oprimidas por la violencia de las tiranías, tal destrozadas por la discordia ambiciosa y avara de pocos, y otras maltratadas por la licencia desenfrenada del pueblo; y donde las ciudades fueron edificadas para quietud y vida feliz de los hombres, los frutos de nuestro gobierno, nuestra felicidad y riquezas han sido las confiscaciones de nuestros bienes y los destierros y muertes violentas de nuestros ciudadanos.

»Ni es diferente el gobierno introducido en nuestro parlamento de los que otras veces ha habido en esta ciudad, que han sido llenos de discordias y calamida-

des, y después de infinitos trabajos públicos y particulares han producido finalmente las tiranías; porque no por otra causa que por estas razones oprimió la libertad de nuestros mayores el duque de Atenas y en los tiempos sucesivos Cosme de Médicis. Y no hay que admirarse, porque como las distribuciones de los magistrados y la deliberación de las leyes no han menester siempre el consentimiento común, pues dependen del albedrío de menor número; atentos entonces los ciudadanos, no tanto al beneficio público cuanto á la codicia y fines particulares, se levantan las diferencias y conspiraciones particulares, á las cuales se junta la división de toda la ciudad, peste y asolación de todas las repúblicas é imperios.

»Según esto, ¿cuánta mayor prudencia es huir aquellas formas de gobierno que, con las razones y con el ejemplo de nosotros mismos, podemos tener por dañosas, y arrimarnos á aquellas que, con las razones y ejemplos de otros, podemos juzgar por saludables y felices? Porque yo, forzado por la verdad, me atreveré á decir que, en nuestra ciudad, un gobierno dispuesto de manera que pocos ciudadanos tengamos gran autoridad, será gobierno de pocos tiranos, tanto más dañosos que un tirano solo, cuanto es mayor y más dañoso el mal cuando más se multiplica. Cuando no sea por otra razón, no se puede esperar larga paz por la diversidad de pareceres y por la ambición y varios deseos de los hombres. Y la discordia, dañosa por sí en todo tiempo, aún lo sería más en este; pues en él habéis desterrado un ciudadano tan poderoso y habéis sido privados de una parte tan importante de vuestro Estado; teniendo Italia en sus entrañas ejércitos forasteros y estando toda en gravísimos peligros.

»Raras veces ó nunca ha estado en poder de la ciudad el gobernarse á sí misma á su voluntad, y pues la

benignidad de Dios os ha concedido este poder, no queráis (haciéndoos tanto daño á vosotros mismos y obscureciendo para siempre el nombre de los florentinos) perder la ocasión de fundar un gobierno libre y tan bien dispuesto que, no sólo mientras durare os haga felices, sino que podáis prometeros la perpetuidad y dejar por herencia á vuestros hijos y descendientes tal tesoro y felicidad cual nunca vosotros ni vuestros pasados han poseído ó conocido.»

Estas fueron las palabras de Paulo Antonio; pero en contrario de ellas, Guido Antonio Vespuci, famoso jurisconsulto y hombre de singular ingenio y destreza, habló en esta sustancia:

«Si el gobierno ordenado (excelentísimos ciudadanos) en la forma que ha propuesto Paulo Antonio Soderini produjese tan felizmente los frutos que se desean como se designan, tendría verdaderamente el gusto muy dañado quien desease otro gobierno en nuestra patria, sería muy pernicioso ciudadano quien no amase sumamente una forma de república en que la virtud, los méritos y el valor de los hombres fuesen honrados y reconocidos sobre todas las cosas; mas yo no entiendo cómo se pueda esperar que un gobierno, puesto enteramente en poder del pueblo, haya de estar lleno de tantos bienes; porque sé, la razón lo enseña, la experiencia lo muestra y la autoridad de grandes hombres lo confirma, que en tan gran multitud no se halla la prudencia, experiencia, ni orden, por donde nos podamos prometer que hayan de ser antepuestos los sabios á los ignorantes, los buenos á los malos y los experimentados á los que jamás han gobernado ningún negocio; porque como de un juez incapaz y poco práctico no se pueden esperar sentencias justas, así de un pueblo lleno de confusión é ignorancia no se puede esperar, sino acaso, elección ni determinación prudente ó justa, y lo que en

los gobiernos públicos apenas pueden discernir los hombres sabios y no distraídos por otros negocios, queremos que una multitud sin experiencia ni práctica, compuesta de tanta variedad de ingenios, de condiciones y costumbres, y dada toda á sus negocios particulares, lo pueda distinguir y conocer. Demás que la persuasión poco moderada que cada uno tendrá de sí, despertará en todos la codicia de honras, y no bastará á los hombres gozar en el gobierno popular los frutos justos de la libertad, pues aspirarán todos á puestos principales y á intervenir en las determinaciones de las cosas más importantes y dificultosas.

»En nosotros reina menos que en alguna otra ciudad la modestia de ceder á quien sabe y merece más; antes persuadiéndonos que de razón debemos ser iguales todos en todas las cosas, se confundirán (cuando esté en mano de la muchedumbre) los lugares de la virtud y valor, y extendida esta codicia en la mayor parte, hará que puedan más aquellos que menos supieren y merecieren menos; pues siendo mucho mayor el número de éstos, tendrán más poder en un Estado ordenado de manera que los pareceres se cuenten y no se pesen. ¿Qué certeza tendréis de que, contentos de la forma que introducís al presente, no descompongan luego los modos pensados prudentemente con nuevas invenciones é imprudentes leyes, á las cuales no podrán resistir los hombres sabios?

»Estas cosas son peligrosas en todo tiempo, en un gobierno como este; pero seránlo mucho más ahora, porque es natural de los hombres, cuando se apartan de un extremo en que han estado violentados, correr al otro voluntariamente, sin parar en el medio. Así, quien sale de una tiranía, si no le detienen, se precipitará á una desenfrenada licencia, que también se puede llamar justamente tiranía; porque un pueblo es semejante á un

tirano cuando da á quien no merece, cuando quita á quien tiene justicia y cuando confunde los puestos y la distinción de las personas. Y es tanto más dañosa su tiranía, cuanto es más peligrosa la ignorancia (porque no tiene peso, ni medida, ni leyes); que la maldad al fin se rige con algún freno y limitación.

»No os mueva el ejemplo de los venecianos, porque en ellos es el sitio de consideración y más la antigüedad de su forma de gobierno. Tienen ordenadas las cosas de manera que las determinaciones importantes están más en poder de pocos que de muchos, y no siendo sus ingenios por naturaleza quizá tan agudos como los nuestros, son mucho más fáciles de sosegar y contentarse. Ni se rige el gobierno veneciano solamente con aquellos dos fundamentos que se han explicado, sino que importa mucho para su perfección y firmeza el haber un dux perpetuo y otras muchas ordenanzas que, quien las quisiese introducir en esta República, tendría infinitas contradicciones, porque nuestra ciudad no nace al presente ni tiene ahora por primera vez su institución. Por tanto, siendo contrarias al bien común muchas veces nuestras antiguas costumbres, y sospechando los hombres que, debajo de color de la conservación de la libertad, se procura levantar nueva tiranía, no son los consejos sanos para ayudarlos fácilmente, así como en un cuerpo dañado y lleno de malos humores no ayudan las medicinas como en un cuerpo limpio. Por estas razones, y por la naturaleza de las cosas humanas, que comúnmente declinan á lo peor, es más de temer que lo que se hubiese acordado imperfectamente en este principio se desordene de todo punto en adelante, que hacer que con el tiempo ó las ocasiones se reduzca á perfección. Y tenemos nuestros ejemplos sin buscar los de los otros, pues jamás el pueblo ha gobernado absolutamente esta ciudad, que no se haya llenado de des-

órdenes y discordias, y finalmente que no haya tenido este régimen pronta mudanza.

»Y si todavía queremos buscar los ejemplos de otros, ¿por qué no nos acordamos de que el gobierno enteramente popular causó en Roma tantas inquietudes, que si no fuera por la ciencia y presteza militar hubiera sido breve la vida de aquella República? ¿Por qué no nos acordamos que Atenas, ciudad floridísima y muy poderosa, no perdió su imperio por otra cosa, y después cayó en servidumbre de sus ciudadanos y forasteros, que por disponerse las cosas graves con las determinaciones de la multitud? Yo no veo por qué razón se pueda decir que en el modo introducido en el Parlamento no se halle enteramente la libertad, porque cualquier cosa está referida á la disposición de los magistrados, los cuales no son perpetuos, sino mudables, ni elegidos por pocos, antes aprobados por muchos, y han de ser, según las costumbres antiguas de la ciudad, puestos al arbitrio de la suerte; y siendo así, ¿cómo pueden ser distribuidos por bandos ó voluntad de los ciudadanos particulares. Tendremos mayor certeza de que los negocios más importantes los encaminarán y examinarán los hombres más sabios, los cuales los gobernarán con diferente orden secreto y madurez que lo haria el pueblo, incapaz de estas cosas, y que tal vez, cuando menos es menester, es muy largo en el gastar, y otras, en las mayores necesidades, tan corto, que siempre, por muy pequeño ahorro, incurre en gravísimos gastos y peligros. Es grandísima, como ha dicho Paulo Antonio, la enfermedad de Italia, y particularmente la de nuestra patria. Mas ¿qué imprudencia sería, cuando son necesarios los medios más prácticos y expertos, ponerse en manos de los que tienen menos práctica y experiencia!

»Es justo considerar últimamente que mantendréis vuestro pueblo con más quietud, y le conduciréis más

fácilmente á las determinaciones saludables para él y para el bien universal, dándole moderada parte y autorfidad; porque dejándolo todo absolutamente á su albedrío, habrá peligro de que se haga insolente y muy difícil y opuesto á los consejos de vuestros sabios y adictos ciudadanos.»

Hubiera podido más en los Consejos, en que no intervenía gran número de ciudadanos, el parecer que miraba á forma no tan ancha de gobierno, si en la determinación de los hombres no se hubiera mezclado la autoridad divina por la de Jerónimo Savonarola, de Ferrara, fraile de la orden de Santo Domingo, el cual, habiendo predicado públicamente muchos años continuos en Florencia, y añadido á su singular doctrina gran fama de santidad, había adquirido con la mayor parte del pueblo nombre y crédito de profeta; porque en tiempo que no se veía ninguna señal en Italia sino de gran tranquilidad, había predicho en sus sermones muchas veces la venida de los ejércitos forasteros á Italia con tan gran espanto de los hombres, que no les resistirían murallas ni ejércitos; afirmando que no decía esto, ni otras muchas cosas que continuamente predicaba, por discurso humano, ni por ciencia de letras, sino sencillamente por revelación divina, y aun había apuntado algo de la mudanza del estado de Florencia. En este tiempo, abominando públicamente de la forma de gobierno determinada en el Parlamento, afirmaba ser la voluntad de Dios que pusieran un gobierno absolutamente popular, y de modo que no hubiese de estar en la mano de pocos ciudadanos alterar la seguridad y la libertad de los otros. Juntándose la reverencia de tan gran nombre al deseo de muchos, no pudieron resistir á tan gran inclinación los que tenían otro dictamen, y por ello, habiéndose ventilado esta materia en muchas consultas, se determinó finalmente que se hiciese un

Consejo de todos los ciudadanos, no interviniendo (como en muchas partes de Italia se divulgó) lo vil del pueblo, sino solamente aquellos que por las leyes antiguas de las ciudades estaban hábiles para participar del Gobierno. En este Consejo no se había de tratar ó disponer otra cosa que elegir todos los magistrados para la ciudad y para el dominio, y confirmar las provisiones de dineros, y todas las leyes que primero se habían ordenado por los magistrados y por otros Consejos menos numerosos. Y para que se quitasen las ocasiones de discordias civiles y se asegurasen más los ánimos de todos, se prohibió por decreto público (siguiendo en esto el ejemplo de los atenienses) que de los delitos y excesos cometidos por lo pasado, tocantes á las cosas del Estado, no se pudiese volver á tratar. Sobre estos fundamentos quizá se hubiera constituido un Gobierno bien dispuesto y firme si al mismo tiempo se hubieran introducido todas las órdenes que hasta entonces cabían en la consideración de los hombres prudentes; pero como no se podían determinar estas cosas sin el consentimiento de muchos, los cuales estaban llenos de sospechas por la memoria de las cosas pasadas, se tuvo por bien que, por entonces, se estableciese el Consejo grande, como fundamento de la nueva libertad, dejando lo que faltaba por hacer para cuando el tiempo diese ocasión, y conociesen el provecho público, mediante la experiencia, aquellos que no eran capaces de conocerle por la razón y juicio.

CAPITULO II.

El reino de Nápoles en poder de los franceses.—Huye Fernando á Sicilia.—Muerte del otomano Gemín.—Temores de los venecianos y de Luis Sforza.—Liga de los principes italianos y españoles contra los franceses.—Niéganse los florentinos á entrar en la liga.—Los franceses se hacen odiosos á los napolitanos por su insolencia.—Proyecta Carlos VIII volver á Francia.—Entra en la Calabria Fernando con los españoles.—Pide Carlos al papa Alejandro la investidura del reino de Nápoles.

Padecían de esta manera las cosas en la Toscana. Pero habiendo conquistado en este medio el rey de Francia el reino de Nápoles, atendía á dos cosas principalmente para dar perfección á la victoria: la una á conquistar á Castilnuovo y á Castel del Uovo, fortalezas de Nápoles, que aún estaban por Fernando, porque con poca dificultad había ganado la torre de San Vicente, que está edificada para la guarda del puerto; la otra reducir á su obediencia todo el reino. Mostrábale en estas cosas la fortuna la misma benignidad porque Castilnuovo (habitación de los reyes, situado en la costa del mar) se rindió, habiendo hecho poca defensa por la vileza y avaricia de quinientos tudescos que estaban en su guarda, con condición de salir salvos y con toda la ropa que ellos mismós pudiesen llevar. Había dentro gran cantidad de vituallas; mas Carlos, sin considerar lo que podía suceder, las dió á algunos de los suyos. Castel del Uovo, estaba situado dentro del mar, sobre un peñasco que, contiguo á la tierra, pero separado de ella desde la antigüedad, por obra de Lúculo, se une con la ribera por un puente estrecho, poco apartado de

Nápoles; batido continuamente por la artillería, que, aunque podía hacer daño en las murallas, no en lo vivo del peñasco, concertó después de pocos días rendirse en caso de que dentro de ocho días no fuese socorrido. A la gente de armas y capitanes enviados á diversas partes del reino los salían á recibir algunas jornadas los barones y síndicos de las comunidades, porfiando unos con otros sobre cuáles habían de ser los primeros en recibirles y con tan gran inclinación ó miedo de cada uno, que los castellanos de las fortalezas casi todos sin resistencia las entregaron. El castillo de Gaeta, que estaba bien proveído, se rindió á discreción, habiendo sido batido muy ligeramente; de manera que en muy pocos días se redujo con gran facilidad todo el reino á poder de Carlos, excepto la isla de Ischia y las fortalezas de Brindis y de Galípoli, en la Pulla; en Calabria la fortaleza de Reggio, ciudad situada en la punta de Italia, que mira á Sicilia (estando por Carlos la ciudad), y las de Turpia y la Manzia, las cuales, desde el principio, levantaron las banderas de Francia, pero rehusando ser de otro dominio que del Rey, y porque las había dado á algunos de los suyos, mudando de parecer, volvieron á su primer señor. Lo mismo hizo poco después la ciudad de Brindis, porque no habiendo enviado Carlos gente á ella ni despachado, ni aun solo oído, por negligencia suya, á los síndicos que había enviado á Nápoles para capitular, tuvieron disposición los que estaban por Fernando en las fortalezas de atraer libremente la ciudad á la devoción de los aragoneses. Por este ejemplo la ciudad de Otranto, que había proclamado la dominación de Francia, no yendo nadie á recibirla dejó de continuar en la misma disposición.

Fueron todos los señores y barones del reino á hacer homenaje al nuevo Rey, excepto Alonso de Avalos, marqués de Pescara, el cual, habiendo quedado en Cas-

tilnuovo por Fernando, al saber la inclinación de los tudescos á rendirse, siguió á su Rey y otros dos ó tres que, por haber dado Carlos sus Estados, habían huído á Sicilia. Mas deseoso el Rey de establecer totalmente por vía de paz tan gran conquista, había llamado á su presencia, debajo de salvo conducto, antes que hubiese tomado á Castel del Uovo, á Don Fadrique, el cual, por haber vivido muchos años en la Corte de su padre y por la unión de parentesco que tenía con el Rey, era agradable á todos los señores franceses; ofrecióle dar á Fernando, en caso que le dejase lo que le quedaba en el reino, Estados y rentas grandes en Francia, y á él abundante recompensa de lo que allí poseía. Supo Don Fadrique la determinación de su sobrino de no aceptar ningún partido, si no quedaba en su poder la Calabria, y respondió con graves palabras: «Que, pues, Dios, la fortuna, y todos los hombres habían concurrido en darle el reino de Nápoles, no quería Fernando hacer resistencia á esta fatal disposición: y no teniendo por cosa vergonzosa ceder á un rey tan poderoso, quería no menos que los otros estar á su obediencia y devoción con que le concediese alguna parte del reino, señalando á Calabria, en donde estando, no como rey, sino como uno de sus barones, pudiese adorar la clemencia y benignidad del rey de Francia, en cuyo servicio esperaba tener ocasión alguna vez de mostrar el valor que la mala fortuna le había estorbado poder ejercitar para su bien propio; que no podía ser este consejo de mayor gloria para el rey Carlos y era semejante á los de los reyes memorables en la antigüedad, los cuales, con obras como estas, habían hecho inmortales sus nombres y conseguido de los pueblos las honras divinas. Y no era consejo menos seguro que glorioso, porque reducido Fernando á su devoción, quedaría tranquilizado el reino y sin temor el conquistador á las mudanzas de la for-

tuna, de quien es muy propio, siempre que no se aseguran las victorias con moderación y prudencia, manchar con algún caso no pensado la gloria ganada.»

Pareciendo á Carlos que conceder alguna parte del reino á su competidor pondría todo lo restante en manifiesto peligro, se apartó de Don Fadrique, desavenido con él y Fernando. Después que se rindieron los castillos se fué á Sicilia Don Fadrique con catorce galeras sutiles, mal armadas, que era con las que había ido de Nápoles para estar prevenido en cualquiera ocasión; dejando en guarda del castillo de Íschia á Iñigo de Avalos, hermano de Alfonso, hombres ambos de valor y de gran fidelidad á su príncipe. Pero Carlos, por privar á los enemigos de aquella acogida tan importante para perturbar el reino, envió la armada que últimamente había llegado al puerto de Nápoles, y hallando la tierra desamparada, no batió el castillo, perdiendo las esperanzas de ganarle por su fortaleza. Por esto determinó el Rey hacer que viniesen otros bajeles de la Provenza y Génova para tomar á Ischia y asegurar el mar infestado algunas veces por Fernando. Mas no era igual á la fortuna la diligencia ó el consejo, gobernándose todas las cosas tibiamente, con grande negligencia y confusión, porque habiéndose hecho los franceses más insolentes de lo que solían por tan gran prosperidad, dejando al suceso las cosas de consideración, sólo atendían á fiestas y á placeres, y los que eran poderosos con el Rey, á sacar secretamente el mayor fruto que podían de la victoria, sin ninguna consideración á la dignidad ó provecho de su príncipe.

En este tiempo murió en Nápoles el otomano Gemín, con gran disgusto de Carlos, porque le juzgaba de gran fundamento para la guerra que tenía en su ánimo hacer contra el Imperio de los turcos, y se creyó muy constantemente que había procedido su muerte de veneno,

que el Papa se le había dado para tiempo determinado, ó porque habiéndole entregado contra su voluntad y privándose por esto de cuarenta mil ducados que cada año le pagaba Bayaceto, su hermano, tuviese por consuelo de su enojo que, quien le habia privado de ellos, no aprovechara ninguna comodidad de él, ó por envidia que tuviese á la gloria de Carlos, y quizá temiendo que, si tenía prósperos sucesos contra los infieles, volvería después sus pensamientos á reformar las cosas de la Iglesia (á lo cual, aunque por intereses particulares, le provocaban muchos); pues habiéndose apartado aquélla enteramente de las costumbres antiguas, hacía menor cada día la autoridad de la religión cristiana; teniendo todos por cierto que había de declinar más en su Pontificado, pues, adquirido por malas artes, no se acordaban los hombres de que en tiempo alguno hubiese sido gobernada la Iglesia con otras peores. Ni faltó quien creyese (porque la mala índole del Papa hacía creíble en él cualquier maldad) que, al saber Bayaceto que el rey de Francia se prevenía para pasar á Italia, lo había sobornado con dineros, por medio de Jorge Bucciardo, para dar muerte á Gemín.

Mas no cesando Carlos, por su muerte (aunque con más prontitud de ánimo que de prudencia y consejo), de continuar en el pensamiento de la guerra contra los turcos, envió á Grecia al arzobispo de Durazzo, de nación albanés, porque le daba esperanzas de levantar algún movimiento en aquella provincia por medio de ciertos desterrados; pero obligáronle muchos accidentes á volver el ánimo á nuevos pensamientos.

Está dicho arriba que la codicia de usurpar el ducado de Milán y el miedo que tenía á los aragoneses y á Pedro de Médicis indujeron á Luis Sforza á procurar que pasase el rey de Francia á Italia; por cuya venida, después que hubo conseguido su ambicioso deseo y

que fueron reducidos los aragoneses á tantas miserias que con dificultad podían sustentar su propia vida, comenzó á ponérsele delante de los ojos el segundo temor, mucho más poderoso y más justo que el primero, que era la servidumbre que le amenazaba á él y á todos los italianos, si se añadiese el reino de Nápoles al poder del rey de Francia. Por esto había deseado que hallase Carlos mayor dificultad en el dominio de los florentinos; y visto cuán feliz le había sido el juntársele aquella República, que con la misma felicidad había superado la oposición del Papa y que sin ningún embarazo entraba en el reino de Nápoles, le parecía cada día tanto mayor su peligro cuanto salía mayor y más feliz el curso de la victoria de los franceses. El mismo temor comenzaba á ocupar el ánimo del Senado veneciano, el cual, habiendo perseverado en su primera determinación de conservarse neutral, se había abstenido con tanta circunspección, no sólo de los hechos, sino de todas las demostraciones que le pudiesen hacer sospechoso de tener mayor inclinación á una parte que á otra, que teniendo nombrados por embajadores para el rey de Francia á Antonio Loredano y á Domingo Trevisano (si bien no fué hasta tener entendido que había pasado los montes), tardó tanto en enviarlos, que llegó el Rey antes que ellos á Florencia. Pero viendo después el ímpetu de tan gran prosperidad y que el Rey, como un rayo, sin ninguna resistencia, discurría por toda Italia, comenzó á juzgar por peligro propio el daño ajeno y á temer que había de ir su ruina trabada con la de los otros: mayormente que el haber ocupado antes á Pisa y otras fortalezas de los florentinos, dejado guarda en Siena y hecho después lo mismo en el Estado de la iglesia, parecía señal de que sus pensamientos pasaban más adelante que sólo al reino de Nápoles; por lo que dió luego oídos á las persuasiones

de Luis Sforza, el cual, cuando los florentinos se rindieron á Carlos, comenzó á aconsejarles que, unidos con él, remediasen los peligros comunes; y se creyó que, de hallar Carlos alguna dificultad en la tierra de Roma ó en la entrada del reino de Nápoles, hubieran tomado las armas unidamente contra él.

Sucedió la victoria con tanta presteza que previnó todas las cosas para impedir las y ya Carlos, receloso de los movimientos de Luis, había tomado á su servicio, después de la conquista de Nápoles, á Juan Jacobo Tribulcio, con cien lanzas y con honrada provisión uniósele con muchas promesas el cardenal Fregoso y Obietto del Fiesco; éstos como instrumentos poderosos para inquietar las cosas de Génova, y aquél por ser cabeza de la parte güelfa en Milán y estar muy apartado su ánimo de Luis, á quien asimismo rehusaba dar el principado de Taranto, alegando que no estaba obligado sino cuando hubiese conquistado todo el reino. Siendo estas cosas molestas á Luis, hizo retener doce galeras que se armaban por el rey en Génova y prohibió que se armasen bajeles algunos para él. Quejóse el Rey de que había procedido de esto el no haber intentado de nuevo con mayor aparato expugnar á Ischia.

Creciendo, pues, de todas partes continuamente las sospechas y enojos, y habiendo representado la conquista de Nápoles al Senado veneciano y al Duque el peligro mayor y más cercano, fueron obligados á no diferir el poner en ejecución sus pensamientos. Hacíales proceder con mayor ánimo en esta determinación la compañía poderosa que tenían, porque no estaba menos pronto el Papa para el mismo fin, temeroso sobre manera de los franceses, ni el emperador Maximiliano, á quien, por muchas ocasiones que tenía de enemistad con la corona de Francia y por las grandes injurias que había recibido de Carlos, fueron en todo tiempo más

molestas que á los otros las prosperidades de los franceses.

En quien los venecianos hacían mayor fundamento eran Fernando é Isabel, rey y reina de España, los cuales, habiendo prometido á Carlos poco antes, no por otro efecto que por volver á recibir de él el condado de Rosellón, que no le impedirían la conquista de Nápoles, habían dejado astutamente hasta entonces libre su poder para hacer lo contrario; porque, si es verdad lo que ellos publicaron, se añadió, en los capítulos hechos por aquella restitución, una cláusula de no ser obligados á ninguna cosa que tocase en perjuicio de la Iglesia, y con esta excepción inferían que si el Papa, por el interés de su feudo, les buscase para ayudar al reino de Nápoles, estaba en su mano hacerlo, sin contravenir á la palabra y promesas dadas. Añadieron después que por los mismos capítulos les estaba prohibido el oponerse á Carlos en caso que constase que le pertenecía aquel reino jurídicamente. Sea lo que fuere la verdad de estas cosas, lo cierto es que luego que hubieron recuperado aquellas villas, no sólo comenzaron á dar esperanzas á los aragoneses de ayudarles y á hacer ocultamente instancia con el Papa que no desamparase su causa, sino habiendo desde el principio aconsejado al rey de Francia con palabras moderadas, como amadores de su gloria y movidos del celo de la religión, á que volviese antes las armas contra infieles que contra cristianos, continuaban en darle los mismos consejos, pero con mayor eficacia y palabras más sospechosas, cuanto pasaba más adelante aquella expedición; y por tener más autoridad y mantener con mayor esperanza al Papa y á los aragoneses, aunque publicando de otra parte que sólo pensaba en la defensa de Sicilia, se prevenían para enviar por mar una armada que llegó después de la pérdida de Nápoles, si bien con aparato, según su

costumbre, mayor en las demostraciones que en los efectos, porque no trajo más que ochocientos jinetes y mil infantes españoles. Con estos fingimientos procedían, hasta que el haber ocupado á Ostia los Colonnas y las amenazas que se hacían por el rey de Francia al Papa, les dió más justa causa para publicar lo que habían concebido en el ánimo. Abrazáronla luego é hicieron que Antonio de Fonseca, su embajador, protestase claramente al rey cuando estaba en Florencia, que, según el oficio de príncipes cristianos, tomarían la defensa del Papa y del reino de Nápoles, feudo de la iglesia romana; y habiendo comenzado ya á tratar de coligarse con los venecianos y con el duque de Milán, en entendiendo la huida de los aragoneses, les solicitaban con gran instancia á que fuesen comprendidos en esta confederación para la seguridad común contra los franceses.

Finalmente, en el mes de Abril, en la ciudad de Venecia, donde estaban los embajadores de todos estos príncipes, se trató confederación entre el Papa, el rey de romanos, los reyes de España, los venecianos y el duque de Milán. El título y publicación de ella fué solamente para defensa de los Estados el uno del otro, reservando lugar para cualquiera que quisiese entrar con las condiciones convenientes. Pero juzgando todos que era necesario obrar para que el rey de Francia no tuviese el reino de Nápoles, se concertó en los capítulos más secretos que la gente española que había venido á Sicilia ayudase á Fernando de Aragón á recuperar aquel reino, el cual, con esperanza grande de la voluntad de los pueblos, trataba de entrar en Calabria y que los venecianos al mismo tiempo acometiesen con su armada los lugares marítimos; que procurase el duque de Milán, para impedir si le venía de Francia nuevo socorro, ocupar la ciudad de Asti, donde había que-

dado el duque de Orleans con pocas fuerzas, y que al rey de romanos y al de España diesen los otros confederados cierta cantidad de dineros para que cada uno de ellos rompiese con poderoso ejército la guerra al reino de Francia. Desearon los confederados, demás de estas cosas, que toda Italia se uniese en una misma voluntad, y para esto hicieron instancia á los florentinos y al duque de Ferrara para que entrasen en la misma confederación. Rehusó el Duque, habiéndoselo pedido antes que la liga se publicase, el tomar las armas contra el Rey, y por otra parte, con cautela italiana, consintió que D. Alonso, su hijo primogénito, fuese con el duque de Milán con ciento y cincuenta hombres de armas, con título de lugar-teniente de su gente. Era diferente la causa de los florentinos, convidados á la confederación con grandes ofertas, y tenían muy justas ocasiones para apartarse del Rey, porque, al publicarse la liga, les ofreció Luis Sforza en nombre de todos los confederados, en caso que entrasen en ella, todas sus fuerzas para resistir al Rey si, volviendo de Nápoles, intentase ofenderles, y de ayudarles, en pudiendo, á la recuperación de Pisa y Liorna. Por otra parte, el Rey, despreciadas las promesas que había hecho en Florencia, ni al principio les había dado enteramente posesión de los lugares, ni, después de conquistado á Nápoles, restituídoles las fortalezas, posponiendo su propia palabra y el juramento al consejo de aquellos que, favoreciendo la causa de los pisanos, persuadían que los florentinos, luego que estuviesen entregados de todo, se unirían con los otros príncipes de Italia. Oponíase á éstos sabiamente el cardenal de San Malo, aunque había recibido muchos dineros por no venir, por esta causa, á diferencia con los otros grandes. No sólo en esta, sino en otras muchas cosas, había mostrado el Rey que no hacía cuenta de la palabra ni de lo que le podía im-

portar en tal tiempo el juntarse con los florentinos; de manera que, quejándose sus embajadores de la rebelión de Montepulciano y haciendo instancia que, en conformidad de aquello á que estaba obligado, apretase á los sieneses á restituirlo, respondió casi haciendo burla: «¿Qué puedo yo hacer si vuestros vasallos se rebelan por estar mal tratados?» Con todo eso, los florentinos, no dejándose llevar del enojo contra su propio provecho, determinaron no oír las respuestas de los coligados, así por no provocar de nuevo contra sí, á la vuelta del Rey, las armas francesas, como porque podían esperar más la restitución de las villas de quien las tenía en su mano, y porque confiaban poco de estas promesas, sabiendo que eran odiosos á los venecianos por las oposiciones que habían hecho en diversos tiempos á sus empresas, y conociendo claramente que Luis Sforza aspiraba á esta confederación para su provecho.

En este tiempo había comenzado á disminuirse mucho la reputación de las franceses en el reino de Nápoles, porque, ocupados en placeres, gobernándose sin industria, no habían atendido á echar á los aragoneses de aquellos pocos lugares que estaban por ellos, como les hubiera sido muy fácil si hubieran seguido el favor de la fortuna. Pero mucho más se había disminuído el amor, porque, si bien se había mostrado benigno y muy liberal el Rey con los pueblos, cediendo por todo el reino tantos privilegios y exenciones que subían cada año á más de doscientos mil ducados, con todo eso, no se habían encaminado las otras cosas con el orden y prudencia que se debía, porque, apartado de los trabajos y de oír las quejas y deseos de los hombres, dejaba totalmente el peso de los negocios á los suyos, los cuales, parte por incapacidad, parte por avaricia, confundieron todas las cosas, y porque la nobleza no fué acogida ni con agasajo ni con premios. Había gran difi-

cultad en las entradas y audiencias del Rey, no se hacía distinción de personas, no se reconocían sino acaso los méritos de ellas, no estaban confirmados los ánimos de aquellos que naturalmente estaban apartados de la casa de Aragón; interponíanse muchas dificultades y largas en la restitución de los Estados y bienes de la facción anjovina y de los otros barones que habían sido echados por el viejo Fernando; hacíanse las gracias y favores á quien los procuraba con dádivas y medios extraordinarios; á muchos se les quitaba sin razón, y á muchos sin ocasión se les daba; distribuíanse casi todos los oficios y los bienes de muchos en los franceses; dábanse, con mucho desplacer suyo, casi todas las villas del dominio (así se llaman las que están acostumbradas á obedecer solamente al Rey) y la mayor parte á franceses; cosas mucho más molestas á los vasallos cuanto más acostumbrados estaban á los gobiernos prudentes y ajustados de los reyes de Aragón y que más se habían prometido del nuevo Rey; añadíase la soberbia natural de los franceses, acrecentada por la felicidad de la victoria; por la cual habían concebido tanto de sí mismos, que no estimaban en nada á todos los italianos; su insolencia y furia en alojarse, igual fué en Nápoles que en las otras partes del reino donde estaba distribuída la gente de armas, que por todas partes hacía muy malos tratamientos; de manera que el ardiente deseo que tuvieron de ellos los hombres se había convertido ya en entrañable odio, y, por el contrario, en lugar del odio contra los aragoneses, había sucedido la compasión á Fernando; la esperanza que siempre generalmente habían tenido en su valor, y la memoria de aquel día que, con tanta mansedumbre y constancia, había hablado á los napolitanos antes que partiese, por lo cual aquella ciudad y casi todo el reino esperaban ocasión de poder volver á llamar á los aragoneses, no con

menor deseo del que pocos días antes habían tenido de su destrucción. Ya comenzaba á ser grato el nombre tan odioso de Alfonso, llamando justa severidad aquella que (cuando, viviendo su padre, atendía á las cosas domésticas del reino) solían llamar crueldad; sinceridad de ánimo verdadero, aquella que muchos años habían llamado soberbia y altivez: tal es la naturaleza de los pueblos, inclinada á esperar más de lo que se debe, y á sufrir menos de lo que es necesario, y á tener siempre enfado de las cosas presentes, y especialmente los habitantes del reino de Nápoles, que, entre los pueblos de Italia, están notados de instables y amigos de novedades.

Había el Rey, antes que se hiciese la nueva liga, casi determinado volverse presto á Francia, movido más de un ardiente y liviano deseo suyo y de toda la Corte que de prudente consideración; porque en el reino quedaban por acabar innumerables é importantes negocios de príncipes y de Estados; ni había tenido perfección la victoria, no estando conquistado todo el reino; pero en entendiendo que se habían confederado contra él tantos príncipes, conmovido mucho su ánimo, consultaba con los suyos lo que se debía hacer en tan gran accidente, afirmando todos por cosa muy cierta que hacía mucho tiempo que entre cristianos no se había hecho unión tan poderosa; por cuyo consejo se resolvió principalmente que se acelerase su partida, creyendo que, cuanto más se detuviese, tanto más crecerían las dificultades; porque se daría tiempo á los coligados para hacer mayores prevenciones (y ya corría fama que, por su orden, pasaban á Italia gran número de tudescos y aun se comenzaba á decir que la persona del emperador); que el Rey dispusiese que de Francia pasase á Asti nueva gente para conservar aquella ciudad, obligar al duque de Milán á que atendiese á defender lo que

le tocaba y para pasar más adelante cuando el Rey juzgase que era necesario. También se determinó en el mismo consejo que se procurase con gran diligencia y grandes ofertas separar al Papa de los otros coligados y disponerle para que conce diese la investidura del reino de Nápoles; pues aunque en Roma había concertado concederla absolutamente, lo había rehusado hasta aquel día, declarando que por esta concesión no se siguiese perjuicio á los derechos de los otros.

En tan grave determinación y pensamientos tan importantes cupo la memoria de las cosas de Pisa, porque, desando por muchos respetos que estuviese en su mano la disposición de ella y temiendo le quitase el pueblo pisano la ciudadela con ayuda de los coligados, envió allí por mar juntamente con los embajadores de Pisa, que estaban cerca de su persona, seiscientos infantes de los de su reino, los cuales, en llegando á Pisa, tomando la misma afición que tenían los otros que había dejado en aquella ciudad, y movidos de codicia de robar, fueron con la gente de los pisanos (de quien recibieron dinero) á sitiar el castillo de Librafatta. Los pisanos (cuyo capitán era Lucio Malvezzo), habíanlo sitiado pocos días antes, tomando ánimo para ello por haber enviado los florentinos una parte de su gente hacia Montepulciano; pero entendiendo después que se les acercaban los enemigos, habían levantado el sitio antes de amanecer, y volviendo de nuevo con esta gente francesa lo ganaron en pocos días; impidiendo el paso de río Serquio al ejército florentino, que volvía para socorrerlo, la mucha agua que llevaba, y no habiendo tenido osadía de tomar el camino por el lado de las murallas de Lucca, por la disposición del pueblo Luccés, inclinado mucho al favor de la libertad de los pisanos; con ésto, después de haber tomado á Librafatta, discurrían los franceses que habían quedado en ella

por todo el término de Pisa, como enemigos manifiestos de los florentinos, á los cuales, cuando se quejaron, no respondía Carlos otra cosa sino que, en llegando á Toscana, les guardaría lo que les había prometido, aconsejándoles que sufriesen esta breve dilación sin pesadumbre.

No era tan fácil en Carlos la determinación de irse como estaba pronto el deseo, porque no tenía tan gran ejército que, dividido en dos partes, pudiese llevarle á Asti sin peligro, con tanta oposición de los confederados, y que fuese bastante para defender fácilmente al reino de Nápoles en tantos movimientos como se disponían. Obligáronle estas dificultades, y el deseo de no dejar el reino sin fuerzas que le defendiesen, á acortar las provisiones que eran necesarias para su salud, y por no reducir tampoco á peligro manifiesto su persona, no dejó el presidio tan poderoso como fuera necesario, por lo cual determinó dejar la mitad de los suizos y una parte de la infantería francesa, ochocientas lanzas de Francia y cerca de quinientos hombres de armas italianos, conducidos á su sueldo, parte debajo del gobierno del prefecto de Roma, y parte gobernados por Próspero y Fabricio Colonna, y Antonio Sabello, todos capitanes á quienes había beneficiado en la distribución que hizo de casi todas las villas y Estados del reino; y principalmente á los Colonnas, porque á Fabricio había concedido los distritos de Albi y de Tagliacozo, posédos antes por Virginio Ursino, á Próspero el ducado de Traietto y la ciudad de Fondi, con muchos castillos que eran de la familia gaetana, y Monte-Fortino con otras villas circunvecinas que había quitado á la familia de los Conti. Con esta gente pensaba que en cualquiera necesidad se juntarían las fuerzas de aquellos barones que, por su propia seguridad, estaban obligados á desear su grandeza, y sobre todos la del príncipe de Salerno, á

quien había restituido en el oficio de almirante y la del príncipe de Bisignano. Señaló por lugar-teniente general de todo el reino á Gilberto de Montpensier, capitán más estimado por su grandeza y ser de sangre real, que por su propio valor; demás de él señaló capitanes en muchas partes del reino á quien había dado Estados y rentas. De éstos fueron los principales, Obigni para el gobierno de Calabria, habiéndole hecho gran Condestable; para Gaeta, el senescal de Belcari, á quien había dado el oficio de gran Camarlengo; para el Abruzzo á Gracián de Guerra, valeroso y estimado capitán. Prometió enviar dinero y pronto socorro á esta gente, pero no dejó otra provisión, sino la consignación que cada día se sacaba de las rentas del reino, el cual ya vacilaba, por comenzar á recibir en muchas partes el nombre aragonés; pues Fernando, en los mismos días que el Rey quería partir de Nápoles, había desembarcado en Calabria, acompañado de los españoles que habían venido en la armada á la isla de Sicilia, á quien acudieron luego muchos de los del país, y se le rindió la ciudad de Reggio (cuya fortaleza se había sustentado siempre en su nombre), y al mismo tiempo se descubrió en las costas de la Pulla la armada veneciana, cuyo capitán era Antonio Grimano, hombre en aquella República de gran autoridad.

Pero ni por esta razón, ni por otras muchas señales de la alteración futura, se apartó ó detuvo en alguna manera de la determinación de irse, porque, demás de aquello á que por ventura le persuadía la necesidad, era increíble el ardor que tenían el Rey y toda la Corte de volverse á Francia; como si el suceso que había sido bastante para hacer alcanzar tan gran victoria, fuera para conservarla.

En este tiempo estaban por Fernando las islas de Ischia y Lipari, miembro del reino de Nápoles, aunque

están cerca de Sicilia, Reggio, recuperado nuevamente y en la misma Calabria, Terranova y su fortaleza, con algunas otras y lugares circunvecinos; Brindis, donde había hecho pie D. Fadrique, Galipoli, la Manzia y la Turpia.

Pero antes que el Rey partiese se trataron entre el Papa y él varias cosas, no sin esperanza de ajustamiento. Para ellas envió el Papa al Rey, y después volvió á Roma, al cardenal de San Dionis, y el Rey le envió á monseñor de Franzi, porque deseaba el Rey grandemente la investidura de Nápoles. Pretendía que el Papa, si no quería estar unido con él, á lo menos no fuese de la parte de sus enemigos, y que se contentase de recibirle en Roma como amigo, aunque el Papa desde el principio dió oídos á estas cosas, teniendo el ánimo ajeno de confiarse de él, y no queriendo por esto apartarse de sus coligados ni concederle la investidura, no juzgándola por medio suficiente para hacer con él fiel reconciliación, interponía varias dificultades á las otras demandas; y á la de la investidura, aunque se redujese el Rey á aceptarla sin perjuicio de los derechos de los otros respondía que quería que se viese primero jurídicamente á quien pertenecía de derecho, y por otra parte, deseando estorbar con las armas que el Rey entrase en Roma, pidió al Senado veneciano y al duque de Milán que le enviasen ayuda. Le enviaron mil caballos ligeros y dos mil infantes, y prometieron sustentarle mil hombres de armas, con cuya gente, unida á la suya, podría hacer resistencia. Pero pareciéndoles después muy peligroso apartar tanto la gente de sus propios Estados, no teniendo todavía en orden todo el ejército señalado, y estando ocupada en la empresa de Asti parte de la gente, y demás de esto, acordándose de la infidelidad del Papa, y de que, cuando pasó Carlos, había llamado á Roma con el ejército á Fernando, y des-

pués obligádole á irse, mudando de parecer, comenzaron á persuadirle que se pusiese antes en lugar seguro, y que, no por procurar defender á Roma, expusiese su persona á tan grave peligro, considerando que aunque el Rey entrase en Roma se iría luego sin dejar allí ninguna gente, todo lo cual acrecentaba en el Rey la esperanza de poder venir con él en alguna composición.

CAPITULO III.

Parte de Nápoles el rey Carlos.—Ingratitud de Pontano.—Entrada de Carlos en Roma.—Huye el Papa á Orvieto.—Luis Sforza recibe del César la investidura de duque de Milán.—El duque de Orleans entra en Novara.—Cobardía de Luis Sforza.—Fray Jerónimo Savonarola, embajador de los florentinos á Oárlas VIII en Poggibonzi.—Los pisanos piden á Carlos la liberlad.—Ejército de la liga en Lombardia.—Carlos VIII: marcha contra él.—Saqueo de Pontremoli.

Partió el rey de Nápoles á 20 de Mayo, y porque primero no había recibido con las ceremonias acostumbradas el título y las insignias reales, pocos días antes que se fuese recibió solemnemente en la iglesia catedral con gran pompa y celebridad, según la costumbre de los reyes de Nápoles, las insignias reales, los honores y juramentos que se acostumbraban hacer á los nuevos reyes, perorando en nombre del pueblo de Nápoles Juan Joviano Pontano, á cuyas alabanzas esclarecidas por excelencia de doctrina, de acciones y costumbres cortesanas dió este acto no pequeña infamia, porque habiendo sido largo tiempo secretario de los reyes aragoneses, y tenido cerca de ellos gran autoridad como su preceptor en letras y maestro de Alfonso, pareció que,

por guardar las propias partes de los oradores, ó por hacerse más grato á los franceses, se extendió mucho en hablar mal de aquellos reyes, de quien había sido levantado grandemente. Tan dificultoso es alguna vez observar en sí mismo la moderación y preceptos con que, adornado de tanta erudición, escribiendo de las virtudes morales y haciéndose por lo universal de su ingenio, en cualquier género de doctrina, maravilloso, había dado enseñanza á los demás.

Fueron con Carlos ochocientas lanzas francesas y doscientos gentiles-hombres de su guarda, el Tribulcio con cien lanzas, tres mil infantes suizos, mil franceses y mil gascones, y con orden que en Toscana se uniesen con él Camilo Viteli y sus hermanos con doscientos y cincuenta hombres de armas, y que la armada de mar se volviese hacia Liorna.

Siguieron al Rey, no con otra guarda que la palabra de no irse sin su licencia, Virginio Ursino y el conde Pitigliano, cuya causa había cometido ante el Consejo Real, porque se quejaban de que no habían sido presos justamente; ante el cual habían alegado que, al tiempo que se rindieron, no sólo se había concedido á las personas que enviaron el salvo-conducto por boca del Rey, sino reducidole á escritura y firmado de su mano, y que, habiendo recibido aviso de los suyos de que esperaban el despacho de los secretarios, habían, debajo de esta confianza al primer rey de armas que fué á Nola, levantado las banderas por el Rey y al primer capitán que traía consigo muy pocos caballos, no obstante que se hubieran podido resistir fácilmente, teniendo consigo cuatrocientos hombres de armas. Alegaban la antigua devoción de la familia de los Ursinos que, habiendo tenido siempre la parte güelfa, tenían ellos cualquiera que había nacido ó pudiese nacer de aquella casa esculpido en el corazón el nombre y la señal de la corona

de Francia; que de esto había procedido el haber recibido al Rey en sus Estados de la tierra de Roma con tanta prontitud, y que por esto no convenía ni era justo, atendiendo á la palabra del Rey y á las obras de ellos, que los tuviesen presos. No se respondía menos prontamente por la parte de Ligni (cuya gente los había preso en Nola). Decía que el salvo-conducto, aunque determinado y firmado por el Rey no se había de entender que estaba concedido perfectamente hasta que fuese confirmado con el sello Real y firmas de los secretarios y después entregado á la parte; que esta era la costumbre antigua de todas las Cortes en las concesiones de patentes para que se pudiese moderar lo que decía de boca el príncipe inconsideradamente, por los muchos pensamientos y negocios que tiene, ó por no haber sido informado plenamente de las materias; que no había movido esta confianza á rendirse á los Ursinos á tan pequeño número de gente sino la necesidad y el miedo, porque no les quedaba poder para defenderse ni para huir, estando ya todo el país circunvecino ocupado por las armas de los vencedores, y que era falso lo que había alegado de sus merecimientos, los cuales, cuando otros los afirmasen, deberían ellos mismos negarlos por su honor propio; porque era manifiesto á todo el mundo que no abrieron al Rey sus villas por voluntad, sino por huir el peligro, apartándose en la adversidad de los aragoneses, de quien en la prosperidad habían recibido grandísimos beneficios; por lo cual, estando al sueldo de los enemigos y de ánimo ajeno del nombre francés, habían sido presos por justa razón de guerra. Estas cosas se decían contra los Ursinos y sustentadas por el poder de Ligni y autoridad de los Colonnas, que los contradecían descubiertamente por las emulaciones anti-guas y diversidad de las facciones, nunca se les había sentenciado sino determinado que siguiesen al Rey,

aunque con esperanza de que los librarían en llegando á Asti.

El Papa, aunque por haberle aconsejado los coligados que se fuese, no había estado sin inclinación de reconciliarse con Carlos, con quien trataba continuamente, con todo eso, prevaleciendo al cabo la sospecha que había concebido de él, aunque el Rey había dado alguna esperanza de aguardar allí dos días antes que entrase en Roma, acompañado del colegio de los cardenales y de doscientos hombres de armas, mil caballos ligeros y tres mil infantes, habiendo metido suficiente presidio en el castillo de Sant Angelo, se fué á Orbiato dejando por legado en Roma al cardenal de Santa Anastasia para recibir y honrar al Rey, que entrando por Trastevere, por apartarse del castillo de Sant Angelo, fué á alojarse en el Burgo, rehusando alojarse en el palacio Vaticano, donde se le ofrecía, por comisión del Papa. Habiendo entendido el Papa que el Rey se arribaba á Viterbo, aunque le había dado de nuevo esperanza de juntarse con él en algún lugar señalado entre Viterbo y Orbietto, se fué á Perugia, con intención, si Carlos se enderezase por aquel camino, de ir á Ancona para poder, con la comodidad del mar, irse á lugar enteramente seguro. Con todo eso, el Rey, aunque estaba muy enojado con él le dejó las fortalezas de Civitavecchia y Terracina, reservando para sí á Ostia, la cual dejó cuando se fué de Italia en poder del cardenal de San Pedro in Víncula, obispo ostiense. Pasó por la tierra de la Iglesia de la misma manera que por país amigo, excepto que la vanguardia, por rehusar la gente de Toscanela alojarla en la villa, entró en ella por fuerza y la saqueó, con muerte de muchos; detúvose después el Rey, sin ninguna ocasión, seis días en Siena, no considerando ni por sí, ni por acordárselo instantemente el cardenal de San Pedro in Víncula y el Tribulcio, cuán

dañoso era dar tanto tiempo á los enemigos para prevenirse y juntar sus fuerzas; ni recompensó por esto la pérdida del tiempo en el provecho de las determinaciones, porque en Siena se trató de la restitución de las fortalezas de los florentinos que el Rey, á su partida de Nápoles, había prometido eficazmente y después confirmádola muchas veces en el camino, por lo cual los florentinos demás de estar prevenidos para pagarle treinta mil ducados que faltaban de la suma que habían concertado en Florencia, ofrecían prestarle setenta mil y enviar con él hasta Asti á Francisco Secco, su capitán, con trescientos hombres de armas y dos mil infantes, de manera que la necesidad que tenía el Rey de dinero, el serle muy provechoso aumentar su ejército, el respeto de la palabra y juramento real indujó á casi todos los del Consejo á aconsejar eficazmente la restitución, reservando para sí á Pietrasanta y á Serezana, casi por instrumentos para volver más fácilmente á su devoción el ánimo de los genoveses.

Pero estaba destinado que quedase en Italia encendida la materia de nuevas calamidades. Ligni, mozo y sin experiencia, pero hijo de una hermana de la madre del Rey y muy favorecido de él, provocado ó de ligereza ó de enojo de que los florentinos se hubiesen arrimado al cardenal de San Malo, impidió esta determinación, no alegando otra cosa que la compasión de los pisanos y despreciando las ayudas de los florentinos por ser (como decía) bastante el ejército francés para pelear con toda la gente de guerra italiana, aunque estuviese junta. Llegábase á este parecer de Ligni, monseñor de Pienes, porque esperaba que el Rey le concediese el dominio de Pisa y de Liorna.

Tratóse también en Siena del gobierno de aquella ciudad, porque muchas de las órdenes del pueblo y de los reformadores, por abatir el poder de la orden del Mon-

te de Nueve, instaban que, introducida una forma de gobierno nueva y quitada la guarda que tenía el Monte de Nueve en el palacio público, quedase allí guarda de franceses debajo del cuidado de Ligni. Aunque se rehusó esta oferta en el Consejo real como cosa poco durable y fuera de propósito en el tiempo presente, con todo eso, Ligni, que vanamente pensaba hacerse señor, alcanzó que Carlos tomase en su protección, con algunos capitulos, aquella ciudad, obligándose á la defensa de todo el Estado que poseían, excepto Montepulciano, en el cual dijo que no se quería introducir, ni por los florentinos ni por los sieneses; y la comunidad de Siena (aunque no se hacía mención de esto en lo capitulado) eligió por su capitán á Ligni, con consentimiento de Carlos, prometiéndole veinte mil ducados cada año, con obligación de tener un lugar-teniente con trescientos infantes para guarda de la plaza, los cuales dejó en ella de aquellos que estaban en el ejército francés.

Vióse presto la vanidad de estas deliberaciones, porque, no mucho después, ganando la orden de Nueve con las armas su acostumbrada autoridad, echó de Siena la guarda y licenció á monseñor de Lila, que había dejado Carlos por su embajador.

Ya estaban muy turbadas las cosas de Lombardía, porque los venecianos y Luis Sforza (el cual en los mismos días había recibido del emperador con gran solemnidad los privilegios de la investidura del ducado de Milán y dado á los embajadores que los habían traído público homenaje y juramento de fidelidad) hacían grandes provisiones para impedir á Carlos volver á Francia, ó á lo menos para asegurar el ducado de Milán, por donde había de atravesar mucho espacio de tierra; y habiendo puesto ambos en orden sus gentes para este efecto, habían conducido de nuevo muchos hombres de armas, parte á gastos comunes y parte á los pro-

pios, y alcanzado después de varias dificultades que Juan Bentivoglio, tomando el sueldo común de ellos, entrase en la liga con la ciudad de Boloña. Armaba también Luis en Génova, para seguridad de aquella ciudad, diez galeras á su costa, y cuatro naves gruesas á la del Papa, de los venecianos y suya; é intentó, por conseguir lo que estaba obligado por los capítulos de la confederación, expugnar á Asti. Había enviado á tomar á sueldo en Alemania dos mil infantes, y vuelto á traer para aquella expedición á Galeazo de San Severino, con setecientos hombres de armas y tres mil infantes, prometiéndose con tan gran esperanza la victoria, que (como era de su natural muy insolente en las prosperidades) por hacer burla del duque de Orleans, le envió á pedir que, en lo porvenir, no usurpase más el título de duque de Milán, pues después de la muerte de Felipe María Vizconti, le había tomado Carlos su padre; que no permitiese que nueva gente francesa pasase á Italia; que hiciese volver de la otra parte de los montes la que estaba en Asti, y que, para el cumplimiento de estas cosas, depositase á Asti en manos de Galeazo de San Severino, de quien su Rey podía confiarse, no menos que de él, habiéndole admitido el año antes en Francia en la cofradía y orden suya de San Miguel. Engrandeciendo, demás de esto, con la misma jactancia sus fuerzas, las provisiones de los coligados para oponerse al Rey en Italia y los aparatos que hacían los reyes de romanos y de España para mover la guerra de la otra parte de los montes. Movía poco á Orleans la vanidad de estas amenazas, y luego que se tuvo noticia que se trataba de hacer la nueva confederación, había atendido á fortificar á Asti y solicitado con grande instancia que viniese de Francia nueva gente, la cual, habiendo pedido el Rey que viniese en su socorro, comenzaba á pasar los montes, y por esto, no temiendo

Orleans á los enemigos salió á campaña, y tomó en el marquesado de Saluzzo la villa y castillo de Guadalfnara, que poseía Antonio María de San Severino, por lo cual Galeazo, que primero había tomado algunos castillos pequeños, se retiró con el ejército á Anón, villa del ducado de Milán, cerca de Asti, sin esperanza de poder ofender, ni miedo de ser ofendido. Pero la naturaleza de Luis, que era inclinada á entrar con presteza en empresas que pedían grandes gastos, y por el contrario, muy ajena de gastar, aunque fuese en las mayores necesidades, fué ocasión de poner su Estado en gravísimos peligros, porque por la cortedad de las pagas habían venido muy pocos infantes alemanes y se disminuía cada día la gente que estaba con Galeazo, y por el contrario, sobreviniendo continuamente las ayudas de Francia, que, por ser llamadas para el socorro de la persona del Rey, pasaban con grande presteza, tenía ya juntos el duque de Orleans trescientas lanzas, tres mil infantes suizos y tres mil gascones, y aunque le mandó precisamente Carlos que, dejando toda empresa, estuviese prevenido para poderle salir á encontrar cuando le llamase, con todo, como es difícil resistir á los intereses propios, determinó aceptar la ocasión de ocupar la villa de Novara, en donde ofrecían meterle dos Opicinos Caccia, gentiles hombres de aquella ciudad, á los cuales era muy odioso el duque de Milán, porque á ellos y á otros muchos novareses había, con falsas calumnias y con juicios injustos, usurpado unos conductos de agua y ciertas posesiones; por tanto, habiendo compuesto Orleans la materia con ellos, acompañado de Luis, marqués de Saluzzo, pasando de noche el río del Po por el puente de Stura, jurisdicción del marqués de Monferrato, fué recibido en Novara con su gente por los conjurados sin ninguna resistencia, de donde habiendo hecho correr luego parte de sus caballos hasta Vi-

gevene, se creyó que, si con todo su ejército, hubiera ido con cuidado hacia Milán, se hubieran hecho muy grandes movimientos, porque, en habiendo entendido la pérdida de Novara, se vieron los ánimos de los milaneses muy alborotados para cosas nuevas, y Luis, no menos temeroso en la adversidad que poco moderado en las prosperidades (como casi siempre están juntas en un mismo sujeto el miedo y la insolencia), mostraba su vileza con lágrimas inútiles: ni la gente que estaba con Galeazo, en quien sólo consistía su defensa, se descubría en ninguna parte.

Piérdense muchas veces en la guerra lucidas ocasiones por no ser notorias á los capitanes las condiciones y desórdenes de los enemigos, ni tampoco parecía verosímil que, contra un príncipe tan poderoso, pudiese suceder tan súbita mudanza. Por establecer Orleans la conquista de Novara se detuvo en la expugnación del castillo, el cual trató de rendirse al quinto día si dentro de uno no fuese socorrido. En este espacio de tiempo tuvo lugar San Severino para entrar con su gente en Vigevene, y el Duque, por reconciliar á sí los ánimos de los pueblos, había quitado por pregón público muchos tributos que antes había impuesto para acrecentar el ejército, y con todo eso Orleans, arrojándose con su gente á Vigevene, presentó la batalla á los enemigos, los cuales tenían tanto miedo que se inclinaban á desamparar á Vigevene y pasar el río del Tesino por la puente de barcas que allí habían hecho; pero retirándose Orleans á Trecás, puesto que ellos rehusaban combatir, comenzaron á mejorarse las cosas de Luis Sforza, sobreviniendo continuamente á su ejército caballería é infantería, porque los venecianos, contentos de que les quedase á ellos casi todo el peso de la oposición á Carlos, consintieron que Luis volviese á llamar parte de su gente que había enviado al Parmesano, y demás de

esto le enviaron cuatrocientos estradiotas, de manera que le faltó á Orleans la disposición de pasar más adelante; y habiendo hecho correr de nuevo quinientos caballos hasta Vigevene, salieron á acometerlos los de los enemigos y los de Orleans recibieron gran daño.

Fué después el Severino, ya superior de fuerzas, á presentarles la batalla á Trecás, y últimamente, recogido todo su ejército, en donde, demás de los soldados italianos habían llegado mil caballos y dos mil infantes tudescos, alojó á una milla de Novara, donde se había retirado Orleans con todos los suyos.

La nueva de la rebelión de Novara solicitó á Carlos, que estaba en Siena, que acelerase el camino, y por huir cualquiera ocasión que le pudiese detener, teniendo noticia que los florentinos, amonestados por los peligros pasados y sospechosos porque Pedro de Médicis le seguía, aunque ordenaban recibirle en Florencia con grandes honras, llenaban la ciudad de armas y de gente para su seguridad, pasó á Pisa por el dominio florentino, dejando la ciudad de Florencia á mano derecha. Salióle á encontrar á la villa de Poggibonzi Jerónimo Savonarola que, interponiendo, como solía, en sus palabras la autoridad y el nombre divino, le aconsejó con muy gran eficacia que restituyese las villas á los florentinos, añadiendo á las persuasiones, graves amenazas de que, si no guardaba lo que tenía jurado con tan gran solemnidad tocando con la mano los evangelios y casi delante de los ojos de Dios, le castigaría Dios presto rigurosamente. Dióle el Rey allí varias respuestas aquel día y el siguiente en Castelflorentino, ofreciendo unas veces restituir las en llegando á Pisa y otras saliendo afuera de lo que había prometido, porque afirmaba que, antes del juramento hecho en Florencia, había prometido á los pisanos conservarlos en libertad, y con todo eso, daba continuamente á los embajadores de

los florentinos esperanza de la restitución. Habiendo llegado á Pisa, propúsose de nuevo esta materia en Pisa en el Consejo real, porque acrecentándose cada día más la fama de los aparatos y unión que hacían cerca de Parma las fuerzas de los coligados, se comenzaban á considerar todavía las dificultades de pasar por Lombardía, y por esto deseaban muchos el dinero y ayudas que habían prometido los florentinos. Fueron contrarios á esta determinación los mismos que en Siena la habían contradicho, alegando que, si tuviesen algún desorden por la oposición de los enemigos ó alguna dificultad de pasar por Lombardía, era mejor tener en su poder esta ciudad, donde podrían retirarse, que dejarla en manos de los florentinos, los cuales, en habiendo recuperado aquellas villas, no serían más fieles que lo habían sido los otros italianos; añadiendo que para la seguridad del reino de Nápoles era muy á propósito tener el puerto de Liorna, porque, continuando el Rey en el designio de mudar el estado de Génova, como se podía esperar, sería dueño de casi todas las marinas desde el puerto de Marsella hasta el de Nápoles.

Podían algo sin duda estas razones en el ánimo del Rey, poco capaz para elegir la parte más sana, pero mucho más poderosos fueron los ruegos y lágrimas de los pisanos, los cuales popularmente juntos con las mujeres y niños, tal vez postrados delante de sus pies, y tal encomendándose á cualquiera (por pequeño que fuese) de la Corte y de los soldados con muy grandes llantos y quejas miserables, lloraban sus calamidades futuras, el odio insufrible de los florentinos y la última desolación de aquella patria, la cual no tendría causa para quejarse de otra cosa que de haberle concedido el Rey la libertad y prometido conservarla, porque, creyendo ellos esto y que la palabra del Cristianísimo rey de Francia era firme y estable, les había dado ánimo á provocar

tanto más la enemistad de los florentinos. Con estos llantos y exclamaciones conmovieron de tal manera hasta á los particulares, hombres de armas, arqueros del ejército y muchos suizos que, yendo en gran número y con gran alboroto á la presencia del Rey, hablando en nombre de todos Salazart, uno de sus pensionados, le rogaron con grande instancia que por la honra de su persona propia, por la gloria de la corona de Francia y por consuelo de tantos criados suyos dispuestos á poner su vida por él á todas horas, le aconsejaban, con mayor fe que los que habían sido sobornados con los dineros de los florentinos, no quitase á los pisanos el beneficio que él mismo les había hecho, ofreciéndole que si, por necesidad de dineros tomaba determinación tan infame, tomase antes sus collares y plata y retuviese los sueldos y las pensiones que recibían de él. Pasó tan adelante esta furia de los soldados, que un arquero particular tuvo osadía de amenazar al cardenal de San Malo, y algunos otros dijeron palabras demasadas al mariscal de Gies y al presidente de Gannai, los cuales era notorio que aconsejaban esta restitución; de manera que confuso el Rey por tan grande variedad de los suyos, dejó suspensa la materia, tan apartado de alguna cierta resolución, que á este mismo tiempo prometió de nuevo á los pisanos que nunca los pondría en poder de los florentinos, y á los embajadores de Florencia, que esperaban en Luca, dió á entender que, lo que no hacía al presente por justas razones, lo haría luego que llegase á Asti, y que por esto no dejasen de hacer que su república le enviase embajadores á aquel lugar. Partió de Pisa, habiendo mudado al castellano y dejado la guarda necesaria en la ciudadela, y lo mismo hizo en las fortalezas de las otras villas, y habiéndose encendido por sí mismo de un increíble deseo de ganar á Génova y provocado por los cardenales de San Pedro

in Víncula y Fregoso, por Obietto de Fiesco y por otros emigrados (1) que le daban esperanzas de mudanza fácil en aquella ciudad, envió desde Serezana con ellos á aquella empresa (contra el parecer de todo el Consejo que aborrecía el disminuir las fuerzas del ejército) á monseñor Felipe con ciento y veinte lanzas y quinientos infantes que habían venido de Francia nuevamente por mar, con orden que la gente de armas de Vitelli que, por haberse quedado atrás no podía venir á tiempo á unirse con él, le siguiese; que algunos otros emigrados, con la gente que el duque de Saboya había dado, entrasen en la ribera de poniente, y que la armada de mar, reducida á siete galeras, dos galeones y dos fustas, de que era capitán Mioláns, fuese á ayudar á la gente de tierra.

Había llegado entretanto la vanguardia que guiaba el mariscal de Gies á Poutremoli; rindióse luego esta villa, habiendo despedido trescientos infantes forasteros que estaban en su guarda por las persuasiones de Tribulcio, con condición de no recibir ofensa ni en las personas, ni en la hacienda. Fué vana la palabra que dieron los capitanes, porque, entrando en ella con ímpetu los suizos, por vengarse de que, cuando pasó el ejército á la Lunigiana, había muerto la gente de Poutremoli, por una pendencia casual, cerca de cuarenta de ellos, saquearon y abrasaron la villa, matando cruelmente á todos los vecinos.

Recogíase en este tiempo con solicitud en el territorio de Parma el ejército de los coligados en número de dos mil y quinientos hombres de armas, ocho mil in-

(1) El traductor emplea en esta y en otras ocasiones, para nombrar á los emigrados ó desterrados, la palabra *foragidos*, que, por tener hoy distinta acepción, hemos sustituido con la de emigrados.

fantes y más de dos mil caballos ligeros, la mayor parte albaneses y de las provincias circunvecinas de Grecia, los cuales, traídos á Italia por los venecianos, retienen el mismo nombre que tienen en su patria y se llaman estradiotas. Era el nervio principal de este ejército la gente de los venecianos, porque la del duque de Milán, por haber vuelto casi todas sus fuerzas á Novara, no formaba la cuarta parte de todo el ejército. Gobernaba la gente veneciana (entre los cuales militaban muchos capitanes de esclarecido nombre) debajo de título de gobernador general, Francisco Gonzaga, marqués de Mantua, muy mozo, mas en el cual, por ser tenido por animoso y amigo de gloria, venció la esperanza á la edad, y con él dos proveedores de los principales del Senado, Lucas Pisano y Marquión Trevisano. Mandaba á los soldados de Sforza, debajo del mismo título de gobernador, el conde de Gayazzo, muy confidente del Duque, mas porque no igualaba en las armas á la gloria de San Severino su padre, había ganado nombre más de capitán cauto que atrevido, y con él, por comisario, Francisco Bernardino Vizconti, principal de la parte gibelina en Milán, y por esto, opuesto á Juan Jacobo Tribulcio. Consultándose entre estos capitanes y otros principales del ejército, si se había de ir á alojar á Fornuovo, villa de pocas casas en la falda de la montaña, se determinó, por la estrechez del lugar y quizá (según divulgaron) para dar lugar á los enemigos de bajar á los llanos, ir á alojar en la Abadía de Ghiaruola, distante de Fornuovo tres millas. Esta determinación dió lugar para que se alojase en Fornuovo la vanguardia francesa que había pasado mucho antes la montaña, que el resto del ejército, por haberle detenido el embarazo de la artillería gruesa que, con gran dificultad, se conducía por la áspera montaña del Apenino; y se hubiera llevado con mayor dificultad si los suizos,

deseosos de borrar la ofensa que habían hecho á la honra del Rey en el saco de Pontremoli, no hubieran trabajado con gran prontitud en hacerla pasar.

En llegando la vanguardia á Fornuovo envió el mariscal de Gies un trompeta al campo italiano á pedir el paso para el ejército en nombre del Rey que quería pasar para volverse á Francia sin ofender á nadie, y recibiendo los bastimentos por precios convenientes. A este mismo tiempo hizo correr á algunos de sus caballos para tomar noticia de los enemigos y del país, á los cuales hicieron huir algunos estradiotas que envió á encontrarlos Francisco Gonzaga, y se creyó que, si con esta acción se hubiera movido la gente italiana hasta el alojamiento de los franceses, hubiera roto fácilmente la vanguardia, y en rompiéndola no podía adelantarse más el ejército del Rey. No se había pasado esta ocasión el día siguiente, aunque reconociendo el peligro el mariscal había retirado los suyos á lugar más alto; mas no tuvieron los capitanes italianos atrevimiento para irle á acometer, espantados de la fortaleza del sitio adonde se habían reducido, por creer que ya estaría más gruesa la vanguardia, y acaso más cerca el resto del ejército. Y es cierto que, en este día, no se había todavía acabado de juntar la gente de los venecianos, la cual había tardado tanto en unirse en el alojamiento de la Ghiaruola, que es cosa manifiesta que, si no se hubiera detenido tanto Carlos como lo hizo sin necesidad en Siena, Pisa y en muchos lugares, hubiera pasado adelante sin ningún impedimento ni contraste. Pero al fin, unido con la vanguardia, se alojó el día siguiente en Fornuovo.

CAPITULO IV.

Consulta en el campo de los coligados después de la llegada de Carlos VIII á Fornuovo.—Ordenamiento de los ejércitos francés é italiano.—Batalla del Taro.—Derrota de los italianos.—Consecuencias.—Derrota de los franceses en Génova por mar y tierra.

Nunca creyeron los príncipes conferados que el Rey, con ejército tanto menor, se atreviera á pasar el Apennino por el camino derecho, por lo cual se habían persuadido desde el principio que, dejando la mayor parte de su gente en Pisa, se iría á Francia con el resto en la armada marítima, y entendiendo después que todavía seguía el camino por tierra, creyeron que, por no acercarse tanto á su ejército, determinaría pasar la montaña por el camino del burgo de Valditaro y del Monte de Cien Cruces, que era muy áspero y dificultoso para pasar al Tortones, con esperanza de que le saldría á encontrar el duque de Orleans en la vecindad de Alejandría. Pero como se veía que manifiestamente se enderezaba á Fornuovo, el ejército italiano que, primero por el consejo de tan grandes capitanes, y por la fama del corto número de enemigos, estaba muy animoso, perdió algo de su fortaleza, considerando el valor de las lanzas francesas, la virtud de los suizos, á quien sin comparación era inferior la infantería italiana, el manejo presto de la artillería, y lo que mueve mucho los ánimos de los hombres cuando no han hecho contraria impresión, el atrevimiento no esperado de franceses de arrimárseles con número de gente tanto menor. Tibios también por estas consideraciones los ánimos de los capitanes, se consultó entre ellos lo que se había de res-

ponder al trompeta que había enviado el mariscal, pareciendo por una parte muy peligroso remitir al albedrío de la fortuna el estado de toda Italia, y por otra, grande infamia de la milicia italiana mostrar falta de ánimo para oponerse al ejército francés que tan inferior en número osaba pasar delante de sus ojos.

Siendo diversos los pareceres de los capitanes en esta consulta, determinaron finalmente, después de muchas disputas, dar aviso de lo que pedía el Rey á Milán para ejecutar lo que allí determinase el Duque y los embajadores confederados. Consultando entre ellos el Duque y el embajador de Venecia, que estaban más cerca del peligro, concurrieron en el mismo parecer de que no se debía cerrar el camino al enemigo cuando quería irse, sino antes, según el vulgar proverbio, hacerle la puente de plata; pues de otra manera corría peligro que la necesidad convertida en desesperación (como se podía comprobar con infinitos ejemplos) se abriese el camino con mucha sangre de los que imprudentemente se les oponían.

Deseando el embajador del rey de España que, sin peligro de sus reyes, se hiciese experiencia de la fortuna, instó eficazmente á lo contrario, protestando que no le dejasen pasar, ni se perdiese la ocasión de romper aquel ejército, que, si se salvaba, quedaban las cosas de Italia en los mismos y aun mayores peligros que primero, porque teniendo el rey de Francia á Asti y á Novara, obedecía á sus órdenes todo el Piamonte, y teniendo á las espaldas el reino de Francia, tan poderoso y rico, los suizos cerca y dispuestos para ir á su sueldo en el número que quisiese, y hallándose acrecentado de reputación y de ánimo, si el ejército de la liga, tan superior al suyo, le dejase tan vilmente el camino, atendería á trabajar á Italia con mayor brío, y que á sus reyes sería casi necesario tomar nuevas determinaciones, co-

nociendo que los italianos, ó no querían ó no tenían ánimo para pelear con los franceses. Mas prevaleciendo en este Consejo la más segura opinión, determinaron escribir á Venecia, donde es cierto hubiera el mismo parecer. Pero ya se consultaba en balde, porque los capitanes del ejército, después que escribieron á Milán, considerando que era difícil que llegase á tiempo la respuesta, y cuán infamada quedaba la milicia italiana si se dejase libre el paso á los franceses, despachando al trompeta sin respuesta cierta, determinaron acometer á los enemigos luego que caminasen, concurriendo en este parecer los proveedores venecianos, aunque más prontamente el Trevisano que su compañero.

Por otra parte, se adelantaban los franceses tan llenos de arrogancia y de osadía como aquellos que, no habiendo hallado hasta entonces en Italia ningún encuentro, se persuadían que el ejército enemigo no se les opondría, y que, si lo hiciese, le harían huir sin trabajo (tan poca cuenta hacían de las armas italianas); con todo eso, cuando comenzando á escalar la montaña, descubrieron alojado el ejército con infinito número de tiendas y de pabellones, y en alojamiento tan ancho que, según la costumbre de Italia, podía ponerse todo en batalla dentro de él, considerando el número tan grande de los enemigos, y que si no hubieran tenido gana de pelear no se hubieran puesto en lugar tan vecino, comenzó á enfriarse tan grande arrogancia de manera que hubieran tenido por feliz nueva que se contentaban los italianos con dejarlos pasar; tanto más, porque habiendo escrito Carlos al duque de Orleans que se adelantase para encontrarle, y que á 3 de Julio se hallase con la más gente que pudiese en Plasencia, había respondido á esto que no faltaria de estar allí al tiempo que le ordenaba, y después tuvo nuevo aviso del mismo Duque, que el ejército sforcesco, su contra-

rio, en que había novecientos hombres de armas, mil y doscientos caballos ligeros y cinco mil infantes, estaba tan poderoso, que, sin manifiesto peligro, no podía aventurarse, principalmente estando obligado á dejar parte de su gente en guarda de Novara y de Asti. Necesitado el Rey, por esto, á entrar en nuevos pensamientos, cometió á Felipe, señor de Argentón (el cual, habiendo ido poco antes por su embajador al Senado veneciano, había ofrecido al partirse de Venecia al Pisano y al Trevisano, nombrados ya proveedores, que trabajaría para disponer el ánimo del Rey á la paz) que enviase un trompeta á los dichos proveedores, significando por una carta que deseaba, para beneficio común, hablar con ellos, los cuales convinieron en hallarse con él la mañana siguiente en lugar acomodado entre el uno y otro ejército; mas Carlos, ó porque carecía de vituallas en aquel alojamiento, ó por otra razón, mudando de propósito, determinó no esperar allí el efecto de esta plática.

Estaba la frente de los alojamientos de ambos ejércitos distante menos de tres millas, extendiéndose por la orilla derecha del río del Taro, aunque antes era arroyo que río, que, naciendo en la montaña del Apenino, después que ha corrido algo por un pequeño valle que le estrechan dos cerros, se extiende en la llanura ancha de Lombardía hasta el Pó. Por la parte derecha de estos dos cerros, bajando hasta la orilla del río, alojaba el ejército de los coligados, que, por consejo de los capitanes, se había detenido antes en esta parte que en la orilla izquierda, por donde había de ser el camino de los enemigos, por no dejarles lugar para volverse á Parma.

No estaba el duque de Milán sin sospecha de esta ciudad por la diversidad de los bandos, acrecentada porque el Rey había hecho que los florentinos le concediesen, para que le acompañase hasta Asti, á Francis-

co Secco, cuya hija estaba casada en la familia de los Torelli, familia noble y poderosa en el territorio de Parma.

Estaba fortificado el alojamiento de los coligados con fosos y reparos y muy lleno de artillería, y si los franceses querían ir al Astigiano necesitaban pasar por delante de él, no quedando en medio de ellos más que el río. Estuvo toda la noche el ejército francés no con poco trabajo, porque por la diligencia de los italianos, que hacían correr á los estradiotas hasta su alojamiento, se tocaba muchas veces alarma en su campo, que se inquietaba á cualquier ruido, y porque sobrevino una grande y repentina lluvia, mezclada con espantosos truenos y relámpagos y con muchos rayos horribles que parecía que era pronóstico de algún accidente triste, cosa que los conmovía mucho más que al ejército italiano, no sólo porque estando en la mitad de la montaña y de los enemigos, en lugar donde, si tenían algún mal suceso, no les quedaba esperanza de salvarse, estando reducidos á mayor dificultad, y por esto tenían justa ocasión para tener mayor miedo, sino también porque parecía más verosímil que las amenazas del cielo (no acostumbradas á mostrarse sino por grandes cosas) señalasen antes á la parte donde se halla la persona de un rey de tan gran dignidad y poder.

La mañana siguiente, que fué á 6 de Julio, comenzó al amanecer á pasar el ejército francés, precediendo la mayor parte de la artillería, seguida de la vanguardia, y creyendo el Rey que se había de volver el ímpetu principal del ejército contra ella, la había acrecentado con trescientas y cincuenta lanzas francesas, Juan Jacobo Tribulcio con sus cien lanzas y tres mil suizos, que eran el nervio y la esperanza de aquel ejército, y con éstos á pie Engiliberto, hermano del duque de Cleves y el baillio de Dijon, que los había conducido; á los cuales aña-

dió el Rey cien arqueros á pie y algunos ballesteros á caballo de sus guardas y casi todos los otros infantes que tenía consigo. Detrás de la vanguardia seguía la batalla, en cuyo medio estaba la persona del Rey, armado de todas armas, sobre un brioso caballo, y cerca de él para regir con su consejo y autoridad esta parte del ejército monseñor de la Tremouille, capitán muy famoso en el reino de Francia. Seguía detrás la retaguardia, conducida por el conde de Fox; y en el último lugar el bagaje; y con todo eso, no teniendo el Rey todavía su ánimo ajeno de la concordia, solicitó al mismo tiempo que el campo comenzó á moverse que fuese Argentón á tratar con los proveedores venecianos; pero estando ya en arma todo el ejército italiano, por haberse levantado el suyo, y determinados los capitanes á pelear, no dejaba la brevedad del tiempo y la cercanía de los ejércitos, ni tiempo ni comodidad para juntarse á hablar.

Ya comenzaban á escaramucear de cada parte los caballos ligeros, la artillería á tirar horriblemente y los italianos, habiendo salido todos de los alojamientos, extendían sus escuadrones, dispuestos para la batalla sobre la orilla del río, no dejando por estas cosas de caminar los franceses, parte por la arena del río y parte por la orilla de la colina, porque en lo estrecho del llano no se podían extender las fuerzas, y habiendo llegado ya la vanguardia á la frente del alojamiento de los enemigos, el marqués de Mantua con un escuadrón de seiscientos hombres de armas de los más floridos del ejército, con una tropa gruesa de estradiotas y de otros caballos ligeros y con cinco mil infantes, pasó el río detrás de la retaguardia de los franceses, habiendo dejado en la orilla, de la otra parte, á Antonio de Montefeltro, hijo natural de Federico, que fué duque de Ursinó, con un grueso escuadrón para pasar cuando fuese llamado á refrescar la primera batalla, y habiendo or-

denado, demás de esto, que, en comenzándose á pelear, otra parte de la caballería ligera envistiese á los enemigos por el costado y que el resto de los estradiotas, pasando el río por Fornuovo, acometiese el bagaje de los franceses que, ó por falta de gente, ó por consejo, como se decía, del Tribulcio, había quedado sin guarda, expuesto á cualquiera que lo quisiese robar. De la otra parte pasó el Taro el conde de Gaiazzo con cuatrocientos hombres de armas, entre los cuales estaba la compañía de D. Alfonso de Este, que había venido al campo sin su persona, por quererlo así su padre, y con dos mil infantes, para acometer la vanguardia de los franceses, dejando asimismo sobre la otra orilla á Annibal Bentivoglio, con doscientos hombres de armas, para socorrer cuando fuese llamado, y en guarda de los alojamientos quedaron dos compañías gruesas de gente de armas y mil infantes, porque los proveedores venecianos quisieron reservar entero, para todos los accidentes, algún socorro.

Viendo el Rey que venía tan gran fuerza sobre la retaguardia, contra lo que habían juzgado sus capitanes, volviendo las espaldas á la vanguardia, comenzó á arrimarse á la retaguardia con la batalla, trabajando tanto él mismo por caminar con un escuadrón delante de los otros, que, cuando comenzó la batalla, se halló en la frente de los suyos entre los primeros que peleaban.

Han hecho algunos memoria que pasó con desorden la gente del marqués el río por la altura de las orillas y por el embarazo de los árboles, raíces y varas de que suelen estar vestidas comúnmente las orillas de los arroyos, y otros añaden que su infantería por esta dificultad y por la creciente del río, ocasionada de la lluvia de la noche antes, llegó muy tarde á la batalla, y que no llegaron todos, sino que muchos se quedaron

de la otra parte del río. Sea lo que fuere, lo cierto es que el acometimiento del marqués de Mantua fué muy furioso y feroz, y que se le correspondió con semejante brío y furor, entrando de cada parte de la batalla mezclados los escuadrones, contra la costumbre de las guerras de Italia, que era pelear una escuadra con otra, y en lugar de la que se cansaba ó empezaba á retirarse, se trocaba otra, no haciendo sino á lo último ir al grueso de las demás escuadras, de manera que las más de las veces los encuentros, aunque siempre morían muy pocos, duraban casi un día entero, y muchas veces los apartaba la noche sin victoria cierta de alguna de las partes. Rotas las lanzas con cuyo encuentro cayeron muchos de los hombres de armas y caballos, comenzó cada uno á jugar las mazas herradas, los estoches y otras armas cortas, peleando con voces, bocados y encuentros, no menos los caballos que los hombres, mostrándose verdaderamente al principio muy excelente el valor de los italianos, principalmente por la fiereza del marqués, el cual seguido de una valerosa compañía de mozos gentiles-hombres y lanzas separadas (son estos soldados altivos escogidos fuera de las compañías ordinarias), y ofreciéndose con presteza á los peligros, no dejaba atrás ninguna cosa que perteneciese á animosísimo capitán. Sustentaban valerosamente los franceses tan feroz ímpetu, mas oprimiéndoles multitud tanto mayor, comenzaban ya casi manifestamente á desmayar, no sin peligro del Rey, pues cerca de pocos pasos prendieron, aunque peleaba valerosamente, al bastardo de Borbón, y esperando el marqués por este suceso tener el mismo de la persona del Rey, conducido sin atención á lugar tan peligroso, sin la guarda y orden que convenía á príncipe tan grande, hacía con muchos de los suyos grande esfuerzo para arrimársele. Mas el Rey, teniendo cerca de su persona pocos de los

suyos, y mostrando gran valor, se defendía de ellos animosamente, más por la ferocidad del caballo que por la ayuda de los suyos. No le faltaron en tan grande peligro los consejos que se suelen ofrecer á la memoria por el temor en casos dificultosos, porque viéndose casi desamparado de los suyos, volviéndose á las ayudas del cielo, hizo voto á San Dionisio y á San Martín, tenidos por particulares protectores del reino de Francia, que si pasaba libre con el ejército al Piamonte, iría luego que volviese á la otra parte de los montes á visitar con grandes dádivas las iglesias dedicadas á sus nombres, la una junto á París y la otra en Tours, y que cada año, con solemnes fiestas y sacrificios, daría testimonio de la gracia recibida por medio suyo. En haciendo estos votos, tomando mayor esfuerzo, comenzó á pelear más animosamente, excediendo de lo que pedían sus fuerzas y complexión; pero ya el peligro del Rey había encendido de tal manera á los que estaban más cerca, que, corriendo todos á cubrir con sus propias personas la del Rey, hacían volver atrás á los italianos, y sobreviniendo en este tiempo en batalla que había quedado atrás, un escuadrón de ella, acometió ferozmente á los enemigos por el costado, con que se refrenó mucho su ímpetu, y sucedió que mientras Rodolfo Gonzaga, tío del marqués de Mantua, capitán de grande experiencia, discurriendo de una parte á otra hacía oficio de excelente capitán, animando á los suyos y remediando lo que se veía en principio de desorden, habiendo acaso alzado la visera de la celada, herido por un francés con un estoque en la cara, cayó del caballo, y no pudiendo en tan grande confusión y alboroto y entre tantos caballos feroces ayudarle los suyos, antes cayéndole encima otros hombres y caballos, murió ahogado, más del aprieto de su gente que de las armas de sus enemigos; caso ciertamente indigno de

su persona, porque, juzgando por imprudencia en los consejos del día antes y de la misma mañana, el aventurar tanto en manos de la fortuna, había aconsejado, contra la voluntad de su sobrino, no combatir.

Variándose así con diversos accidentes la batalla, y no descubriéndose alguna ventaja más por los italianos que por los franceses, estaba más dudoso que nunca quién había de ser el vencedor, y por esto igualada casi la esperanza y el miedo, se peleaba de cada parte con ardor increíble, creyendo cada uno que en su mano derecha y en su fuerza estaba puesta la victoria. Encendía los ánimos de los franceses la presencia y el peligro del Rey, porque, demás de que aquella nación tiene por antigua costumbre venerar la majestad del rey, no de otra manera que como se adora el nombre divino, se hallaban ya en parte que con sólo la victoria podían esperar su propio remedio. Alentaba los ánimos de los italianos la codicia del robo, la ferocidad y ejemplo del marqués, el haber comenzado á pelear con próspero suceso y el número grande de su ejército, en el cual aguardaban socorro de muchos de los suyos, cosa que no esperaban los franceses, porque su gente, ó había entrado toda en la batalla, ó esperaba de cierto cada hora ser acometida de los enemigos. Es muy grande (como todos saben) en todas las acciones humanas el poder de la fortuna, y mayor en las cosas militares que en cualquiera otra, pero más increíble, inmenso y sin medida en las batallas, donde una orden mal entendida y mal ejecutada, una temeridad una voz vana hasta de un soldado inferior, pasa muchas veces la victoria á los que ya parecían vencidos; de donde nacen al instante innumerables accidentes, los cuales es imposible que sean antevistos y gobernados por consejo del capitán, por lo cual, no olvidándose la fortuna en caso tan dudoso de su antigua costumbre,

obró aquello que no bastaba á ejecutar ni el valor de los soldados, ni la fuerza de las armas, porque habiendo los estradiotas, que habían sido enviados á acometer el bagaje francés, comenzado á robarle sin dificultad, y atendiendo á llevar de la otra parte del río, los unos acémilas; otros caballos y arneses, no sólo la otra parte de los estradiotas que estaba señalada para embestir á los franceses por el costado, sino también aquellos que ya habían entrado en la batalla, viendo volver á sus compañeros cargados de despojos á los alojamientos, incitados de la codicia del interés, volvieron á robar los carruajes, y, siguiendo este ejemplar, los caballos é infantes se salían, llevados de la misma codicia, de los escuadrones de la batalla; por lo cual, faltando á los italianos el socorro ordinario y demás de esto disminuyéndose con tanto desorden el número de los combatientes y no moviéndose Antonio de Montefeltro, porque, por la muerte de Rodolfo Gonzaga, que tenía el cuidado de llamarle cuando fuese tiempo, ninguno lo hacía, comenzaron á ocupar tanto del campo los franceses, que ninguna cosa sustentaba más á los italianos, que ya declinaban manifiestamente, sino el valor del Marqués, el cual, combatiendo con gran ánimo, contenía también la furia de los enemigos, encendiendo á los suyos á veces con el ejemplo y á veces con ardientes voces, para que quisiesen antes perder las vidas que la honra. Pero no era ya posible que pocos resistiesen á muchos y aumentándose ya sobre ellos por cada parte el número de los combatientes y muertos de los suyos una gran parte y heridos muchos, principalmente de los de la compañía del marqués, fueron obligados todos á ponerse en fuga para volver á pasar el río, el cual, por la gran agua que había llovido la noche antes y la que cayó mientras peleaban con granizo y truenos, había crecido de manera que dió

mucho embarazo á quien estaba obligado á volverle á pasar. Siguiéron los franceses con gran furia hasta el río, no atendiendo sino á matar con mucho furor á aquellos que herían, sin perder ninguno y sin atender á los despojos y ganancia, antes se oían muchas voces por la campaña de los que gritaban diciendo: *acordaos compañeros de Guineguaste* (1). Es Guineguaste una villa en Picardía, cerca de Terroana, donde en los últimos años del reinado de Luis XI el ejército francés, ya casi vencedor en una batalla entre ellos y Maximiliano, rey de romanos, desordenado por haber comenzado á robar, fué puesto en fuga.

Mas al mismo tiempo que se peleaba de esta parte del ejército con tan gran valor y ferocidad, la vanguardia francesa, contra la cual movió una tropa de caballos el conde de Gaiazzo, se presentaba á la batalla con tan gran furia, que temerosos los italianos, principalmente viendo que no les seguían los suyos, se desordenaron casi por sí mismos, de manera que siendo ya muertos algunos de ellos, entre los cuales lo fué Juan Piccinino y Galeazo de Coreggio, se volvieron con fuga manifiesta al escuadrón grueso. Viendo el mariscal de Gies que, demás del escuadrón del conde, estaba de la otra banda del río otro coronel de hombres de armas en orden para la batalla, no permitió á los suyos que los siguieren; consejo que después en los discursos de los hombres fué por muchos tenido por prudentísimo, y por muchos, que quizá consideraban menos la razón del suceso, antes por cobarde, que por prudente, porque no se duda que, si los hubiera seguido, volviera el

(1) De esta rota de Guineguaste hace mención Felipe de Argentón con mucha brevedad, y *El Emilio* en la vida del rey Ludovico XI, que así le llama y no Luis, la pasa secamente. El Argentón echa la culpa á los francos arqueros que se pusieron á robar.

conde con su coronelía las espaldas, llenando de tal espanto todo el resto de la gente que había quedado de la otra parte del río, que hubiera sido casi imposible defenderla, porque el marqués de Mantua (el cual, huyendo los otros, había vuelto á pasar de la otra parte del río con una tropa de los suyos lo más cerrado y en orden que pudo) los halló de manera alborotados, que comenzando cada uno á pensar en salvarse á sí y su ropa, estaba ya el camino real por donde se va de Plasencia á Parma lleno de gente, de caballos y bagaje que se retiraban á Parma. Desahogóse algo este alboroto con su presencia y autoridad, porque juntándolos fué poniendo en orden las cosas; pero mucho más les detuvo la venida del conde de Pitigliano, el cual, tomando ocasión del alboroto de ambas partes, se huyó al campo italiano, donde animando y afirmando eficazmente que se hallaban en mayor desorden y espanto los enemigos, confirmó y aseguró mucho sus ánimos, y se certificó casi comúnmente que, si no hubiera sido por sus palabras, se levantara entonces ó la noche siguiente todo el ejército con grandísimo terror.

Retiráronse los italianos á su campo, excepto aquellos que, llevados, como sucede en los casos semejantes, de la confusión y alboroto, y espantados por la mucha agua del río, habían huído divididos á varios lugares, muchos de los cuales fueron muertos por la gente francesa que encontraron derramada por la campaña. Fué el Rey con los suyos á juntarse con la vanguardia que no se había movido de su lugar, donde se aconsejó con los capitanes si pasaría luego el río para acometer en sus alojamientos al ejército enemigo. Aconsejóle el Tribulcio y Camilo Vitelli, el cual, habiendo enviado su compañía atrás con los que iban á la empresa de Génova, había seguido al Rey con pocos caballos, para hallarse en la batalla, que se acometiese, y

esto aconsejaba más apretadamente que todos Francisco Secco, mostrando que el camino que se veía de lejos estaba lleno de hombres y de caballos, que daba á entender, ó que huían hacia Parma, ó que, habiendo comenzado á huir, se volvían al campo. Pero no era pequeña dificultad la de pasar el río, y la gente que, parte había peleado y parte estado armada en la campaña, estaba fatigada; de manera que por el consejo de los capitanes franceses se determinó que se alojase, y así fueron á alojar á la villa de Medesano sobre el cerro, distante poco más de una milla del lugar donde se había peleado. Hízose el alojamiento sin ninguna división ni orden, y con no pequeña incomodidad, porque habían robado los enemigos mucho bagaje.

Esta fué la batalla que se tuvo entre los italianos y franceses sobre el río del Taro, memorable porque fué la primera que, de muy largo tiempo á esta parte, se peleó con muertes y sangre en Italia, pues antes de ella morían muy pocos hombres en una batalla, y en esta, si bien de la parte de los franceses murieron menos de doscientos hombres, de los italianos fueron muertos más de trescientos hombres de armas y tantos otros, que llegaba el número á más de tres mil (1), entre los cuales murieron Renato Farnese, capitán de los venecianos, y muchos gentiles hombres de calidad. Quedó en tierra muerto del golpe de una maza herrada sobre la celada Bernardino del Montone, también capitán de los venecianos, pero esclarecido más por la fama de Braccio de Montone, su abuelo, uno de los que

(1) El Jovio en el libro segundo, donde describe esta batalla, dice que de la parte de los franceses, á más de la multitud de los del bagaje, murieron cerca de mil hombres valerosos, y de los del campo de la liga más de cuatro mil, de donde parece que él no cree que la victoria de los franceses fuese tan poco sangrienta como la pone aquí el autor.

primero ilustraron la milicia italiana, que por su propia fortuna y valor. Maravilláronse más los italianos de tan gran matanza, porque no duró la batalla más de una hora, y porque, peleándose de cada parte con la fortaleza propia y con las armas, se empleó poco la artillería.

Procuraron ambas partes atribuirse á sí la fama de la victoria y la honra de este día; los italianos, por haber quedado libres sus alojamientos y bagaje, y haber los franceses perdido mucho, y entre otras cosas, parte de las propias tiendas del Rey. Gloriábanse demás de esto que hubieran roto á los enemigos si una parte de su gente que estaba señalada para entrar en la batalla, no se hubiera vuelto á robar, lo cual no negaban los franceses, y de manera procuraban los venecianos atribuirse esta gloria que, por orden pública, se hicieron por todo su dominio, y particularmente en Venecia, fuegos y otras señales de alegría. No siguieron con menor diligencia en el tiempo venidero el ejemplo público los particulares, porque en la sepultura de Marquión Trevisano, en la iglesia de los frailes menores, se escribieron, cuando murió, estas palabras: «*Que sobre el río del Taro peleó prósperamente con Carlos, rey de Francia.*» Con todo eso, el consentimiento universal dió la gloria á los franceses por el número de muertos tan diferente, porque echaron á los enemigos de la otra parte del río, y porque les quedó libre el pasar adelante, por cuyo fin se había venido á las manos.

Detúvose el Rey el día siguiente en el mismo alojamiento, y en este día se siguió por medio del mismo Argentón alguna plática con los enemigos, por lo cual se hizo tregua hasta la noche, deseando el Rey por una parte la seguridad para pasar, porque sabiendo que no habían peleado muchos del ejército italiano, y viendo que se estaban quedos en el mismo alojamiento, le pa-

recía muy peligroso el camino de tantas jornadas por el Estado de Milán con sus enemigos á las espaldas, y por otra parte, no se sabía resolver por su flaco consejo, al cual, despreciando los mejores, se atenia muchas veces.

La misma duda había en los ánimos de los italianos, los cuales, aunque desde el principio estuvieron muy espantados, se habían asegurado tanto, que la misma tarde de la batalla tuvieron alguna plática propuesta y muy forzada por el conde de Pitigliano sobre acometer por la noche al campo francés, que estaba alojado con gran descomodidad y sin ninguna fortaleza de alojamiento, al fin contradiciéndolo muchos de los otros, se dejó aparte este consejo como muy peligroso.

Corrió fama entonces por toda Italia que la gente de Luis Sforza no había querido pelear por orden secreta suya; porque estando tan poderoso el ejército de los venecianos en su Estado, no tenía menor horror á su victoria que á la de franceses, los cuales deseaba que no quedasen vencidos ni vencedores, y que, por estar más seguro en cualquier suceso, quería conservar enteras sus fuerzas. Afirmábase que esto había sido causa de que no conseguiera la victoria el ejército italiano. Fomentaron esta opinión el marqués de Mantua y otros capitanes de los venecianos, por darse mayor reputación á sí mismos, y la aceptaron de buena gana todos los que deseaban que se acrecentase la gloria de la milicia italiana; pero yo oí de persona muy grave y que entonces estaba en Milán en tal puesto que tenía entera noticia de las cosas, contradecir con gran eficacia esta fama, confirmando que, habiendo vuelto Luis casi todas sus fuerzas al asedio de Novara, no tenía tanta gente en el Taro que fuese de mucha consideración para la victoria, la cual alcanzara el ejército de los confederados si no les hubieran dañado más sus propios

desórdenes que el no tener mayor número de gente: mayormente que mucha de la veneciana no entró en la batalla, y si bien el conde de Gaiazzo envió contra los enemigos una parte sola de la suya, y esta tibiamente, pudo proceder así, porque estaba tan gallarda la vanguardia francesa que conoció que era mucho peligro el ponerse en manos de la fortuna, y en él ordinariamente hubieran causado más admiración las acciones animosas que las seguras. Con todo eso, no fué del todo inútil la gente sforcesca, porque, aunque no peleaba, detuvo la vanguardia francesa para que no socorriese donde el Rey, con la menor y más flaca parte del ejército, sustentaba con muy gran peligro todo el peso de la batalla. Aquella opinión, si yo no me engaño, está más confirmada por la autoridad que por la razón, porque ¿cómo es verosímil que, si tuviera esta intención Luis Sforza, no hubiera antes ordenado á sus capitanes que disuadiesen el oponerse al paso de los franceses? Porque si el Rey llegara á alcanzar la victoria, no hubiera quedado su gente más libre que la otra, por estar tan cercana á los enemigos, aunque no tomase parte en la batalla; y ¿con qué discurso, consideración y experiencia de las cosas se podía prometer que, peleándose, estuviese tan igual la fortuna que el rey de Francia no hubiese de ser vencido ni vencedor? También es cierto que, contra el consejo de los suyos, no se hubiera peleado, porque la gente veneciana, que solamente se había enviado á aquel Estado para su bien y seguridad, no lo hiciera contra la voluntad de los capitanes del Duque.

Levantóse Carlos con el ejército la mañana siguiente antes del día, sin tocar las trompetas por ocultar su partida lo más que se pudiese. No le siguió por aquel día el ejército de los coligados por impedirselo (cuando bien le hubiera querido seguir) la mucha agua del río,

que había crecido tanto aquella noche, por haber llovido de nuevo, que no se pudo pasar en gran parte del día, solamente cayendo ya el sol pasó, no sin peligro, por la furia de las aguas, el conde de Gaiazzo con doscientos caballos ligeros, con los cuales siguiendo las huellas de los franceses, que caminaban por el camino derecho hacia Plasencia, les puso muchos impedimentos y descomodidades, principalmente el siguiente día. Con todo eso, ellos aunque estaban cansados siguieron el camino sin ningún desorden, porque las vituallas se traían en abundancia de las villas vecinas, parte por miedo de que les ofendiesen y parte por trabajo del Tribulcio, que, habiendo ido delante con los caballos ligeros para este efecto, obligaba á los hombres unas veces con amenazas y otras con la gran autoridad que tenía con todos en aquel Estado y mucho mayor con los güelfos.

Movióse el ejército de la liga el día siguiente de la partida de franceses, y estando poco dispuesto (mayormente los proveedores venecianos) á ponerse más en arbitrio de la fortuna, se arrimó á ellos, mas no tanto que les causase ni un pequeño estorbo, antes habiéndose alojado al día siguiente sobre el río de la Trebbia, poco más allá de Plasencia, y habiendo quedado por alojar con mayor comodidad entre el río y la ciudad de Plasencia doscientas lanzas, los suizos y casi toda la artillería, creció tanto el río aquella noche por las lluvias, que no obstante la gran diligencia que hicieron fué imposible que pasasen los infantes ó los caballos, sino después de muchas horas entrado el día, y esto no sin dificultad, aunque había comenzado á disminuirse el agua, y con todo eso no fueron acometidos ni por el ejército enemigo, que estaba lejos, ni por el conde de Gaiazzo, que había entrado en Plasencia, por sospecha que no se hiciese algún movimiento; sospecha no del

todo sin ocasión, porque se creyó que si Carlos, siguiendo el consejo del Tribulcio, hubiera desplegado las banderas y mandado proclamar el nombre de Francisco, hijo pequeño de Juan Galeazo, hubiera movido fácilmente en aquel Ducado alguna mudanza. ¡Tan grato era el nombre de aquel que tenían por legítimo señor, y odioso el del usurpador, y de tanta consideración el crédito y las amistades del Tribulcio! Pero siendo el intento del Rey solamente pasar adelante, no queriendo oír ninguna plática, siguió su camino con presteza, no con poca falta de vituallas, excepto los primeros días, porque cada día hallaba las vituallas mejor guardadas, habiendo distribuído Luis Sforza muchos caballos y mil y doscientos infantes tudescos que había sacado del sitio de Novara, parte en Tortona debajo de la orden de Gaspar de San Severino, cuyo apodo era el Fracassa, y parte en Alejandría, y yendo los franceses, después que pasaron la Trebbia, seguidos siempre por la retaguardia del conde de Gaiazzo (1), que había añadido á sus caballos ligeros quinientos infantes tudescos que estaban de guarda de Plasencia, no habiendo podido alcanzar que le enviasen del ejército todo el resto de los caballos ligeros y cuatrocientos hombres de armas, porque los proveedores venecianos, advertidos del peligro que habían corrido en el río del Taro, no quisieron consentirlo.

Mas al fin los franceses, habiendo tomado el camino más alto hacia la montaña, cuando estuvieron cerca de Alejandría, donde tiene menos agua el río del Tanaro, llegaron sin pérdida de gente ni otro ningún daño en

(1) El Jovio nota de poca fe al conde de Gaiazzo y á Gaspar de San Severino, llamado el Fracassa, su hermano, con decir que pudieron hacer mucho mal á los franceses y no lo hicieron, antes fueron á besar la mano al Rey á Tortona y le socorrieron de vituallas.

ocho alojamientos, á las murallas de Asti. El Rey entró en la ciudad y la gente de guerra alojó en la campaña con intención de acrecentar su ejército y detenerse en Italia tanto como fuera preciso para socorrer á Novara. El campo de la liga que le había seguido hasta el Tortones, desesperado de poderle hacer más daño, se fué á juntar con la gente sforcesca al contorno de aquella ciudad, la cual padecía mucho de vituallas, porque ni el duque de Orleans, ni los suyos habían puesto diligencia en proveerla, como lo pudieran haber hecho abundantísimamente por ser el país muy fértil; antes no considerando el peligro sino cuando había pasado la razón de remediarlo, habían atendido á gastar sin orden las que tenían.

Volvieron á Carlos casi en los mismos días los cardenales y capitanes que con infeliz suceso habían intentado las cosas de Génova, porque, habiendo tomado la armada, luego que llegó, la villa de la Spezia, se enderezó á Rapalle y lo ocupó fácilmente; mas saliendo del puerto de Génova una armada de ocho galeras sutiles, una carraca y dos barcas vizcainas, echó de noche en tierra setecientos infantes, los cuales sin dificultad tomaron el burgo de Rapalle con la guarda francesa que estaba dentro, y arrimándose á la armada de los franceses, que se había retirado al golfo después de largo combate, tomaron y abrasaron todos los bajeles, quedando preso el capitán y hechos más famosos con esta victoria aquellos lugares en donde el año antes fueron rotos los aragoneses. No restauraron esta adversidad de los franceses los que habían ido por tierra, porque llevados por la ribera del Oriente hasta Val de Bisagna y á los burgos de Génova, hallándose engañados de la esperanza que habían concebido de que en Génova hubiese algún alboroto y entendida la pérdida de la armada, pasaron casi huyendo por el camino de los montes, que

era muy áspero y dificultoso, al Val de Pozzeveri, que está á la otra parte de la ciudad, en donde, aunque se habían engrosado mucho con los paisanos y con la gente que el duque de Saboya había enviado en su ayuda, se enderezaron con la misma presteza hacia el Piemonte. No hay duda que si los de adentro no se hubieran abstenido de salir afuera por sospecha de que hiciese novedad el partido de Fregosso, los hubieran roto enteramente y puesto en huida. Por este desorden los caballos de Vitelli, que habían llegado á Chiaveri, habiendo entendido el suceso de aquellos con quien iban á juntarse, se volvieron á Serezana con alboroto y no sin peligro, y excepto Spezia, todas las otras villas de la ribera, que habían sido ocupadas de los emigrados, llamaron de nuevo inmediatamente á los genoveses, como asimismo lo hizo, en la ribera de poniente, la ciudad de Vintimiglia, que en los mismos días había sido ocupada por Paulo Bautista Fregoso y por algunos otros emigrados.

CAPITULO V.

Derrota de los aragoneses con Gonzalo de Córdoba en Seminara.—Fernando es llamado por sus súbditos.—Entra en Nápoles.—Todo el reino sacude el yugo de los franceses.—Muerte de Alfonso de Aragón.—Luis Sforza y su esposa Beatriz van al campamento.—El Papa cita á Carlos VIII para que comparezca en Roma.—Carlos se mofa de la citación pontificia.—Los florentinos reciben las fortalezas y las villas que estaban en poder de Carlos.—Asedio de Novara.—Condiciones de la paz entre Carlos y Luis Sforza.—Discursos pronunciados ante Carlos relativamente á la paz.—La paz es firmada.—Vuelve Carlos á Francia.—Principio del mal francés en Italia.

Trabajábase en este mismo tiempo, pero con fortuna muy varia, no menos en el reino de Nápoles que en las partes de Lombardía, porque atendía Fernando, después de haber tomado á Reggio, á la recuperación de los lugares circunvecinos, teniendo consigo cerca de seis mil hombres, entre aquellos que del país y de Sicilia le seguían voluntariamente y entre los caballos é infantes españoles, de los cuales era capitán Gonzalo Fernández, de la casa de Aguilar y de patria cordobés, hombre de mucho valor y ejercitado largamente en las guerras de Granada; el cual, al principio de su venida á Italia, llamado por la jactancia española *el Gran Capitán*, por significar con este título la suprema potestad sobre ellos, mereció por las virtudes excelentes que tuvo después, que por consentimiento universal le fuese confirmado y perpetuado este renombre para significar con él tan gran valor y excelencia en la disciplina militar. A este ejército que había ya sublevado gran parte del país, salió á encontrar cerca de Seminara, vi-

lla junto al mar, Obigni con la gente de armas francesa que había quedado en guarda de Calabria, y con caballería é infantería que tuvo de los señores del país que seguían el nombre del rey de Francia, y habiendo venido á las manos, prevaleció el valor de los soldados disciplinados y aguerridos, á la impericia de los hombres poco expertos, porque no sólo los italianos y sicilianos que Fernando había recogido de prisa, sino asimismo los españoles eran gente nueva y poco experimentada en la guerra. Con todo esto, se peleó por algún rato ferozmente, porque el valor y autoridad de los capitanes, que no faltaron á ningún oficio que les pertenecía, sustentaban á aquellos que por cualquiera otra parte eran inferiores; peleando sobre todos los otros Fernando, como convenía á su valor, y, habiéndole muerto el caballo debajo de sí, hubiera quedado sin duda preso ó muerto, si Juan de Capua, hermano del duque de Termini (el cual desde la puericia había sido su page y muy querido de él en la flor de la edad), apeándose de su caballo, no le hubiera echo subir en él y expuesto su vida, con ejemplo memorable de fe y amor excelente, por salvar la de su amo, pues luego le mataron allí.

Huyó Gonzalo, atravesando los montes, á Reggio, y Fernando á Palma, que está sobre el mar, cerca de Seminara, donde, embarcándose en la armada, se fué á Mesina, acrecentando en sí, por los sucesos contrarios, la voluntad y ánimo de probar de nuevo la fortuna; siendo así que no sólo le fué notorio el deseo que toda la ciudad de Nápoles tenía de su persona, sino también que de muchos de los principales de la nobleza y del pueblo fué llamado secretamente, y temiendo por esto que la dilación y fama de la rota que había tenido en Calabria entibiase esta disposición, recogiendo además de las galeras que había llevado de Ischia, y aque-

llas cuatro con que había partido de Nápoles Alfonso, su padre, los bajeles de la armada venida de España y cuantos pudo recoger de la ciudad y de los barones de Sicilia, se movió del puerto de Mesina, no deteniéndole la falta de gente para armarlos, como aquel que, no teniendo fuerzas convenientes para tan gran empresa, se veía necesitado de ayudarse no menos con las demostraciones que con la sustancia de las cosas.

Partió, pues, de Sicilia con sesenta bajeles de gavia y otros veinte menores y con el Requesens, capitán catalán de la armada de España, hombre de gran valor y experiencia en las cosas navales, pero con tan poca gente para pelear, que la mayor parte eran los destinados al ejercicio de navegar. Consideradas de esta manera eran pequeñas sus fuerzas, pero grandes por el favor y voluntad de los pueblos; y por tanto, llegado á la playa de Salerno, luego, aquel lugar, la costa de Malfi y la Cava levantaron sus banderas. Anduvo después dos días alrededor de Nápoles, esperando, aunque en vano, que en la ciudad se hiciese algún movimiento, porque tomando luego las armas los franceses y metiendo buena guarda en los lugares á propósito, detuvieron la rebelión que ya comenzaba; y remediaran todos sus peligros si hubieran seguido con osadía el consejo de algunos de los que, conjeturando que los bajeles aragoneses estaban mal proveídos de soldados, aconsejaban á Montpensier que, metiendo en la armada francesa, que estaba en el puerto, soldados y hombres á propósito para pelear, acometiese con ella á los enemigos. Pero desesperado Fernando al tercer día de que hubiese en la ciudad alteración, se alargó á la mar para retirarse á Ischia; por lo cual, considerando los conjurados que, por estar casi descubierta la conspiración, era una misma causa la suya y la de Fernando, habiéndose juntado, determinaron hacer de la necesidad virtud y en-

viaron secretamente un bajel para volverle á llamar, rogándole que, para dar más facilidad y ánimo á quien quería levantarse en su favor, pusiese en tierra, ó toda ó parte de su gente; por tanto, volviendo de nuevo sobre Nápoles el día siguiente, en el cual sucedió la batalla en la orilla del río Taro, se arrimó á la costa con la armada para echarla en tierra en la Magdalena, lugar una milla de Nápoles, donde entra en la mar el pequeño y más pronto río que arroyo llamado Sebeto, el cual no le conociera nadie si no le hubiesen dado nombre los versos de los poetas napolitanos.

Viendo esto Montpensier, no menos dispuesto á proceder con osadía cuando era necesario el miedo, que había estado dispuesto á proceder con temor el día antes, cuando hubiera sido necesaria la osadía, salió fuera de la ciudad con casi todos los soldados, para estorbar el desembarco; lo cual fué ocasión de que, teniendo los napolitanos la oportunidad que apenas hubieran sabido desear, tomaron luego las armas, haciendo al principio repicar las campanas de la iglesia del Carmen cercana á los muros de la ciudad, siguiendo sucesivamente todas las otras, y, ocupando todas las puertas, comenzaron descubiertamente á llamar el nombre de Fernando.

Espantó de tal manera este alboroto á los franceses, que, no pareciéndoles seguro estar entre la ciudad rebelada y la gente enemiga, y esperando menos poder volver por el camino que habían salido, determinaron, dando vuelta á los muros de la ciudad, camino largo, montuoso y difícil, entrar en Nápoles por la puerta contigua á Castilnuovo; pero habiendo entrado Fernando en Nápoles en este medio y poniéndose á caballo con algunos napolitanos y otros de los suyos, anduvo por todo el lugar con increíble alegría de todos; recibíendole la multitud con grande alarido, y no se cansaban

las mujeres de cubrirle de flores desde las ventanas y de aguas de olor; antes muchas de las más nobles corrían á la calle á abrazarle y á enjugarle el sudor del rostro.

No se dejaban por esto las cosas necesarias para la defensa, porque el marqués de Pescara, junto con los soldados que habían entrado con Fernando y con la juventud napolitana, atendía á barrear y fortificar las bocas de las calles por donde podrían acometer los franceses el lugar desde Castilnuovo; los cuales, después de haberse juntado en la plaza del Castillo, hicieron todo esfuerzo para volver á entrar en lo habitado de la ciudad; mas molestándoles con ballestas y con artillería menuda y hallando en todas las bocas de las calles suficiente defensa, sobreviniendo la noche, se retiraron al castillo, dejando los caballos en la plaza, que fueron pocos menos de dos mil entre los útiles y los que no lo estaban; porque en el castillo no había ni capacidad para recibirlos, ni poder para sustentarlos. Encerróse dentro con Montpensier Ivo de Allegri, capitán estimado, Antonello, príncipe de Salerno, y otros muchos franceses é italianos de no poca calidad, y, aunque por algunos días hicieron muchas escaramuzas en la plaza y alrededor del puerto y tiraron á la ciudad con la artillería, rebatidos siempre por los enemigos, quedaron excluidos de esperanza de poder por sí mismos recuperar aquella ciudad.

Siguieron luego el ejemplo de Nápoles: Capua, Aversa, el castillo de Mondragón y otras muchas villas circunvecinas, y se volvió la mayor parte del reino á nuevos pensamientos, por los cuales, habiendo tomado las armas el pueblo de Gaeta con mayor ánimo que fuerzas, por haberse visto delante del puerto algunas galeas de Fernando, fué con gran matanza dominado por los franceses, que estaban en su guarda; los cuales,

con la furia de la victoria, saquearon todo el lugar.

Arrimándose al mismo tiempo la armada veneciana á Monopoli, ciudad de Pulla, y echando en tierra los estradiotas y muchos infantes, la asaltaron por mar y tierra, en donde fué muerto por los de adentro, con un disparo de artillería, Pedro Bembo, patrón de una galera veneciana; tomaron, finalmente, la ciudad por fuerza y el castillo lo entregó por temor el capitán francés que estaba en él, después ocuparon por acuerdo á Pulignano. Pero el intento de Fernando era conquistar á Castilnuovo y Castel del Uovo, esperando que por hambre se rendirían presto, porque á proporción del número de la gente que estaba dentro, había allí poca provisión de vituallas, y atendiendo continuamente á ocupar los lugares vecinos al castillo, hacía esfuerzo por ponerlos continuamente en mayor estrechez, porque los franceses, no pudiendo estar segura su armada, que era de cinco naves, cuatro galeras sutiles, una galeota y un galeón, en el puerto, la habían retirado entre la torre de San Vicente, Castilnuovo y Pizifalcone, que estaban por ellos. Teniendo las espaldas de Castilnuovo, donde estaban las guardas reales, se extendían hasta Cappella, y habiendo fortificado el monasterio de la Croce, corrían desde Piedigrota á San Martino; Fernando, habiendo preso y puesto en resguardo la caballería enemiga y hecho caminos cubiertos por la Inconronata, ocupó el monte de San Ermo y después el cerro de Pizifalcone, continuando por los franceses la fortaleza situada en la cumbre; y para quitarle el socorro, porque, en tomándola, podrían molestar de lugar alto la armada de los enemigos, acometió la gente de Fernando el monasterio de la Croce; pero recibiendo gran daño de la artillería, al arrimarse, desesperados de tomarle por fuerza, se inclinaron á hacerlo por trato, desdichado para el autor, porque habiendo prometido en-

gañosamente un moro que estaba dentro al marqués de Pescara, que ya había sido su amo, que le metería dentro y llevándole para esto una noche por una escala de madera arrimada al muro del monasterio, á hablar con él, para ajustar la hora y el modo de entrar, le mataron allí por traición con una flecha de ballesta que le pasó la garganta.

No fué de poca importancia para las cosas de Fernando la mudanza primero de Próspero y después de Fabricio Colonna; los cuales, aunque duraba todavía su obligación de servir al rey de Francia, pasaron, casi luego que recuperó á Nápoles, á su sueldo, excusándose con que no les habían dado las pagas á los tiempos que debían y con que Virginio Ursino y el conde de Pitigliano, habían sido muy favorecidos por el Rey con poco respeto de sus méritos, razón que á muchos parecía inferior á la grandeza de los beneficios que habían recibido de él; mas quién sabe si aquello que justamente debía ser el freno para retenerlos, era lo que les provocaba á ejecutar lo contrario; porque, cuanto] eran mayores los premios que poseían, tanto por ventura fué más poderosa en ellos (después que veían declinar las cosas de los franceses) la codicia de conservarlos.

Apretando de esta manera el castillo y ocupado el mar con navíos de Fernando, crecía continuamente la falta de las vituallas, y los defensores sólo se sustentaban con la esperanza de tener socorro de Francia por el mar, porque luego que Carlos llegó á Asti, enviando á Perone de Baccie, había hecho partir del puerto de Villafranca, cerca de Niza, una armada de mar que llevaba dos mil gascones y suizos y provisión de vituallas, habiendo nombrado por su capitán á monseñor de Arbano, hombre belicoso, pero no experimentado en el mar. Llegó esta armada hasta la isla de Porezo, y habiendo descubierto en aquellos contornos la de Fer-

nando, que tenía treinta velas y dos naves gruesas de Génova, se puso luego en fuga, y seguida hasta la isla de Elba, habiendo perdido una naveta vizcaina, se recogió con tanto espanto en el puerto de Liorna, que no estuvo en manos del capitán detener que la mayor parte de la infantería saltase en tierra y después, contra su voluntad, se fuese á Pisa.

Por la retirada de esta armada y apretado de la falta de vituallas, Montpensier y los otros trataron de entregar á Fernando el castillo donde habían estado asediados tres meses y de irse á Provenza, si dentro de treinta días no fuesen socorridos, salvo las personas y ropa de todos los que estaban dentro, y para el cumplimiento dieron á Fernando por rehenes á Ibo de Allegri y otros tres. No se podía esperar en tan breve tiempo ningún socorro sino de la misma gente que estaba en el reino; por lo cual monseñor de Persi, uno de los capitanes del Rey, teniendo consigo los suizos y una parte de las lanzas francesas y acompañado del príncipe de Visignano y de otros muchos barones, se movió hacia Nápoles.

Teniendo Fernando noticia de su venida les envió á encontrar á Eboli al conde de Matalona con un ejército, la mayor parte de gente bisoña, escogido de los amigos y de la gente de confianza, el cual, aunque mucho mayor en número, habiéndose topado con los enemigos en el lago de Pizzolo, cerca de Eboli, luego que se arrimaron se puso en huída sin pelear, quedando preso en la fuga Venancio, hijo de Julio de Varano, señor de Camerino. Pero porque no les siguieron mucho los franceses llegaron á Nola y después á Nápoles, habiendo recibido muy poco daño. Siguiéron los vencedores la empresa de socorrer los castillos, y con tanta reputación, por la victoria alcanzada, que tuvo Fernando inclinación á desamparar otra vez á Nápoles; pero tomando ánimo por el que le ponían los napolitanos, movidos no me-

nos del temor propio, causado por la memoria de la rebelión, que del amor á Fernando, se detuvo en Cappella, y para prohibir que los enemigos se arrimasen al castillo, acabando una cortadura grande comenzada en el tiempo pasado del monte de San Ermo hasta el castillo del Uovo, proveyó de artillería y de infantería todos los cerros hasta Cappella, y sobre ella, de manera que, aunque los franceses que habían venido por el camino de Salerno á Nola, por la Cava y por el monte de Piedigrotta, llegaron á Chiaia, cerca de Nápoles, estando todo bien defendido, mostrándose con gran valor Fernando y molestándoles mucho la artillería, principalmente la que estaba plantada sobre el cerro de Pizifalcone, que sobrepuja á Castel del Uovo (y adonde en el tiempo pasado solían estar las curiosidades y grandezas de Lúculo tan famosas), no pudieron pasar más adelante ni arrimarse á Cappella, y no teniendo disposición para adelantarse allí, porque la naturaleza, favorable á aquella ladera, en todas las otras amenidades le ha negado las aguas dulces, fueron obligados á retirarse más presto de lo que lo hubieran deseado, dejando, al hacerlo, dos ó tres piezas de la artillería y parte de las vituallas que habían traído para meter en el castillo. Fuéronse hacia Nola, y para oponérseles Fernando, dejando asediado el castillo, hizo alto con su gente en el llano de Palma, cerca de Sarni. Privado Montpensier, por la partida de los franceses, de toda esperanza de ser socorrido, dejando trescientos hombres en Castilnuovo, número proporcionado no menos á la falta de vituallas que á su defensa y, guardado á Castel del Uovo, embarcóse de noche en los bajeles de su armada juntamente con los otros, que eran mil quinientos soldados y se fué á Salerno, no sin grandes quejas de Fernando, el cual pretendía que no le era lícito, pendiente el término en que se había de rendir, irse

con aquella gente de Castilnuovo. si al mismo tiempo no le entregaba aquel castillo y el del Uovo. Por esto no estuvo sin inclinación (siguiendo el rigor de los conciertos) de vengarse de esta injuria con la sangre de los rehenes, por la falta de la palabra de Montpensier, porque no fueron entregados los castillos al término concertado. Pasado el plazo cerca de un mes, los que habían quedado en Castilnuovo, no pudiendo resistir más al hambre, se rindieron con condición de que se librasen los rehenes, y casi en los mismos días concertaron, por la misma ocasión, los que habían quedado en Castel del Uovo rendirse á principio de la cuaresma, si no fuesen antes socorridos.

Murió casi cerca de este tiempo en Mesina Alfonso de Aragón; en el cual, después que fué rey de Nápoles, se había convertido en gran infamia é infelicidad aquella gloria y fortuna que, mientras era duque de Calabria, había ilustrado mucho su nombre por todas partes. Dijose que, poco antes de su muerte, había hecho instancia con su hijo para volver á Nápoles, donde el odio que por lo pasado le habían tenido se había convertido casi en amor, y aun se dice que pudiendo más en Fernando (como es costumbre de los hombres) la codicia del reinar que el respeto de su padre, le respondió, no menos mordaz que agudamente, que le esperase hasta que le pacificase de manera el reino que no hubiese de huir de él otra vez.

Para fortalecer Fernando sus cosas con el rey de España, tomó por mujer, con dispensa del Papa, á Juana, su tía, hija de Fernando, su abuelo, y de Juana, hermana del dicho rey.

Mientras duraba el asedio de los castillos de Nápoles con varios progresos, como se ha dicho, se reducía á gran aprieto el cerco de Novara, porque el duque de Milán la tenía sitiada con poderoso ejército, y los vene-

cianos le habían socorrido con tan gran presteza, que no hay memoria de que jamás en ninguna empresa reparasen menos en los gastos, de manera que en breve tiempo se hallaron en el campo de los coligados tres mil hombres de armas, otros tantos caballos ligeros mil caballos tudescos y cinco mil infantes; pero aquello en que consistía la principal fortaleza del ejército, eran diez mil Lanzichenech (así llaman comúnmente á los infantes tudescos), la mayor parte soldados del duque de Milán para oponerlos á los suizos, porque sólo el nombre de ellos fortalecía á la infantería italiana que, después de la venida de los franceses, se había disminuído grandemente en reputación y osadía. Gobernábanlos muchos capitanes valerosos, entre los cuales era de mayor nombre Jorge de Pietrapanta, natural de Austria, que, habiendo sido pocos años antes soldado de Maximiliano, rey de romanos, había, con gran alabanza, tomado en Picardía la villa de San Omer al rey de Francia, no sólo anduvo solícito el Senado veneciano en enviar mucha gente á aquel sitio, pero también, para dar mayor ánimo á sus soldados, había hecho al marqués de Mantua, de gobernador, capitán general del ejército, honrando el valor que mostró en la batalla del Taro; y con ejemplo muy grato y digno de eterna alabanza, no sólo acrecentó las fuerzas á aquellos que se habían portado valientemente, sino á los hijos de muchos que murieron en la batalla dió provisiones y varios premios y estableció dotes para las hijas. Atendíase con este ejército tan poderoso al asedio, porque era acuerdo de los coligados (que en todo se referían principalmente á la voluntad de Luis Sforza) no intentar la fortuna de la batalla con el rey de Francia, si no estuviesen necesitados á ello, sino fortificarse alrededor de Novara en lugares á propósito, prohibir que entrasen vituallas, esperando que, por haber

dentro poca cantidad y gran necesidad, no se podría sustentar muchos días, porque, demás del pueblo, de la ciudad y de los paisanos que se habían metido dentro, tenía allí el duque de Orleans entre franceses y suizos más de siete mil hombres de gente muy escogida; por tanto, Galeazo de San Severino, con el ejército tudesco, depuesto todo pensamiento de la expugnación de la ciudad, por haber tantos que la defendiesen, se alojó en la Mugne, lugar sobre el camino real, muy á propósito para impedir las provisiones que viniesen de Vercelli, y el marqués de Mantua con la gente veneciana, habiendo tomado por fuerza algunos lugares circunvecinos. Y pocos días después el castillo de Brión, que era de alguna importancia, había proveído á Camariano y á Bolgari, lugares entre Novara y Vercelli; y para impedir con más comodidad las vituallas, distribuyó el ejército en muchos puestos alrededor de Novara, fortificando los alojamientos de todos.

Por otra parte, el rey de Francia, para estar más vecino á Novara, había pasado de Asti á Turín y aun muchas veces llegaba hasta Chieri, obligado del amor de una señora que habitaba allí. No se dejaban por esto las provisiones de la guerra, solicitando continuamente la gente que pasaba de Francia, con intención de poner en campaña dos mil lanzas francesas, y no se atendía con menor cuidado á solicitar la avenida de diez mil suizos, por los cuales había ido el gobernador de Dijon, pensando, en habiendo llegado ejército, hacer el esfuerzo posible para socorrer á Novara, sin los cuales no tenía osadía para intentar cosa memorable; porque el rey de Francia, poderosísimo en este tiempo de caballería y proveído de mucha artillería y de gran industria para manejarla, estaba muy flaco de propia infantería; pues estando las armas y ejércitos militares sólo en la nobleza, había faltado en la plebe y gente po-

pular la antigua ferocidad de aquella nación, por haber dejado largo tiempo la guerra y dándose á las artes y ganancias de la paz; siendo así que muchos reyes pasados, temiendo la furia del pueblo, por el ejemplo de varias conjuraciones y rebeliones que habían sucedido en aquel reino, habían atendido á desarmarlos y á desviarlos de los ejercicios militares: por esto, no confiando los franceses en el valor de su propia infantería, iban con miedo á la guerra, si en su ejército no había alguna parte de suizos. Esta nación, en todo tiempo indómita y feroz, había aumentado mucho su reputación, cosa de veinte años antes, porque, siendo acometidos con ejército muy poderoso por Carlos, duque de Borgoña, que por su poder y fiereza causaba gran terror al reino de Francia y á todos sus vecinos, le habían dado en pocos meses tres rotas, y en la última, ó mientras peleaba, ó en la fuga (porque no se supo el modo de su muerte), quitádole la vida. Por su valor, pues, y porque no tenían emulación con ellos los franceses, ni diferencia alguna, ni causa de sospechas por intereses propios, como tenían con los tudescos, no conducían otros infantes forasteros que suizos, y se valían de su ayuda en todas las guerras grandes, y en este tiempo de mejor gana que en los otros, por conocer que el socorrer á Novara, sitiada por tan gran ejército y contra tantos infantes tudescos, que peleaban con la misma disciplina que los suizos, era cosa difícil y peligrosa.

Está en medio de Turín y Novara la ciudad de VerCELLI, miembro del ducado de Milán, en tiempo pasado, pero concedido por Felipe María Vizconti, por las largas guerras que tuvo con venecianos y florentinos, á Amadeo, duque de Saboya, porque se apartase de ellos. No había entrado todavía en esta ciudad ninguna de la gente de alguna de las partes, porque la duquesa, madre y tutora del pequeño duque de Saboya, y de áni-

mo totalmente francés, no se había querido declarar por parte del Rey hasta que estuviese más poderoso, dando en aquel medio al duque de Milán palabras y esperanzas gratas. Pero como el Rey, aumentado ya de gente, pasó á Turín, ciudad del mismo ducado, vino en que entrasen en Vercelli soldados suyos, por lo cual y por la oportunidad de aquel lugar había aumentado la esperanza de poder socorrer á Novara.

Al llegar todas sus fuerzas, los confederados estaban con harta duda, y para asentar con mayor acuerdo cómo se había de proceder en esta dificultad, fué al ejército Luis Sforza y con él Beatriz, su mujer, que continuamente le acompañaba, no menos en las cosas graves que en las de placer; en cuya presencia y, como corrió la voz, por consejo suyo principalmente, concluyeron, siendo de un mismo parecer los capitanes, después de muchas disputas, que para mayor seguridad de todos se juntase el ejército veneciano con el sforcesco en la Mugne, dejando suficiente guarda en todos los lugares vecinos á Novara que fuesen á propósito para el asedio, y que se desamparase á Bolgari, porque estando tres millas de Vercelli, era necesario, si los franceses fuesen á él poderosos para expugnarle, ó dejarle perder ignominiosamente ó irle á socorrer con todo el ejército. Contra las determinaciones que ya habían tomado, que se acrecentase el presidio en Camariano, distante tres millas del alojamiento de la Mugne, y que, fortificando todo el campo con fosos, reparos y gran copia de artillería, se tomasen cada día las otras determinaciones, según lo que enseñasen los movimientos de los enemigos, no dejando de talar y cortar todos los árboles hasta casi las murallas de Novara, para incomodar á la gente y á la provisión de la caballería, de que había mucha cantidad en la ciudad.

Determinadas estas cosas y hecha la revista general

de todo el ejército, se volvió Luis á Milán para hacer más prontamente las provisiones que de día en día fuesen menester. Por favorecer también con la autoridad y armas espirituales las fuerzas temporales, dispusieron él y los venecianos que enviase el Papa uno de sus maceros á Carlos, á mandarle que dentro de diez días se fuese de Italia con todo el ejército, y dentro de otro breve tiempo sacase su gente del reino de Nápoles, ó que de otra suerte (debajo de las penas espirituales con que amenazaba la Iglesia) compareciese ante él personalmente en Roma, remedio intentado otras veces por los Papas antiguos; porque según se lee, no con otras armas que con estas, Adriano, primero de aquel nombre, obligó á Desiderio, rey de los Longobardos, que con ejército poderoso iba á perturbar á Roma, á que se retirase de Terni (donde ya había llegado) á Pavía. Pero faltando la reverencia y majestad á los Papas que por la santidad de sus vidas, nacía en los pechos de los hombres, era difícil esperar, de costumbres y ejemplos tan contrarios, los mismos efectos; por lo cual Carlos, haciendo burla de esta orden, respondió que, no habiendo querido el Papa, cuando volvía de Nápoles, esperarle en Roma, donde había ido para besarle devotamente el pie, se maravillaba que al presente le hiciese tanta instancia; pero que para obedecerle procuraba abrirse el camino y le rogaba (para que no tomase en vano esta incomodidad) que quisiese esperarle.

Concluyó Carlos en este tiempo con los embajadores de los florentinos nuevos tratados, no sin mucha oposición de los mismos que otras veces se lo habían contradicho, á los cuales dió mayor ocasión á contradecirlo que, habiendo los florentinos, después de recuperar los otros castillos de las colinas de Pisa, que habían perdido á la vuelta de Carlos, sitiado á Puente de Sacco y ganádole por acuerdo de quedar libres las personas

de los soldados, habían muerto á la salida, contra la palabra dada, á casi todos los infantes gascones que estaban allí con los pisanos y usado muchas crueldades contra los muertos; lo cual, si bien había sucedido contra la voluntad de los comisarios florentinos (quienes, con gran dificultad, salvaron una parte), ejecutándolo algunos soldados que primero habían estado presos en el ejército francés, siendo tratados muy cruelmente, con todo eso, interpretando en este caso algunos enemigos suyos en la corte del Rey por manifiesta señal de ánimo muy enemigo del nombre de todos los franceses, acrecentó dificultad á la plática del acuerdo; el cual, finalmente, se concluyó, prevaleciendo á otro cualquier respeto, no la memoria de las promesas y del juramento que había hecho solemnemente, sino la urgente necesidad de dineros y de socorrer á las cosas del reino de Nápoles.

Concertáronse, pues, en esta forma: que sin ninguna dilación se restituyesen á los florentinos todas las fortalezas y lugares que estaban en manos del Rey, con condición que estuviesen obligados dentro de dos años próximos, cuando así le agradase al Rey, y recibiendo debida recompensa, de dar á Pietrasanta y Serezana á los genoveses en caso que viniesen á la obediencia del Rey, y debajo de esta esperanza pagasen luego los embajadores de los florentinos los treinta mil ducados de la capitulación hecha en Florencia, pero recibiendo joyas en prendas de volverlos á cobrar en caso que por alguna ocasión no se les restituyesen sus villas; que hecha la restitución, prestasen al Rey, debajo de la obligación de los generales del reino de Francia (este es el nombre de cuatro ministros reales que reciben la renta de todo el reino) setenta mil ducados, pagándolos por él á la gente que estaba en el reino de Nápoles y, entre los otros, una parte á los Colonnas, en caso que no hu-

biesen hecho acuerdo con Fernando, de que al Rey no le había llegado noticia entera, aunque tenía ya algún indicio del acuerdo de Próspero; que no habiendo guerra en Toscana, enviasen al reino, en ayuda del ejército francés, doscientos y cincuenta hombres de armas, y en caso que la hubiese (pero no otra que la de Montepulciano) fuesen obligados á enviarle, para que le acompañasen hasta el reino, la gente de Vitelli que estaba en el distrito de Pisa, pero que no estuviesen obligados á tenerla allí más que por todo el mes de Octubre; que perdonasen á los pisanos todos los delitos cometidos y se diese cierta forma en la restitución de las haciendas quitadas é hiciese algunas habitaciones pertenecientes á las artes y ejercicios, y que, para seguridad del cumplimiento, se diesen por rehenes seis de los principales ciudadanos de Florencia, á elección del Rey, y para estar cierto tiempo señalado en su Corte. Concluído este acuerdo y pagados, con las prendas de las joyas, los treinta mil ducados que se enviaron luego para levantar los suizos, se despacharon las letras y las órdenes reales á los castellanos de las fortalezas para que las restituyesen luego á los florentinos.

Las cosas de dentro de Novara se hacían cada día más duras y dificultosas, aunque el valor de los soldados era grande y grandísima la obstinación de los novareses en defenderse, por la memoria de la rebelión. Pero habían ya disminuído las vituallas de tal manera, que la gente comenzaba á padecer mucho del sustento necesario, y aunque el de Orleans, después que se vió apretado, envió afuera las bocas inútiles, no era este tan grande remedio que bastase; antes de los soldados franceses y suizos, poco acostumbrados á sufrir dichas incomodidades, comenzaban á enfermar muchos cada día, por lo cual Orleans (que también estaba con cuartanas), con muchos mensajeros y cartas, solicitaba á

Carlos que no dilatase el socorro; mas no teniendo todavía junta la gente necesaria, no podía llegar tan aprisa que satisficiera á necesidad tan urgente. Intentaron, con todo eso, los franceses muchas veces meter de noche en Novara vituallas conducidas por gruesas escoltas de infantería y caballería, pero descubriéndolos siempre los enemigos, fueron obligados á retirarse, y alguna vez con no pequeño daño de los que las conducían. Para cerrar por todas partes á los de adentro el camino de las vituallas, acometió el marqués de Mantua el monasterio de San Francisco, que está cerca de las murallas de Novara, y habiéndole ganado, puso en su guarda doscientos hombres de armas y tres mil infantes tudescos. Libró por esto al ejército de muchos trabajos, quedando seguro el camino por donde se traían sus vituallas y cerrado el de la puerta de hacia el monte Biandrana, que era el más fácil para entrar en Novara. Expugnó, demás de esto, al día siguiente el bastión que habían hecho los franceses á la punta del burgo de San Nazzaro, y la noche siguiente todo el burgo y el otro bastión que estaba pegado con la puerta, donde metió guardia y fortificó el burgo. Allí el conde de Pitigliano, que servía á los venecianos con título de gobernador, fué herido de un arcabuzazo cerca de la cintura y estuvo en grave peligro de muerte. Desconfiando el duque de Orleans por estos progresos, de poder defender los otros burgos que, cuando se retiró á Novara, había fortificado, pegándoles fuego la noche siguiente, redujo todos los suyos solamente á la guarda de la ciudad, sustentándose en lo extremo del hambre con la esperanza del socorro, que se le acrecentaba; porque, habiendo comenzado ya á llegar los suizos, el ejército francés, pasando el río de la Sesia, había salido una milla fuera de Vercelli á alojar en campaña, y habiendo metido guarda en Bolgari, espe-

raba el resto de los suizos, creyendo que, en llegando, iría luego á socorrer á Novara, cosa llena de muchas dificultades, porque la gente italiana estaba alojada en fuertes sitios y con gallardos reparos; el camino de Vercelli á Novara tenía mucha agua y era difícil por los fosos anchos y profundos de que está lleno el país; y entre Bolgari (que estaba guardado por los franceses) y el alojamiento de los italianos estaba Camariano, guardado por ellos. Por estas dificultades no se conocía en el ánimo del Rey ni de los otros gran presteza, y con todo eso, de llegar antes todo el número de los suizos, hubieran intentado la fortuna de la batalla, cuyo suceso no podía ser sino muy dudoso para entrambas partes. Conociéndose por esto el peligro por todos, no faltaban continuamente entre el Rey de Francia y el duque de Milán pláticas secretas de concordia, aunque con poca esperanza, por la grande desconfianza que había entre ellos y porque el uno y el otro, para mantenerse en mayor reputación, mostraban que no tenían deseo de ella.

Pero el acaso abrió otro medio más libre para una conclusión tan grande, porque, habiendo muerto en aquellos mismos días la marquesa de Monferrato y tratándose de quién había de tomar el gobierno de un hijo pequeño que había dejado, al cual aspiraban el marqués de Saluzzo y Constantino, hermano de la marquesa muerta (uno de los señores antiguos de Macedonia, ocupada muchos años antes por el otomano Mahomet), deseoso el Rey de la quietud de aquel Estado, envió para ordenarlo, según la voluntad de los vasallos, á Argentón, á Casal Cervaglio, donde, habiendo ido asimismo, para condolerse de la citada muerte, un mayor-domo de la casa del marqués de Mantua, nacieron entre éstos dos pláticas del beneficio que cada una de las partes recibiría de la paz, y pasaron tan adelante que, habiendo el Argentón, por consejo suyo, escrito sobre

lo mismo á los proveedores venecianos, repitiendo las cosas que se habían comenzado á tratar con ellos desde el Taro, lo oyeron, y comunicaron á los capitanes del duque de Milán. Todos concordados enviaron á requerir al Rey (el cual había venido á Vercelli) que señalase algunos de los suyos para que, en cualquier lugar acomodado, viniesen á hablar con los que ellos señalarían. Vino el Rey en ello, y se juntaron el día siguiente entre Bolgari y Camariano: por los venecianos, el marqués de Mantua y Bernardo Contarino, proveedor de sus estradiotas; por el duque de Milán, Francisco Bernardino Vizconti, y por el Rey de Francia, el cardenal de San Malo, el príncipe de Orange (el cual, pasando nuevamente de esta parte de los montes, tenía por comisión del Rey el cuidado principal de todo el ejército), el mariscal de Gies, Pienes y Argentón. Habiéndose juntado todos muchas veces y demás de esto ido algunos de ellos en diversos días de un ejército al otro, se reducían todas las diferencias de la ciudad de Novara, porque, no poniendo el Rey dificultad en el efecto de la restitución, sino en el modo, hacía instancia para dejar menos ofendida su honra, que en nombre del Rey de romanos, directo señor del ducado de Milán, se depositase en manos de uno de aquellos capitanes tudescos que estaban en el campo italiano; pero los coligados instaban en que se dejase libremente. No pudiéndose resolver tan presto esta y otras dificultades que sucedían como hubieran habido menester los que estaban en Novara, que se hallaban ya reducidos á tal extremo, que por el hambre y enfermedades que ella causaba habían muerto cerca de dos mil hombres de la gente de Orleans, se hizo tregua por ocho días, dándole licencia á él y al marqués de Saluzzo para ir á Vercelli con poca compañía, pero con promesa de volver adentro con la misma compañía si no se hiciese la paz,

para cuya seguridad, habiendo de pasar por las fuerzas de los enemigos, fué el marqués de Mantua á una torre cerca de Bolgari que estaba en poder del conde de Foís. No le hubieran dejado ir los soldados que quedaron en Novara, de no darles antes la palabra de que dentro de tres días volvería, ó que ellos tendrían licencia para salir por su medio y del mariscal de Gies, que había ido á Novara para sacarle fuera y quedándose un sobrino suyo en rehenes, porque se habían acabado, no sólo los mantenimientos acostumbrados para el sustento humano, sino también aquellos de que no se habían abstenido los hombres en tan gran apretura. Al llegar el duque de Orleans al Rey, se prorrogó la tregua por pocos días, con condición que toda su gente saliese de Novara, dejando el lugar en poder del pueblo, debajo de juramento de no entregarlo á ninguna de las partes sin el consentimiento común, y que en el castillo quedasen treinta infantes por el de Orleans, á los cuales se enviase cada día las vituallas del campo italiano. Así salieron de Novara todos los soldados acompañados del marqués de Mantua y de Galeazo de San Severino, hasta que estuvieron en lugar seguro, pero tan flacos y consumidos por el hambre, que murieron no pocos de ellos al llegar á Vercelli y los otros quedaron inútiles para emplearse en esta guerra.

En aquellos mismos días llegó el bailio de Dijon con el resto de los suizos, y aunque no había pedido más que diez mil de ellos, le fué imposible estorbar que á la fama del dinero del rey de Francia concurriesen casi popularmente otros muchos, de manera que eran más de veinte mil; la mitad de ellos se juntó con el campo que estaba cerca de Vercelli y la otra mitad se detuvo apartada diez millas, no pareciendo del todo seguro que tanta cantidad de aquella nación estuviese junta en el mismo ejército. De llegar antes hubiera fácil-

mente interrumpido las pláticas del acuerdo, porque en el ejército del Rey había, demás de estos, ocho mil infantes franceses, dos mil suizos de los que habían estado en Nápoles y las compañías de mil y ochocientas lanzas; pero estando la materia tan adelante y ya desamparada Novara, no se dejaron las pláticas, aunque el duque de Orleans procuraba eficazmente lo contrario y otros muchos concurrían en su parecer. Por esto iban cada día los diputados del campo italiano á tratar con el duque de Milán, que había vuelto de nuevo á negociar directamente una cosa tan importante, aunque siempre en presencia de los embajadores de los coligados.

Finalmente, volvieron los diputados al rey, llevándole por última conclusión aquello en que se podía convenir; que entre el rey de Francia y el duque de Milán hubiese perpetua paz y amistad, no derogando el Duque las otras confederaciones que tenía; que consintiese el Rey que le restituyese el pueblo la ciudad de Novara y fuesen sacados los infantes del castillo; que se restituyesen la Spezia y otros lugares ocupados por cada una de las partes; que le fuese lícito al Rey armar en Génova, feudo suyo, cuantos bajeles quisiese y servirse de todas las comodidades de aquella ciudad, excepto en favor de los enemigos de aquel Estado, y que, para seguridad de esto, les diesen los genoveses ciertos rehenes; que le hiciese restituir el duque de Milán los bajeles que habían perdido en Rapalle y las doce galeras detenidas en Génova y le armase de presente á su costa dos carracas gruesas genovesas, las cuales, juntas con otras cuatro armadas en su nombre, pensaba enviar al socorro del reino de Nápoles, y que el año venidero estuviese obligado á darle tres de la misma manera; que concediese paso á la gente que el Rey enviaba por tierra al mismo socorro, pero no pasando por su Estado más que doscientas lanzas cada vez, y, en caso de que el Rey vol-

viese personalmente á aquella empresa, debiese seguirle el Duque con cierto número de gente; que tuviesen los venecianos facultad para entrar en esta paz dentro de dos meses, y, entrando en ella, retirasen su armada del reino de Nápoles y no pudiesen dar ningún socorro á Fernando, y que, cuando no observasen esto, si el Rey les quisiese mover la guerra estuviese obligado de ayudarle el duque de Milán; que fuese para él todo lo que se conquistase en el Estado de los venecianos; que pagase el duque en todo Marzo venidero cincuenta mil ducados al de Orleans por los gastos hechos en Novara y diese por libre al Rey de los ochenta mil ducados del dinero que le había prestado cuando pasó á Italia y le restituyese los otros, aunque con término más largo; que fuese el Tribulcio absuelto del bando del Duque y restituído en sus bienes, y el bastardo de Borbón, que fué preso en la jornada del Taro, y Miolans, que había estado preso en Rapalle y todos los otros prisioneros fuesen libres; que hiciese el Duque salir de Pisa al Fracassa, que poco antes le había enviado allí, y toda su gente y la de los genoveses, y no pudiese impedir á los florentinos la recuperación de las villas; que pusiese dentro de un mes el castillo de Génova en manos del duque de Ferrara, que, llamado para esto de entrambas partes, había venido al campo italiano, el cual le hubiese de guardar dos años á gastos comunes, obligándose con juramento á entregarlo, aunque fuese durante el tiempo dicho, al rey de Francia, en caso que el duque de Milán no le guardase las promesas, el cual, en concluyéndose la paz, había de dar luego rehenes al Rey para seguridad de entregar el castillo al tiempo concertado. Referidas estas condiciones al Rey por los suyos que las habían tratado, las propuso en su Consejo, en donde, variando los ánimos de muchos, monseñor de la Tremouille, habló en esta manera:

«Si en las presentes deliberaciones no se tratase, magnánimo Rey, sino de acrecentar con obras valerosas nuevas glorias á la corona de Francia, yo me moviera por ventura más lentamente en aconsejar que vuestra real persona se expusiese á nuevos peligros, aunque vuestro mismo ejemplo nos debía aconsejar lo contrario, porque, no movido de otra cosa que de deseo de gloria, determinasteis, contra consejos y ruegos de casi todo vuestro reino, pasar el año pasado á Italia á la conquista del reino de Nápoles, donde, habiendo tenido con tan gran fama y honra tan próspero suceso vuestra empresa, es cosa muy clara que no sólo se consulta si se ha de rehusar la ocasión de alcanzar honra y gloria nueva, sino si se ha de determinar que se desprece y deje perder aquella que con tan grandes gastos y peligros habéis conseguido, convirtiendo la honra alcanzada en grande ignominia, y siendo vos quien reprendáis y condenéis las determinaciones tomadas por vos mismo. Porque podía V. M., sin ninguna culpa suya, estarse en Francia, y entonces no se debía atribuir más que á negligencia ó á la edad, ocupada en placeres, lo que al presente atribuirá todo el mundo á gran temor y vileza: podía V. M., luego que llegó á Asti, con menor vergüenza suya volverse á Francia, mostrando que no le pertenecían las cosas de Novara; pero ahora que, después de detenido aquí con el ejército, ha publicado que lo ha hecho para librar del asedio á Novara, hecho venir para esto de Francia tanta nobleza y conducido con innumerables gastos tantos suizos, ¿quién puede dudar que, no librándola, vuestra gloria y la de vuestro reino se convierta en eterna infamia? Pero aquí hay más poderosas ó á lo menos más necesarias razones, si es que en los pechos más magnánimos de los reyes puede haber mayor ó más ardiente estímulo que la ambición de la fama y de la gloria; porque nuestra retirada á Fran-

cia, consintiendo por concierto la pérdida de Novara, no quiere decir otra cosa que la pérdida de todo el reino de Nápoles, la ruina de tantos capitanes, de tanta nobleza que ha quedado debajo de vuestra esperanza y de la palabra que disteis de socorrerlos presto, para la defensa de aquel reino, los cuales quedarán desesperados del socorro, entendiendo que vos cedéis á los enemigos, hallándoos en las fronteras de Italia con tan gran ejército.

»Dependen en gran parte, como todos saben, de la reputación los sucesos de las guerras, y cuando ella declina, declina también el valor de los soldados, disminuye la fe de los pueblos, aniquílanse las rentas señaladas para sustentar las guerras; y por el contrario, crece el ánimo de los enemigos, desvíanse las dudas y aumentanse infinito todas las dificultades. Faltando, con nueva tan infeliz, el valor á vuestro ejército; quedando mayores las fuerzas y reputación de los enemigos, ¿quién duda que oiremos presto la rebelión de todo el reino de Nápoles; presto el deshacerse nuestro ejército, y que aquella empresa, comenzada y proseguida con tanta gloria, no nos habrá causado otro fruto que daño é infamia infinita? Porque quien se persuade que esta paz se hace verdaderamente, muestra que considera poco las condiciones de las cosas presentes, muestra que conoce poco el natural de aquellos con quien se trata, siendo fácil de comprender que, en habiendo vuelto las espaldas á Italia, no se nos guardará ninguna cosa de las que se capitulan, y que, en trueque de darnos las ayudas prometidas, enviarán socorro á Fernando; y la misma gente que se gloriara de habernos hecho huir vilmente de Italia, irá á Nápoles á enriquecerse con nuestros despojos. Yo tolerara más fácilmente esta ignominia si se pudiera dudar de la victoria por alguna ocasión probable; pero, ¿cómo puede na-

cer esta sospecha en quien, considerando la grandeza de nuestro ejército y la oportunidad que tenemos del país circunvecino, se acuerde de que, cansados de tan largo camino, cortadas las vituallas, muy pocos en número, y en medio de todo el país enemigo peleamos tan ferozmente contra un grueso ejército sobre el río del Taro, que aquel día corrió más crecido de sangre de los enemigos que de sus propias aguas?

»Abrimos con las armas el camino, y victoriosos anduvimos ocho días por el ducado de Milán, que todo nos era contrario. Tenemos al presente doblada caballería y mucha más infantería francesa, que entonces nos faltaba, y en vez de tres mil suizos, tenemos ahora veintidós mil; los enemigos, si bien están aumentados de infantes tudescos, se puede decir que en nuestra comparación han crecido poco, porque su caballería es casi la misma, son los mismos capitanes, y habiendo sido batidos una vez por nosotros con tanto daño, volverán á pelear con grande miedo. ¿Y, por ventura, los premios de la victoria son tan pequeños que deben ser antes despreciados de nosotros que procurados conseguir á costa de cualquier peligro? Porque no se combate solamente por la conservación de tan gran gloria alcanzada, por la defensa del reino de Nápoles, por el bien de tantos capitanes vuestros y de tanta nobleza; sino que se pondrá en medio de la campaña el imperio de toda Italia; la cual, venciendo aquí, será por todas partes empresa de nuestra victoria, porque ¿qué otra gente? ¿qué otros ejércitos quedan á los enemigos en cuyo campo están todas las armas y capitanes que han podido juntar? Un foso que nosotros pasemos, un reparo que despuntemos, ponen en nuestro poder cosa tan grande, como lo es el imperio y riquezas de toda Italia y el poder vengarnos de tantas infamias. Estos dos estímulos acostumbrados á encender á los hombres pusilá-

nimes y flojos, si no mueven nuestra feroz y belicosa nación, podremos decir con verdad que nos ha faltado más presto el valor que la fortuna, la cual nos ha traído ocasiones de ganar en tan corto campo y en pocas horas tan grandes y tan excelentes premios, cuanto no habíamos sabido desear nosotros.»

Habló en contrario de esto el príncipe de Orange así:

«Si nuestras cosas, cristianísimo rey, no se hubieran reducido á tan gran estrechez de tiempo, sino que estuvieran en estado que nos dieran lugar á acompañar las fuerzas con la prudencia y la industria, y no nos obligaran, si queremos perseverar en las armas, á proceder con ímpetu y contra todos los preceptos del arte militar, sería yo también uno de aquellos que aconsejan que se rehuse el acuerdo; porque verdaderamente nos animan muchas razones á no aceptarle, no pudiendo negarse que el continuar la guerra sería muy honroso y muy á propósito para nuestras cosas del reino de Nápoles; pero los términos á que se ha reducido Novara, y el castillo donde no hay con que vivir un día, nos obligan, si la queremos socorrer, á acometer con presteza á los enemigos, y cuando todavía, dejándola perder, pensemos pasar la guerra á otra parte del Estado de Milán, la sazón del invierno, que se acerca, muy incómoda para guerrear en estos lugares bajos y llenos de agua; la calidad de nuestro ejército que, por su naturaleza, y tan grande multitud de suizos, si no se emplea presto, podría ser más dañosa á nosotros que á nuestros enemigos, y la falta grande de dinero, por la cual es imposible mantenernos aquí mucho, nos necesitan, no aceptando el acuerdo, á procurar acabar presto la guerra; lo cual no se puede hacer de otra manera que yendo de hecho á pelear con los enemigos; y esto, por sus calidades, y la del país, es tan peligroso que no se podrá decir que el proceder de esta manera no sea su-

ma temeridad é imprudencia, porque su alojamiento es fuerte por naturaleza y por arte, habiendo tenido tanto tiempo para repararle y fortificarle; los lugares circunvecinos que le han puesto de guarda son muy de provecho para su defensa y están bien amunicionados; el país, por la fortaleza de los fosos y por el impedimento de las aguas, es tan dificultoso para la gente de á caballo que, quien piensa en ir á buscarlos de lejos y no en arrimárseles paso á paso con las comodidades y ventajas, y como se dice, ganando el país y los alojamientos palmo á palmo, no busca otra cosa que aventurarse con muy grande y casi cierto peligro. Porque ¿con qué discurso, con qué razones de guerra, con qué ejemplo de capitanes excelentes se debe acometer con ímpetu un ejército tan grueso, estando en alojamiento tan fuerte y lleno de artillería? Es necesario, á quien quisiere proceder de otra suerte, procurar acaso desalojarlos de su alojamiento fuerte, tomando alguno que los sojuzgue, ó impedirles las vituallas. De estas cosas no veo que se pueda esperar ninguna, si no es procediendo maduramente y con largo tiempo, y cada uno sabe qué comodidad tenemos para esperarlos. Demás de que nuestra caballería no es del número ni de la fuerza que muchos se persuaden, estando enfermos muchos, como todos saben, muchos se han vuelto á Francia con licencia y sin ella, y la mayor parte de los que quedan, cansados por la larga milicia, están más deseosos de irse que de pelear. El número grande de suizos, que es el nervio principal de nuestro ejército, quizá nos es tan dañoso, como sería inútil si fuese más corto; porque ¿quién hay que sea práctico del natural y costumbres de aquella nación, y que sepa cuán dificultoso es cuando están juntos manejarlos, que nos asegure que no harán algún alboroto peligroso, mayormente pasando las cosas á la larga? Y en este medio por razón de las pagas, de que

son insaciables, y por otros accidentes pueden nacer mil ocasiones que los alteren. Así quedamos inciertos si su ayuda nos será medicina ó veneno; y en esta incertidumbre, ¿cómo podremos afirmar nuestros consejos? ¿Cómo nos podremos resolver á ninguna determinación animosa y grande?

»Nadie duda que sería más honrosa y más segura para la defensa del reino de Nápoles la victoria que el acuerdo; mas en todas las acciones humanas, y mayormente en las guerras, es necesario muchas veces acomodar el consejo con la necesidad; no por deseo de alcanzar la parte, que es muy dificultosa y casi imposible, exponer el todo á manifiesto peligro; ni es menor oficio de valeroso capitán obrar como sabio que como animoso. No ha sido la empresa de Novara principalmente vuestra empresa, ni os toca sino indirectamente, pues no pretendéis derecho sobre el ducado de Milán, ni fué vuestra partida de Nápoles para deteneros á hacer la guerra en el Piamonte, sino para volver á Francia á poner en orden dinero y gente para poder socorrer con más gallardía el reino de Nápoles, el cual, en este medio, con el socorro de la armada que partió de Niza con la gente de Vitelli y con las ayudas y dineros de los florentinos, se entretendrá tanto que pueda esperar fácilmente las provisiones poderosas que en Francia les hacéis.

»No soy yo tampoco de los que afirman que el duque de Milán guardará esta capitulación; pero habiéndonos dado él y los genoveses los rehenes y depositado el castillo, según la forma de los capítulos, al fin tendréis alguna prenda y seguridad. Ni por esto será cosa de gran maravilla que desee la paz, por no ser siempre el primero ofendido de vos, ni tienen por su naturaleza las ligas en que concurren muchos tal firmeza ó concordia que no se pueda esperar que se entibie ó aparte alguno de

los otros, y entonces, por cualquier pequeña aventura ó respiradero que se nos descubriese, tendremos la victoria fácil y segura. Yo, finalmente, os animo, rey cristianísimo, al acuerdo, no porque por sí mismo sea provechoso y loable, sino porque pertenece á los príncipes sabios en las determinaciones dificultosas y molestas probar por fácil y deseable aquella que es necesaria ó que tiene menos dificultades y peligros que todas las otras.»

Replicó el duque de Orleans á lo que había dicho el de Orange, y con tan gran desabrimiento que, pasando el uno y el otro de las palabras encendidas á las injurias, le desmintió el de Orleans, estando todos presentes, y con todo eso la inclinación de la mayor parte del consejo y de casi todo el ejército era que se aceptase la paz; pudiendo tanto en todos, y no menos en el Rey que en los otros, el deseo de volver á Francia, que impedía el conocimiento del peligro del reino de Nápoles y cuán afrentoso era dejar perder delante de sus propios ojos á Novara y la partida de Italia con condiciones tan injustas por la incertidumbre de la observancia. Favoreció el príncipe de Orange esta determinación con tanto calor, que muchos sospecharon que, á petición del Rey de romanos, de quien era muy amigo, no miraba menos por el interés del duque de Milán, que por el del rey de Francia. Era grande cerca de Carlos su autoridad, parte por su ingenio y valor, y parte porque fácilmente tienen los príncipes por sabios á los que se conforman más con sus intenciones.

Fué, pues, concertada la paz, la cual aun no la hubo jurado el duque de Milán, cuando el Rey, todo atento á volverse á Francia, se fué luego á Turín, apresurando también su partida desde Vercelli, porque aquella parte de suizos que estaba en su campo, para asegurarse de tener sus sueldos por tres meses enteros, como de-

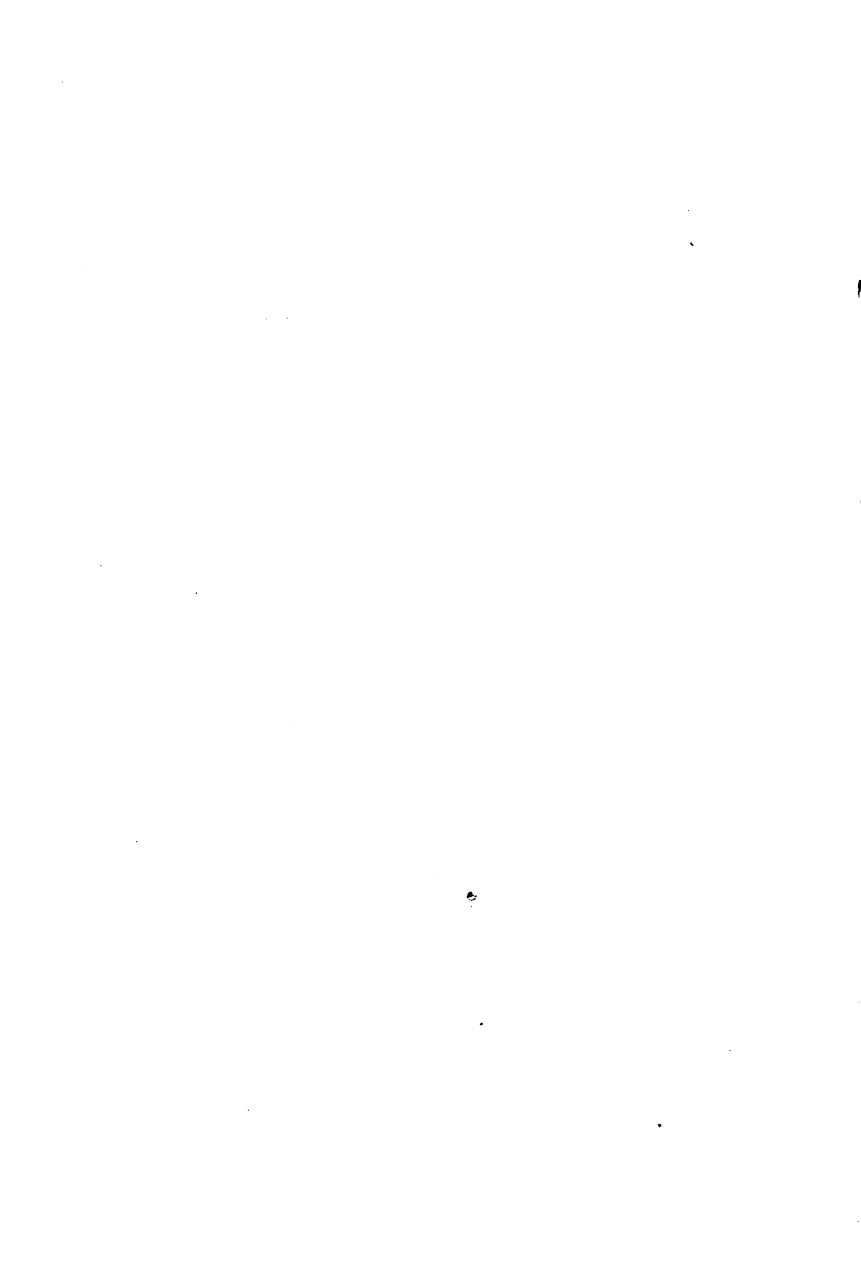
cían que siempre lo había observado con ellos Luis XI, aunque no se les prometiera ni militaran tanto tiempo por él, trataban de retener al Rey ó á los principales de su Corte. Pudo librarse el Rey de este peligro con su breve partida, pero habiendo preso los suizos al baillo de Dijon y á los otros cabos que los habían conducido, se vió forzado al fin á asegurarles con rehenes y promesas lo que le pedían.

Deseoso el Rey de establecer la paz hecha, envió desde Turín al duque de Milán, al mariscal de Gies, al presidente Gannai y á Argentón para inducirle á que se viese con él, lo cual mostraba el Duque desear; pero sospechaba algún engaño, y por este temor, ó quizá estudiosamente interponiendo dificultades, por no dar celos á los ánimos de los coligados ó por ambición de no ir como inferior al rey de Francia, proponía avocarse en medio de algún río, haciéndose sobre él una puente, ó con barcas ó de otra manera que quedase entre ellos una fuerte estacada de madera, pues de este modo se habían hablado otras veces juntos los reyes de Francia y de Inglaterra y otros príncipes grandes de Poniente. Pensó el Rey que esto era indigno de su persona y, habiendo recibido de él los rehenes envió á Perone de Baccie á Génova á recibir las dos carracas que le había prometido y otras cuatro que había de armar á su costa para socorrer los castillos de Nápoles, pues sabía ya de cierto que no habían recibido el socorro de la armada que envió desde Niza, y que, por esto, habían tratado de rendirse, si dentro de treinta días no fuesen socorridos. Pensaba embarcar en ellas tres mil suizos y juntarlas con la armada que se había retirado á Liorna y con algunos otros bajeles que se esperaban de Provenza, los cuales, sin las naves gruesas genovesas, no fueran bastantes para aquel socorro, estando ya lleno el puerto de Nápoles de una armada gruesa, por-

que demás de los bajeles que condujo allí Fernando, habían enviado los venecianos veinte galeras y cuatro naves. Envió también el rey á Argentón á Venecia para pedirles que entrasen en la paz, y después tomó el camino de Francia con tanta presteza y ardor él y toda su Corte para llegar pronto, que aun no quiso detenerse unos pocos días en Italia para esperar que los genoveses le diesen los rehenes que le habían prometido, como sin duda lo hubieran hecho, si no fuera tan aprieta; y así, al fin de octubre del año de 1495 volvió de la otra parte de los montes, más semejante á vencido que á vencedor, no obstante las victorias que había ganado, dejando en Asti por gobernador, fingiendo que había comprado esta ciudad al duque de Milán, á Juan Jacobo Tribulcio con quinientas lanzas francesas, las cuales, dentro de pocos días, le siguieron casi todas por su propia autoridad; no habiendo dejado para el socorro del reino de Nápoles más provisión que la orden de las naves que se armaban en Génova y Provenza y la consignación de las ayudas y dinero que le habían prometido los florentinos.

No parece cosa indigna de memoria, después de lo referido en otras cosas, decir que, en este tiempo fatal para Italia, en que sus calamidades tuvieron origen por la pasada de los franceses, ó á lo menos que se les atribuyeron á ellos, principió la enfermedad que los franceses llaman mal de Nápoles y los italianos comúnmente bubas ó el mal francés, porque, comenzando en ellos, mientras estaban en Nápoles, le derramaron por toda Italia cuando se volvieron á Francia. Esta enfermedad, ó nueva del todo, ó no conocida hasta esta edad en nuestro hemisferio, sino en sus partes más remotas y últimas, fué principalmente por muchos años tan horrible, que como de grave calamidad merece que se haga mención, porque descubriéndose con postillas

muy feas, que muchas veces se convertían en llagas incurables ó con dolores muy intensos en las coyunturas y nervios de todo el cuerpo, no usando los médicos, poco prácticos de esta enfermedad, remedios á propósito, sino muchas veces del todo contrarios y que la dañaban mucho más, quitó la vida á mucha gente de todo sexo y edad; á muchos dejaba de aspecto muy disforme é inútiles y sujetos á martirios casi perpetuos, y la mayor parte de los que parecía que sanaban, volvían dentro de poco tiempo á la misma miseria, si bien después del curso de muchos años, ó mitigándose el influjo celestial que le había causado tan cruel, ó habiéndose aprendido remedios á propósito para curarla, por larga experiencia, se ha hecho mucho menos dañosa, habiéndose mudado por sí misma en diferentes especies de la primera calamidad. Y justamente se podrán quejar de ella los hombres de nuestro tiempo, si les tocase sin culpa propia, porque está probado por consentimiento de todos los que con diligencia han observado la propiedad de este mal, que, ó nunca, ó muy difícilmente, llega á nadie sino por contagio de tratar con mujeres. Pero es conveniente quitar esta ignominia del nombre francés, porque después se manifestó que esta enfermedad había sido llevada de España á Nápoles, y que no era propia de aquella nación, sino traída de aquellas islas que (como en otro lugar más á propósito se dirá) comenzaron á descubrirse en nuestro hemisferio, casi en estos mismos años, por la navegación de Cristóbal Colón, genovés; en cuyas islas tiene este mal muy pronto remedio por la benignidad de la naturaleza y porque, con beber solamente del jugo de una madera muy noble por sus muchas y memorables virtudes, que nace en aquellas islas, se libran felizmente de él.



LIBRO TERCERO.

SUMARIO.

Viéndose los pisanos oprimidos grandemente por las armas de los florentinos, pidiendo ayuda á los venecianos, fueron socorridos por ellos, como de quien aspiraba al dominio de aquella tierra, aunque la tutela que habían tomado de aquella ciudad había sido disuadida y murmurada por muchos viejos de aquel Senado; pero no por esto cesaron los florentinos en su empresa, y si bien tenían por contrarios tantos príncipes, y los ministros del Rey no ponían en ejecución las comisiones reales dispuestas en su favor, con todo eso atendieron dentro y fuera á proseguir con brío cuanto habían concebido en su ánimo en lo tocante á Pisa. Comenzóse también en este tiempo la guerra en Pulla y en el Abruzzo entre los aragoneses y franceses por causa del reino de Nápoles, y manejándose tibiamente, así por el rey de Francia (que murió después en Amboise) como por sus ministros, tuvieron buen fin los aragoneses, y de esta guerra nació que los güelfos y gibelinos se hicieron muchos daños unos á otros, así en lo de Perugia, como en otros lugares, y que Luis Sforza llamase al emperador Maximiliano á Italia. Sucedió, asimismo, en estos tiempos, que el papa Alejandro movió guerra á los Ursinos, dándole ocasión para esta empresa la prisión de Virginio Ursino y de otras cabezas de aquella familia que estaban detenidas en Nápoles. Y aconteció, también, que, gobernándose confusamente el Estado de Florencia, intentó Pedro de Médicis volver dentro de la ciudad por vía de conjuración que, descubierta, fué causa de la muerte de muchos nobles florentinos, y pudiendo estorbarla en alguna parte el Savonarola, no lo hizo; por lo cual, sus contrarios, multiplicando las acusaciones contra él, obraron de manera que fué muerto vergonzosamente.

CAPITULO PRIMERO.

Efectos de la vuelta de Carlos á Francia.—Luis Sforza y los venecianos deliberan defender á Pisa.—Hechos de armas con los florentinos.—Intrigas de Pedro de Médicis.—Su esperanza.—Tumultos en el Perugino.

La vuelta poco honrosa del rey de Francia á la otra parte de los montes, aunque procedía más de imprudencia y desórdenes que de flaqueza de fuerzas ó miedo, dejó en los ánimos de los hombres no pequeña esperanza de que Italia, que había sido trabajada por desdichas, había de quedar presto libre del insolente imperio de los franceses; por lo cual, se oían por todas partes las alabanzas al Senado veneciano y al duque de Milán que, tornadas las armas con prudente y animosa determinación, habían estorbado que una tan excelente parte del mundo cayese en esclavitud de forasteros; los cuales, si ciegos de las codicias particulares no hubieran (aun con daño é infamia propia) corrompido el bien universal, no se duda que Italia, restituida con sus consejos y fuerzas á su primer esplendor, hubiera estado por muchos años segura de la furia de las naciones ultramontanas. Pero la ambición, que no permitió que ninguno de ellos estuviese contento en los términos justos, fué ocasión de volver á causar presto en Italia nuevas turbaciones, y de que no se gozase el fruto de la victoria que tuvieron después contra el ejército francés que había quedado en el reino de Nápoles. Dejaron conseguir fácilmente esta victoria la negligencia y consejos imprudentes del Rey, habiendo salido vano el socorro que había ordenado cuando partió de Italia, por-

que ni las provisiones de la armada ni las ayudas prometidas de los florentinos tuvieron efecto.

No había condescendido Luis Sforza en la paz con Carlos con sincera lealtad, porque acordándose, como es condición de quien ofende, de las injurias que le había hecho, estaba persuadido de que no podía confiar seguramente en la fe del Rey; mas el deseo de recuperar á Novara y de librar de la guerra su Estado propio, le había inducido á prometer lo que no pensaba cumplir, y no se dudó que, en la paz hecha con este fingimiento, había intervenido el beneplácito del Senado veneciano, deseoso de aligerarse, sin infamia suya, del gasto grande que por su república se sustentaba en los contornos de Novara. Con todo eso, Luis, por no apartarse luego de la capitulación tan imprudentemente, sino con algún color, cumplió aquello que no podía negar que estaba en su albedrío, dió los rehenes, hizo librar los prisioneros, pagando de su propio dinero sus rescates, restituyó los bajeles que había tomado en Rapalle, quitó de Pisa al Fracassa, el cual no podía disimular que estaba á su sueldo, y dentro del mes concertado en los capítulos entregó el castillejo de Génova al duque de Ferrara, que fué en persona á recibirlo. Por otra parte, dejó en Pisa á Lucio Malvezzo, con no pequeño número de gente, como soldado de los genoveses; permitió que fuesen al reino de Nápoles dos carracas que se habían armado en Génova para Fernando, excusándose con que, por haberlas tomado á su sueldo antes que se concluyese la paz, no era permitido el negárselas; impidió secretamente que los genoveses le diesen los rehenes; y lo que fué de mayor momento para la pérdida de los castillos de Nápoles, después que el Rey hubo acabado de armar las cuatro naves y él proveído las dos á que estaba obligado, fué lo que dispuso de que los genoveses, mostrando miedo, rehusasen que se armasen de solda-

dos del Rey, si primero no recibían de él suficiente seguridad de que no se quedaría con ellas ni intentaría con sus fuerzas mudar el gobierno de Génova. Quejándose el Rey de estas cavilaciones por personas propias á Luis, respondía unas veces que habia prometido dar las naves, pero que no se habia obligado á que las pudiesen armar con gente francesa, y otras que el dominio que tenia de Génova no era absoluto, sino limitado con tales condiciones que no estaba en su mano forzarla á hacer todo lo que le parecia, especialmente las cosas que los genoveses juzgasen ser peligrosas para su Estado ó para su propia ciudad. Y para fortalecer más estas excusas, dispuso que el Papa mandase á los genoveses y á él, debajo de censuras, que no dejasen al rey de Francia sacar de Génova bajeles de ningún porte; por lo cual salió vano este socorro esperado por los franceses que estaban en el reino de Nápoles con sumo deseo; como asimismo salieron vanos los dineros y las ayudas que habian prometido los florentinos, porque, después del acuerdo hecho en Turín, habiendo partido luego con todas las órdenes necesarias Guido Antonio Vespucci, uno de los embajadores que habian intervenido en concluirle, y pasando sin sospecha por el ducado de Milán (porque la república de Florencia no se habia declarado por enemiga de ninguno), fué detenido en Alejandría, por orden del Duque, despojado de todos los papeles y llevado á Milán, donde, entendida la capitulación y las promesas de los florentinos, fué determinado por los venecianos y por el Duque que era bien no dejar perecer á los pisanos, los cuales, luego que partió de Pisa el rey de Francia, habian, por nuevos embajadores, encomendado en Venecia y en Milán sus cosas. Moviéronse ambos á esta protección con consentimiento del Papa y de los embajadores de los otros confederados, debajo de pretexto de impedir el dinero y la

gente que los florentinos tenían obligación á enviar al reino de Nápoles, si recobraban Pisa y las otras villas, y porque, estando unidos al rey de Francia, podrían, quedando más poderosos por la recuperación de aquella ciudad y librándose de aquel impedimento, estorbar de muchas maneras el bien de Italia.

Movíanse principalmente por el deseo de hacerse Señores de Pisa, á cuya presa aspiraba de mucho antes Luis, y comenzaban también á volver los ojos los venecianos, como quien, por estar disuelta la antigua unión de los otros potentados y enflaquecida una parte de los que solían oponérseles, abrazaban ya con pensamientos y esperanzas la monarquía de Italia y parecíales que para esto era muy á propósito poseer á Pisa, para comenzar, por la comodidad de su puerto (el cual, se juzgaba que difícilmente podrían conservar largo tiempo los florentinos, no teniendo á Pisa) á extenderse en el mar de abajo, y para afirmar, con la comodidad de la ciudad, un pie de no poca importancia en Toscana. Con todo eso, habían estado más prontas las ayudas del duque de Milán, el cual, entreteniéndose al mismo tiempo en varias pláticas con los florentinos, había ordenado que el Fracassa, debajo de color de negocios particulares, porque tenía posesiones en aquel territorio, fuese á Pisa y que los genoveses enviasen de nuevo á aquella ciudad infantería; atendiendo en este medio los venecianos á animar á los de Pisa con promesas de enviarles ayuda, para lo cual habían enviado á Génova un secretario á tomar á sueldo infantería y animar á los genoveses para que no desamparasen á Pisa. Pero ejecutaban lentamente el enviarlos á aquella ciudad porque, mientras la ciudadela estaba por el Rey y él se detenía en Italia, no juzgaban que se había de hacer mucho fundamento en aquellas cosas. Por otra parte, los florentinos, al saber los nuevos conciertos que sus em-

bajadores habían hecho con el rey en Turín, habían aumentado su ejército, para poder, luego que llegasen las órdenes reales, obligar á los pisanos á que los recibiesen. Mientras tardaban, por haber detenido á su embajador, habiendo tomado el castillo de Palaja, sitiaron á Vico Pisano y salió vana la opugnación de este castillo, parte porque los capitanes, ó con mal consejo, ó porque juzgasen que tenían gente suficiente para poner el sitio por la parte de Pisa, mayormente habiendo hecho los pisanos una fortificación en lugar muy levantado cerca de la villa, se acamparon en la parte de abajo, hacia Bientina, lugar poco á propósito para ofender á Vico, y, estando allí, quedaba abierto á los sitiados el camino de Pisa y de Cascina, parte porque Paulo Vitelli, con su compañía y la de sus hermanos, habiendo recibido tres mil ducados de los de Pisa, entró allí para defenderla, diciendo que tenía cartas del Rey y orden del general del Langüedoc, hermano del cardenal de San Malo, el cual había quedado enfermo en Pietrasanta, para defender á Pisa y su territorio hasta que se le ordenase otra cosa. Era verdaderamente cosa de maravilla que á un mismo tiempo fuesen los pisanos defendidos por la gente del rey de Francia, ayudados por la del duque de Milán y sustentados con esperanzas por los venecianos, aunque aquel Senado y el Duque estuviesen de manifiesta guerra con el Rey. Por el socorro de la gente de Vitelli se defendió fácilmente Vico Pisano y con no pequeño daño del campo de los florentinos, el cual alojaba en lugar tan descubierto, que le ofendía mucho la artillería que se había traído á Vico Pisano, de manera que, después de haberse detenido allí muchos días, fué necesario que los capitanes lo levantasen, con poca honra.

Pero habiendo llegado después las órdenes reales, que se habían enviado duplicadas ocultamente por diver-

sas vías, fueron luego restituídas á los florentinos la villa y las fortalezas de Liorna y del puerto por Saliente, lugar-teniente de monseñor de Beaumont, á quien el Rey las había dado en guarda, y monseñor de Lila, comisario señalado para recibir de los florentinos la ratificación del acuerdo hecho en Junio y para hacer ejecutar la restitución, comenzó á tratar con Entragues, castellano de la ciudadela de Pisa y de los castillos de Pietrasanta y Mutrone, para ajustar con él el día y el modo de entregarlos. Mas Entragues, inducido ó de la misma inclinación que tuvieron en Pisa todos los franceses, ó de comisiones secretas que tuviese de Ligni, en cuyo nombre y como dependiente suyo había sido señalado para aquella guarda, cuando el Rey partió de Pisa, ó provocado del amor que tenía á una muchacha hija de Lucas de Lante, ciudadano de Pisa (porque no era creíble que le moviese solamente el dinero, pues podía esperar mayor cantidad de los florentinos, comenzó á interponer varias dificultades, unas veces interpretando las patentes reales fuera del verdadero sentido, y otras diciendo que, desde el principio, había tenido orden para no restituirla sino es recibiendo alguna contraseña secreta de Ligni. Habiéndose disputado sobre estas cosas algunos días, les fué necesario á los florentinos hacer nueva instancia con el Rey, que aún estaba en Vercelli, para que diese orden en este embarazo, nacido con tan gran ofensa de su dignidad y utilidad propia. Mostró el Rey gran enfado de la desobediencia de Entragues, y, no sin enojo, mandó á Ligni que le obligase á obedecer, con intención de enviar con esta orden, con nuevas patentes y cartas eficaces del duque de Orleans, de quien era súbdito, un hombre de autoridad; pero pudiendo más la pertinacia de Ligni y de sus favorecedores que el poco consejo del Rey, se dilató el despacho por algunos días, y al fin envió con él, no

á hombre de autoridad, sino á Lanza en Puño, gentil hombre privado, con el cual fué Camilo Vitelli, para conducir al reino de Nápoles, con parte del dinero que habían de desenvolsar los florentinos, su gente, que, luego que llegaron las patentes del Rey, se había unido con su ejército.

No produjo este despacho mayor fruto que el primero, aunque el castellano había recibido ya dos mil ducados de los florentinos para sustentar, hasta la respuesta del Rey, los infantes que estaban en guarda de la ciudadela, y se habían pagado á Camilo treinta mil ducados, por impedir que las letras reales se presentasen, porque el castellano que, según se cree, había recibido secretamente, por otro camino, órdenes contrarias de Ligni, después de muchos días de cavilaciones, juzgando que los florentinos, por haber en Pisa demás de los hombres de la ciudad y de su comarca mil infantes forasteros, no fuesen bastantes á forzar el burgo de San Marcos, que está junto á la puerta florentina contiguo á la ciudadela (á cuya frente habían labrado antes con su consentimiento una trinchera muy grande), y juzgando poder conseguir por sí el mismo efecto, sin oponerse manifiestamente á las órdenes del Rey, envió á decir á los comisarios florentinos que se presentasen con el ejército á la dicha puerta, lo cual no podían hacer si no expugnaban el burgo, porque, si los pisanos no quisiesen recibirlos dentro por acuerdo, les forzarían á desampararla, estando aquella puerta sujeta á la artillería de la ciudadela, de manera que, contra la voluntad de quien estaba dentro, no se podía defender.

Yendo los florentinos con grande aparato, osadía y ardiente disposición de todo el campo, que alojaba en San Rimedio, lugar cerca del burgo, acometieron con tal valor por tres partes la trinchera (de cuya disposición y de los reparos estaban informados por Paulo Vite-

lli), que con gran presteza pusieron en huída á los que la defendían, y, siguiéndolos, entraron mezclados con ellos en el burgo por un puente levadizo que se unía con la trinchera, matando y prendiendo á muchos de ellos, y no hay duda que con la misma furia y, sin tener ayuda de la ciudadela, hubieran al mismo tiempo, por la puerta por donde ya habían entrado algunos de sus hombres de armas, ganado á Pisa, porque los pisanos, puestos en huída, no hacían ninguna resistencia. Mas viendo el castellano que las cosas salían á diferente fin de lo que había dispuesto, comenzó á tirar con la artillería á la gente de los florentinos, por cuyo repentino accidente, desmayados los comisarios y capitanes, siendo ya muertos y heridos por la artillería muchos soldados, entre los cuales Paulo Vitelli lo fué en una pierna, desesperados de poder, con la oposición de la ciudadela, tomar aquel día á Pisa, mandaron tocar á recoger é hicieron retirar la gente, quedando en su poder el burgo conquistado, aunque dentro de pocos días se vieron obligados á desampararle, porque, batidos continuamente por la artillería de la ciudadela, recibían allí muy gran daño. Se retiraron hacia Cascina, esperando que diese más órdenes el Rey contra tan manifiesta rebeldía de los suyos mismos.

No faltaban á los florentinos, mientras se esperaban estas órdenes, nuevos y peligrosos trabajos, movidos principalmente por los potentados de la liga, los cuales, con intento de embarazar la conquista de Pisa y de obligarles á separarse de la confederación del rey de Francia, aconsejaron á Pedro de Médicis que, con la ayuda de Virginio Ursino (el cual, habiendo huído del ejército francés el día de la batalla del Taro, había vuelto á Bracciano) intentase volver á Florencia, cosa fácil de persuadir á entrambos, porque á Virginio le era muy á propósito cualquier suceso que hubiese de tener por

resultado recoger con dineros de otros sus antiguos soldados y amigos y poner en reputación sus armas, y á Pedro, según la costumbre de los emigrados, no faltaban varias esperanzas por los amigos que tenía en Florencia, donde también entendía que desagradaba á muchos de los nobles el gobierno popular, y por los muchos allegados y amigos que, por la antigua grandeza de su familia, tenía en todo el dominio florentino.

Creyóse que este designio había tenido origen en Milán porque Virginio, cuando huyó de los franceses, había ido luego á visitar al Duque; pero se estableció después en Roma, donde trataron muchos días con el Papa, el embajador de Venecia y el cardenal Ascanio, el cual procedía por comisión de Luis Sforza, su hermano. Fueron los fundamentos y las esperanzas de esta empresa que, demás de la gente que juntaría Ursino de sus antiguos soldados y con diez mil ducados que Pedro de Médicis había recogido de su hacienda y de sus amigos, Juan Bentivoglio, soldado de los venecianos y del duque de Milán, rompiese al mismo tiempo la guerra por los confines de Boloña, y que Catalina Sforza, cuyos hijos estaban al sueldo del duque de Milán, trabajase á los florentinos desde las ciudades de Imola y de Forli, pues confinaban con ellos. Se prometían, no vanamente, tener dispuestos á su deseo á los sieneses, encendidos del odio antiguo contra los florentinos y del deseo de conservar á Montepulciano, pues no tenían confianza en poder sustentar esta villa por sí mismos, porque, habiendo pocos meses antes con sus fuerzas propias y con la gente del señor Piombino y de Juan Sabello, soldados del duque Milán y de ellos, intentado apoderarse del paso de la laguna de la Chiane, que por aquella parte era confín por largo espacio entre los florentinos y ellos, y, para este efecto, comenzado á labrar una trinchera cerca del puente de Valiano para batir

una torre de los florentinos que está situada sobre la punta, hacia Montepulciano, había salido todo al contrario, pues conmovidos los florentinos del peligro de la pérdida de este puente, que les privaba de poder molestar á Montepulciano y daba paso á los enemigos para entrar en los territorios de Cortona, de Arezzo y de los otros lugares que pertenecen á su dominio por la parte de la laguna, enviando allí poderoso socorro, forzaron la trinchera que habían comenzado los sieneses, y, para establecerse totalmente en el paso, fabricaron cerca del puente, pero de la otra parte de la laguna, una fortificación muy capaz para alojarse en ella mucha gente, con cuya oportunidad, corriendo hasta las puertas de Montepulciano, invadían asimismo todas las villas que los sieneses tenían en aquella parte. Habíase añadido á este suceso que, poco después que hubo pasado el rey de Francia, rompieron cerca de Montepulciano á la gente de los sieneses, prendiendo á Juan Sabello, su capitán. Esperaban, demás de esto, Virginio y Pedro de Médicis alcanzar acogida y alguna comodidad de los perusinos, no sólo porque los Baglioni (los cuales con las armas y el séquito de sus amigos señoreaban casi aquella ciudad) estaban unidos con Virginio, siguiendo cada uno de ellos el nombre de la facción güelfa, y porque con Lorenzo, padre de Pedro, y después con Pedro, mientras estaba en Florencia, habían tenido muy estrecha amistad y estado siempre favorecidos por ellos contra los movimientos de los enemigos, sino también porque, estando sujetos á la Iglesia, si bien más en las demostraciones que en los efectos, se creía que en esto, que principalmente no pertenecía á su Estado, podrían contar con la voluntad del Papa, mayormente añadiéndose la autoridad de los venecianos y del duque de Milán.

Partieron, pues, con esta esperanza de tierra de Roma Virginio y Pedro de Médicis, persuadiéndose que los

florentinos, divididos entre sí mismos y acometidos con nombre de confederados por todos sus vecinos, podrían resistir con trabajo. Después que se hubieron detenido algunos días entre Terni y Todi y en aquella vecindad donde, atendiendo Virgino á abatir por todas partes la facción gibelina, sacaba de los güelfos dinero y ayuda de gente, sitió á Gualdo en favor de los perusinos, villa que poseía la comunidad de Foligno, pero primero había sido vendida por el Papa en seis mil ducados á los perusinos, encendidos no tanto del deseo de poseerla, cuanto de la porfia de las partes, por la cual se hallaban entonces todas las villas circunvecinas en gravísimos movimientos, porque, pocos días antes, los del linaje de Oddi, desterrados de Perusa y cabezas de la parte contraria de los Baglionis, ayudados de los de Foligno, Ascesi y otros lugares cercanos que seguían la parte gibelina, habían entrado en Corciano, lugar fuerte cinco millas de Perusa, con trescientos caballos y quinientos infantes. Alterándose todo el país por este accidente (porque Spoleto, Cameriano y los otros lugares güelfos eran favorables á los Baglioni, los Oddi, pocos días después, entraron una noche secretamente en Perusa y con tan gran espanto de los Baglioni que, perdida ya la esperanza de defenderse, comenzaron á huir; y con todo eso, por un caso no pensado y de poco momento, perdieron aquella victoria, que no se la podía quitar el poder de los enemigos, porque, habiendo llegado ya sin estorbo á una de las vocas de la plaza mayor, y queriendo uno de ellos, que para este efecto había traído una segur, romper una cadena que según el uso de las ciudades de bandos, atravesaba la calle, impedido á extender los brazos por los suyos mismos que pisándole estaban alrededor, gritó con alta voz diciendo ¡atrás, atrás!, para que, apartándose, le diesen lugar para trabajar, y continuada esta voz de mano en mano,

por los que le seguían, y entendida por los otros, como que los incitaba á huir, puso sin otro acuerdo ó embarazo en huida toda la gente, no sabiendo ninguno por quién eran echados, ó la razón por que huían. Tomando ánimo de este desorden los contrarios y juntándose, matando en la huida á muchos de ellos y prendiendo á Troilo Savello que, por la misma afición de la parte, le había enviado en ayuda de los Oddis el cardenal Savello, siguieron á los otros hasta Corciano y la recuperaron con la misma fuerza. No contentos de las muertes de los que mataron en la huida, ahorcaron en Perusa muchos de los otros, con la crueldad que entre sí mismos usan los parciales, habiendo nacido de estos tumultos muchas muertes en las villas vecinas por cuenta de las partes que, en los tiempos sospechosos, siempre están muy dispuestas á inquietarse, ó por sed de matar enemigos por temor de ser acometidos por ellos.

Provocados los perusinos contra los fulignatos, enviaron á sitiar á Gualdo, donde, peleando en vano, desconfiados de poderle ganar con sus fuerzas, aceptaron las ayudas de Virginio, el cual se las ofreció para que, al nombre de la guerra y de las ganancias, concurriesen más fácilmente los soldados, y, con todo eso, excitados por él y por Pedro de Médicis á ayudar descubiertamente su empresa ó á lo menos á conceder alguna artillería y acogida para su gente en Castellón del Lago, que confina con el territorio de Cortona, y comodidad de vituallas para el ejército, no venían en ninguna de estas demandas, aunque hacía gran instancia por lo mismo, en nombre del duque de Milán, el cardenal Ascanio y el Papa lo mandaba con breves apretados y conmonitorios, porque habiendo sido, después de ocupar á Corciano, ayudados de los florentinos con alguna suma de dineros, los cuales también habían señalado provisión cada año á Guido y á Rodolfo, hombres principa-

les de la casa de los Baglioni, y traído á su sueldo á Juan Paulo, hijo de Rodolfo, se habían estrechado con ellos, ajenos, demás de esto, á la unión con el Papa, ó porque temían que su favor estaba inclinado á los contrarios, ó que, por ocasión de sus divisiones, aspiraba á poner de todo punto aquella ciudad debajo de la obediencia de la Iglesia.

En este tiempo, Paulo Ursino que, con sesenta hombres de armas de las compañías viejas de Virginio, había estado muchos días en Montepulciano, y después pasado á Castillo de la Pieve, tenía trato, por orden de Pedro de Médicis en la ciudad de Cortona con intención de ejecutarla, si la gente de Virginio (cuyo número y bondad no correspondía á los primeros designios) se arrimase; pero habiéndose descubierto en esta dilación el trato que se tenía, por medio de un desterrado de baja calidad, comenzaron á faltar parte de sus fundamentos, y por otra á mostrarse mayores embarazos, porque, solícitos los florentinos en acudir á los peligros, dejando en el territorio de Pisa trescientos hombres de armas y dos mil infantes, enviaron á alojarse junto á Cortona doscientos hombres de armas y mil infantes, debajo del gobierno del conde Rinuccio de Marciano, su capitán; y para que no se pudiese juntar con Virginio la gente de los sieneses, como entre ellos se había tratado, habían enviado á Poggio Imperial, que está en los confines de los sieneses, debajo de la orden de Guidobaldo de Montefeltro, duque de Urbino, tomado á sueldo por ellos poco antes, trescientos hombres de armas y mil y quinientos infantes, y juntado á esta gente muchos emigrados de Siena, para tener aquella ciudad en mayor miedo. Pero Virginio, después que hubo dado muchos asaltos á Gualdo, donde fué herido de un arcabuzazo Carlos, su hijo natural, recibiendo (como se creyó) en secreto dinero de los de Foligno, levantó el

campo, sin hacer ninguna mención de los intereses de los perusinos, y fué á alojarse á las Tabernillas, y después á Panícale, en la comarca de Perusa, haciendo nueva instancia para que se declarasen contra los florentinos; lo cual, no sólo le fué negado, sino que, por la mala satisfacción que tenían de las cosas de Gualdo, fué oprimido casi con amenazas á salir de su distrito. Pero habiendo ido antes Pedro y él á la Orsaia (con cuatrocientos caballos), villa cerca de Cortona, esperando que en aquella ciudad, que por no ser ofendida de los soldados no había querido recibir dentro la gente de armas de los florentinos, hubiese algún movimiento; después que lo vieron todo quieto, pasaron las Lagunas con trescientos hombres de armas y tres mil infantes, pero la mayor parte gente mal ordenada, por haberse recogido con poco dinero, y entraron en el Sienés cerca de Montepulciano, entre Chianciano, Torrita y Asinalunga, donde se detuvieron muchos días, sin hacer ninguna facción, excepto alguna presa y correrías, porque la gente de los florentinos, habiendo pasado las lagunas por el puente de Valiano, se había puesto enfrente en el Monte de Sandovino y en los otros lugares circunvecinos.

Ni en Bolonia, según la instrucción que se les había dado, se hacía ningún movimiento, porque, determinado el Bentivoglio á no enredarse, por los intereses de otros, en guerra con una república poderosa y vecina, aunque consintiese hacer muchas demostraciones á Julián de Médicis, el cual, habiendo venido á Bolonia, procuraba sublevar los amigos que ellos acostumbraban tener en los montañas del Boloñés, no quiso mover las armas (no obstante lo que le provocaban los coligados) interponiendo varias dilaciones y excusas. Y también entre los mismos coligados no había una misma voluntad, porque al duque de Milán le agradaba que

tuvieresen los florentinos tales trabajos que los dejaran menos poderosos para las cosas de Pisa; pero no le hubiera agradado que Pedro de Médicis, á quien había ofendido tan gravemente, volviese á Florencia, si bien éste, por mostrar que quería en lo venidero depender enteramente de su autoridad, había enviado á Milán al cardenal su hermano. Los venecianos no querían abrazar solos esta guerra; añadiéndose, demás de esto, el atender ellos y el Duque á las provisiones para echar á los franceses del reino de Nápoles, por lo cual, faltando á Pedro y á Virgino, no sólo las esperanzas que habían imaginado, sino también el dinero para sustentar la gente, se volvieron muy disminuídos de infantería y caballería al Bagno de Rapolano, en la comarca de Chiusi, ciudad súbdita á los sieneses, donde, á los pocos días (arrastrando á Virgino su hado) llegaron Camilo Vitelli y monseñor de Gemel, enviados por el rey de Francia, para tomarle á su sueldo y llevarle al reino de Nápoles, donde el Rey, sabida la enajenación de los Colonnas, deseaba servirse de él. Aceptó este partido, no obstante la contradicción de muchos de los suyos que le aconsejaban se fuesen con los confederados, que le recibirían con gran instancia, ó que volviese al servicio de los aragoneses, porque esperaba recuperar más fácilmente por este medio los territorios de Albi y de Tagliacozzo, ó porque, acordándose de las cosas que habían intervenido en la pérdida del reino de Nápoles, y viendo cuán grande era con Fernando la autoridad de los Colonnas, sus contrarios, desconfiase de que podía volver con él al antiguo crédito y grandeza; ó quizá le moviese, según afirmaba, la mala voluntad que tenía á los príncipes confederados, por haber faltado á las promesas que le hicieran en favor de Pedro de Médicis.

CAPITULO II.

Progresos de los aragoneses en el reino de Nápoles.—Fernando de España en Perpiñán.—La cuestión de Pisa.—El Senado de Venecia acuerda tomar á Pisa bajo su protección,

Entró al fin Virginio Ursino al servicio de los franceses con doscientos hombres de armas por sí y por los otros de la casa Ursina, pero con obligación de enviar á Francia á Carlos, su hijo, para seguridad del Rey (estos son los frutos de quien ha hecho ya sospechoso su propio crédito), y habiendo recibido ya el dinero, atendía á prepararse para ir juntamente con el Vitelli al reino donde, antes y después de la pérdida de los castillos, se había trabajado y trabajaba continuamente con varios accidentes en diversos lugares; porque, habiendo Fernando desde el principio hecho rostro al enemigo en el llano de Sarni, los franceses que se habían retirado de Piedigrotta, se detuvieron en Nocera, cerca de los enemigos cuatro millas, donde, siendo las fuerzas de ambos ejércitos muy iguales, consumían inútilmente el tiempo en escaramuzas, no haciendo cosa alguna memorable, éxcepto que, habiendo sido llevados por traición, para entrar en el castillo de Gifone, que está vecino de la villa de San Severino, cerca de setecientos entre caballería é infantería de Fernando, quedaron allí todos estos muertos ó presos. Habiendo sobrevenido en ayuda de Fernando la gente del Papa, quedando los franceses inferiores, se apartaron de Nocera, por lo cual aquella villa, juntamente con la fortaleza, fué tomada por Fernando, con muerte de muchos de los que seguían á los franceses. Había atendido en este

tiempo Montpensier á proveer á la gente que con él había salido de Castilnuovo de caballos y de otras cosas necesarias para la guerra, poniéndola en orden y juntándose con la otra vino á Ariano, villa muy abundante de vituallas. Fernando, por otra parte, estando menos poderoso que los enemigos, se detuvo en Montefúsculi para contemporizar, sin probar la fortuna hasta que hubiese mayor socorro de los confederados. Tomó Montpensier la villa y después la fortaleza de San Severino, y hubiera hecho sin duda mayores progresos de no impedirlo dificultad del dinero, porque no habiéndole enviado de Francia, ni teniendo facultad para sacarle del reino, no pudiendo pagar á los soldados y estando mal contento el ejército, mayormente los suizos, fué causa de que Montpensier no hiciese efectos iguales á las fuerzas que tenía.

Pasaron con estas acciones de entrambos ejércitos cerca de tres meses, y en este tiempo guerreaba en la Pulla con las ayudas del país D. Fadrique, con quien estaba D. César de Aragón, oponiéndosele los barones y los pueblos que seguían la parte francesa. En el Abruzzo se defendía con gran valor Gracián de Guerra, molestado por el conde de Popoli y por otros barones allegados á Fernando. El prefecto de Roma, que tenía el mando por el Rey de doscientos hombres de armas, molestaba desde sus Estados la villa de Montecasino y el país circunvecino, donde había declinado algo la prosperidad de los franceses por haber caído malo Obigni con una larga enfermedad que le interrumpió el curso de la victoria, aunque casi toda la Calabria y el Principado estuviesen á devoción del rey de Francia. Pero Gonzalo, juntando la gente española y los del país amigos de los aragoneses que, por la conquista del reino de Nápoles, se habían aumentado, había tomado algunas villas y mantenía en aquellas provincias vivo el

nombre de Fernando, donde para los franceses había las mismas dificultades que en el ejército, por la falta de dinero. Con todo eso, habiéndoseles rebelado la ciudad de Cosenza, la recuperaron y saquearon. En tantos peligros y necesidad de provisiones no se veía venir ninguna de Francia, porque el Rey, habiéndose detenido en Lyón, atendía á justas, torneos y placeres, depuestos los pensamientos de la guerra, afirmando siempre que quería atender de nuevo á las cosas de Italia, pero no mostrando en los efectos ninguna memoria de ello. Con todo eso, habiéndole traído Argentón de Venecia la noticia de que el Senado veneciano había respondido que no pretendía tener enemistad con él, no habiendo tomado las armas hasta después de haber ocupado á Novara, y entonces sólo para la defensa del duque de Milán, su coligado, por lo cual juzgaba que era superfluo volver á confirmar con nuevas paces la amistad antigua; y que por otra parte le había hecho ofrecer, por terceras personas, inducir á Fernando á que aceptase de presente alguna suma de dinero y señalarle censo de cincuenta mil ducados cada año, dejando en su mano para seguridad, por cierto tiempo, á Taranto, como si tuviera el Rey socorro apercibido y poderoso, rehusó darles oídos, aunque, demás de las dificultades de Italia, no estaba sin embarazos en los confines de Francia, porque Fernando, rey de España, que personalmente fué á Perpignan, había hecho correr alguna de su gente en Langüedoc, haciendo presas y muchos daños, y continuando con demostración de mayor movimiento. Había muerto en esta sazón el Delfín de Francia, hijo único del rey, cosas todas para hacerle inclinar fácilmente á alguna concordia, si hubiera en él capacidad para determinarse á la paz ó á la guerra.

Al fin de este año se acabaron las cosas de la ciudadela de Pisa, porque sabiendo el Rey la obstinación del

Castellano, había enviado allí últimamente á Gemel con amenazas y órdenes muy ásperas, no sólo para él, sino para todos los franceses que estaban dentro; y no mucho después á Bono, cuñado del Castellano, para que, mostrándole por persona confidente el poder que tenía para borrar con la obediencia los yerros que había cometido, y por otra parte los daños en que incurriría perseverando en la desobediencia, se dispusiese más fácilmente á obedecer las órdenes del Rey. Pero, continuando en la misma rebeldía, despreció las palabras de Gemel, el cual se estuvo allí muy pocos días por la comisión que tenía del Rey para ir con Camilo Vitelli á tratar con Virginio; ni la venida de Bono, que tardó muchos días, porque, por orden del duque de Milán, fué detenido en Serezana, apartó al Castellano de su obstinación; antes llevado Bono de su mismo parecer, se concertó con los pisanos, mediando entre ellos Lucio Malvezzi, en nombre del Duque. En virtud de esta convención entregó á los pisanos el primer día del año de 1496 la ciudadela de Pisa, recibiendo de ellos para sí doce mil ducados y ocho mil para distribuir entre los soldados que estaban dentro, y no siendo los pisanos poderosos para pagar esta cantidad, recibieron cuatro mil de los venecianos, cuatro mil de los genoveses y luqueses, y otros cuatro mil del duque de Milán, el cual al mismo tiempo, gobernándose con sus acostumbrados artificios, aunque poco creídos, trataba fingidamente de estrechar con los florentinos en firme amistad é inteligencia, y había quedado ya de acuerdo con sus embajadores en lo tocante á las condiciones.

No parecía verosímil por ninguna razón que ni Ligni ni Entragues, ni ningún otro hubiesen usado tan gran desobediencia sin voluntad del Rey, siendo especialmente en no poco detrimento suyo, porque la ciudad de Pisa, si bien Entragues había capitulado que quedase súbdito

ta de la corona de Francia, quedaba manifiestamente á devoción de los confederados, y, por no tener efecto la restitución, se privaban los franceses que estaban en el reino de Nápoles del socorro tan necesario de la gente y dinero prometidos en la capitulación de Turín. Con todo eso, los florentinos, que con suma diligencia observaron los progresos de todas estas cosas, aunque dudasen mucho desde el principio, quedaron creyendo al fin que todo había procedido contra la voluntad del Rey, cosa que parecía increíble á todos los que no sabían cuál era su natural, las calidades de su ingenio y costumbres, la poca autoridad que tenía con los suyos mismos y cuánto atrevimiento hay contra un príncipe que se ha comenzado á tener en poco.

Entrando los pisanos en la ciudadela, la destruyó luego el pueblo hasta los fundamentos, y conociendo que no tenían fuerzas suficientes para defenderse por sí mismos, enviaron á un mismo tiempo embajadores al Papa, al rey de romanos, á los venecianos, al duque de Milán, á los genoveses, á los sieneses y á los luqueses, pidiendo á todos socorro, pero con mayor instancia á los venecianos y al duque de Milán, en quien habían tenido primero determinación de pasar el dominio de aquella ciudad, pareciéndoles que estaban obligados á no tener por fin tan principal la conservación de la libertad, cuanto el huir la necesidad de volver al poder de los florentinos; confiando más en él que en ninguno otro por haberles incitado á la rebelión, por la necesidad, y porque, no habiendo alcanzado de los otros coligados más que esperanzas, habían obtenido de él prontas ayudas. Pero el Duque, aunque ardía en este deseo, había estado suspenso en aceptarla, por no enojar á los otros confederados, en cuyo consejo se habían comenzado á tratar las cosas de los pisanos como causa común; unas veces persuadiéndolos á diferirlo, y otras propo-

niendo que la entrega se hiciese descubiertamente en nombre de los San Severinos, por descubrirla efectivamente para sí cuando juzgase que era tiempo á propósito. Cuando partió de Italia el rey de Francia, pareciéndole que estaba más descargado de la obligación que tenía con los coligados, determinó aceptarla. Habíase comenzado á entibiar en los pisanos esta inclinación por la esperanza grande que tenían ya de ser ayudados por el Senado veneciano, y también porque otros les habían dado á entender que se podían conservar más fácilmente con la ayuda de muchos, que no atándose á uno sólo; y ofreciéndoseles por este medio mayor esperanza de conservar la libertad y pudiendo más con ellos estas consideraciones, después que hubieron alcanzado la ciudadela, procuraron ayudarse con los favores de todos, para cuya intención era muy á propósito la disposición de los Estados de Italia, porque los genoveses, por el odio con los florentinos, los sieneses y luqueses, por odio y por miedo, estaban siempre dispuestos á darles socorro, y, para hacerlo con mejor orden, trataban de concertarse con obligaciones determinadas para este efecto; y los venecianos y el duque de Milán, por la codicia de señorearlos, no podían sufrir que volvieresen debajo del dominio florentino. Ayudábales con el Papa y los embajadores del rey de España el deseo de ver abatidos á los florentinos, por ser muy inclinados á las cosas de los franceses; pero oídos en todas partes benignamente y alcanzado del emperador por privilegio la confirmación de la libertad, trajeron de Venecia y de Milán las mismas promesas que les habían hecho antes de común consentimiento, de que les conservarían la libertad para ayudarles á librarse de los franceses, y el Papa, en nombre y con voluntad de todos los potentados de la liga, los animó por un breve á lo mismo, prometiendo que serían defendidos por todos po-

derosamente, pero el socorro eficaz fué de los venecianos y del duque de Milán; éste, aumentándoles la gente que primero tenía allí; aquéllos, enviando no poco número de ella, y de continuar en esto ambos, no hubieran tenido necesidad los pisanos de llegarse más al uno que al otro, conservándose así más fácilmente la paz común.

Pero sucedió presto que el Duque, muy ajeno siempre de gastar, é inclinado por naturaleza á proceder con fingimiento y arte, juzgando que no podía alcanzar el dominio de Pisa, por comenzar á proveer escasamente las cosas que pedían los pisanos, les dió ocasión de inclinar más el ánimo á los venecianos, los cuales sin ninguna limitación los proveían. De esto procedió que, pocos meses después que los franceses hubieron dejado la ciudadela, el Senado veneciano, rogado con mucha instancia por los pisanos, determinó aceptar bajo su protección la ciudad de Pisa, alentándole Luis Sforza antes á ello que mostrando que le era molesto, pero sin comunicarlo con los otros confederados, aunque al principio les había aconsejado que enviasen allí gente. Estos alegraron después que no estaban obligados por la promesa que habían hecho de ayudar á los pisanos, pues que, sin su consentimiento, se habían concertado particularmente con los venecianos. Es muy cierto que ni el deseo de conservar á otros la libertad, que aman tanto en la propia patria, ni el respeto del bien común, como entonces y después publicaron con palabras eficaces, sino sólo la codicia de alcanzar el dominio de Pisa, fué ocasión de que los venecianos se determinasen á esto, no dudando que en breve tiempo se cumpliría su deseo, con consentimiento de los mismos pisanos, los cuales elegirían voluntariamente estar debajo del imperio veneciano para asegurarse perpetuamente de no volver á la esclavitud de los florentinos.

Con todo esto, se disputó esta materia largamente en el Senado muchas veces, deteniéndose la inclinación casi común por la autoridad de algunos senadores, de los más viejos y de mayor reputación, que lo contradecían muy eficazmente; afirmando que el hacer propia la defensa de Pisa era cosa llena de muchas dificultades, por estar aquella ciudad muy distante por tierra de sus confines y mucho más por mar, no pudiendo ellos ir allá sino por los lugares y puertos de otros y con gran rodeo de ambos mares de que está ceñida Italia, por lo cual no se podría defender sin grandes gastos de las molestias continuas de los florentinos: que era muy cierto que aquella conquista sería muy á propósito para el imperio de los venecianos, pero que primero se debían considerar las dificultades de conservarla, y mucho más las calidades de los tiempos presentes, y qué efectos podría producir esta determinación, porque estando toda Italia naturalmente sospechosa de su grandeza, no podría dejar de desagradar en extremo á todos semejante aumento, lo cual con facilidad produciría mayores y más peligrosos accidentes, como, por acaso, muchos pensaban; engañándose no poco aquellos que se persuadían de que hubiesen de sufrir ociosamente los otros potentados que á su imperio, formidable á todos los italianos, se le añadiese el provecho grande del dominio de Pisa, los cuales, si no estaban poderosos, como por lo pasado, para estorbarlo con sus propias fuerzas, tenían por otra parte, después que á los ultramontanos se les habia enseñado el camino de pasar á Italia, mayor ocasión para oponérseles con recurrir á las ayudas forasteras; pues es cierto que lo harían prontamente por odio y por miedo, siendo vicio común de los hombres querer antes servir á los extranjeros, que ceder á los suyos mismos: que, como se podía creer, el duque de Milán, acostumbrado á

dejarse dominar unas veces por la codicia y la esperanza, otras por el temor, moviéndole al presente no menos el enojo que la emulación de que pasase á los venecianos aquella presa que había procurado con tantos ardides para sí, procurase antes turbar de nuevo á Italia, que sufrir ocupasen ellos á Pisa; y aunque con sus palabras y consejos mostraba lo contrario, se podía comprender muy fácilmente que no era esta la verdad de su corazón, sino asechanzas para fines no sinceros y consejos artificiosos: que era prudente dominar aquella ciudad en compañía del duque de Milán, cuando no fuese por otra cosa, por interrumpir que los pisanos se le entregasen; pero hacerse propia aquella causa y tomar sobre sí tanto peso y tan grande envidia, no era consejo sabio: que se debía considerar cuán contrarios eran estos pensamientos á las obras en que habían trabajado tantos meses y trabajaban continuamente, porque no habían movido otras ocasiones á aquel Senado á tomar las armas con tan grandes gastos y peligros, sino el deseo de asegurarse á sí mismo y á toda Italia contra los bárbaros; lo cual, principiando con tan gloriosos sucesos, habiendo apenas el Rey de Francia vuelto á la otra parte de los montes, y estando todavía por él, con un ejército poderoso, la mayor parte del reino de Nápoles, grande imprudencia é infamia sería, en el tiempo á propósito para establecer la libertad y seguridad de Italia, sembrar semillas de nuevos trabajos que podrían facilitar al rey de Francia el volver á Italia, ó al Rey de romanos entrar en ella, quien quizá, como era notorio á todos, no tenía, para lo que pretendía contra su Estado, mayor y más ardiente deseo, que aquél: que no estaba la república de Venecia en condiciones de verse obligada á seguir consejos peligrosos, ó á aceptar las ocasiones poco maduras; antes ninguno en Italia podía esperar mejor la sazón de los tiem-

•

pos y la madurez de las ocasiones, porque las determinaciones precipitadas ó dudosas, estaban bien á quien tenía dificultosas ó siniestras condiciones, ó á quien, provocado por la ambición y la codicia de ilustrar su nombre, temía le faltase el tiempo; no á aquella república que, puesta en tan gran poder, dignidad y autoridad, era temida y envidiada de todo el resto de Italia, y siendo al respecto de los Reyes y de los otros príncipes casi inmortales, perpetua, por permanecer siempre el mismo nombre del Senado veneciano, no tenía ocasión de apresurar antes de tiempo sus determinaciones: que pertenecía más á la sabiduría y gravedad de aquel Senado considerar (como era propio de los hombres verdaderamente prudentes) los peligros que se esconden debajo de estas esperanzas y codicia, y mucho más los fines, que los principios de las cosas; y desechando los consejos temerarios, abstenerse tanto en la ocasión de Pisa, como en las otras que se ofrecían, de espantar é irritar los ánimos de los otros, á lo menos hasta que Italia estuviese mejor asegurada de los peligros y sospechas de los ultramontanos, y advertir, sobre todo, no dar causa para que entrasen de nuevo; porque la experiencia había mostrado en muy pocos meses que toda Italia, cuando no estaba oprimida por naciones extranjeras, seguía casi siempre la autoridad del Senado veneciano; pero cuando estaban bárbaros en ella, en vez de ser seguido y temido de los otros, era necesario que, como los otros, temiese las fuerzas forasteras.

Superaban á estas y á otras razones (demás de la codicia del mayor número) las persuasiones de Agustín Barbarigo, dux de aquella ciudad, cuya autoridad había crecido tanto que, excediendo á la reverencia de los dux pasados, merecía antes nombre de poder que de autoridad, porque demás de haber estado en esta dig-

nidad muchos años con felices sucesos, y de tener muchas dotes y virtudes excelentes, había alcanzado (procediendo artificiosamente) que muchos senadores, que de buena gana se oponían á aquellos que, por la fama de ser prudentes, por su larga experiencia y por haber alcanzado las dignidades supremas, eran en la República de mayor estimación, unidos con él, siguiesen sus consejos comúnmente, antes á uso de bando, que con gravedad y entereza de senadores. Y deseosísimo de dejar, con la ampliación del imperio, esclarecida la memoria de su nombre, no limitando el apetito de gloria á haberse añadido al dominio veneciano debajo de su principado la isla de Chipre, por falta de los reyes de la familia Lusiniána, estaba muy inclinado á que se aceptase cualquiera ocasión de acrecentar su estado, por lo cual, oponiéndose á aquellos que aconsejaban lo contrario en la causa de Pisa, mostraba con eficaces palabras cuán útil y oportuno era para aquel Senado el conquistar á Pisa, y cuán importante reprimir por este medio la osadía de los florentinos, por cuya industria habían perdido la ocasión de apoderarse del ducado de Milán á la muerte de Felipe María Vizconti, y que por la prontitud de los dineros en la guerra de Ferrara y en otras empresas, les habían ofendido más que ninguno otro de los potentados mayores. Acordaba cuán raras eran las ocasiones tan grandes, con cuánta infamia se perdían, y cuán agudos estímulos de arrepentimiento seguían á quien no las alcanzaba; que no eran tales las condiciones de Italia que pudiesen los otros potentados por sí mismos oponérseles, y que era menos de temer que, por esta indignación ó miedo, recurriesen al rey de Francia, porque ni el duque de Milán, que le había injuriado, se atrevería nunca á confiar en él, ni moverían el ánimo del Papa estos pensamientos; y no podía el rey de Nápoles, cuando bien hubiese recupe-

rado su reino, oír el nombre francés. Ni el entrar ellos en Pisa, aunque era molesto para los otros, sería accidente tan impetuoso, ni tan cercano el peligro, que por esto se hubiesen de precipitar los otros potentados á remedios que se usan en las últimas desesperaciones; porque en las enfermedades lentas no se aceleran las medicinas peligrosas, pensando los hombres que no faltará tiempo para usarlas; y que si en esta flaqueza y desunión de los otros italianos, ellos, por miedo, desaprovechasen tan grande ocasión, se podría esperar vanamente poderlo hacer con mayor seguridad cuando los otros potentados hubiesen recuperado su primitivo poder y se viesen libres del miedo á los ultramontanos. Que se debía considerar, para remedio de tanto temor, que las acciones del mundo estaban sujetas todas á muchos peligros, pero que conocían los hombres sabios que no siempre se seguía todo aquel mal que podía suceder, porque por beneficio de la fortuna ó del acaso, muchos peligros salían vanos, muchos se huían con la prudencia é industria, y por esto no se debía confundir (como muchos, considerando poco la propiedad del nombre y de las sustancias de las cosas, afirmaban) el temor con la prudencia, ni tener por sabios á aquellos que, presuponiendo por ciertos todos los peligros que son dudosos, temiéndolos por esta razón todos, regulaban las determinaciones, como si todos hubiesen de suceder; antes no se podían llamar de ninguna manera prudentes ó sabios á los que temían lo venidero más de lo que se debe, que convenía mucho más este nombre y alabanza á los hombres animosos; pues conociendo y considerando los peligros, y siendo por esto diferentes de los temerarios, que no los conocen ni los consideran, discurrían cuántas veces los hombres por el éxito y otras por el valor se libran de muchas dificultades. Así, pues, en esta determinación, en que no lla-

maba menos la esperanza que el miedo, ni presuponiendo los sucesos que no lo eran tan fácilmente como rehusaban los otros las ocasiones provechosas y honradas, sino sólo poniéndose delante de los ojos la flaqueza y desunión de los otros italianos, el poder y la grande fortuna de la república de Venecia, la magnanimidad y ejemplos gloriosos de sus padres, aceptasen con ánimo libre la protección de Pisa, por la cual entrarían con efecto en el dominio de aquella ciudad, uno de los escalones más á propósito para alcanzar la monarquía de toda Italia.

Recibió, pues, el Senado por decreto público en protección á los pisanos, prometiendo expresamente defender su libertad.

No consideró el duque de Milán desde el principio cuán conveniente le era esta determinación, porque excluido, por ella, de conservar su gente, se libraba del gasto, y demás de esto, no juzgaba por ajeno de su beneficio que á un mismo tiempo fuese Pisa ocasión de grandes gastos á los venecianos y á los florentinos; persuadiéndose también que los pisanos, por la grandeza y vecindad de su Estado, y por la memoria de las obras que había hecho por su libertad, fuesen tan suyos, que hubiesen siempre de anteponerle á todos los otros. Acrecentaba estos designios y esperanzas engañosas la persuasión que (acordándose poco de la variedad de las cosas humanas) alimentaba, juzgando que tenía casi debajo de los pies la fortuna; pues afirmaba públicamente que era hijo suyo. ¡Tan vano estaba por los sucesos prósperos y soberbio porque, por obras y consejos suyos, hubiese pasado el rey de Francia á Italia; atribuyéndose así el haber sido privado Pedro de Médicis, por ser poco amigo suyo, del Estado de Florencia, la rebelión de los pisanos contra los florentinos y el haber sido echados del reino de Nápoles los arago-

neses, sus enemigos, y que después, habiendo mudado de parecer, por sus consejos y autoridad, realizóse la unión de tantos potentados contra Carlos, la vuelta de Fernando al reino de Nápoles y la ida del rey de Francia de Italia, con condiciones indignas de tanta grandeza; y que hasta con el capitán que tenía en guarda de la ciudadela de Pisa, había podido más su industria ó autoridad que la voluntad y órdenes del propio Rey! Midiendo con estas reglas lo venidero y juzgando que la prudencia é ingenio de todos los otros era muy inferior al suyo, se prometía enderezar siempre á su albedrío las cosas de Italia y poder, con su industria, revolverlos á todos, no disimulándose esta vana impresión, ni por él ni por los suyos, con palabras ó con demostraciones, antes siéndole gustoso que se creyese y dijese así por todos. Se oían en Milán de día y de noche voces vanas, y se celebraba por todos con versos latinos y vulgares y con públicas oraciones y adulaciones la sabiduría admirable de Luis Sforza, de la cual dependía la paz y la guerra de Italia, exaltando hasta el cielo su nombre y sobrenombre del *Moro*, apodo que se le daba desde su juventud, porque era de color moreno, y por la opinión que ya se divulgaba de su astucia y que lo retuvo voluntariamente mientras duró su imperio.

No fué menor la autoridad del *Moro* en las otras fortalezas de los florentinos que en Pisa, pareciendo que se gobernaban en Italia á su albedrío, no menos los enemigos que los amigos; porque, si bien el Rey, oídas las grandes quejas de los embajadores de los florentinos, se conmovió grandemente, y porque á lo menos les fuesen restituídas las otras, había enviado con nuevas órdenes y con cartas de Ligni á Roberto de Veste, su camarero, á pesar de ello, no estando su autoridad con los otros en mayor estimación que la que él hacía de sí, fué tan grande el atrevimiento de Ligni (el cual afir-

maba á muchos que no procediera así sin la voluntad del Rey), que por sus gestiones fueron poco estimadas las órdenes reales, añadiéndose la mala voluntad de los castellanos. El bastardo de Viena, que por orden y debajo del gobierno de Ligni tenía la guarda de Serezana después que hubo conducido la gente y los comisarios de los florentinos para recibir la posesión, la entregó por precio de veinticinco mil ducados á los genoveses, y lo mismo hizo, habiendo recibido cierta suma de dinero, el castellano de Serezanello, habiendo sido autor y medianero el *Moro*, el cual opuso á los florentinos (aunque á nombre de los genoveses) á Fracassa con cien caballos y cuatrocientos infantes para que no recuperasen todas las otras villas que habían perdido en la Lunigiana, de las cuales (con la ocasión de la gente enviada para recibir á Serezana) habían recuperado una parte. Poco después Entragues, debajo de cuya guarda estaban también las fortalezas de Pietrasanta y de Mutrone, y á cuyas manos asimismo había venido Librafatta, quedándose con ésta (que no muchos meses después la concedió á los pisanos), vendió aquéllas á los luqueses por veintiséis mil ducados, como precisamente lo ordenó el duque de Milán, que primero había deseado que las poseyesen los genoveses; pero mudando después de dictamen, eligió gratificar á los luqueses, para que tuviesen ocasión de ayudar más prontamente á los pisanos, y para unirse más con ellos, mediante este beneficio.

Sabidas estas cosas en Francia, aunque el Rey se mostró alterado con Ligni, é hizo desterrar á Entragues de todo el reino, sin embargo, cuando volvió Bono, que demás de haber sido partícipe del dinero de los pisanos, había tratado en Génova la venta de Serezana, fueron aceptadas sus justificaciones y acogido gratamente un embajador de los pisanos, enviado juntamente con él

para persuadir que querían ser súbditos fieles de la corona de Francia y prestar el juramento de fidelidad; si bien no mucho después, pareciendo vanas sus comisiones, se le dió licencia para irse. No se impuso otra pena á Ligni, sino en señal de excluirle del favor real, quitarle que durmiese, según era costumbre, en la cámara del Rey; si bien fué restituído presto en esta honra, quedando en su rebeldía solamente Enragues, aunque no por mucho tiempo; pudiendo mucho en estas cosas, demás de la naturaleza del Rey, y de los otros medios y favores, la persuasión verdadera de que los florentinos estaban obligados á no separarse de él, porque, siendo manifesta en todas partes la codicia de los venecianos y del duque de Milán, se tenía por cierto que los florentinos, no restituyéndoles Pisa, procurarían no coligarse con ellos para la defensa de Italia; á lo cual procuraban inducirles con espantos y amenazas, si bien no intentando por entonces otra cosa contra ellos, pero bastando la gente que habían metido en Pisa para mantener aquella ciudad y no dejar perder enteramente su comarca. Demás de esto, el peligro del reino de Nápoles distraía á los franceses de todo otro cuidado, atendiendo á que Virginio, que había recogido en el Bagno de Rapolano y después en el Perusino, donde se detuvo algunos días, muchos soldados, iba con los otros de la casa Ursina hacia el Abruzzo. Por el mismo camino iban con sus compañías Camilo y Paulo Vitelli, y porque les negaba las vituallas el castillo de Monteleón, lo saquearon. Espantadas de esto las otras villas de la Iglesia, por donde habían de pasar; sin cuidarse de las gráves órdenes que en contrario les había dado el Papa, les concedían por todas partes alojamiento y vituallas; por lo cual, y mucho más porque se afirmaba que venía de Francia nuevo socorro por mar, pareciendo que las cosas de los franceses es-

taban para recibir gran aumento en el reino de Nápoles, y no pudiendo Fernando, por hallarse sin dinero y con muchos embarazos, sustentar tanto peso sin mayores ayudas, fué obligado á pensar en nuevos remedios para su defensa.

CAPITULO III.

Alianza de Fernando de Nápoles con los venecianos.—Consejo en Francia para tratar de los asuntos de Italia.—Intrigas de Luis Sforza.—El duque de Urbino entra á sueldo de los aliados.—Sitio de Atella.—Progresos de Gonzalo de Córdoba en Calabria.—Derrota á los franceses.—Toma de Atella.—Muerte de Montpensier.—Muere Fernando de Nápoles, y le sucede en el trono su tío D. Fadrique.

No habían los otros potentados desde el principio metido á Fernando en su confederación, y aunque, después que hubo recuperado á Nápoles, hubiesen hecho instancia los reyes de España para que fuese admitido á ella, lo habían rehusado los venecianos, persuadiéndose que su necesidad era medio á propósito para el designio que tenían de que viniese á su poder una parte de aquel reino; por lo cual Fernando, privado de toda otra esperanza, porque de España no esperaba nuevas ayudas, ni querían los otros coligados sujetarse á tantos gastos, se concertó con el Senado veneciano, prometiendo la observación por ambas partes, el Papa y los embajadores del rey de España, en nombre de sus reyes, para que enviasen los venecianos al reino de Nápoles en socorro suyo al marqués de Mantua, su capitán, con seiscientos hombres de armas, quinientos ca-

lulas ligeras, tres mil soldados, y manteniesen allí la armada de mar que entonces había; pero con condición de poder revocar estas ayudas siempre que las hubiese menester para defensa propia. Que los prestamos quince mil ducados para las necesidades presentes, y para asegurarse de cubrir los gastos, hubiese que los entregase Ferrando á Otranto, Binda y Frani y sus sucesores en que estuviese á Monipoli y Polignano que tenían en su poder, pero con condición de restituidos cuando se los hubiese pagado; sin poder alegar que, ó por causa de la guerra ó de las fortificaciones que hicieron, pasase la suma de doscientos mil ducados. Por estos tales ingresos en el mar de arriba, por cuya causa eran muy á propósito para Venecia, acrecentaban mucho su grandeza, la cual comenzaba ya á extenderse por todos los estados de Italia, comenzando á haberse

usase de su nombre, había concertado pagar secretamente cada mes, para el socorro del reino, diez mil ducados.

La ida de los Ursinos y de Vitelli detuvo las cosas del Abruzzo, las cuales estaban en manifiesto movimiento contra los franceses, habiéndose rebelado ya Teramo y Civita de Chieti, y creyéndose que Aquila, ciudad principal de aquella provincia, haría lo mismo. Pero habiéndola él confirmado en la devoción francesa, recuperado por acuerdo á Teramo y saqueado á Julia Nova, seguía casi todo el Abruzzo el nombre de los franceses, de manera que las cosas de Fernando parecían que se hallaban por todo el reino en manifiesta declinación, porque la Calabria estaba casi toda en poder de Obigni, aunque por su larga enfermedad, por la cual se había detenido en Ghierace, dióse comodidad á Gonzalo para tener con su gente española y con las fuerzas de algunos señores del país encendida la guerra en aquella provincia.

Gaeta, con muchas villas circunvecinas, obedecía á los franceses. El prefecto de Roma con su compañía y con las fuerzas de su Estado, habiendo recuperado los castillos de Montecasinó, invadía por aquella parte la tierra de Labor, y Montpensier, aunque le estorbaba mucho para usar de sus fuerzas la falta de dinero, obligaba á Fernando á encerrarse en lugares fuertes, oprimido de la misma necesidad de dineros y de otras muchas provisiones, pero fundado enteramente en la esperanza del socorro veneciano, el cual, según el concierto que entre ellos se había hecho poco antes, no podía estar tan pronto como hubiera sido necesario.

Intentó Montpensier ocupar por trato á Benevento; pero, habiendo tenido Fernando sospecha de ello, entró allí con su gente. Arrimáronse los franceses á Benevento, alojándose en la puente del Finocchio, y habiendo

historia de Italia.

tomado á Penezano, Apice y muchas villas circunveci-
nas, saltándolos vitualias en estos lugares y llegándose
el tiempo de cobrar la aduana del ganado de la Pulla
(Genta de las más importantes de este reino de Nápoles,
porque solia subir cada año á ochenta mil ducados, que
todos se cobraban en término de un mes), Montepeser,
por si y otra la tenían los enemigos, y no se volvió me-
nos por la extrema necesidad de su comida, estaba se y no
en camino de Pulla. De esta provincia se vino á las es-
paldas de ellos intentó Fernando impedir sus progresos,
hasta que llegasen sus socorros, y no muy una pros es-
por sí y otra la tenían los enemigos, y no se volvió me-
nos por la extrema necesidad de su comida, estaba se y no
en camino de Pulla. De esta provincia se vino á las es-
paldas de ellos intentó Fernando impedir sus progresos,
hasta que llegasen sus socorros, y no muy una pros es-
de quince batallas gruesas y menores, en donde se ha-
bian embarcado en Saona y Gasconas que el Rey de Francia
los suizos y Gascones que el Rey de Francia se ha-
bia sobre Genta en Genova. La armada de Guedres, y
para entrar seguramente en el puerto, echó franda vi-
tuallas. Estando por falta de dineros, mal proveído de
las cosas necesarias para el país, esperasen obtas y ha-
cer muchas presas por el país, Caracando y Fernando
la infantería, tomaba de dinero, mas D. Fadrique, que con-
sessa por medio de Juan Bautista Caracando y Fernando
nos de Taranto, habiéndole después enviado noticia de esto, y en-
trando luego dentro, prendió al Obispo y á otros que
sabian el trato.
En Pulla, adonde se había reducido la suma de la
guerra, procedían las cosas con varia fortuna para am-

bos ejércitos, distribuyéndose, por la aspereza del tiempo, por las villas y ninguno en una sola, por su escasa capacidad, atendían con correrías y grandes cabalgadas á hacer presa de ganados, usando antes industria y presteza, que fuerza de armas.

Fernando se había detenido en Foggia con parte de su gente, poniendo la demás en Troia y en Nocera, donde entendiendo que, entre San Severo, lugar donde Virgino Ursino, que había venido á juntarse con Montpensier, alojaba con trescientos hombres de armas, y la villa de Porcina, donde estaba Mariano Savello con cien hombres de armas, se había reunido gran cantidad de ovejas y de otros ganados, se movió con seiscientos hombres de armas, ochocientos caballos ligeros, y mil y quinientos infantes, y llegando al amanecer á San Severo, deteniéndose allí con los hombres de armas para resistir á Virgino si se moviese, hizo correr los caballos ligeros, que alargándose por todo el país, tomaron cerca de sesenta mil reses. Habiendo salido fuera de Porcina Mariano Savello á molestarlos, le obligaron á retirarse, con pérdida de treinta hombres de armas. Este daño y la vergüenza, recibida fué ocasión que, recogiendo Montpensier toda su gente, fuese hacia Foggia, para recuperar la presa y la honra perdida, donde sucediéndole más de lo que primero había pensado, encontró entre Nocera y Troia ochocientos infantes tudescos, que primero habían venido por mar, al sueldo de Fernando, los cuales saliendo de Troia, donde era su alojamiento, iban más por propia temeridad que por orden del Rey y contra el consejo de Fabricio Colonna, que asimismo alojaba en Troia, para juntarse en Foggia con Fernando, los cuales no pudiendo salvarse, ni con la fuga, ni con las armas, y no queriendo rendirse, fueron muertos todos peleando, no dejando por eso la victoria sin sangre á los enemigos.

Presentóse después Montpensier con el ejército en orden para pelear delante de Foggia, pero no dejando Fernando que saliesen fuera más que los caballos ligeros, fueron á alojar al bosque de la Incoronata, donde habiendo estado dos días con dificultad de vituallas, y recobrando la mayor parte de las bestias que les habían tomado, volvieron de nuevo delante de Foggia, y alojados allí una noche, volvieron al siguiente día sin llevar toda la presa que habían recobrado, porque al retirarse se la quitaron una parte de los caballos ligeros de Fernando, por lo cual desperdiciándose el ganado sacó la una y la otra parte muy poco provecho de las rentas de la aduana.

Fueron pocos días después los franceses obligados por la falta de vituallas á ir á Campobasso, que estaba por ellos, y desde este lugar tomaron por fuerza á Coglionessa, ó Grigonisa, villa cercana, donde usaron tal crueldad los suizos, contra la voluntad de los capitanes, que si bien se cubrió el país de espanto, apartó de ellos los ánimos de muchos.

Atendiendo Fernando á defender lo mejor que podía sus cosas, y esperando la venida del marqués de Mantua, ponía entretanto en orden su gente con diez y seis mil ducados que le había enviado el Papa, y con los que había podido recoger suyos.

Juntáronse en este tiempo con Montpensier los suizos y los otros infantes que habían venido por mar á Gaeta, y por otra parte habiendo entrado en el reino el marqués de Mantua, y venido á Capua, por el camino de San Germán, tomando éste en el viaje muchas villas, parte por acuerdo y parte por fuerza, aunque de poca importancia, se juntó con el Rey en Nocera, cerca del principio de Junio, donde D. César de Aragón condujo la gente que había estado en los contornos de Tarranto. Reducidas de esta manera á lugares cercanos

casi todas las fuerzas de los franceses y de Fernando, superiores los franceses en infantería y los italianos en caballería, parecía muy dudoso el suceso de las cosas, no habiendo discurso que alcanzase á cuál de las dos partes se inclinaría de la victoria.

Trataba, por otra parte, el rey de Francia de las provisiones para socorrer á los suyos, porque habiendo entendido la pérdida de los castillos de Nápoles y que, por no haber restituido las fortalezas á los florentinos, faltaba á su gente dineros y socorros, despierto de la negligencia con que parecía que había vuelto á Francia, comenzó de nuevo á volver el ánimo á las cosas de Italia, y para estar más libre de todo lo que le podía ser contrario á este fin, mostrándose grato á los beneficios recibidos en sus peligros, para recurrir de nuevo con más confianza á la ayuda del cielo, fué por la posta á Tours y después á París á cumplir los votos que por sí había hecho el día de la batalla de Fornuovo á San Martín y á San Dionisio. Volviendo con la misma diligencia á Lyón, se encendía cada día más en este pensamiento, al cual por sí mismo estaba muy inclinado, atribuyéndose gran gloria por haber conquistado un reino tal y ser el primero de todos los reyes de Francia, después de muchos siglos, que había renovado personalmente en Italia la memoria de las armas y de las victorias francesas; persuadiéndose de que las dificultades que había tenido cuando volvió de Nápoles habían procedido más de desórdenes suyos, que del poder ó valor de los italianos (cuyo nombre en lo tocante á la guerra estimaban poco los franceses); también le encendían las provocaciones de los embajadores florentinos, del cardenal de San Pedro in Víncula y de Juan Jacobo Tribulcio, que, por esta ocasión, había vuelto á la Corte, en cuya compañía hacían la misma instancia Vitellozzo, Carlos Ursino y después el conde de Monto-

rio, enviado para el mismo efecto por los barones que seguían la parte francesa en el reino de Nápoles. Ultimamente fué allí de Gaeta por mar el senescal de Belcari, el cual mostraba gran esperanza de la victoria, en caso que, sin más dilación, se enviase socorro conveniente; y por el contrario, si las cosas de aquel reino se desamparaban, no podían sustentarse mucho tiempo. Demás de esto, una parte de los señores, grandes de Francia, que primero no habían entrado en las empresas de Italia, aconsejaban lo mismo, por la ignominia que resultaba á la corona de Francia de dejar perder lo que se había ganado, y mucho más por el daño de que se perdiese tanta nobleza francesa en el reino de Nápoles.

No se refrenaban estos conceptos, por los movimientos que se sentían de los reyes de España hacia la parte de Perpiñán; porque, habiéndose dispuesto mayores en el nombre que en los hechos, y siendo las fuerzas de aquellos reyes más poderosas para la defensa de sus propios reinos, que para ofender los otros, se tenía por suficiente remedio el haber enviado á Narbona y á otras villas que están en las fronteras de España mucha gente de armas con suficiente número de suizos.

Por tanto, convocados por el Rey al Consejo todos los señores y las personas señaladas que se hallaban en la Corte, se determinó que, con la mayor presteza que se pudiera, volviese á Asti Tribulcio con título de lugar-teniente real, y con él ochocientas lanzas, dos mil suizos y dos mil gascones; que poco después de él pasase los montes con más gente el duque de Orleans, y finalmente, con todas las otras provisiones, la persona del Rey; pues no se dudaba que, pasando poderosamente, se arrimarían á su voluntad los Estados del duque de Saboya y de los marqueses de Monferrato y de Saluzzo, que eran muy á propósito para mantener la guerra

contra el ducado de Milán, y se creía que, excepto el cantón de Berna, que había prometido no ofender al duque de Milán, todos los cantones suizos irían con gran presteza á su servicio.

Estas determinaciones procedieron con mayor consentimiento por el ardor del Rey, el cual, antes de entrar en el Consejo, había rogado estrechamente al duque de Borbón que mostrase con palabras eficaces que era necesario hacer la guerra muy poderosamente, y después en el Consejo, rebatido con el mismo ardor al almirante, que, seguido de pocos, había procurado no tanto contradiciendo derechamente, cuanto proponiendo muchas dificultades, entibiar los ánimos de los otros por caminos indirectos. Afirmaba el Rey claramente que no estaba en su mano tomar otra determinación, porque la voluntad de Dios le obligaba á volver á Italia en persona.

Determinóse en el mismo Consejo que treinta naves, entre las cuales fuese una carraca grande, llamada la *Normanda*, y otra también grande, de la religión de Rodas, pasasen de la costa del mar Océano á los puertos de Provenza, donde se armasen treinta, entre galeras sutiles y galeones, para meter en el reino de Nápoles, con tan gruesa armada, gran socorro de gente, de vituallas, de municiones y de dinero; pero que, sin esperar á que esta armada estuviese aprestada, se enviasen luego algunos navíos cargados de gente y de vituallas.

Demás de todas estas cosas, fué mandado que fuese á Milán Rigault, mayordomo de la casa del Rey, porque aunque el Duque no había dado las dos carracas, ni prometido armarlas por el Rey en Génova, y solamente restituído los bajeles tomados en Rapalle, si bien no las doce galeras detenidas en el puerto de Génova, había procurado excusarse con la inobediencia de los genoveses, y tenido siempre, con varias pláticas, personas

suyas cerca del Rey, á quien de nuevo había enviado á Antonio María Palavicino, afirmando que estaba dispuesto á guardar el acuerdo hecho; pidiendo que se le prorrogase el tiempo de pagar al duque de Orleans los cincuenta ducados prometidos en aquella concordia, y aunque de los artificios sacase poco fruto, siendo muy notorio al Rey su pensamiento, así por otras acciones como porque, por cartas é instrucciones suyas que habían sido interceptadas, se había declarado que continuamente provocaba al rey de romanos y á los de España á mover la guerra á Francia; con todo eso, esperándose que quizá le induciría el temor á aquello de que estaba ajena la voluntad, se cometió á Rigault, que, sin disputar de la inobediencia pasada, le significase que estaba en su mano borrar la memoria de las ofensas, comenzando á obedecer, dando las galeras, concediendo las carracas y prometiendo armarlas en Génova, y le añadiese que la determinación de pasar el Rey sería con gravísimo daño suyo, si mientras se le ofrecía la ocasión no volvía á la amistad que el Rey se persuadía había despreciado imprudentemente, antes por sospechas vanas que por otra razón.

Habiendo ya llegado á Italia la fama de los aparatos que se hacían, había causado mucha alteración en los coligados, y sobre todo en Luis Sforza, que siendo el primero que estaba expuesto al ímpetu de los enemigos, se hallaba muy congojado, mayormente habiendo entendido que, después de la partida de Rigault de la Corte, había el Rey, con palabras y demostraciones muy ásperas, despedido todos sus agentes; por lo cual revolviendo en su imaginación la grandeza del peligro, y que todos los trabajos de la guerra se reducían á su Estado, se hubiera acomodado fácilmente á lo que pedía el Rey, si no le detuviera la sospecha de la conciencia por las ofensas que le había hecho, por las cuales se

había engendrado en todas partes tal desconfianza, que era más difícil hallar medio de seguridad para todos, que concertarse en los artículos de las diferencias; porque quitando á la seguridad de uno aquello que servía para asegurar al otro, ninguno quería remitir á la fe de otro lo que éste rehusaba remitir á la suya. Así, apretando la necesidad á Luis de tomar el consejo que le era más molesto, para procurar por lo menos desviar los peligros, continuó con Rigault los mismos artificios que había usado hasta entonces, afirmando eficazmente que haría obedecer á los genoveses, siempre que el Rey diese en la ciudad de Aviñón suficiente seguridad para la restitución de las naves, y que prometiese cada una de las partes (dando rehenes para la observancia) que no se intentasen cosas nuevas en perjuicio de la otra.

Esta plática, continuada muchos días, tuvo finalmente, por varias cavilaciones y dificultades que se interponían, el mismo efecto que habían tenido las otras. Pero no gastando Luis este tiempo inútilmente, envió, mientras corrían estas pláticas, personas al rey de romanos para inducirle á pasar á Italia con su ayuda y la de los venecianos, y á Venecia envió embajadores á pedirles que, para acudir al peligro común, entrasen en este gasto, y enviasen hacia Alejandría las ayudas que fuesen necesarias, para oponerse á los franceses, lo cual le ofrecieron que harían prontamente; pero no mostraron la misma facilidad en el pasaje del rey de romanos, que era poco amigo de su República, respecto de lo que poseían en tierra firme, perteneciente al imperio y á la casa de Austria, y no convenían en que á gastos comunes se trajese á Italia un ejército que dependiese en todo de Luis. Pero continuando Luis en hacer instancia, porque demás de las otras razones que le movían, le eran sospechosas las fuerzas solas de los

venecianos en el Estado de Milán, creyendo el Senado que, por ser notorio que era sumamente miedoso, se precipitase á reconciliarse con el rey de Francia, vino finalmente en ello y envió para esto mismo embajadores al Emperador. Temían también los venecianos y el Duque que los florentinos, cuando pasara el Rey los montes, hiciesen algún movimiento en la ribera de Génova, por lo cual pidieron á Juan Bentivoglio que, con trescientos hombres de armas, con los cuales estaba al servicio de los confederados, acometiese desde los confines de Bolonia á los florentinos, prometiéndole que al mismo tiempo serían molestados por los sieneses y por la gente que estaba en Pisa, y ofreciéndole obligarse á conservarle en la ciudad de Pistoya, en caso que la ocupase. Aunque el Bentivoglio les dió esperanza de esto, con todo, teniendo el ánimo muy ajeno de ello, y no temiendo poco la venida de franceses, envió ocultamente al Rey á disculparse de las cosas pasadas, por la necesidad del sitio en que está situada Bolonia, y á ofrecerle que dependería de él y se abstendría, por su respeto, de molestar á los florentinos.

No bastaba la voluntad del Rey, aunque ardientísima, para poner en ejecución las cosas determinadas, aunque la propia honra y los peligros del reino de Nápoles pidiesen prestísima resolución, porque el cardenal de San Malo, en cuya mano estaba, demás del manejo del dinero, la suma de todo el gobierno, si bien no lo contradecía descubiertamente, difería tanto todos los despachos, con alargar las pagas necesarias, que no llegaba provisión alguna á tener efecto, movido ó por parecerle mejor medio para perpetuar su grandeza, no haciendo gasto en cosa que no tocase á la utilidad presente ó al gusto del Rey, no tener ocasión de proponer cada día dificultad de cosas ó necesidad de dinero, ó

porque, como muchos creían, sobornando con premios y con esperanzas, tenía secreta inteligencia con el Papa ó con el duque de Milán. Y no remediaban esto los esfuerzos y órdenes del Rey, llenas alguna vez de enojo y de palabras injuriosas; porque, conociendo su condición, le satisfacía con promesas contrarias á los efectos. Así, comenzando á retardarse por su medio la ejecución de lo que se había dispuesto, se turbó casi de todo punto por un accidente no esperado que sobrevino al fin del mes de Mayo, pues el Rey, cuando cada uno esperaba que se movería presto para pasar á Italia, determinó ir á París, alegando que, según la costumbre de los reyes antiguos, quería, antes de irse de Francia, tomar licencia con las ceremonias acostumbradas de San Dionisio, y al pasar por Tours de San Martín; que habiendo dispuesto pasar á Italia con mucho dinero, por no reducirse á las necesidades en que se había visto el año antes, era necesario que indujese á las otras ciudades de Francia para que le acomodasen de dinero, con el ejemplo de la ciudad de París, de la cual no alcanzaría ser acomodado si no fuese personalmente, y que acercándose allá, haría que con más diligencia saliese la gente de armas que se movía en Normandía y en Picardía, afirmando que antes de su partida despacharía al duque de Orleans y que en término de un mes volvería á Lyon. Creyóse que la más verdadera y principal ocasión era el estar enamorado de alguna dama de la servidumbre de la Reina, la cual se había ido poco antes á Tours con su Corte, y no pudieron los consejos de los suyos ni los apretados ruegos y casi lágrimas de los italianos apartarle de esta determinación, los cuales le mostraban cuán dañoso era perder el tiempo á propósito para la guerra, mayormente en tan grande necesidad como tenían los suyos en el reino de Nápoles, y cuán dañosa sería la fama que volaba por Italia

de que se hubiese alejado cuando debía acercarse; que se variaba por cualquier pequeño accidente y ligero rumor la reputación de las empresas, y que es muy difícil de recuperar cuando ha comenzado á declinar, aunque después se hiciesen efectos mucho mayores de lo que primero se había prometido el mundo. Mas despreciando estos recuerdos, y habiéndose detenido un mes más en Lyon, se movió hacia aquel camino sin haber despachado al duque de Orleans, sino sólo enviado á Asti á Tribulcio con poca gente, no tanto para las preparaciones de las cosas de la guerra, cuanto por establecer en su devoción á Felipe, que nuevamente había sucedido en el ducado de Saboya, por la muerte del duque pequeño, su sobrino: y no se hizo antes de su partida otra provisión para las cosas del reino de Nápoles que enviar con vituallas seis naves á Gaeta, dando esperanza que presto las seguiría la armada gruesa, y proveer por medio de mercaderes á Florencia, aunque tarde, cuarenta mil ducados, para hacerlos pagar á Montpensier, porque los suizos y tudescos habían protestado que, si no eran pagados antes del fin de Junio, se pasarían al campo de los enemigos.

Quedaron en Lyon el duque de Orleans, el cardenal de San Malo y todo el Consejo, con comisión de acelerar las provisiones; y si el cardenal procedía en presencia del Rey lentamente en ellas, mucho más tibiamente lo hacía en su ausencia. No podían las cosas del reino de Nápoles esperar la tardanza de estos remedios, habiéndose reducido la guerra á términos, por haberse juntado los ejércitos de todas partes y por muchas dificultades, que de ambas partes se descubrían, que era necesario que se acabase sin más dilación.

Había Fernando, después que hubo juntado consigo la gente veneciana, tomado el lugar de Castel-Franco, donde se le juntaron con doscientos hombres de armas

Juan Sforza, señor de Pesero, y Juan Gonzaga, hermano del marqués de Mantua, capitanes de los confederados; de manera que en todo había en su campo mil y doscientos hombres de armas, mil y quinientos caballos ligeros, y cuatro mil infantes. Los franceses al mismo tiempo se habían acampado en Circelle, á diez millas de Benevento, y arrimándoseles Fernando á cuatro millas, sitió á Frangete de Monteforte, aunque por estar bien proveído, no lo tomaron al primer asalto. Levantáronse los franceses de Circelle para socorrerle; mas no llegaron á tiempo, habiéndose rendido por miedo del segundo asalto los infantes tudescos que la guardaban, dejando la villa á discreción. Si los franceses hubiesen conocido esta ocasión, fuera causa de su felicidad, si por imprudencia ó mala fortuna no la hubieran dejado perder, porque (así lo confesaron casi todos) hubieran roto aquel día el ejército enemigo que, por estar ocupado la mayor parte en el saco de Frangete, no atendía á las órdenes de los capitanes, los cuales viendo que entre los franceses y su alojamiento no había en medio más que un valle, procuraron con gran presteza juntarlos. Conoció Montpensier tan gran ocasión, conocióla Virginio Ursino, de los cuales el uno mandaba, y el otro, mostrando la victoria cierta, rogaba lleno de lágrimas que no tardasen en pasar el valle, mientras estaba el alojamiento de los italianos todo lleno de confusión y alboroto, y mientras los soldados, atendiendo parte á robar y parte á llevar lo que robaban, no oían las órdenes de los capitanes; mas Persi, uno de los principales del ejército, después de Montpensier, movido ó de ligereza de mozo, ó, como más se creyó, de envidia de su gloria, alegando la desventaja de pasar el valle, subiendo casi por debajo de los pies de los enemigos y el fuerte sitio de su alojamiento, aconsejando descubiertamente á los soldados que no

peleasen, impidió tan saludable consejo; y se creyó que, instigados por él, los suizos y los tudescos se inquietaron pidiendo el dinero, por lo cual Montpensier, obligado á retirarse, se volvió á Circelle, donde, dándose el día siguiente la batalla, Camilo Vitelli, mientras cerca de la muralla ejercitaba excelentemente el oficio de capitán y de soldado, herido en la cabeza de una pedrada, acabó su vida; por cuyo accidente los franceses, sin expugnar á Circelli, levantaron el campo, y se fueron hacia Arriano: pero dispuestos á tentar, si tuviesen ocasión, la fortuna de la batalla; á lo cual el consejo del ejército aragonés era del todo contrario, especialmente estando firmes en este parecer los proveedores venecianos, porque, sabiendo que los enemigos comenzaban á padecer de vituallas, que estaban sin dineros, y procedían á la larga los socorros de Francia, esperaban que cada día crecerían sus molestias, porque en otros contrarios, y que en otras partes del reino hubiesen de tener asimismo mayores molestias, porque en el Abruzzo, donde nuevamente había ido por su voluntad á Fernando con cuatrocientos caballos, á servir á Fernando con cuatrocientos caballos, á su costa, había roto al marqués de Bitonto. Esperábase con trescientos hombres al duque de Urbino, al servicio nuevamente de los coligados, que por seguir su obligación con mejores condiciones, había desamparado el servicio de los florentinos, á quienes estaba todavía obligado por más de un año, excusándose con que, por ser feudatario de la Iglesia, no podía dejar de obedecer los órdenes del Papa. Contra él fué Gracián de Guerra, y acometido en el llano de Sermona con trescientos caballos y tres mil infantes del país, por los condes de Celano y de Pópoli, le pusieron en fuga.

Con la pérdida de la ocasión de haber vencido en el contorno de Frangete había comenzado á declinar cla-

ramente la fortuna de los franceses, concurriendo casi á un mismo tiempo infinitas dificultades; falta grande de dineros, carestías de vituallas, odio de los pueblos, discordia de los capitanes, desobediencias de los soldados y el haberse ido muchos del campo, parte por necesidad y parte por voluntad, porque del reino de Nápoles no se había podido sacar sino poco dinero, ni de Francia los habían proveído con alguna cantidad; habiendo sido muy tardía la provisión de cuarenta mil ducados que se habían enviado á Florencia, de manera que no podían por esto y por la cercanía de muchos lugares, sustentados por los enemigos, hacer las provisiones necesarias para tener bastimentos. El ejército estaba lleno de desórdenes, habiéndose enflaquecido los ánimos de los soldados, y los suizos y tudescos, pidiendo cada día alborotadamente que les pagasen, y dañando mucho á todas las determinaciones la contradicción de Persi á Montpensier. Obligó la necesidad al príncipe de Bisignano á irse con su gente para tratar de la guarda de su propio Estado, por miedo á la gente de Gonzalo; y muchos de los soldados del país se iban á la desfilada, porque demás de no haber recibido dinero, eran maltratados por los franceses y suizos en la división de las presas y en el repartimiento de los bastimentos. Por estas dificultades, y sobre todo por la estrechez del sustento, estaba obligado el ejército francés á retirarse poco á poco de un lugar á otro, lo cual disminuía grandemente su reputación con los pueblos, y aunque los enemigos le iban siguiendo continuamente, no esperaban por esto tener ocasión de pelear (como deseaban sobre todos Montpensier y Virginio), porque por no verse forzados á pelear, alojaban siempre en lugares fuertes y adonde no se les pudiesen impedir sus comodidades. Yendo á juntarse con ellos Felipe Rosso, capitán de los venecianos, con su compañía de cien

hombres de armas, habiéndose alojado los franceses debajo del Monte Calvoli y Casalarbore, cerca de Arriano, pero afecto de Roma.

Finalmente, habiéndose alojado los franceses debajo del Monte Calvoli y Casalarbore, cerca de Arriano, pero arrimándoseles Fernando á un tiro de ballesta, pero alojando siempre en alojamiento fuerte, los privó del gran necesidad de vituallas, y asimismo los privó del uso del agua. Determinados á irse á la Pulla, donde esperaban comodidad de tener bastimentos, y temiendo por la cercanía de los enemigos, las dificultades que fácilmente sobrevienen á los ejércitos que se retiran, levantándose con silencio al anochecer, caminaron sin detenerse veinticinco millas. Siguiólos por la mañana Fernando, pero desesperando de poderlos alcanzar, siguió á Giesualdo, lugar que, habiendo en otro tiempo sustentado cuatro meses el asedio, lo ganó en un día solo; cosa que engañó mucho á los franceses, porque, habiendo determinado hacer alto en Venosa, villa fuerte de sitio y muy abundante de bastimentos, el haber creído que no tomase tan presto Fernando á Giesualdo, fué ocasión que perdiesen tiempo en Atella, lugar que habían tomado, y le saqueaban; por lo cual, antes que Giesualdo aceleró el camino, aunque rebatieron una parte de los suyos que había pasado delante del campo, no pudiendo entrar en Venosa, con intento de esperar si les se detuvieron en Atella, que estaba á ocho millas, venía socorro de alguna parte, esperando por la vecindad de Venosa y de otras villas circunvecinas de vituallas. Puso luego allí su campo Fernando, con intención de impedirselo, por ver presente la esperanza de alcanzar la victoria sin peligro y sin sangre, y atendiendo para esto á hacer en la circunferencia muchas cortaduras, y apoderarse de las villas vecinas, no de-

jaba atrás ninguna diligencia ni obra para conseguirlo. Mas las dificultades de los franceses facilitaban cada día más las cosas, porque, no habiendo recibido los infantes tudescos, después que fueron sacados de su país, paga sino por dos meses, y habiéndose pasado todos los términos esperados en vano, se fueron al campo de Fernando, por lo cual, creciéndole la comodidad de agobiar más á los enemigos y de poder entenderse, se traían más difícilmente las vituallas que venían de Venosa y de los otros lugares circunvecinos. No había en Atella tanto bastimento que bastase para sustentar muchos días á los franceses, porque la cantidad del trigo era poca, y habiendo los aragoneses arruinado un molino que estaba sobre el río que corre por cerca de las murallas, padecían también falta de harina; no aligerándose las incomodidades presentes por la esperanza de lo futuro, pues de ninguna parte se veían señales de socorro.

La adversidad que les sucedió en Calabria, puso en última ruina sus cosas, porque habiendo tomado Gonzalo, con la ocasión de la larga enfermedad de Obigni, por lo cual se habían ido muchos de los suyos al ejército de Montpensier, muchas villas en aquella provincia, se había detenido últimamente con los españoles y con muchos soldados del país en Castrovillare, donde, teniendo noticia que estaban en Laino el conde de Meleto, Alberigo de San Severino y otros muchos barones, con número de gente casi igual á la suya, y que, creciendo continuamente, disponían ir á acometerle, deliberó prevenir el peligro, esperando sorprenderlos descuidados por la seguridad que tenían del sitio en que estaban alojados; porque el castillo de Laino está situado sobre el río de Sapri, que divide la Calabria del Principado, y el burgo está á la otra parte del río, los que alojaban en él estaban guardados por el castillo contra quien vinie-

se á acometerlos por el camino derecho, y entre Laino y Castrovillare estaban Murano y otros lugares del príncipe de Bisignano á su devoción. Mas Gonzalo partió con diverso consejo de Castrovillare, poco antes de anochecer, con toda su gente, y saliendo del camino derecho, tomó el ancho, aunque era mucho más largo y difícil, porque se habían de pasar algunas montañas, y llegando sobre el río, encaminó la infantería al camino del puente que está entre el castillo de Laino y el burgo, pues por su misma seguridad, estaba poco guardado; pasó el río á vado con la caballería, dos millas más arriba, llegó antes del día al burgo, y hallándose á los enemigos sin escolta ni guardas, los rompió en un momento, prendiendo once barones y casi toda la gente, porque, al huir ésta hacia el castillo, daba en la infantería que había ya tomado el paso del puente.

Habiéndose recuperado por este honroso suceso (que fué la primera de las victorias que tuvo Gonzalo en el reino de Nápoles) algunas otras villas de la Calabria y aumentado las fuerzas, fué con seis mil hombres á juntarse con el campo que estaba en los contornos de Atella, al cual habían llegado pocos días antes cien hombres de armas del duque de Gandía, soldado de los confederados, porque él, con el resto de su compañía, había quedado en tierra de Roma.

Por la venida de Gonzalo se apretó más el asedio, porque fué sitiada Atella por tres partes, poniendo por la una la gente aragonesa, por la otra la veneciana, y por la tercera la española; por lo cual se impedían casi de todo punto, las vituallas que les venían, mayormente por las correrías que hacían por todas partes los estradiotas de los venecianos, los cuales cogieron muchos franceses de los que las traían de Venosa. Ni tenían ya disposición los de dentro de poder salir á correrías y robos, sino á horas extraordinarias y con gruesas es-

coltas; lo cual también les quitaron de todo punto, y habiendo salido al medio día Paulo Vitelli con cien hombres de armas, dando en una celada del marqués de Mantua, perdió parte de ellos. Por tanto, perdidas todas las comodidades, se redujeron á lo último á tanta estrechez, que no podían ir aun con escoltas al río á dar de beber á los caballos, y dentro faltaba el agua necesaria para las personas; de manera que vencidos de tantos males y desesperados de toda esperanza, habiendo sufrido el asedio treinta y dos días, necesitados á rendirse, pidieron salvo-conducto, y enviaron á Persi, á Bartolomé de Albiano y á uno de los capitanes suizos á hablar con Fernando, con el cual se concertaron con estas condiciones: que no se hiciese hostilidad entre las partes por treinta días, no pudiendo en dicho tiempo salir de Atella ninguno de los asediados, á los cuales se les concediese por los aragoneses, día por día, el bastimento necesario; que fuese lícito á Montpensier dar cuenta á su Rey del acuerdo hecho; que no teniendo socorro dentro de los treinta días, dejase á Atella y todo lo que estaba en su poder en el reino de Nápoles, con toda la artillería que estaba dentro, libres las personas y haciendas de los soldados, y siéndole lícito á cada uno irse por tierra ó por mar á Francia, y á los Ursinos y á los otros soldados italianos volverse con su gente donde quisiesen, fuera del reino: que á los barones y á los otros que habían seguido la parte del rey de Francia, se les perdonase toda pena, en caso de que, dentro de quince días, se uniesen á Fernando, restituyéndoles todo lo que poseían cuando comenzó la guerra.

Pasado este término, Montpensier con todos los franceses y con muchos suizos y los Ursinos, fueron llevados á Castelamare de Stabbia, disputándose si Montpensier, como lugarteniente y general del Rey y superior á todos los otros, estaba obligado á hacer restituir,

como alegaba Fernando, todo lo que se poseía en el reino de Nápoles en nombre del rey de Francia, porque Montpensier pretendía que no estaba obligado á restituir sino lo que estaba en su poder, y que su autoridad no se extendía á mandar á los capitanes y castellanos que estaban en la Calabria, en el Abruzzo, en Gaeta y en otras muchas villas y fortalezas que habían recibido en guarda del Rey, y no de él. Después que hubieron disputado algunos días, fueron conducidos á Baía, fingiendo Fernando que quería dejarlos ir; donde, so color de que aún no estaban en orden los bajeles para embarcarlos, fueron detenidos, tanto que, esparcidos entre Baía y Pozzuolo, por el mal aire y muchas incomodidades, comenzaron á enfermar de tal manera, que murió Montpensier, y del resto de su gente, que eran más de cinco mil hombres, faltaron tantos, que apenas llegaron cincuenta libres á Francia.

Virginio y Paulo Ursino, á petición del Papa, que ya estaba determinado á tomar los Estados de aquella familia, fueron presos en Castel del Uovo: su gente, guiada por Juan Jordán, hijo de Virginio, y por Bartolomé de Albiano, fué, por orden del mismo, desbalijada en el Abruzzo por el duque de Ursino, y Juan Jordán y el Albiano, que antes, por orden de Fernando, habiendo dejado su gente por el camino, volvieron á Nápoles, fueron presos, aunque el Albiano, ó por su industria ó por orden secreta de Fernando, de quien era muy querido, tuvo ocasión de huir.

Después de la victoria de Atella, dividiendo Fernando su ejército en varias partes para la recuperación del resto del reino, se envió á sitiar á Gaeta á D. Fadrique y á Próspero Colonna, y al Abruzzo, donde ya Aquila había vuelto á la devoción de los aragoneses á Fabricio Colonna, el cual, habiendo tomado por fuerza el castillo de San Severino, y hecho, para terror de los otros,

degollar al castellano y á su hijo, fué á sitiar á Salerno, donde habiendo ido á hablarle el príncipe de Bisignano, concertó por sí, por el príncipe de Salerno, por el conde Capaccio y por algunos otros barones que posesyesen sus Estados, mas que Fernando tuviese para su seguridad por cierto tiempo las fortalezas. Hecho este acuerdo, se fueron á Nápoles. Ni en el Abruzzo se hizo mucha defensa, porque Gracián de Guerra, que estaba allí con ochocientos caballos, no teniendo poder para defenderse se fué á Gaeta. A la Calabria, cuya mayor parte estaba por los franceses, volvió Gonzalo, donde aunque Obigni hizo alguna resistencia, reducido últimamente á Gróppoli, y estando perdidas Manfredonia y Cosenza, que primero había sido saqueada por los franceses, privado de toda esperanza, dejó toda la Calabria, y le fué concedido volverse por tierra á Francia.

Es cierto que muchas de estas cosas procedieron por la negligencia é imprudencia de los franceses, porque Manfredonia, aunque era fuerte y situada en país abundante para con facilidad poderse proveer de vituallas, y que el Rey hubiese dejado allí para gobernarla á Gabriel de Montefalcone, á quien tenía por hombre valeroso, con todo eso, después de breve asedio, fué obligada á rendirse por hambre. Otros, pudiendo defenderse, se rindieron ó por vileza, ó por ánimo flaco para sustentar la incomodidad de los asedios. Algunos castellanos, hallando los castillos bien proveídos, habían al principio vendido las vituallas, de manera que en presentándose los enemigos, estaban obligados á rendirse. Por estas cosas perdió en el reino de Nápoles el nombre francés la reputación que le había dado el valor de aquel que, dejado por Juan de Anjou en guarda de Castel del Uovo, le tuvo después de la victoria muchos años hasta que, el haberse acabado de todo punto el sustento, le obligó á rendirse.

No faltando más para la recuperación del reino que Taranto, Gaeta y algunas villas que tenía Carlos de Sangro y el monte de Sant Angelo, desde donde Julián del Oreno recorría, con grande alabanza, los países circunvecinos, colocado Fernando en suma gloria y con esperanza grande de haber de ser igual á la grandeza de sus antecesores, yendo á Somma, villa situada en las faldas del monte Vesevo, donde estaba la Reina su mujer, enfermó tan gravemente, ó por los trabajos pasados, ó por los desórdenes presentes, que, llevado ya casi sin esperanza de salud á Nápoles, acabó su vida dentro de pocos días, no habiéndose cumplido todavía el año de la muerte de Alfonso, su padre, dejando grande opinión de su valor por la victoria alcanzada, por la nobleza de su ánimo y por muchas virtudes reales que resplandecían en él, no sólo en todo su reino, sino también en toda Italia. Murió sin hijos, y por esto le sucedió D. Fadrique, su tío (habiendo visto aquel reino en tres años cinco reyes).

Habiendo venido D. Fadrique luego del asedio de Gaeta, le entregó la reina vieja, su madrastra, á Castilnuovo, aunque muchos creyeron que lo quería retener para Fernando, rey de España, su hermano. Mostróse en este accidente muy favorable para con D. Fadrique la voluntad, no sólo del pueblo de Nápoles, sino también de los príncipes de Salerno y Bisignano, y del conde de Capaccio, los cuales fueron los primeros en Nápoles que apellidaron su nombre, y que, al desembarcarse, saliendo á recibirle, le saludaron como á Rey, mucho más contentos con él que con el rey muerto, por la mansedumbre de su condición, y porque ya se había engendrado no pequeña sospecha de que Fernando tenía en su ánimo, estableciendo primero mayores cosas, perseguir con gran ardor á todos aquellos que de cualquier manera se hubiesen mostrado favora-

bles á los franceses. D. Fadrique, por reconciliarlos consigo enteramente, restituyó á todos con libertad sus fortalezas, cosa que le causó mucha alabanza.

CAPITULO IV.

El cardenal de San Malo dificulta el viaje del Rey Carlos á Italia.—Por gestiones de Luis Sforza pasa á Italia el emperador Maximiliano.—Savonarola mantiene á los florentinos favorables á los franceses.—Derrotan los pisanos á los florentinos.—Combates en territorio de Pisa.—Muerte de Pedro Capponi.—Embajadores del Emperador en Florencia.—Naufragio de la armada imperial.

No excitaron estos desórdenes sucedidos con tan grande ignominia y tanto daño, ni el ánimo, ni los aparatos del rey de Francia, que, no sabiendo apartarse de los placeres, tardó cuatro meses en volver á Lyon, y aunque en este tiempo había hecho muchas veces instancia á los suyos que habían quedado en aquella ciudad, para que se solicitasen las provisiones de mar y tierra y que el duque de Orleans estuviese dispuesto para partir, con todo eso, por los mismos artificios del cardenal de San Malo, caminaba hacia Italia lentamente la gente de armas, por despachárseles tarde sus pagas, y la armada que se había de juntar en Marsella, se ponía tan despacio en orden, que tuvieron tiempo los coligados para enviar primero á Villafranca, puerto muy grande cerca de Niza, y después hasta las Pomas de Marsella, una armada que se había juntado en Génova á gastos comunes para impedir que fuesen del reino bajeles franceses. Se creía que á la tardanza, causada

principalmente por el cardenal de San Malo, se añadía alguna ocasión más oculta, sustentada con muchas diligencias y artificios en el pecho del Rey por aquellos que, por varias ocasiones, procuraron apartar su ánimo de las cosas de Italia, porque se sospechaba que por sí mismo tenía disgusto de la grandeza del duque de Orleans, á quien, por la victoria le tocaría el ducado de Milán; y demás de esto, le habían persuadido que no era seguro irse de Francia, si primero no nacía alguna composición con los reyes de España, los cuales (mostrando deseo de reconciliarse con él) le habían enviado embajadores á proponer tregua y otros modos de concordia. Aconsejábanle también muchos que esperase el parto ya cercano de la Reina, porque no convenía á su prudencia y al amor que debía tener á sus pueblos exponer su propia persona á tantos peligros, si primero no tenía un hijo que sucediese en tan grande herencia; razón que vino á ser más poderosa por el parto de la Reina, porque, dentro de pocos días, murió el hijo varón que había nacido de ella. Así, parte por la negligencia y poco consejo del Rey, y parte por las dificultades interpuestas artificiosamente por otros, se difirieron tanto las provisiones, que se siguió la perdición de sus gentes, con la pérdida total del reino de Nápoles, y hubiera sucedido lo mismo á sus confederados de Italia, si por sí mismos no hubieran defendido constantemente lo que les tocaba.

He dicho arriba que por miedo de los aparatos de los franceses se había comenzado á tratar, más por satisfacción de Luis Sforza que de los venecianos, de hacer pasar al emperador Maximiliano á Italia, con el cual, mientras duraba el mismo miedo, se concertó que los venecianos y Luis Sforza le diesen cada uno de tres meses veinte mil ducados, para que llevase consigo un cierto número de caballos y de infantes. Hecho este

concierto, fué Luis, acompañado por los embajadores de los coligados, á Manzo, lugar de la otra parte de los Alpes, en los confines de Alemania, á verse con él, y habiendo hablado allí largamente y retirándose el mismo día de esta parte de los montes á Bormi, villa del ducado de Milán, pasó el Emperador el día siguiente al mismo lugar, so color de ir á caza, y habiendo establecido en los coloquios de los dos días el tiempo y el modo de pasar, volvió á Alemania para solicitar la ejecución de lo que se había determinado. Mas entibiándose entretanto el rumor de las preparaciones francesas, de manera que ya no parecía necesario hacerle pasar para este efecto, determinó Luis servirse, para su ambición, de aquello que primero había procurado para su propia seguridad; por lo cual, continuando en solicitar que pasase, y no queriendo los venecianos concurrir en prometerle treinta mil ducados que pedía, demás de los primeros sesenta mil que le habían prometido, se obligó él á esta demanda de manera que, finalmente, pasó el Emperador á Italia poco antes de la muerte de Fernando, la cual llegó á su noticia cuando estaba ya cerca de Milán, y tuvo algún pensamiento de favorecer á Juan, hijo único del rey de España, su yerno, para que el reino de Nápoles viniese á su poder; pero mostrándole Luis que, siendo esto molesto á toda Italia, desuniría á los confederados y consiguientemente facilitaría los designios del rey de Francia, no sólo se abstuvo de ello, sino favoreció con cartas la sucesión de Fadrique.

Su pasaje á Italia fué con muy poco número de gente, echando voz que presto pasaría hasta la cantidad, que estaba obligado á conducir, y se detuvo en Vigevano, donde, en presencia de Luis y del cardenal de Santa Cruz, que era el legado que le había enviado el Papa, y de los otros embajadores de los coligados, se

acordó que fuese al Piamonte, para tomar á Asti y separar del rey de Francia al duque de Saboya y al marqués de Monferrato, como miembro dependiente del imperio; los cuales procuró que fuesen á hablar con él en algún lugar del Piamonte; pero siendo sus fuerzas tan cortas que se despreciaban, y no correspondiendo los efectos á la autoridad del nombre imperial, ninguno de ellos quiso ir á hablarle, ni había esperanza de que la empresa de Asti sucedería prósperamente. Hizo asimismo instancia para que fuese á su presencia el duque de Ferrara, el cual, debajo de nombre de feudatorio del imperio, poseía las ciudades de Reggio y de Módena, ofreciéndole para su seguridad la palabra de Luis, su yerno, el cual rehusó ir, diciendo que así convenía á su honra, por tener aún en depósito el castillo de Génova. Por tanto, Luis que, incitado de su antigua codicia y del enojo de que Pisa, que tanto había deseado, cayese en el poder de venecianos, con peligro de toda Italia, deseaba sumamente interrumpir esta materia, aconsejó al Emperador que fuese á aquella ciudad, persuadiéndole con discurso engañoso, que, no siendo los florentinos poderosos para resistir á él y á las fuerzas de los coligados, se apartarían por necesidad de la unión con el rey de Francia y no podrían rehusar de estar á la voluntad del Emperador, para que, si no por acuerdo, á lo menos por vía de justicia, acabase sus diferencias con los pisanos, y se pusiese á Pisa en su mano con todo su distrito. Esperaba él con su autoridad hacer que viniesen en esto los pisanos, y que los venecianos, concurriendo mayormente la voluntad de los confederados, no se opondrían á una conclusión que se mostraba de tanto beneficio común y justa por su naturaleza; porque, siendo Pisa antiguamente lugar del imperio, parecía que no tocaba á otros que al Emperador el conocimiento de los derechos de quienes pretendían algo so-

bre ella. Puesta en manos del Emperador, esperaba Luis con dineros y con la autoridad que tenía con él que se la concedería fácilmente. Propuesto este parecer en el Consejo, so color de que, pues al presente cesaba el miedo de la guerra con los franceses, se había de usar de la venida del Emperador para inducir á los florentinos á que se juntasen con los otros confederados contra el rey de Francia, agradaba al Emperador, por estar mal contento de que su venida á Italia no produjese ningún efecto, y porque, teniendo siempre por sus grandes proyectos y no menos por sus desórdenes y mucha prodigalidad, necesidad de dineros, esperaba que Pisa hubiese de ser instrumento para sacar gran cantidad ó de los florentinos ó de otros. Asimismo fué aprobado por todos los confederados como cosa muy útil para la seguridad de Italia, sin contradecirle el embajador veneciano, porque si bien aquel Senado entendía el fin á que se encaminaban los pensamientos de Luis, tenía confianza de que fácilmente los interrumpiría, y esperaba que, por la ida del Emperador, se podría con facilidad ganar á los pisanos el puerto de Liorna, el cual por estar inmediato á Pisa, privaba al parecer de toda esperanza á los florentinos de poder recuperar jamás aquella ciudad.

Habían hecho primero los coligados muchas veces instancia con los florentinos para que se uniesen con ellos, y cuando temían más la entrada de los franceses, les dieron esperanza de obrar de tal manera, que Pisa volviese debajo de su dominio; pero siendo sospechosa á los florentinos la codicia de los venecianos y de Luis, y no queriendo ligeramente apartarse del rey de Francia, no habían oído estas ofertas con mucha prontitud. Moviales, demás de esto, la esperanza de recuperar, por la llegada del Rey á Pietrasanta y Serezana, pues no podían esperar que alcanzarían estos lugares de los

confederados, y mucho más porque, haciendo juicio, más de sus méritos y de lo que toleraban por el Rey, que de su naturaleza ó costumbre, se persuadían que habían de conseguir, por medio de su victoria, no sólo á Pisa, sino casi todo el resto de Toscana, alentados en esta persuasión por las palabras de Jerónimo Savonarola, el cual predicaba continuamente que estaban destinadas muchas felicidades y ampliación del imperio á aquella República después de muchos trabajos, y que sucederían grandísimos males á la Corte romana y á todos los otros potentados de Italia. Aunque no faltaba quien le contradijese, con todo eso, le había dado gran crédito la mayor parte del pueblo y muchos de los ciudadanos principales. Unos le seguían por bondad, otros por ambición y otros por miedo; de manera que, estando los florentinos dispuestos á continuar en la amistad del rey de Francia, no parecía sin razón que intentasen los confederados reducirlos con la fuerza á lo que no querían hacer, y se tenía por empresa no difícil, porque eran mal vistos de todos sus vecinos, y no podían esperar ayuda del rey de Francia, siendo así que, habiendo descuidado el bien de los suyos, era creíble que se olvidara del de los otros; y los gastos gravísimos tolerados con la disminución de las rentas en tres años, los tenían tan exhaustos, que no parecía probable pudiesen sufrir largos trabajos; porque en este mismo año habían continuado siempre la guerra con los pisanos, en la cual habían sido varios los accidentes y memorables; más por la experiencia de las armas, mostrada en muchos hechos militares de ambas partes, y por la obstinación con que se trataban las cosas, que por la grandeza de los ejércitos, ó por la calidad de los lugares de los contornos donde peleaban, que eran castillos flacos y de poca consideración.

Habiendo los florentinos, poco después que se dió á

los pisanos la ciudadela, y antes que llegasen á Pisa las ayudas de los venecianos, tomado el castillo de Buti y sitiado á Calci, y, antes de tomarle, para asegurar sus vituallas, comenzado á fabricar un bastión sobre el monte de la Dolorosa, fueron rotos, á causa de su negligencia, por la gente de los pisanos los infantes que allí estaban en guarda. Poco después, estando alojado Francisco Secco con muchos caballos en el burgo de Buti, para que pudiesen ir seguramente las vituallas á Hércules Bentivoglio, que, con la infantería de los florentinos estaba alrededor de la fortaleza pequeña del monte de Verrúcula, acometido de improviso por los infantes que habían salido de Pisa, y estando en lugar embarazado para aprovecharse de los caballos, perdió no pequeña parte de ellos. Parecían por estos sucesos que estaban más prósperas las cosas de los pisanos, y con esperanzas de pasar á mayor prosperidad, porque ya comenzaban á llegar las ayudas de los venecianos.

Hércules Bentivoglio, que alojaba en el castillo de Bientina, habiendo entendido que Juan Paulo Manfrone, capitán de los venecianos, había llegado con la primera parte de su gente á Vico Pisano, dos millas distante de Bientina, fingiendo temor unas veces, saliendo otras á campaña, y otras cuando se descubría la gente veneciana, retirándose á Bientina, después que le vió lleno de atrevimiento y de poca consideración, le condujo un día con gran astucia á una celada, donde le rompió con pérdida de la mayor parte de infantería y caballería, siguiéndole hasta las murallas de Vico Pisano. Mas por que la victoria no fuese del todo cumplida, cuando se quisieron retirar, Francisco Secco, que aquella mañana se había juntado con Hércules, fué muerto de un arcabuzazo.

Llegó después otra gente de los venecianos, donde había ochocientos estradiotas y con ella el proveedor

Justiniano Morosino, y estando por esto los pisanos muy superiores, Hércules Bentivoglio, que era muy práctico del sitio del país, no queriendo ponerse en peligro, ni desamparar del todo la campaña, alojó en lugar muy fuerte, entre el castillo de Pontadera y el río de la Era. Con la oportunidad de este alojamiento, refrenó mucho el ímpetu de los enemigos, quienes no tomaron en todo este tiempo más que el castillo de Buti, ganándole á discreción, y atendían á robar todo el país con sus estradiotas, de los cuales trescientos, que habían hecho una correría á Val d'Era fueron rotos por la gente que Hércules había enviado en su seguimiento.

Estaban en la misma sazón los florentinos, atacados por los sieneses, quienes, tomando ocasión de los trabajos que tenían en el territorio de Pisa, y provocados de los coligados, enviaron al Sr. de Piombino y á Juan Savello á sitiar el bastión de la puente de Valiano; mas entendiendo que sobrevenía el socorro guiado por Rinuccio de Marciano, se retiraron alborotadamente, dejando parte de la artillería; por lo cual los florentinos, aseguradas las cosas por aquella parte, hicieron volver á Rinuccio con su gente para ocuparla en las cosas de Pisa; de manera que estando las fuerzas casi iguales, se redujo la guerra á los castillos de los cerros, en donde, por ser afectos á los pisanos, procedían las cosas con desventaja de los florentinos. Sucedió también que habiendo entrado por trato los pisanos en el castillo del Puente de Sacco, desbalijaron una compañía de hombres de armas y prendieron á Luis de Marciano; aunque, por sospecha de la gente de los florentinos que estaba cerca, le desampararon luego, y para apoderarse mejor de los cerros, que importaban mucho para las vituallas que de allí se llevaban á Pisa, y porque estorbaban á los florentinos el comercio del puerto de Liorna,

fortificaron la mayor parte de aquellos castillos, de los cuales fué, por un accidente extraordinario, ennoblecido Soiano, porque habiendo ido el ejército de los florentinos con intención de expugnarlo el mismo día, hecho destruir para esto todos los pasos del río de la Cascina, y puesto en batalla en la orilla la gente de armas para que los enemigos no le pudiesen socorrer; mientras procuraba Pedro Capponi, comisario de los florentinos, hacer plantar la artillería; herido de un arcabuzazo de la villa, perdió luego la vida; muerte, por ser el lugar de poca consideración y por la poca importancia de la materia, no conveniente á su valor; por lo cual se levantó el ejército, sin intentar otra cosa, por estar también en este tiempo necesitados los florentinos de enviar gente á la Lunigiana para el socorro del castillo de la Verrúcula, que molestaban los marqueses de Malaspina, con la ayuda de los genoveses, de donde los echaron fácilmente.

Habiendo estado poderosas por algunos meses las fuerzas de los pisanos, porque, demás de los hombres de aquel lugar y de su distrito, que ya, por el largo uso, se habían hecho belicosos, tenían allí los venecianos y el duque de Milán mucha caballería é infantería (aunque era mucho más en número la gente de los venecianos), comenzaron después á disminuirse, por no tener la gente del Duque las pagas que se les debían, y por esto enviaron de nuevo los venecianos cien hombres de armas y seis galeras sutiles con provisión de vituallas, no perdonando ningún gasto necesario para la seguridad de aquella ciudad, y que fuese á propósito para atraer á sí la voluntad de los pisanos; los cuales apartaban cada día más sus ánimos del duque de Milán, disgustados por sus mudanzas y limitación en los gastos y provisiones; porque unas veces se mostraba ardiente en sus cosas y otras procedía tan tibiamente,

que, casi sospechoso de su voluntad, le atribuían que Juan Bentivoglio, según la comisión que tenía de los coligados, no hubiese hecho las correrías en daño de los florentinos, mayormente sabiéndose que le habían faltado de su parte muchas pagas, ó por avaricia ó porque le eran gratas las molestias de los florentinos, aunque no su total opresión. Para este intento había echado en las cosas de Pisa fundamentos contrarios á su propia intención y propósitos, siendo autor de que se determinase en el Consejo de los coligados la ida del Emperador á Pisa. Cuando esto se determinó, envió el Emperador dos embajadores á Florencia á significar que había juzgado necesario para la empresa que tenía resuelta hacer poderosamente contra los infieles, pasar á Italia, para facilitarla y asegurarla, y que por esta ocasión pedía á los florentinos que se declarasen, juntamente con los otros confederados, para la defensa de Italia, y si todavía tuviesen el ánimo contrario á esto, manifestasen su intento, porque quería por la misma ocasión y por lo que tocaba á la autoridad imperial, conocer en las diferencias entre ellos y los pisanos, y que por esto deseaba que, hasta haber oído las razones de todos, se suspendiesen las ofensas, como era cierto que lo harían los pisanos, á los cuales había mandado lo mismo, afirmando con palabras humanas que estaba dispuesto á administrar justicia indiferentemente. A lo cual, ensalzando con palabras honrosas la intención del emperador, y mostrando que tenían gran crédito de su bondad, respondieron que, por embajadores que le enviarían luego, le darían á entender particularmente su intención.

Pero en este tiempo los venecianos, por no dejar al emperador ó al duque de Milán disposición para ocupar á Pisa, enviaron allí de nuevo, con licencia de los pisanos, á Anníbal Bentivoglio, su capitán, con ciento cin-

cuenta hombres de armas, y poco después nuevos estradiotas y mil infantes, significando al Duque que los había enviado porque su República, amadora de las ciudades libres, quería ayudar á los pisanos á recuperar su territorio. Con la ayuda de esta gente acabaron de recuperar los pisanos los castillos de los cerros.

Por estos beneficios y por la presteza de los venecianos en atender sus demandas, que eran muchas (unas veces de gente, otras de dineros, y otras de municiones y de vituallas), estaba tan conforme la voluntad de los pisanos con la de los venecianos, que, habiendo pasado á ellos la confianza y amor que solían tener al duque de Milán, deseaban sumamente que continuase aquel Senado en su defensa. Aparte de esto, solicitaban la venida del Emperador, esperando, con la gente que estaba en Pisa, y con la que traía consigo, conquistar fácilmente á Liorna. Por otra parte, los florentinos, que además de otras dificultades, se veían apretados en aquel tiempo por la carestía, estaban con mucho temor viéndose solos para resistir el poder de muchos príncipes, porque en Italia no había ninguno que les ayudase, y los embajadores que tenían en Francia les certificaban por cartas que del Rey, á quien habían hecho gran instancia para que á lo menos los socorriese con alguna cantidad de dinero en tantos peligros, no se podía esperar ninguna ayuda. Solamente se veían libres de la molestia de Pedro de Médicis, porque el consejo de los coligados decidió que no se usase en este movimiento de su nombre ni favor, habiendo comprendido por experiencia que los florentinos, por este temor, estaban más unidos en la conservación de la propia libertad.

No cesaba Luis Sforza, so color de ser celoso de su bien, y mal contento de la grandeza de los venecianos, de aconsejarles eficazmente que se pusiesen en manos del Emperador, mostrando muchos peligros y espantos,

y proponiendo que no quedaba otro modo para sacar de Pisa á los venecianos, con lo cual seguiría luego su restauración, como cosa muy necesaria á la quietud de Italia y deseada por esta razón de los reyes de España y de todos los otros confederados; pero los florentinos, ni movidos de la vanidad de estas falsas lisonjas, ni espantados de tantas dificultades y peligros, determinaron no hacer con el Emperador ninguna declaración, ni remitir á su arbitrio sus derechos, si primero no eran restituídos en la posesión de Pisa, porque no confiaban en su voluntad ni autoridad; siendo notorio que no teniendo por sí mismo fuerzas ni dineros, procedía según el parecer del duque de Milán; y no viéndose en los venecianos disposición ó necesidad de dejar á Pisa, atendían con buen ánimo á fortificar y proveer cuanto podían á Liorna, y á juntar toda su gente en el distrito de Pisa. Mas por no mostrarse ajenos á la paz y procurar mitigar el ánimo del Emperador, le enviaron embajadores, habiendo ya llegado á Génova para responder á lo que habían los suyos dicho en Florencia. Su comisión fué persuadirle que no era necesario proceder á ninguna declaración, porque por el respeto que se tenía á su nombre, se podía prometer de la República de Florencia todo lo que desease; que le acordaban que para el santo propósito que tenía de aquietar á Italia, no había ninguna cosa más á propósito que el restituir luego á Pisa á los florentinos, porque de esta raíz nacían todas las determinaciones que le eran molestas á él y á los confederados, pues Pisa era ocasión de que otro cualquiera aspirase al imperio de Italia, y por esto convenía tenerla en continuos trabajos, con cuyas palabras, aunque no se declaraban más, eran aludidos los venecianos; que no convenía á su justicia que quien había sido despojado violentamente fuese obligado, contra la disposición de las leyes imperiales, á hacer

compromiso de sus derechos, si primero no era restituído en su posesión; concluyendo que aceptado por el Emperador este principio, la república de Florencia, sin motivo entonces para desear otra cosa que la paz con todos, haría todas las declaraciones que le pareciesen convenientes, y confiando grandemente en su justicia, le remitiría luego el conocimiento de sus derechos.

No satisfaciendo esta respuesta al Emperador, deseoso de que, antes de tratar otra cosa, entrasen en la liga, dándoles la palabra de que los restituiría en la posesión de Pisa dentro de término conveniente, no les dió otra respuesta, después de muchos discursos, sino en el muelle de Génova, cuando ya entraba en la mar, la de que del legado del Papa, que estaba en aquella ciudad, entenderían su voluntad. Este los envió al Duque, que de Tortona, hasta donde había acompañado al emperador, había vuelto á Milán. Fueron á aquella ciudad, y habiendo pedido ya la audiencia, les llegaron comisiones de los florentinos, donde se había sabido el progreso de su embajada para que, sin pedir otra respuesta, se volviesen á su patria; por lo cual, viniendo á la hora señalada á la presencia del Duque, convirtieron el pedir la respuesta en significarle que, volviéndose á Florencia, no habían rehusado el alargar el camino para hacerle cortesía antes de salir de su Estado, como era justo, por la amistad que tenía con él su República.

Había el Duque (presuponiendo que le pedirían la respuesta), para sustentar, como hacía muchas veces, su elocuencia y artificios, y para holgarse con los trabajos ajenos, convocado á todos los embajadores de los coligados y á todo su Consejo; pero quedando maravillado y confuso de aquella declaración, no pudiendo encubrir su disgusto, les preguntó la respuesta que habían tenido del emperador. Replicaron á esta pregunta que, según las leyes de su República, no podían tratar

con otro príncipe sus comisiones sino con aquel para quien venían nombrados por embajadores. Respondió turbado: «Pues si yo os diese la respuesta, porque sé que el Emperador os remitió á mí, ¿no la oiréis?» Añadieron que no era prohibido el oír, ni podían estorbar que hablase otro. Replicó: «Yo tendré placer en dáros-la; mas no se puede hacer si no me proponéis lo que á él le propusisteis.» Y respondieron los embajadores: «que por las mismas razones no podían, y demás que era superfluo, porque necesariamente el Emperador hubiese significado sus demandas á quien les remitía para que en su nombre les diese la respuesta»; no pudiendo el Duque, ni con palabras, ni con demostraciones disimular el enojo, los despidió, y á todos los que había juntado, habiendo recibido en sí parte de la burla que había querido hacer de los otros.

En este medio partió el Emperador del puerto de Génova con seis galeras que tenían los venecianos en el mar de Pisa y con muchos bajeles de los genoveses, bien guarnecidos de artillería, pero no de gente para pelear, porque no había más que mil infantes tudescos; navegó hasta el puerto de la Spezia, y de allí fué por tierra á Pisa, donde, recogiendo quinientos caballos y otros mil infantes tudescos que habían ido por tierra, determinó con esta gente, con la del duque de Milán, y con parte de la veneciana, ir á sitiar á Liorna, con intención de acometerla por tierra y por mar, y que la otra gente veneciana fuese á Puente de Sacco, para que el ejército de los florentinos, que no era muy poderoso, no pudiese trabajar á los pisanos ó socorrer á Liorna.

Ninguna empresa espantaba menos á los florentinos que la de Liorna, por estar proveída suficientemente de gente y de artillería, y donde esperaban cada día socorro de Provenza, porque, poco antes, por acrecentar sus fuerzas con la reputación en que entonces estaban

las armas francesas en Italia, habían tomado á sueldo con voluntad del rey de Francia á monseñor de Albión, uno de sus capitanes, con cien lanzas y mil infantes, entre suizos y gascones, para que por mar pasasen á Liorna en unas naves que, por su orden, se habían cargado de trigo, para aliviar la carestía que había por todo el dominio florentino. Cuya determinación, tomada con otros pensamientos y fines que el de defenderse del Emperador, si bien tuvo muchas dificultades, porque Albión con su compañía, que ya estaba embarcada, rehusó entrar en el mar y de los infantes sólo se embarcaron seiscientos, con todo, fué tan favorecida de la fortuna que no se hubiera podido desear mayor provisión, ni más á propósito, siendo así que el mismo día que un comisario pisano, enviado antes por el Emperador con mucha infantería y caballería para hacer puentes y allanar los caminos para el ejército que había de venir, se presentó en Liorna; los bajeles de Provenza, que eran cinco naves y algunas galeras, y con ellos una nave gruesa de Normandía que enviaba el Rey para refrescar á Gaeta de vituallas y de gente, se descubrieron sobre Liorna con vientos tan prósperos, que, no oponiéndosele la armada del emperador, porque la obligó el tiempo á alargarse hacia la Meloria (escollo famoso, porque en tiempo pasado en una batalla naval cerca de él fueron deshechas para siempre por los genoveses las fuerzas de los pisanos) entraron en el puerto sin recibir ningún daño, excepto un galeón cargado de trigo, separado del resto de la armada, que fué tomado por los enemigos. Dió este socorro tan á propósito gran osadía á los que estaban en Liorna y confirmó grandemente el ánimo de los florentinos, pareciéndoles que el haber llegado tan á tiempo, era señal de que, si faltasen en su favor las fuerzas humanas, supliría la ayuda divina, como muchas veces en aqueilos días, en medio

del terror de los otros, había afirmado Savonarola, predicando al pueblo.

No cesó por esto el Rey de romanos de ir con el ejército á Liorna, donde, habiendo enviado por tierra quinientos hombres de armas, mil caballos ligeros, y cuatro mil infantes, fué personalmente en las galeras hasta la boca del Stagno, que está entre Pisa y Liorna, y habiendo señalado la expugnación de una parte del lugar al conde de Gaiazzo, que le había enviado el duque de Milán á servirle, y puéstose él por la otra, aunque el primer día se acampó con mucha dificultad, por el gran embarazo que recibía de la artillería de Liorna, comenzó, como quien deseaba que fuese lo primero apoderarse del puerto, arrimada la gente antes del día por la parte de la Fontana á batir con muchos cañones el Magnano, que habían fortificado los de dentro; arruinando el Palazzotto y la torre del lado de la mar, al ver poner el campo por aquella parte, como cosa que no se podía defender, y ser á propósito para causar la pérdida de la torre nueva; al mismo tiempo para batir por la parte del mar, había hecho arrimar al puerto su armada, porque las naves francesas, después que echaron en tierra la gente y descargado parte de sus granos, habiéndose acabado sus fletes, no obstante los ruegos hechos en contrario, habían partido de vuelta á Provenza, y la *Normanda*, para seguir su camino hacia Gaeta.

Era de poco fruto la opugnación que se hacía al Magnano para acometer aquella villa; por mar, por estar dispuesto de manera que la artillería le ofendía poco y los de adentro salían muy á menudo; pero estaba destinado que la esperanza de los florentinos que había comenzado en el favor de los vientos, tuviese también con el beneficio de ellos mismos su perfección, porque levantándose un temporal gallardo, des-

trozó de manera la armada que la nave genovesa *Grimalda*, que había traído la persona del Emperador, combatida largamente por los vientos, dió al través enfrente del castillo nuevo de Liorna, con toda la gente y artillería que había en ella, y lo mismo hicieron á la punta de hacia Santiago dos galeras venecianas, y los otros bajeles esparcidos por varios lugares padecieron tanto, que no fueron más de provecho para la empresa presente.

Recuperaron por este caso los de adentro el galeón que antes habían ganado los enemigos. Volvió el Emperador á Pisa, por el naufragio de esta armada, donde después de varias consultas, desconfiando todos de poder tomar á Liorna, se determinó levantar el sitio y hacer la guerra por otra parte. Por tanto, fué el Emperador á Vico Pisano, y habiendo hecho poner en orden un puente sobre el Arno, entre Cascina y Vico, y otro sobre el Cilecchio, cuando se creía que iba á pasar, volvió de repente por tierra hacia Milán, no habiendo hecho otro progreso en Toscana que el de saquear cuatrocientos caballos de los suyos á Bolgheri, castillo flaco en la marisma de Pisa.

Excusaban esta súbita partida las dificultades que se le acrecentaban continuamente, pues no se satisfacían las muchas demandas que hacía de dineros. Los proveedores venecianos no consentían que saliesen la mayor parte de su gente de Pisa, por sospecha que habían concebido de él, ni los venecianos le habían pagado enteramente lo que les tocaba, que era sesenta mil ducados, por lo cual, alabando mucho al duque de Milán, se quejaba de ellos gravemente. En Pavía, que fué adonde se trasladó, hubo nueva consulta, y aunque había publicado que quería volverse á Alemania, convenía en estar en Italia todo el invierno con mil caballos y dos mil infantes, en caso que cada mes se le pagasen veinte mil

florines del Rhin. Mientras esperaba de Venecia respuesta de esto, fué á Lomellina, cuando le esperaban en Milán, siéndole, como en los tiempos siguientes mostraron mejor sus progresos, fatal que no entrase en esta ciudad. De Lomellina, habiendo mudado consejo, volvió á Cusago, á seis millas de Milán, de donde impensadamente, sin saberlo el Duque ni los embajadores que allí estaban, se fué á Como, y habiendo entendido allí, mientras comía, que había llegado el legado del Papa, á quien le había enviado á decir que no le siguiese, levantándose de la mesa fué á embarcarse con tanta prisa, que apenas el legado tuvo lugar para hablarle pocas palabras en la barca, á quien respondió que estaba necesitado de ir á Alemania, pero que volvería presto; y con todo esto, después que por el lago de Como hubo llegado á Bellasio, habiendo entendido que los venecianos convenían en lo que se había tratado en Pavía, dió de nuevo esperanzas de volver á Milán; pero muy pocos días después, procediendo con su natural variedad, y dejando una parte de su caballería é infantería, se fué á Alemania, habiendo mostrado, con muy poca autoridad del nombre imperial, su flaqueza á Italia que en tanto tiempo no había visto emperadores armados.

CAPITULO V.

Ejército de los venecianos en Pisa.—El Papa Alejandro declara la guerra á los Ursinos.—Derrota del ejército pontificio en Soriano.—Gonzalo de Córdoba y Próspero Colonna entran al servicio del Papa.—Gonzalo toma á Ostia.—Guerra de Génova.

Desesperado Luis Sforza por la ida del Emperador, de poder, si no sucedían nuevos accidentes, alcanzar á Pisa, ni sacarla de la mano de los venecianos, quitó toda su gente, tomando por parte de consuelo de su disgusto que quedasen solos los venecianos enredados en la guerra con los florentinos, con lo cual se persuadía que podría el cansancio de los unos y de los otros darle con el tiempo alguna ocasión para lo que deseaba.

Quedando los florentinos, por la ida de los del Duque, más poderosos en el distrito de Pisa que los enemigos, recuperaron todos los castillos de los cerros, y estando obligados por esto los venecianos, para impedir sus progresos, á hacer nuevas provisiones, añadieron tanta gente á la que tenían allí, que en todo había cuatrocientos hombres de armas, setecientos caballos ligeros y más de dos mil infantes.

Consumiéronse en este medio en el reino de Nápoles casi todas las reliquias de la guerra de los franceses, porque, oprimida de hambre la ciudad de Taranto con sus fortalezas, se rindió á los venecianos que la habían asediado con su ejército; los cuales, muchos días después de haberla alcanzado, habiendo nacido ya sospecha que se querían quedar con ella, la restituyeron finalmente á Fadrique, haciendo muchas instancias para ello el Papa y el Rey de España. Al saberse en

Gaeta que la nave *Normanda*, habiendo peleado junto al puerto de Hércules con algunas naves genovesas que había encontrado, siguiendo después su camino, y que vencida de la tempestad del mar, había dado al través, los franceses que estaban en aquella ciudad, que el nuevo Rey había sitiado, aunque se decía que tenían provisión para sustentarse algunos meses, juzgando que al fin su Rey no tendría más cuidado de socorrerlos que el que había tenido en socorrer tanta nobleza y tantas villas que estaban por él, concertaron con Fadrique por medio de Obigni, el cual no había aún partido de Nápoles por algunas dificultades que habían nacido en la entrega de las fortalezas de Calabria, que dejarían el lugar y la fortaleza, teniendo poder para irse libres á Francia por mar con todas sus haciendas. Habiéndose descargado el Rey, por este acuerdo, de los pensamientos de socorrer el reino, y por otra parte, encendido por los estímulos del daño y de la infamia, determinó acometer á Génova, confiando en la parte que allí tenía Bautista Fregoso, que en lo pasado había sido Dux de aquella ciudad, y en el séquito que tenía el cardenal de San Pedro in Víncula en Saona, su patria, y en aquellas riberas; y le parecía que añadía oportunidad el estar en este tiempo discordes Juan Luis del Fiesco y los Adornos, y en general los genoveses mal contentos del duque de Milán, por haber sido autor de que en la venta de Pietrasanta hubiesen sido los luqueses preferidos á ellos, y porque habiendo después prometido hacerla volver á su poder, y usado para esto de la autoridad de los venecianos, para mitigar el enojo concebido, los había entretenido muchos meses con vanas esperanzas.

El miedo de esta determinación del Rey, obligó á Luis, el cual por las cosas de Pisa estaba casi apartado de los venecianos, á unirse de nuevo con ellos, y á enviar á Génova la caballería é infantería tudesca que el

Emperador había dejado en Italia, á los cuales, si no hubiera sobrevenido esta necesidad, no se les hubiera dado provisión alguna.

Mientras se trataban estas cosas, pareciéndole al Papa que tenía ocasión muy á propósito para ocupar los Estados de los Ursinos, pues estaban presos en Nápoles las cabezas de aquella familia, pronunció en el Consistorio por rebeldes á Virginio y á los otros, y confiscó sus Estados, por haber ido, contra sus órdenes, á servir á los franceses. Hecho esto, acometió en el principio del año 1497 sus villas, habiendo mandado que los Colonnas hiciesen lo mismo por los lugares por donde confinaban con los Ursinos. Aconsejó mucho esta empresa el cardenal Ascanio, por la antigua amistad que tenía con los Colonnas y disensión con los Ursinos, y vino en ella el duque de Milán; pero era muy molesta para los venecianos, los cuales deseaban trabar amistad con aquella familia; mas no pudiendo con ninguna justificación impedir que el Papa dejase de proseguir su intento, y no siendo útil apartarse de él en tiempo semejante, consintieron que el duque de Urbino, soldado común, fuese á juntarse con la gente de la Iglesia, de quien era capitán general el duque de Gandía, y legado el cardenal de Luna, dependiente en todo de Ascanio. El rey Fadrique envió en su ayuda á Fabricio Colonna.

Después que se hubieron rendido á este ejército otros muchos castillos, fué á sitiar á Trivignano, que habiéndose defendido algunos días animosamente, se entregó á discreción. Habiendo salido de Bracciano, mientras se defendía este lugar, Bartolomé de Alviano, rompió á ocho millas de Roma cuatrocientos caballos que traían artillería al campo eclesiástico, y otro día, habiendo corrido hasta cerca de la Cruz de Montemari, faltó poco para que prendiese al cardenal de Valencia, que había salido de Roma á cazar, y se salvó huyendo.

Tomado Trevignano, fué el ejército á Lisola, y batien- do con la artillería una parte del castillo, lo ganó por acuerdo, y se redujo finalmente toda la guerra á los contornos de Bracciano, donde estaba puesta toda la esperanza de la defensa de los Ursinos, porque el lugar, que antes era fuerte, había sido bien amunicionado y reparado y fortificado el burgo, á cuyo frente habían hecho una fortificación, y dentro había suficientes defensores, gobernados por Alviano, mozo todavía, mas de ingenio, feroz y de increíble presteza, y en el ejercicio de las armas daba de sí la esperanza, á que no fueron inferiores sus acciones en el tiempo futuro. No cesaba el Papa de acrecentar cada día su ejército, al cual había añadido de nuevo ochocientos infantes tudescos, de los que habían militado en el reino de Nápoles. Peleóse por muchos días de cada parte con gran obstinación, habiendo plantado los de afuera en muchos lugares la artillería, y no faltando los de adentro á proveer y reparar por todas partes con suma diligencia y valor; mas después de pocos días, fueron obligados á desamparar el burgo. Al ocuparlo dieron los eclesiásticos un asalto feroz al lugar; pero aunque ya habían puesto las banderas sobre los muros, fueron forzados á retirarse con mucho daño; y en esta ocasión fué herido Antonio Savello. Mostraron los de adentro el mismo valor en otro asalto, rebatiendo con mayor daño á los enemigos, que entre muertos y heridos fueron más de doscientos, con gran alabanza de Alviano, á quien se atribuía principalmente la gloria de esta defensa, porque dentro estaba muy pronto para todas las acciones necesarias, y fuera, con salidas muy á menudo tenía de día y de noche en casi continuo trabajo el ejército de los enemigos. Acrecentó sus alabanzas porque, habiendo ordenado que cierto número de caballos ligeros corriesen un día desde Cervetri, que estaba por los Ursi-

nos, hasta el ejército, saliendo fuera por gozar de la ocasión de este alboroto, puso en fuga los infantes que guardaban la artillería y llevó algunas piezas de las menores á Bracciano; pero batidos y trabajados de día y de noche, comenzaba á sustentarse principalmente con la esperanza del socorro, porque Carlos Ursino y Vitellozzo allegado, por el vínculo de la facción güelfa, á los Ursinos, habiendo recibido dinero del rey de Francia para volver en orden sus compañías que se habían desbaratado en el reino de Nápoles, habían pasado á Italia en los bajeles llegados de Provenza á Liorna, y se prevenían para socorrer tan gran peligro, por cuya razón Carlos, yendo á Soriano, atendía á recoger los soldados antiguos y los amigos súbditos de los Ursinos, y Vitellozzo hacía lo mismo en Ciudad del Castillo con sus soldados é infantes del país. Habiéndolos recogido, se juntó con Carlos en Soriano con doscientos hombres de armas, mil ochocientos infantes de los suyos y artillería en carretas á uso de Francia, por lo cual juzgando los capitanes eclesiásticos que sería peligroso, si pasasen más adelante, hallarse en medio de ellos y de los que estaban en Bracciano, y por no dejar sujeto al robo todo el país circunvecino, en donde habían saqueado ya algunos castillos, levantando el sitio de Bracciano, y metiendo la artillería gruesa en Anguillara, se enderezaron contra los enemigos. Encontrándose con ellos entre Soriano y Bassano, pelearon ambos ejércitos por más de dos horas ferozmente; pero al fin los eclesiásticos (aunque al principio del combate fué preso por los Colonnas Franciotto Ursino) fueron puestos en huida, habiéndoles quitado el bagaje y la artillería, y entre muertos y presos más de quinientos hombres, entre los cuales quedaron el duque de Urbino, Juan Pedro Gonzaga, conde de Nugolara, y otras muchas personas de calidad; y el duque de Gandía, herido levemente en

el rostro, y con él el legado apostólico y Fabricio Colonna, se salvaron en Ronciglione huyendo.

Llevó la principal alabanza de esta victoria Vitellozzo, porque á la infantería de Ciudad del Castillo, que antes había sido disciplinada por él y por sus hermanos, al modo de la ultramontana, la ayudó grandemente este día con su industria, pues habiéndola armado de picas una braza más largas de lo que se usaba comúnmente, tuvieron tanta ventaja cuando la llevó á chocar con la infantería enemiga, que ofendiéndola sin ser ofendida por lo largo de las picas, la hicieron huir fácilmente y con tanta mayor honra, cuanto en el ejército contrario había ochocientos infantes tudescos, nación á quien siempre los infantes italianos habían tenido gran miedo desde la entrada de Carlos en Italia. Después de esta victoria, comenzaron los vencedores á correr sin embarazo por todo el país de esta parte del río Tíber, y habiendo pasado después una parte de su gente á la otra parte del río, por debajo de Monte Ritondo, corrían por aquel camino que sólo había quedado seguro. Juntando de nuevo el Papa mucha gente por estos peligros, llamó del reino de Nápoles en su socorro á Gonzalo y á Próspero Colonna; mas interponiéndose pocos días después, con gran estudio, los embajadores de los venecianos, para beneficio de los Ursinos, y el español por miedo que naciese en este principio mayor desorden en las cosas de la liga, se hizo paz, con inclinación muy pronta, así del Papa, que por naturaleza era muy enemigo de gastar, como de los Ursinos; los cuales, no teniendo dinero, y estando desamparados de todos, conocían que era necesario ceder al fin al poder del Papa.

La suma de los conciertos fué que les fuese lícito á los Ursinos continuar hasta el fin al servicio del rey de Francia, en cuyo convenio estaba expresado que no fue-

sen obligados á tomar las armas contra la Iglesia; que volviesen á poseer todos los lugares perdidos en esta guerra; pero pagando al Papa cincuenta mil ducados, treinta mil luego que Fadrique diese libertad á Juan Jordán y Paulo Ursino, porque Virginio había muerto pocos días antes en Castel del Uovo, ó de calentura, ó, como algunos creyeron, de veneno, y los otros veinte mil ducados se pagasen dentro de ocho meses, pero depositándose en manos del cardenal Ascanio y de San Severino, Anguillara y Cervetri para el cumplimiento de la paga; que se diese libertad á los presos en el encuentro de Soriano, excepto al duque de Urbino; y aunque los embajadores de los coligados procuraron muchos su libertad, el Papa no hizo instancia por ella, porque sabía que los Ursinos no tenían poder para proveer los dineros que se trataba pagasen, si no era mediante el rescate de aquel duque; el cual se concertó poco después en cuarenta mil ducados, y se añadió que no fuese librado hasta que consiguiese su libertad sin pagar ninguna cosa Paulo Vitelli que, cuando se rindió Atella, había quedado prisionero del marqués de Mantua.

Desembarazado el Papa poco honrosamente de la guerra contra los Ursinos, dando dineros á la gente que conducía Gonzalo, y unido con él la suya, le envió á la empresa de Ostia, que estaba aún en manos del cardenal San Pedro in Víncula; donde apenas se plantó la artillería, cuando el castellano se le rindió á Gonzalo á discreción. Tomada Ostia, entró Gonzalo en Roma casi triunfante con cien hombres de armas, doscientos caballos ligeros y mil y quinientos infantes, todos soldados españoles, llevando delante al castellano como prisionero, al cual libró poco después, y saliéndole á recibir muchos prelados, la familia del Papa y todos los cardenales, concurriendo todo el pueblo y toda la cor-

te, deseosísima de ver un capitán, cuyo nombre resonaba ya esclarecidamente por toda Italia. Fué llevado al Papa que estaba en el Consistorio, el cual recibéndole con mucha honra, le dió la rosa acostumbrada á dar cada año por los Papas en testimonio de su valor. Volvió después á juntarse con el rey Fadrique, el cual, habiendo acometido el Estado del prefecto de Roma, había tomado todas las villas que, ganadas al marqués de Pescara en la conquista de Nápoles, le habían sido dadas por el rey de Francia, y habiendo tomado á Sora y Arci, aunque no los castillos, había sitiado á Rocca Gugliema, habiendo ganado por acuerdo el Estado del conde de Uliveto, que antes vendió aquel ducado al prefecto duque de Sora.

No faltaban en estas prosperidades muchos trabajos á D. Fadrique, no sólo de los amigos, porque Gonzalo tenía, en nombre de sus reyes, una parte de la Calabria, sino también de los enemigos reconciliados, porque saliendo una tarde el príncipe de Visignano de Castilnuovo en Nápoles, y siendo herido gravemente por un griego, entró tanto temor en el príncipe de Salerno, de si se había hecho esto por orden del Rey, en venganza de las ofensas pasadas, que luego, sin disimular la causa de la sospecha, se fué de Nápoles á Salerno, y aunque el Rey entregó en sus manos el griego que estaba en la cárcel, para justificar que, como era verdad, le había herido por un agravio que le había hecho muchos años antes en la persona de su mujer, con todo eso, como en las antiguas y graves enemistades es dificultoso establecer fielmente reconciliación, porque la impide ó la sospecha, ó el deseo de la venganza, no se pudo disponer más el príncipe á confiarse en él, lo cual, dando esperanza á los franceses de que en el reino había de haber nuevas sublevaciones, teniendo aún el monte de Sant Angelo y algunos otros lugares fuer-

tes, les daba ocasión á perseverar más constantemente en defenderse.

Mostrábanse en este tiempo mayores peligros en Lombardía por los movimientos de los franceses, asegurados por entonces de las amenazas de los españoles, porque, habiendo habido entre ellos antes ligeros acometimientos y demostraciones de guerra que encuentros de consideración, excepto el haber tomado los franceses en muy breve tiempo y abrasado la villa de Sals, se había introducido entre aquellos reyes plática de paz, y para facilitar más de tratarla, hicieron entre ellos suspensión de armas por dos meses. Pudo Carlos, por esta ocasión, atender más libremente á las cosas de Génova y de Saona, habiendo enviado á Asti hasta el número de mil lanzas y tres mil suizos y casi otro tanto número de gascones. Ordenó á Tribulcio, su lugar teniente en Italia, que ayudase á Batistino y al cardenal de San Pedro in Víncula, disponiendo enviar á seguida de éstos con grueso ejército al duque de Orleans á hacer en su propio nombre la empresa del ducado de Milán. Para facilitar la de Génova, envió á Octaviano Fregoso á pedir á los florentinos que al mismo tiempo acometiesen á Lunigiana y la ribera de Levante, y ordenó á Paulo Bautista Fregoso que, con seis galeras, turbase la de Poniente.

Comenzó este movimiento con tan gran terror del duque de Milán (el cual por sí mismo no estaba prevenido suficientemente, ni tenía aún las ayudas que le habían prometido los venecianos), que de continuar con los recursos debidos, hubiera producido algún efecto importante; con mayor facilidad en el ducado de Milán que en Génova, porque habiéndose reconciliado en esta ciudad por medio de Luis Sforza, Juan Luis del Fiesco y los Adornos, habían tomado á sueldo muchos infantes y puesto en orden una armada por mar á costa

de los venecianos y de Luis, con la cual se juntaron seis galeras que había enviado Fadrique, porque el Papa, reteniendo el nombre de confederado, más en los consejos y en las demostraciones que en los efectos, no quiso en estos peligros concurrir con ningún gasto, ni por mar ni por tierra.

Los progresos de esta jornada fueron que Batistino y el Tribulcio llegaron á Novi; lugar de que primero había sido Batistino despojado por el duque de Milán, mas retenía la fortaleza; por cuya llegada el conde de Gaiazzo, que estaba allí en guarda con sesenta hombres de armas, doscientos caballos ligeros y quinientos infantes, perdiendo la esperanza de poderla defender, se volvió á Seravalle. Por la conquista de Novi se aumentó mucho la reputación de los emigrados, porque, demás de ser villa capaz de mucha gente, impedía el paso de Milán á Liorna, y por el sitio en que está situada, es muy á propósito para ofender los lugares circunvecinos; ocupó después Batistino otros lugares cerca de Novi, y al mismo tiempo el cardenal, con doscientas lanzas y trescientos infantes, habiendo tomado á Ventimiglia, se arrimó á Saona; mas no inquietándose nada los de adentro, y habiendo entendido que Juan Adorno se arrimaba con mucha infantería, se retiró á Altare, villa del marqués de Monferrato, distante ocho millas de Saona.

De mayor consideración fué el principio que hizo Tribulcio, el cual, deseoso de dar ocasión á que se encendiese la guerra en el ducado de Milán, aunque la orden del Rey era que primero atendiese á las cosas de Génova y de Saona, tomó el Bosco, castillo importante del distrito de Alejandría, so pretexto que, para seguridad de la gente que había ido á la ribera, era necesario estorbar á la del duque de Milán que pudiese ir de Alejandría á Génova; mas por no ir derechamente contra

la orden del Rey, no pasó más adelante, perdiendo muy grande ocasión, porque el país circunvecino estaba todo (por haber ocupado al Bosco) en gran turbación, unos por temor, otros por deseo de cosas nuevas, no habiendo por el Duque en aquella parte más de quinientos hombres de armas y seis mil infantes, y comenzando Galeazzo de San Severino, que estaba en Alejandría, á desconfiar de poderla defender sin mayores fuerzas. Y ya Luis, no menos temeroso en esta adversidad que, por naturaleza, lo había sido en todas las otras, pedía al duque de Ferrara que se interpusiese entre el Rey de Francia y él, para tratar de algún acuerdo, pero el detenerse el Tribulcio entre el Bosco y Novi, dió tiempo á Luis para hacer prevenciones y á los venecianos que, concurriendo con gran prontitud á su defensa, habían enviado primero á Génova mil y quinientos infantes, para enviar á Alejandría muchos hombres de armas y caballos ligeros, y últimamente ordenaron al conde de Pitigliano, cabeza de su gente (porque el marqués de Mantua se había apartado del sueldo de los venecianos) que, con la mayor parte, fuese en ayuda de aquel Estado. Entibiándose las cosas que se habían comenzado con gran esperanza, no habiendo hecho en Génova Batistino fruto alguno, porque la ciudad, por las provisiones hechas, estuvo quieta, volvió á juntarse con Tribulcio, alegando que habían salido vanos sus designios porque los florentinos no habían acometido la ribera de Levante y no habían juzgado por consejo prudente meterse en la guerra, si primero no se veían más prósperos y poderosos los sucesos de los franceses. Fué asimismo el cardenal de San Pedro en Víncula á juntarse con Tribulcio, no habiendo hecho más que tomar algunas villas del marqués del Finale, porque se había señalado en la defensa de Saona. Juntas las gentes francesas hicieron algunas correrías ha-

cia Castellaccio, lugar cerca del Bosco, que en tiempos pasados lo habían fortificado los capitanes del Duque, y aumentándose continuamente el ejército de los coligados que se juntaba en Alejandría, y por el contrario, comenzando á faltar á los franceses dinero y vituallas y no siendo los otros capitanes parientes en obedecer á Tribulcio, fué éste obligado, dejando guarda en Novi y en el Bosco, á retirarse con el ejército cerca de Asti. Créese que hizo daño á esta empresa, como se ve que sucede muchas veces, la división que se hizo de la gente en muchas partes, y que si toda al principio se hubiera enderezado á Génova, acaso hubieran tenido mejor suceso, porque, demás de la inclinación de los bandos y el enojo que había nacido por causa de Pietrasanta, parte de los caballos é infantes tudescos que envió allí el duque de Milán, habiéndose detenido pocos días, se volvieron de repente á Alemania. Puede ser también que los mismos que impidieron el año antes el pasaje del Rey á Italia y el socorro del reino de Nápoles, usasen los mismos medios para impedir la empresa presente con la dificultad de las provisiones, y tanto más, corriendo fama de que el duque de Milán, que á sus vasallos echaba graves tributos, había dado mucho al duque de Borbón y á otros de los que podían cerca del Rey. También se extendía esta fama al cardenal de San Malo; mas sea lo que fuere, lo cierto es que, señalado el duque de Orleans para pasar á Italia y solicitado mucho del Rey, hizo todas las prevenciones necesarias para semejante empresa, si bien se tardó, ó porque no confiaba en el cumplimiento de las provisiones que se hacían, ó porque, como muchos decían, partía de mala gana del reino de Francia, porque estaba el Rey continuamente achacoso, y en caso de que muriese sin hijos, le tocaba la sucesión de la corona. No habiendo salido bien al Rey la esperanza de alteraciones

de Génova y Saona, aceleró las pláticas comenzadas con el rey de España, que estaban detenidas sólo por una dificultad, la de que deseando el rey de Francia quedar libre para las empresas de esta parte de los montes, rehusaba que se comprendiesen en las treguas que se trataban las cosas de Italia y los reyes de España, mostrando que no ponían dificultades en consentir lo que quería, sino sólo por respeto á su propia honra hacían instancia que se comprendiesen en ella; porque siendo la intención de todos hacer la tregua para que con mayor facilidad se tratase la paz, podría con mejor color apartarse de la confederación que tenía con los italianos. Después que hubieron ido de la una á la otra parte muchas veces embajadores, prevaleciendo finalmente, como casi siempre, los artificios españoles, se hizo tregua por sí, por sus súbitos y dependientes y aun por aquellos que nombrase cualquiera de ellos. Esta tregua comenzó el 5 de Marzo y entre los nombrados cincuenta días después, había de durar por todo Octubre venidero. Nombró cada uno los potentados y Estados italianos que eran sus confederados y adherentes, y los reyes de España nombraron demás al rey Fadrique y á los pisanos. Concertaron demás de esto enviar á Montpellier personas propias para tratar de la paz, donde pudiesen intervenir los embajadores de los otros coligados, y en esta plática daban esperanza los reyes de España que podrían, con alguna ocasión justificada, juntarse con el rey de Francia contra los italianos; proponiendo desde entonces partidos para dividirse el reino de Nápoles. Aunque se hizo esta tregua sin participación de los coligados, fué agradable para todos, y especialmente para el duque de Milán, por desear mucho que la guerra se apartase de su dominio.

CAPITULO VI.

Gestiona Luis Sforza que Pisa sea devuelta á los florentinos.— Confusión que reina en el gobierno de Florencia.—Intenta Pedro de Médicis entrar por sorpresa en Florencia.—Muerte de sus partidarios.—Los florentinos envían embajadores al Papa.—Muerte de Carlos, rey de Francia.—Le sucede Luis XII.—El Papa excomulga á Savonarola.—Reducido á prisión, y después de breve juicio, es ahorcado y quemado con dos de sus secuaces.

Habiendo quedado libre facultad en Italia de ofenderse hasta 25 de Abril, volvieron Tribulcio y Batistino, y con ellos Serenón con cinco mil hombres á la ribera de Poniente, acometiendo la villa de Albinga, y aunque al primer asalto la ocuparon casi toda, desordenándose al entrar, fueron echados por poco número de enemigos. Entraron después en el marquesado de Finale para dar ocasión al ejército italiano á que fuese á socorrerlo, esperando provocarle á la batalla; mas no sucediendo esto, no hicieron cosa de consideración, mayormente habiéndose acrecentado la discordia de los capitanes y faltando cada día más las pagas por la tregua hecha. Habían en este tiempo los coligados recuperado, excepto á Novi, las villas que primero habían perdido, y finalmente, aunque el conde de Gaiazzo, que allí había ido á sitiarla, fué rebatido, alcanzaron á Novi por acuerdos. No quedó en poder de franceses de los lugares ganados más que algunos pequeños que habían tomado en el marquesado del Finale.

En estos trabajos el duque de Saboya, aunque solicitado por todas las partes con grandes ofertas, y el marqués de Monferrato, cuyo gobierno había confir-

mado el rey de romanos en Constantino de Macedonia, no se declaraban ni por el rey de Francia ni por los confederados.

No se había hecho cosa de momento en este año entre florentinos y pisanos, aunque continuamente seguía la guerra, sino que yendo los pisanos debajo del gobierno de Paulo Manfrone con cuatrocientos caballos ligeros y mil y quinientos infantes para recuperar el bastión que habían hecho en Puente de Stagno, y lo habían perdido cuando el emperador se fué de Liorna, habiendo tenido noticia de esto el conde Rinuccio, fué á socorrerle por el camino de Liorna con muchos caballos; pero no pensando los pisanos que serían acometidos, sino por el camino de Pontadera, y habiendo llegado á ellos cuando ya acometían al bastión, los puso en huída fácilmente, prendiendo muchos. Mas por la tregua hecha se hizo suspensión de armas asimismo entre ellos, aunque fué aceptada por los florentinos de mala gana porque juzgaban que era inútil para sus cosas dar lugar á que respirasen los pisanos, y porque, no obstante la tregua, por sospecha de Pedro de Médicis que continuamente imaginaba algo, y por el temor de la gente veneciana que estaba en Pisa, les obligaba la necesidad á continuar los mismos gastos; por tanto, habiendo cesado las armas por todas partes, ó estando ya muy cerca de ello, el duque de Milán, aunque en los próximos peligros había mostrado gran satisfacción al Senado veneciano por las prontas ayudas que había recibido de él, ensalzando públicamente con magníficas palabras su valor y poder, y alabando la prudencia de Juan Galeazzo, primer duque de Milán por haber cometido al crédito de aquel Senado la ejecución de su testamento, no pudiendo sufrir que la presa de Pisa, levantada y seguida por él con tanto trabajo y tantos ardidés, les quedase á ellos, como parecía claramente que

había de ser, y por esto, intentando conseguir con el consejo lo que no podía alcanzar con las fuerzas, dispuso que el Papa y los embajadores del rey de España, pues á todos les era molesta tanta grandeza de los venecianos, propusiesen que, para quitar de Italia todo fundamento á los franceses y reducirla toda á paz, sería necesario inducir á los florentinos á que entrasen en la liga común, volviéndoles á Pisa, porque de otra manera no se podría conseguir; pues, estando separados de los otros, provocaban continuamente al rey de Francia para que pasase á Italia, y en caso que lo hiciese, podían con dinero y con su gente, mayormente teniendo su situación en la mitad de Italia, hacer efectos de mucha importancia. Contradijo esta propuesta el embajador veneciano como muy dañosa para el bien común, alegando que la inclinación que los florentinos tenían al Rey de Francia era tal que, aun con este beneficio, no se podía confirmar en ellos si no daban bastante seguridad de guardar lo que prometiesen, y que en cosas de tanta consideración no bastaba ninguna sino poner á Liorna en manos de los coligados; cosa que proponía artificiosamente, porque, sabiendo que jamás consentirían entregar un lugar tan importante para su Estado, le quedase mayor poder para contradecir lo propuesto por el Duque, y habiendo sucedido como pensaba, se opuso con tal calor que, no teniendo osadía para contradecirle el Papa ni el embajador del duque de Milán, por no apartarlos de su unión, no se pasó adelante en esta plática.

Comenzó entre el Papa y los venecianos nuevo designio para apartar con violencia á los florentinos de la amistad del rey de Francia, dando ánimo á quien quería ofenderles la mala disposición de Florencia, en donde había entre los ciudadanos harta división, causada por la forma del gobierno. Porque cuando se

fundó desde el principio la autoridad del pueblo, no se habían determinado los temperamentos que, asegurando la libertad con medios justos, impidiesen juntamente desordenar á la república la poca práctica y licencia de la multitud, por lo cual, estando en menos estimación de lo que fuera conveniente los ciudadanos de mayor calidad, y por otra parte sospechosa al pueblo su ambición, interviniendo muchas veces en las determinaciones de grande importancia muchos que eran poco capaces, y trocándose cada dos meses el Supremo Magistrado, al cual se cometía la suma de las cosas más arduas, se gobernaba la república con mucha confusión.

Añadióse la gran autoridad del Savonarola, y los que que le oían se habían unido casi en inteligencia secreta, habiendo entre ellos muchos ciudadanos de honradas calidades; y prevaleciendo en número á los que eran de opinión contraria, parecía que los magistrados y las honras públicas se distribuían mucho más en sus amigos que en los otros. Habiéndose dividido por esto manifiestamente la ciudad, se encontraba la una parte con la otra en los consejos públicos, no procurando los hombres, como sucede en las ciudades divididas, atender al bien común, por abatir la reputación de los contrarios. Hacía estos desórdenes más peligrosos, demás de largos trabajos y graves gastos padecidos por aquella ciudad, el haber en ella aquel año gran carestía, por lo cual se podía presumir que la plebe hambrienta desease cosas nuevas.

Dió esperanza á Pedro de Médicis esta mala disposición, incitado, demás de estas ocasiones, por algunos ciudadanos, de poder alcanzar fácilmente su deseo; por lo cual, poniéndose de acuerdo con el cardenal San Severino, su amigo antiguo, y con Albiano, y provocado secretamente por los venecianos, á los cuales parecía

que por los trabajos de los florentinos se afirmaban las cosas de Pisa, determinó entrar secretamente en Florencia; mayormente después que fué avisado que habían hecho alférez mayor de la justicia, que era cabeza de la Suprema Magistratura, á Bernado del Nero, hombre de gravedad y de autoridad grande, que fué mucho tiempo amigo de su padre y suyo, y que habían sido elegidos para la misma Magistratura algunos otros que, por las antiguas dependencias, creía que tendrían inclinación á su grandeza. Convino en este designio el Papa, deseoso de separar á los florentinos del rey de Francia con las injurias, pues no había podido hacerlo con los beneficios. Tampoco lo contradijo el duque de Milán, pareciéndole que no podía hacer fundamento ó tener inteligencia firme con aquella ciudad, por los desórdenes del gobierno presente, si bien por otra parte no le agradaba la vuelta de Pedro, tanto por las ofensas que le había hecho, como porque creía que dependería mucho de la autoridad de los venecianos.

Habiendo, pues, recogido Pedro cuanto dinero pudo por sí mismo, y con la ayuda de sus amigos (se creyó que alguna cantidad pequeña le habían dado los venecianos) fué á Siena, y en su seguimiento el Albiano con caballería é infantería, caminando siempre de noche y fuera de vereda, para que no tuviesen los florentinos noticia de esta ida. En Siena, por el favor de Juan Jacobo y de Pandolfo Petrucci, ciudadanos principales de aquel gobierno y amigos de su padre y suyos, tuvo con secreto, más gente; de manera que con seiscientos caballos y cuatrocientos infantes escogidos, partió dos días después que comenzó la tregua (en la cual no se comprendían los sieneses hacia Florencia, con esperanza de que, llegando casi de improviso al amanecer, entraría fácilmente ó por desorden ó por alboroto, que esperaba se levantaría en su favor. No hubiera quizá

salido vano este designio, de no suplir la fortuna á la negligencia de sus contrarios, porque habiendo á la anochecer alojado en las Tabernillas, que son algunas casas en el camino real, con pensamiento de caminar la mayor parte de la noche, una copiosa lluvia que sobrevino les causó tan gran embarazo, que no se pudo presentar en Florencia sino muchas horas después de haber salido el sol. Esta detención dió tiempo á los que hacían profesión de ser sus particulares enemigos (porque la plebe y casi todo el resto de los ciudadanos estaba esperando con quietud el fin del suceso) para tomar las armas con sus amigos y secuaces, y ordenar que llamasen á los magistrados y detuviesen en el palacio público á los ciudadanos sospechosos, y para hacerse fuertes en la puerta que va á Siena, adonde fué asimismo, habiéndoselo ellos rogado, Paulo Vitelli, el cual, volviendo de Mantua, había por suerte llegado la tarde antes á Florencia, de manera que por no haber movimiento alguno en la ciudad, ni estar poderoso Pedro para forzar la puerta á que se había arrimado un tiro de arco, después que se detuvo allí cuatro horas, temiendo que sobreviniese con peligro suyo la gente de armas florentina, la cual pensaba, como era verdad, que la habían llamado de Pisa, volvió á Siena, de donde partiendo el Albiano, é introducido en Todi por los güelfos, saqueó casi todas las casas de los gibelinos y mató 53 de los primeros de aquel bando. Siguiendo este ejemplo Antonio Savello, que había entrado en Terni, y los Gattescos, entrados en Viterbo con el favor de los Colonnas, hicieron semejantes daños en ambos lugares y en el país circunvecino contra los güelfos, no remediando el Papa tan grandes males del Estado eclesiástico, porque aborrecía el gastar en cosas semejantes, ó porque, por su naturaleza, le daban poca molestia los trabajos de los otros, ni se turbaba por las co-

sas que le ofendían en la honra, como no impidiesen sus placeres y provechos.

Pero no pudo huir los infortunios domésticos que alteraron su casa con ejemplos trágicos de lujuria y crueldad horrible, aun en regiones bárbaras; porque habiendo desde el principio de su pontificado tratado de poner toda la grandeza temporal en el duque de Gandía, su hijo primogénito, el cardenal de Valencia, de ánimo totalmente adverso á la profesión de sacerdote, que aspiraba al ejercicio de las armas, no pudiendo sufrir que le ocupase este lugar su hermano, y demás de esto, llevando pesadamente que favoreciese al otro más que á él una dama á quien amaban ambos (1), provocado por la lujuria y por la ambición (ministros poderosos para cualquier maldad grande), le hizo matar una noche que se iba paseando á caballo solo por Roma, y después echar, con secreto, en el río Tíber (2). Afligió grandemente al Papa la muerte del duque de Gandía, ardiente cuanto jamás lo fué padre alguno en el amor de sus hijos, y no acostumbrado á probar golpes de la fortuna, porque era manifesto que, desde muchacho

(1) El texto italiano dice: *impaziente oltre á questo, ch'egli avesse piu parte di lui nell'amore di madonna Lucrezia, sorella comune.*

(2) El traductor no juzgó sin duda conveniente trasladar á nuestro idioma lo que á continuacion de este párrafo, dice Guicciardini en los términos siguientes: *Era medesimamente fama (se però è degna di credersi tanta enormità) che nell'amore di madonna Lucrezia concorressero non solamente i due fratelli, ma eziandio il padre medesimo; il quale avendola, come fu fatto Pontifice, levata dal primo marito come diventato inferiore al suo grado, e maritata á Giovanni Sforza, signore di Pesero, non comportando d'avere anche il marito per rivale, dissolve il matrimonio già consumato; avendo fatto inanzi a'giudici delegati da lui provare con false testimonianze, e di poi confermare per sentenza, che Giovanni era per natura frígido, é impotente al coito.*

hasta aquella edad había tenido felicísimos sucesos en todas las cosas, y se conmovió de tal manera, que en el Consistorio que después hubo, con grandísima alteración de ánimo y lágrimas lamentó grandemente su trabajo y acusó muchas de sus propias acciones y el modo de vida que hasta aquel día había tenido; afirmó con gran eficacia que quería gobernarse en lo venidero con otros pensamientos y costumbres, señalando algunos del número de los cardenales para reformar con ellos las costumbres y órdenes de la Corte, poniendo por obra esto algunos días. Comenzando ya á descubrirse el autor de la muerte de su hijo, que al principio se había creído que había sido, ó por medio del cardenal Ascanio, ó de los Ursinos, deponiendo antes la buena intención, y después las lágrimas, volvió más desenfrenadamente que nunca á los pensamientos y obras en que hasta aquel día había gastado la edad.

Nacieron en este tiempo, por el movimiento que había hecho Pedro de Médicis, nuevos trabajos en Florencia, porque poco después se descubrió la inteligencia que allí tenía; por lo cual fueron presos muchos ciudadanos nobles y algunos otros huyeron, y después que se hubo probado legalmente el intento de la conjuración, fueron condenados á muerte, no sólo Nicolas Ridolfi, Lorenzo Tornabuoni, Gianozzo Pucci y Juan Cambi, que le habían solicitado que viniese, y Lorenzo acomodado con dinero para este efecto, sino también Bernardo de Nero, á quien no se le imputaba más que haber sabido esta plática y no declarádola. Este yerro, que por sí mismo tiene pena de muerte por los estatutos de Florencia y por la interpretación que los jurisconsultos dan á las leyes comunes, le hizo más grave en él el haber sido, cuando Pedro vino á Florencia, alférez mayor, como si particularmente hubiera estado obligado á hacer oficio más de persona pública que de particu-

lar; mas habiendo apelado de la sentencia los parientes del condenado al Consejo grande del pueblo, por la fuerza de una ley que se había hecho cuando se ordenó el gobierno popular, juntándose aquellos que habían sido autores de la condenación, por sospecha de que la compasión de la edad y de la nobleza y la multitud de los parientes mitigasen en el ánimo del pueblo la severidad del juicio, alcanzaron que se tratase con menor número de ciudadanos si debía permitirse el prohibir ó proseguir la apelación; y prevaleciendo la autoridad y el número de los que decían que era cosa peligrosa y fácil de producir alguna sedición, y que las mismas leyes concedían que, para huir de los alborotos, se pudiesen dispensar en caso semejante. Fueron obligados con ímpetu y casi por fuerza y con amenazas algunos de los que estaban en el Supremo Tribunal á consentir que, no obstante la apelación interpuesta, se hiciese aquella misma noche la ejecución; pidiéndolo, mucho más que los otros, los amigos del Savonarola, no sin infamia suya de que no hubiese disuadido, mayormente á los que le seguían, el violar una ley que él mismo propuso pocos años antes como muy saludable y casi necesaria para la conservación de la libertad.

En este mismo año, habiendo alcanzado del Papa Fadrigue, rey de Nápoles, la investidura del reino, y hecho su coronación solemnemente, recuperó por acuerdo el Monte de Sant Angelo, que había sido defendido valerosamente por D. Julián del Oreno, á quien el rey de Francia había dejado allí, y Ciudad, con algunos otros lugares que tenía Carlos de Sangro, y habiendo echado, después que se acabó la tregua, totalmente del reino al Prefecto de Roma, hizo lo mismo con el príncipe de Salerno; el cual finalmente asediado en el castillo de Diano, y desamparado de todos, tuvo licencia para irse libre con su hacienda, dejando la parte del Estado que

aún no había perdido en manos del príncipe de Bisignano, con condición de entregarla á Fadrique, luego que entendiése que había llegado libre á Sinigaglia.

Habiéndose al fin de este año interrumpido primero, por las peticiones poco moderadas del rey de España, la dieta que de Montpellier, se había pasado á Narbona, se volvió á nuevas pláticas entre aquellos reyes; si bien militando la misma dificultad, porque el rey de Francia estaba determinado á no llegar á ningún acuerdo en que se comprendiese Italia, y á los reyes de España les parecía cosa pesada dejarle libre disposición para poderla invadir, y además deseaban no tener guerra con él en la otra parte de los montes, por ser para ellos muy trabajosa y sin esperanza de provecho. Finalmente, se hizo tregua entre ellos para que durase hasta que se contradijese y dos meses después, sin entrar en ella ninguno de los potentados de Italia, á los cuales dieron á entender los reyes de España la tregua hecha, alegando que la habían podido hacer así, sin sabiduría de los coligados, como le había sido lícito al duque de Milán hacer la paz de Vercelli sin que ellos lo supiesen; y que habiendo roto la guerra con Francia, cuando se hizo la liga, continuándola muchos meses sin que se les pagara el dinero prometido por los confederados, aunque tenía justa ocasión de no cumplir con quien les había faltado, á pesar de ello les habían hecho entender muchas veces que, queriendo pagarles ciento y cincuenta mil ducados, que se les debían por la guerra que habían hecho, convenían en recibirlos por cuenta de la que hiciesen en adelante con determinación de entrar en Francia con poderoso ejército; mas no habiendo correspondido á esto los confederados, ni á la fe, ni al beneficio común, y viendo que la liga hecha para la libertad de Italia se convertía en usurparla y oprimirla, siendo así que los venecianos, no contentos

de que hubiesen venido á sus manos tantos puertos del reino de Nápoles, habían ocupado á Pisa sin ninguna razón, les había parecido justo, pues que los otros desordenaban las cosas generales, acomodar las propias con la tregua; pero hecha de manera que se podía llamar antes amonestación que voluntad de apartarse de la liga, porque estaba siempre en su mano disolverla rompiéndola, como lo harían cuando viesen en los potentados de Italia intención y provisiones contrarias al bien común.

No pudieron experimentar enteramente aquellos reyes la dulzura de la quietud por la muerte de Juan príncipe de España, hijo único de ambos.

Murió en estos mismos tiempos, dejando un hijo pequeño, Felipe, duque de Saboya, el cual después de larga suspensión, parecía que finalmente se hubiese inclinado á los coligados que le habían prometido darle cada año veinte mil ducados; y con todo eso, su palabra era tan dudosa entre todos, que aun ellos, en caso de que el rey de Francia hiciese alguna gran empresa, no se prometían mucho de él.

Al fin del mismo año, habiendo pasado ya los dos que el duque de Ferrara había recibido en depósito el castillo de Génova, lo restituyó á Luis, su yerno, habiendo pedido primero al rey de Francia que, según los capítulos de Vercelli, le restituyese la mitad de los gastos que había hecho en aquella guarda. El Rey consentía en pagárselos si el duque le daba el castillo como decía que estaba obligado por la inobediencia del duque de Milán, á lo cual, respondiendo que no estaba declarada, y que, para culpar en rebeldía al duque de Milán hubiera sido necesaria declaración, ofrecía el Rey que le depositaría para que, antes de la paga, se viese en justicia si estaba obligado á entregarle. Pero fué más poderosa con Hércules la instancia que los venecianos

y su yerno hacían en contrario, moviéndole, no sólo los ruegos y las lisonjas de Luis, el cual pocos días antes había dado el arzobispado de Milán al cardenal Hipólito, su hijo, sino mucho más, porque le era peligroso atraerse la enemistad de los venecianos, tan poderosos en aquel tiempo en que continuamente se disminuía la esperanza del paso de los franceses; por lo cual, habiendo llamado de la Corte de Francia á D. Fernando, su hijo, restituyó á Luis el castillo, habiéndole satisfecho antes él lo que había gastado en su guarda, y también la parte que tocaba pagar al Rey, por lo cual los venecianos, por mostrársele obligados, recibieron en su servicio al mismo D. Fernando con cien hombres de armas. Hecha esta restitución injustamente, aunque importaba mucho para la reputación del rey de Francia en Italia, con todo eso, no mostró resentirse de ella como hubiera sido conveniente, antes habiéndole enviado Hércules un embajador para excusarse de que, por estar su Estado contiguo con los venecianos y con el duque de Milán que habían enviado casi á denunciarle la guerra, habíase visto obligado á obedecer á la necesidad, le oyó con el mismo descuido que si hubiera tratado de cosas de poco momento, como quien demás de proceder casi al acaso en todas sus acciones, continuaba en los acostumbrados aprietos y dificultades; porque estaba en él ardiente, como al principio, la inclinación de pasar á Italia, y le daban entonces más que nunca ocasiones muy poderosas para ello la tregua hecha con los reyes de España, el haber los suizos confirmado de nuevo con él la confederación y el nacer entre los coligados muchas causas de división. Pero impidieronlo, con varios artificios, la mayor parte de los que traía junto á su persona, proponiéndole algunos de ellos placeres; otros animándole á hacer la empresa; pero con aparato tan poderoso por tierra y por mar, y

con tanta provisión de dinero, que era necesario se interpusiese largo espacio de tiempo; otros sirviéndose de cualquier dificultad y ocasión; y no faltando el cardenal de San Malo á usar de su acostumbrada tardanza en los despachos del dinero de manera que no sólo estaba más incierto que nunca el tiempo de pasar á Italia, pero demás de esto se dejaban caer las cosas que ya casi estaban en perfección; porque provocándole continuamente los florentinos á que pasase, se habían concertado con él para que, en habiendo comenzado la guerra, moverían ellos las armas, teniendo concertado para este efecto que Obigni con ciento cincuenta lanzas francesas, las ciento pagadas por el Rey y las cincuenta por ellos, pasase por mar á Toscana para ser cabeza de su ejército. Y el marqués de Mantua, que había sido apartado deshonrosamente del servicio de los venecianos, cuando volvió vencedor del reino de Nápoles, por sospecha de que intentaba irse con el rey de Francia, trataba ahora verdaderamente de recibir su sueldo, y el nuevo duque de Saboya se había confirmado en su amistad. Demás de esto, prometía Bentivoglio que seguiría su autoridad en habiendo pasado á Italia, y el Papa, estando dudoso sobre si se juntaría con él, como continuamente se trataba, había determinado á lo menos no oponérsele.

Pero la tardanza y negligencia que usaba el Rey entibiaba los ánimos de todos, porque ni á Italia para juntarse en Asti pasó la gente que había prometido, ni se daba despacho á la gente de Obigni, ni enviaba dineros para pagar á los Ursinos y á los Vitelli, soldados suyos; cosa muy importante, habiéndose de hacer la guerra, por lo cual, estando los Vitelli para irse con los venecianos, y no teniendo tiempo los florentinos para avisárselo, los recibieron por un año por el Rey y por ellos. Alabó esto mucho el Rey; mas no lo ratificó, ni

proveyó las pagas que le tocaban, antes envió á Gemel á pedirles que le prestasen para la empresa quince mil ducados. Finalmente, haciendo lo que muchas veces solía, se fué á Tours, y después á Amboise, con las promesas acostumbradas de volver presto á Lyon. Faltando por estas cosas la esperanza á todos los que en Italia seguían su parte, reconcilióse Batistino Fregoso con el duque de Milán, el cual, tomando ánimo de estos progresos, descubría cada día más la mala voluntad que tenía contra los venecianos por las cosas de Pisa, incitando al Papa y á los reyes de España á que introdujesen de nuevo, pero con mayor eficacia, la plática de la restitución de aquella ciudad.

Enviaron los florentinos á Roma para ella, inducidos por él, en el principio del año 1498, un embajador; pero con orden de que procediese con tal circunspección, que pudiesen entender el Papa y los otros que en caso de que Pisa se les entregase, se juntarían con los otros para la defensa de Italia contra los franceses; pero que el rey de Francia, si no se ejecutaba esto, no tuviese causa de sospecha de ellos. Continuóse esta plática en Roma muchos días, haciendo instancia descubiertamente el Papa, los embajadores de los reyes de España, el del duque de Milán y el del rey de Nápoles, con el embajador veneciano, sobre que era necesario, para seguridad de todos, juntar con este medio á los florentinos contra los franceses, y que debía el Senado veneciano venir en ello juntamente con los otros, para que, extirpadas las raíces de todos los escándalos, no quedase nadie en Italia que tuviese ocasión de llamar á los ultramontanos; cuya unión, si se impedía por lo de Pisa daría quizá materia á los otros para pensar en cosas nuevas; de lo cual nacería, en perjuicio de todos, alguna alteración de importancia.

Era del todo diferente la determinación del Senado

veneciano, el cual, dando á su codicia varios colores, y entendiendo de quién principalmente procedía tan gran instancia, respondía por medio del mismo embajador, quejándose gravemente de que no se movía cosa semejante por respeto al bien universal, sino por inclinación maligna que tenían los coligados contra ellos; porque estando los florentinos muy unidos de corazón á los franceses, y persuadiéndose que, por su vuelta á Italia, habían de ocupar la mayor parte de Toscana, no había duda de que no bastara volverles á Pisa para apartarlos de la inclinación, antes era cosa muy peligrosa el volvérsela, porque cuanto más poderosos estuviesen, tanto más dañaría á la seguridad de Italia: que se trataba en esta restitución de la honra y palabra de todos, pero principalmente de su República, porque todos los confederados de acuerdo habían prometido á los pisanos que les ayudarían á defender la libertad, y después, porque cada uno de los otros gastaba de mala gana para el bien público, dejándoles el peso á ellos solos, no habiendo rehusado para este efecto ningún gasto ó trabajo, sería mucha deshonra suya desampararles y faltar á la palabra dada; ellos que estaban acostumbrados á guardarla, no la querían romper de ninguna manera: que era muy molesto para el Senado veneciano que, sin ningún respeto, se le imputase por los otros lo que habían comenzado con voluntad común y lo habían continuado por el interés universal, y que con tanta ingratitud fuesen apedreados por las buenas obras; que no merecían paga semejante los gastos intolerables que habían hecho en esta empresa y en tantas otras, y tantos trabajos y peligros que habían corrido después que se había hecho la liga: que estas cosas eran de tal naturaleza, que podían decir atrevidamente que por su medio se había salvado Italia; porque ni en el río del Taro se había peleado con otras armas, ni el

reino de Nápoles se había recuperado con otras que con las suyas; y que ¿con cuál ejército se había obligado á Novara á rendirse? ¿Con cuál, obligado al rey de Francia á irse á la otra parte de los montes? ¿Qué fuerzas se le habían opuesto en el Piamonte siempre que había intentado volver? Ni se podía negar que estas acciones no hubiesen procedido del deseo que tenían del bien de Italia, porque siempre habían sido los primeros que estaban expuestos á los peligros, ni por su ocasión habían nacido desórdenes que estuviesen obligados á corregir, porque ni habían llamado á Italia al rey de Francia, ni le habían acompañado después que había venido de esta parte de los montes, ni por ahorrar sus dineros, habían dejado peligrar las cosas comunes; antes había sido menester muchas veces que remediase el Senado veneciano los desórdenes nacidos por culpa de otros, en detrimento de todos: que si estas obras no se conocían, ó si tan presto se olvidaban, no querían, siguiendo el ejemplo poco excusable de los otros, manchar la fe ni la dignidad de su República, estando mayormente unida con la conservación de la libertad de los pisanos la libertad y beneficio de toda Italia.

Mientras se trataban estas cosas entre los coligados con descubierta desunión, un nuevo accidente que sobrevino produjo efectos muy diferentes de los pensamientos de los hombres; porque á siete de Abril en la noche murió el Rey Carlos en Amboise, de una apoplejía que le sobrevino estando viendo jugar á la pelota, tan fuerte, que acabó su vida en el mismo lugar á las pocas horas. Con ella había turbado el mundo con mayor furia que valor, y era peligroso lo turbase de nuevo, porque había muchos que, por la ardiente disposición que tenía de volver á Italia, hubieran quizá alguna vez, ó por propio conocimiento ó por sugestión de los que emulaban la grandeza del cardenal de San

Malo, apartado las dificultades que se le interponían; de manera que si bien en Italia, según sus variaciones, se aumentaba algunas veces y otras se disminuía la opinión de su pasaje, todavía se estaba en continua sospecha; por lo cual el Papa, provocado por la codicia de ensalzar á sus hijos, había comenzado á tratar en secreto cosas nuevas con él, y se divulgó después, con verdad ó con mentira, que el duque de Milán había hecho lo mismo, por no estar en continuo miedo.

Sucedió en el reino de Francia, porque Carlos murió sin hijos, Luis, duque de Orleans, el más próximo de sangre por línea masculina que ningún otro; fué luego á asistir á su persona, que entonces estaba en Blois, la guarda y toda la Corte y después consecutivamente todos los señores del reino, reverenciándole y reconociéndole por Rey, aunque algunos secretamente murmuraban que, según las órdenes antiguas de aquel reino, había quedado inhábil para la dignidad de la Corona por haber tomado las armas contra ella en la guerra de Bretaña.

Acabó en Florencia, al día siguiente de la muerte de Carlos, día en que celebran los cristianos la solemnidad de las palmas, la autoridad de Savonarola, el cual, habiendo sido acusado al Papa mucho antes que predicaba escandalosamente contra las costumbres del clero y de la Corte romana; que en Florencia causaba desórdenes y que su doctrina no era del todo católica; había sido llamado á Roma con muchos breves; mas habiendo rehusado ir alegando diversas excusas, el año anterior le separó el Papa, con censuras, de la comunión de la Iglesia. Hubiera alcanzado no con mucha dificultad el perdón de esta sentencia, después que se había abstenido algunos meses de predicar, si lo hubiera hecho por mayor tiempo, porque el Papa, haciendo por sí mismo poco caso de él, se había movido á proceder en su

contra, más por las sugerencias y provocaciones de sus contrarios, que por otra razón; pero juzgando Savonarola que, por el silencio, declinaba su reputación ó se interrumpía el fin por que se movía, como de la vehemencia del predicar principalmente se había aumentado; despreciando las órdenes del Papa volvió de nuevo públicamente al mismo oficio, afirmando que las censuras que se habían publicado contra él, como contrarias á la Divina voluntad y dañosas para el bien común, eran injustas é inválidas, y mordiendo con gran vehemencia al Papa y á toda la Corte, lo cual produjo gran alboroto entre sus contrarios, cuya autoridad era cada día mayor con el pueblo. Detestaban esta inobediencia, reprendiendo que, por su temeridad, se alterase el ánimo del Papa, mayormente cuando, por estar él tratando con los otros coligados de la restitución de Pisa, era conveniente hacer cualquier cosa para confirmarle en esta inclinación. Por otra parte le defendían sus amigos, alegando que, por los respetos humanos, no se debían alterar las obras divinas ni consentir que debajo de estos colores comenzasen los Papas á introducirse en cosas de su República. Perseveraron muchos días en esta porfía, enojándose grandemente el Papa y fulminando nuevos breves llenos de amenazas y censuras contra toda la ciudad. Finalmente le mandaron los magistrados que desistiese de predicar, y les obedeció, pero continuaban la predicación muchos de sus frailes en diferentes iglesias.

No siendo menor la división entre los religiosos que entre los legos, no cesaban los frailes de las otras órdenes de predicar vivamente contra él y rompieron al fin en tanto ardor que uno de los frailes amigos del Savonarola y uno de los frailes menores convinieron entrar en el fuego, en presencia de todo el pueblo, para que librándose ó abrasándose el allegado del Savonarola,

quedasen ciertos todos de si era profeta ó engañador; porque había afirmado muchas veces predicando que, en señal de la verdad de sus sermones, alcanzaría gracia de Dios, cuando fuese menester, para pasar sin lesión por la mitad del fuego. Mas siéndole molesto que, se hubiese introducido la práctica de hacer al presente esta experiencia sin sabiduría suya, intentó con destreza interrumpirla, aunque por haberse adelantado mucho por sí misma esta materia y solicitada por algunos de los ciudadanos que deseaban que se librase la ciudad de tan gran molestia, fué finalmente necesario pasar más adelante en ella, para lo cual, al llegar el día señalado, los dos frailes acompañándoles todos los religiosos á la plaza que está delante del Palacio público, donde había concurrido no sólo todo el pueblo de Florencia, sino mucho de las ciudades vecinas, llegó á noticia de los frailes menores que Savonarola había ordenado que su fraile, cuando entrase en el fuego (1), llevase en las manos el Santo Sacramento, por lo cual comenzaron á reclamar alegando que, con este modo, se procuraba poner en peligro la autoridad de la fe cristiana; que en los ánimos de los ignorantes declinaría mucho si se quemase aquella Hostia consagrada; mas perseverando todavía Savonarola que estaba presente, en su parecer, nacida entre ellos discordia, no se pasó á hacer la experiencia.

Declinó por esto tanto su crédito que, al día siguiente, habiendo ocurrido por acaso un alboroto, tomaron

(1) Juan Cavachi, ciudadano florentino, hallándose presente á este alboroto y teniendo compasión de dos frailes que creía por cierto que se abrasarían si entrasen en el fuego, dijo que había hallado remedio para saber la verdad sin poner en peligro á los frailes, y este era hacerles entrar en una tinaja de agua y que el que no se mojase fuese el mejor, si bien piensan muchos que dijo estas palabras por burla.

las armas sus contrarios y juntando á ellas la autoridad del Sumo Magistrado, escalaron el monasterio de San Marcos, donde vivía, le llevaron á las cárceles públicas, juntamente con dos frailes de los suyos. En este alboroto los parientes de los que el año anterior habían sido degollados mataron á Francisco Valori, ciudadano muy importante y el primero de los amigos de Savonarola, porque la autoridad que tenía sobre todos los otros había sido ocasión de ser privados, hacía un año, de la facultad de recurrir al Consejo popular.

Fué después examinado Savonarola con tormentos, aunque no muy graves, y publicado sobre el examen un proceso que, quitadas todas las calumnias que se le habían cargado, de avaricia, de costumbres deshonestas ó de haber tenido pláticas secretas con príncipes, contenía que las cosas que había dicho antes no habían sido por revelación divina, sino por opinión propia, fundada en doctrina y observación de la Sagrada Escritura, y que no se había movido por mal fin y por codicia de alcanzar por este medio grandeza eclesiástica, sino por haber deseado que, por su medio, se convocase el concilio universal, en el cual se reformasen las costumbres dañadas del clero; y el estado de la Iglesia de Dios, que estaba tan olvidado, se redujese á la mejor semejanza que ser pudiese á los tiempos cercanos á los de los apóstoles. La gloria de dar perfección á tan grande y tan saludable obra la había estimado mucho más que alcanzar el Pontificado, pues aquello no podía suceder sino por medio de muy excelente doctrina, virtud y singular reverencia que le tuviesen todos los hombres, mientras el Pontificado se alcanza muchas veces, ó por malos medios, ó por beneficio de la fortuna.

A causa de esta confesión, confirmada por él en presencia de muchos religiosos, y también de los de su or-

den, pero con palabras, si es verdad lo que después publicaron sus amigos, indiferentes y que podían tener diverso sentido, le fueron, por sentencia del general de Santo Domingo y del obispo Romolino, que después fué cardenal de Sorrento, comisarios señalados por el Papa, quitadas á Savonarola y á los otros dos frailes las órdenes sacras, con las ceremonias acostumbradas por la Iglesia romana, y dejados en poder de la corte seglar, que les ahorcó y quemó, concurriendo al espectáculo de la degradación y del suplicio no menos multitud de gente que la que había concurrido en el mismo lugar el día señalado para hacer la experiencia de entrar en el fuego, con la esperanza del milagro que había prometido. Su muerte, sufrida con ánimo constante, pero sin declarar ninguna palabra que significase delito ó inocencia, no quitó la variedad de los juicios y de las pasiones de los hombres, porque muchos le tenían por engañador. Otros, por el contrario, creyeron, ó que la confesión que se publicó se habría fabricado falsamente, ó que en su complexión, que era muy delicada, hubiese podido más la fuerza de los tormentos que la verdad, excusando esta fragilidad con el ejemplo del príncipe de los Apóstoles, el cual, sin estar preso, ni apretado con los tormentos ó con alguna fuerza extraordinaria, sino ante las palabras simples de criadas y siervos, negó que era discípulo de aquel Maestro en quien había visto tantos milagros y preceptos santos.

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

EPÍLOGO BREVE en que refiero las causas que me movieron para traducir esta Historia de Italia.	Pág. V.
PRÓLOGO.	XXIII.
Vida de Francisco Guicciardini.	XXVII.

LIBRO I.

CAPÍTULO I.

Tranquilidad que reinaba en Italia, debida principalmente á Lorenzo de Médicis.—Exaltación de Alejandro VI al Pontificado.—Estado de Florencia.—Primeras semillas de discordia entre los príncipes italianos.—Luis Sforza llama á los franceses á Italia.—Vicisitudes en la sucesión del reino de Nápoles.—Embajadores de Luis Sforza á Carlos VIII de Francia.—Prepárase Carlos á pasar á Italia... Pág. 2.

CAPÍTULO II.

Opiniones acerca de la invasión francesa en Italia.—Maquinaciones de Luis Sforza.—Convenio entre Fernando, rey de España y Carlos VIII.—Muerte de Fernando, rey de Nápoles.—Alfonso le sucede en el trono.—César Borgia es nombrado cardenal.—Convenios entre los príncipes italianos.—Embajadores franceses en Italia.—Preparativos de Carlos VIII.—Tentativa de Alfonso para oponerse á Carlos.—Alfonso envía embajadores al sultán de Turquía.—Marcha de su ejército. Pág. 34.

CAPÍTULO III.

Intentos de Luis Sforza descubiertos por medio de Pedro de Médicis á los franceses.—Carlos VIII entra en Italia.—Su carácter.—Derrota de los aragoneses en Rampallo.—Carlos VIII enferma de viruelas.—Viciosa organización del ejército italiano.—Carlos VIII en Pavia.—Muere Juan Galeazo, y Luis Sforza es nombrado duque de Milán.—Preséntase Pedro de Médicis á Carlos VIII.—Encuéntrese con Luis Sforza en el campamento francés. Pág. 71.

CAPÍTULO IV.

Los Médicis son expulsados de Florencia.—Los pisanos demandan su libertad á Carlos VIII.—Carlos en Florencia.—Energía de Pedro Capponi contra los franceses.—Convenio.—Carlos en Roma.—Sublevación del reino de Nápoles contra Alfonso.—Fuga de éste á Sicilia.—Cede la corona á su hijo Fernando.—Parte Fernando de Nápoles.—Carlos entra en Nápoles..... **Pág. 99.**

LIBRO II.

CAPÍTULO I.

Los funcionarios florentinos son expulsados de Pisa.—Quejas de los pisanos á Carlos VIII en presencia de los embajadores florentinos.—Respuesta del embajador Sonderini.—El rey Carlos favorece secretamente á los pisanos.—Discusión en Florencia para el establecimiento del nuevo gobierno.—Discurso de Pablo Antonio Sonderini.—Discurso de Guido Antonio Vespucci.—Gobierno popular predicado por fray Jerónimo Savonarola.—Creación del Gran Consejo. **Pág. 130.**

CAPÍTULO II.

El reino de Nápoles en poder de los franceses.—Huye Fernando á Sicilia.—Muerte del otomano Gemín.—Temores de los venecianos y de Luis Sforza.—Liga de los príncipes italianos y españoles contra los franceses.—Niéganse los florentinos á entrar en la liga.—Los franceses se hacen odiosos á los napolitanos por su insolencia.—Proyecta Carlos VIII volver á Francia.—Entra en la Calabria Fernando con los españoles.—Pide Carlos al papa Alejandro la investidura del reino de Nápoles..... **Pág. 150.**

CAPÍTULO III.

Parte de Nápoles el rey Carlos.—Ingratitud de Pontano.—Entrada de Carlos en Roma.—Huye el Papa á Orvieto.—Luis Sforza recibe del César la investidura de duque de Milán.—El duque de Orleans entra en Novara.—Cobardía de Luis Sforza.—Fray Jerónimo Savonarola, embajador de los florentinos á Carlos VIII en Poggibonzi.—Los pisanos piden á Carlos la libertad.—Ejército de la liga en Lom-

bardía.—Carlos VIII: marcha contra él.—Saqueo de Pontremoli..... **Pág. 167.**

CAPÍTULO IV.

Consulta en el campo de los coligados después de la llegada de Carlos VIII á Fornuovo.—Ordenamiento de los ejércitos francés é italiano.—Batalla del Taro.—Derrota de los italianos.—Consecuencias.—Derrota de los franceses en Génova por mar y tierra..... **Pág. 182.**

CAPÍTULO V.

Derrota de los aragoneses con Gonzalo de Córdoba en Seminara.—Fernando es llamado por sus súbditos.—Entra en Nápoles.—Todo el reino sacude el yugo de los franceses.—Muerte de Alfonso de Aragón.—Luis Sforza y su esposa Beatriz van al campamento.—El Papa cita á Carlos VIII para que comparezca en Roma.—Carlos se mofa de la citación pontificia.—Los florentinos reciben las fortalezas y las villas que estaban en poder de Carlos.—Asedio de Novara.—Condiciones de la paz entre Carlos y Luis Sforza.—Discursos pronunciados ante Carlos relativamente á la paz.—La paz es firmada.—Vuelve Carlos á Francia.—Principio del mal francés en Italia..... **Pág. 203.**

LIBRO III.

CAPÍTULO I.

Efectos de la vuelta de Carlos á Francia.—Luis Sforza y los venecianos deliberan defender á Pisa.—Hechos de armas con los florentinos.—Intrigas de Pedro de Médicis.—Su esperanza.—Tumultos en el Perugino..... **Pág. 238.**

CAPÍTULO II.

Progresos de los aragoneses en Nápoles.—Fernando de España en Perpiñán.—La cuestión de Pisa.—El Senado de Venecia acuerda tomar á Pisa bajo su protección. . . **Pág. 253.**

CAPÍTULO III.

Alianza de Fernando de Nápoles con los venecianos.—Consejo en Francia para tratar de los asuntos de Italia.—Intrigas de

Luis Sforza.—El duque de Urbino entra á sueldo de los aliados.—Sitio de Atella.—Progresos de Gonzalo de Córdoba en Calabria.—Derrota á los franceses.—Toma de Atella.—Muerte de Montpensier.—Muere Fernando de Nápoles, y le sucede en el trono su tío D. Fadrique..... **Pág. 269.**

CAPÍTULO IV.

El cardenal de San Malo dificulta el viaje del Rey Carlos á Italia.—Por gestiones de Luis Sforza pasa á Italia el emperador Maximiliano.—Savonarola mantiene á los florentinos favorables á los franceses.—Derrotan los pisanos á los florentinos.—Combates en territorio de Pisa.—Muerte de Pedro Capponi.—Embajadores del Emperador en Florencia.—Naufragio de la armada imperial..... **Pág. 293.**

CAPÍTULO V.

Ejército de los venecianos en Pisa.—El Papa Alejandro declara la guerra á los Ursinos.—Derrota del ejército pontificio en Soriano.—Gonzalo de Córdoba y Próspero Colonna entran al servicio del Papa.—Gonzalo toma á Ostia.—Guerra de Génova..... **Pág. 311.**

CAPÍTULO VI.

Gestiona Luis Sforza que Pisa sea devuelta á los florentinos.—Confusión que reina en el gobierno de Florencia.—Intenta Pedro de Médicis entrar por sorpresa en Florencia.—Muerte de sus partidarios.—Los florentinos envían embajadores al Papa.—Muerte de Carlos, rey de Francia.—Le sucede Luis XII.—El Papa excomulga á Savonarola.—Reducido á prisión, y después de breve juicio, es ahorcado y quemado con dos de sus secuaces..... **Pág. 324.**

BIBLIOTECA CLÁSICA.

CADA TOMO EN RÚSTICA 3 PESETAS; ENCUADERNADO EN TELA 4.

Los pedidos á la Viuda de Hernando y C.^a, Arenal 11.

OBRAS PUBLICADAS.

CLÁSICOS GRIEGOS.

- Homero.**—*La Ilíada*, traducción en verso castellano por D. José Gómez Hermosilla.—Tres tomos.
— *La Odisea*, traducción en verso por D. Federico Baráibar, Catedrático del Instituto de Vitoria y
— *La Batracomiomaquia*, poema burlesco, traducción en verso castellano por D. Jenaro Alenda.—Dos tomos.
- Herodoto.**—*Los nueve libros de la Historia*, traducidos por el P. Bartolomé Pou.—Dos tomos.
- Plutarco.**—*Las vidas paralelas*, traducción de D. Antonio Ranz Romanillos.—Cinco tomos.
- Aristófanes.**—*Teatro completo*, traducción de D. Federico Baráibar, Catedrático del Instituto de Vitoria, precedida de un estudio sobre el teatro griego y sus traductores castellanos, de D. Marcelino Menéndez Pelayo, y seguida de notas críticas.—Tres tomos.
- Esquilo.**—*Teatro completo*, traducción de D. Fernando Brieva Salvatierra, Catedrático de la Universidad de Granada, con un extenso estudio crítico del teatro griego, y especialmente del famoso trágico, y con numerosas notas.—Un tomo.
- Xenofonte.**—*Historia de la entrada de Cyro el Menor en el Asia y de la retirada de los diez mil griegos que fueron con él*, traducción de Diego Gracián, enmendada por D. Casimiro Flórez Canseco.—Un tomo.
— *La Cyropedia ó Historia de Cyro el Mayor*, traducción de Diego Gracián, enmendada por D. Casimiro Flórez Canseco.—Un tomo.
— *Las Helénicas.*—Continuación de la *Historia de la Guerra del Peloponeso por Tucídides.*—Traducción de D. Enrique Sous.
- Tucídides.**—*Guerra del Peloponeso.*—Traducción de Gracián, corregida para esta edición.—Dos tomos.
- Luciano.**—*Obras completas*, traducción de D. Cristóbal Vidal, Catedrático de lengua griega en la Universidad de Sevilla.—Cuatro tomos.
- Píndaro.**—*Odas*, traducción en verso por D. Ignacio Montes de Oca, obispo de Linares (Méjico), precedi-

- da de una *Carta prólogo* del traductor al Sr. Menéndez Pelayo, y de la *Vida de Píndaro*.—Un tomo.
- Poetas bucólicos griegos.**—(*Demócrito, Bión y Mosco*). Traducción en verso por D. Ignacio Montes de Oca, obispo de Linares (Méjico).—Un tomo.
- Moralistas griegos.**—(Obras de Marco Aurelio, Teofrasto, Epícteto y Cebes), traducidas por Díaz de Miranda, L. de Ayala, Brum y Simón Abril.—Dos tomos.
- Arriano.**—*Las expediciones de Alejandro*, traducción de D. Federico Baráibar, Catedrático del Instituto de Vitoria.—Un tomo.
- Poetas líricos griegos.**—Traducidos en verso castellano por los Sres. Menéndez Pelayo, Baráibar, Conde, Canga Argüelles, Castillo y Ayensa, con un erudito estudio biográfico y bibliográfico de Anacreonte y sus obras, escrito por el Sr. Baráibar.—Un tomo.
- Polibio.**—*Historia universal durante la república romana*, traducción de D. Ambrosio Rui Bamba, con prólogo del traductor.—Tres tomos.
- Diógenes Laercio.**—*Vidas y opiniones de los filósofos más ilustres*, traducción de D. José Ortiz y Sanz.—Dos tomos.

CLÁSICOS LATINOS.

- Virgilio.**—*La Eneida*, traducción en verso de D. Miguel Antonio Caro.—Dos tomos.
- Églogas y Gérgicas.*—Las primeras traducidas en verso y extensamente anotadas por D. Félix García Hidalgo, y las segundas traducidas también en verso, por D. Miguel Antonio Caro.—Un tomo.
- Tito Livio.**—*Décadas de la Historia Romana*, traducción de D. Francisco Navarro y Calvo.—Siete tomos.
- Lucano.**—*La Farsalia*, traducción en verso de Jáuregui.
- Cicerón.**—*Obras completas*, traducidas por los Sres. Menéndez Pelayo, Valbuena, Navarro y Calvo, y Simón Abril.—Catorce tomos.—Se han publicado diez.
- Tácito.**—*Los Anales*, traducción de D. Carlos Coloma, precedida de un estudio crítico por D. Marcelino Menéndez Pelayo, y seguida de la *Vida de Agrícola* y el *Diálogo de los oradores.*—Dos tomos.
- Las Historias*, traducción de D. Carlos Coloma, seguida de las *Costumbres de los germanos.*—Un tomo.
- Quinto Curcio.**—*Vida y acciones de Alejandro el Grande.*—Traducción de D. Mateo Ibáñez de Segovia y Orellana.—Dos tomos.
- Salustio.**—*Conjuración de Catilina.*—*Guerra de Jugurta*, traducción del infante D. Gabriel.—*Fragmen-*

tos de la grande Historia, traducción del Sr. Menéndez Pelayo.—Un tomo.

César.—*Los Comentarios de la guerra de las Galias y la civil entre César y Pompeyo*, traducción de D. José Goya y Muniain, con un prólogo del traductor y el libro de Hircio sobre la Guerra de cesaristas y pompeyanos en España, traducido por D. Manuel de Valbuena.—Dos tomos.

Suetonio.—*Vidas de los doce Césares*, traducción de don Norberto Castilla.—Un tomo.

Séneca.—*Tratados filosóficos*, traducción de Fernández de Navarrete y Navarro y Calvo.—Dos tomos.

—*Epístolas morales*, traducción de D. Francisco Navarro y Calvo, canónigo de Granada.—Un tomo.

Ovidio.—*Las Heroidas*, traducción en verso de Diego de Mexía, con un estudio biográfico.—Un tomo.

—*Las Metamorfosis*, traducción en verso del licenciado Viana.—Dos tomos.

Estacio.—*La Tebaida*, traducción en verso del licenciado Juan de Arjona.—Dos tomos.

Floro.—*Compendio de las hazañas romanas*, traducidas y anotadas por D. Eloy Díaz Jiménez, director y catedrático del Instituto de León.—Un tomo.

Quintiliano.—*Instituciones oratorias*, traducción castellana de los PP. Ignacio Rodríguez y Pedro Sandier.—Dos tomos.

CLÁSICOS ESPAÑOLES.

Cervantes.—*Novelas ejemplares y Viaje del Parnaso*.—Dos tomos.

Calderón.—*Teatro selecto*, precedido de un *Estudio crítico* de D. M. Menéndez Pelayo.—Cuatro tomos.

Hurtado de Mendoza.—*Obras en prosa*.—Un tomo.

Quevedo.—*Obras satíricas y festivas*.—Un tomo.

Quintana.—*Vida de los españoles célebres*.—Dos tomos.

Duque de Rivas.—*Sublevación de Nápoles*, capitaneada por Masanielo.—Un tomo.

Alcalá Galiano.—*Recuerdos de un anciano*.—Memorias de los sucesos políticos y sociales, hábitos y costumbres durante el primer tercio del siglo actual en España.—Un tomo.

Melo.—*Guerra de Cataluña y Política militar*.—Un tomo.

CLÁSICOS INGLESES.

Shakespeare.—*Teatro selecto*, traducción de D. Guillermo Macpherson, precedida de un extenso estudio

- biográfico y crítico acerca de Shakespeare y su teatro, escrito por D. Eduardo Benot, académico de la Española.—Seis tomos.—Se han publicado cuatro tomos.
- Milton.**—*El Paraíso perdido*, traducción en verso de D. Juan Escoiquiz, con un estudio biográfico y crítico de Milton y su poema por E. Taine.—Dos tomos.
- Lord Macaulay.**—*Estudios literarios, históricos, políticos, biográficos, críticos, de política y literatura*, traducción de D. Mariano Juderías Béndér.—Seis tomos.
- *Vidas de políticos ingleses*, traducción del Sr. Juderías Béndér.—Un tomo.
- *Historia de la Revolución de Inglaterra*, traducida por D. Mariano Juderías Béndér y D. Daniel López.—Cuatro tomos.
- *Reinado de Guillermo III* (continuación de la *Revolución de Inglaterra*), traducción de D. Daniel López.—Seis tomos.
- *Discursos parlamentarios*, traducción del mismo.—Un tomo.

CLÁSICOS ITALIANOS.

- Manzoni.**—*Los Novios*, historia del siglo XVI, traducción de D. Juan Nicasio Gallego.—Un tomo.
- *Observaciones sobre la Moral Católica*, traducción de D. Francisco Navarro y Calvo.—Un tomo.

CLÁSICOS ALEMANES.

- Schiller.**—*Teatro completo*, traducción de D. Eduardo de Mier.—Tres tomos.
- Heine.**—*Poemas y fantasías*, traducción en verso castellano de D. José J. Herrero.—Un tomo.
- *Cuadros de viaje*, traducción de D. Lorenzo Agejas.—Dos tomos.

CLÁSICOS FRANCESES.

- Lamartine.**—*Civilizadores y conquistadores*, traducción de Castilla y Juderías Béndér.—Dos tomos.

CLÁSICOS PORTUGUESES.

- Camoens.**—*Los Lusíadas*, poema épico traducido en verso por D. Lamberto Gil.—Un tomo.
- *Poesías selectas*, traducidas en verso castellano por D. Lamberto Gil.—Un tomo.

Todas las traducciones son directas de la lengua en que fueron escritas las obras.



14 DAY USE
RETURN TO DESK FROM WHICH BORROWED
LOAN DEPT.

This book is due on the last date stamped below, or
on the date to which renewed.

Renewed books are subject to immediate recall.

1 Apr 57 NB

IN STACKS

MAR 18 1957

REC'D LD

JUN 3 1957

INTERLIBRARY LOAN

SEP 6 - 1984

UNIV. OF CALIF., BERK.

Received in Interlibrary Loan

OCT 1 1984

YB 40470

DG539

G83

290766

v.1

Quercus

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

